



SECRETOS DEL AMANECER

V. C. Andrews

Lectulandia

Perseguida por la sombra de su pasado, Dawn Longchamp tiene una nueva vida llena de esperanzas...

Apenas puede creer que este estudiando en uno de los mejores conservatorios de la ciudad de Nueva York. Al fin su mayor deseo, convertirse en cantante, esta mas cerca de hacerse realidad. Pero Dawn todavía sueña con Jimmy, su fuerte e intenso novio con el que comparte amor y angustiosos secretos.

Hasta que aparece Michael Sutton, un nuevo profesor del conservatorio, una estrella de la canción y el hombre mas atractivo que Dawn ha visto en su vida. Ella se enamora de el y empieza a experimentar turbadores deseos que Michael corresponde. Sin embargo, cuando ella vislumbra un futuro de felicidad e ilusiones compartidas, él la abandona cruelmente. Desesperada, Dawn vuelve a ser víctima de los retorcidos planes de su abuela y se aferra a la esperanza de que Jimmy vuelva.

Lectulandia

V. C. Andrews

Secretos del amanecer

Serie Cutler - 2

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Secrets of the Morning*

V. C. Andrews, 1991

Traducción: Jesús de la Torre Roldán

Diseño de cubierta: sleepwithghosts

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con sucesos, situaciones o personas reales, vivos o muertos, sería pura coincidencia.

LISTA DE PERSONAJES

Dawn CUTLER, hija de Randolph y Laura Sue Cutler. Grandmother o Lillian CUTLER, dueña de Cutler's Cove, madre de Randolph y hermana de Emily Booth. Randolph y Laura Sue CUTLER, padres de Philip, Dawn y Clara Sue. Jimmy LONGCHAMP, hijo de los padres adoptivos de Dawn y novio de Dawn. Agnes MORRIS, dueña de una residencia de estudiantes en Nueva York. Trisha KRAMER, compañera de habitación de Dawn en Nueva York. Arthur GARWOOD, estudiante en Nueva York. Madame STEICHEN, profesora de piano en Nueva York. Michael SUTTON, cantante de ópera y profesor de canto en Nueva York. Richard TAYLOR, ayudante de Sutton. Emily BOOTH, hermana mayor de Lillian Cutler. Charlotte BOOTH, hermana menor de Emily. Luther SLOPE, empleado de las hermanas Booth.

Queridos lectores de Virginia Andrews:

Quienes hemos conocido y amado a Virginia Andrews sabemos que lo más importante de su vida fueron sus novelas. Su mayor orgullo fue sostener en la mano el primer ejemplar de *Flores en el ático*. Virginia era una singular y talentosa novelista que escribía con pasión cada día de su vida. Constantemente desarrollaba ideas para nuevas historias que acabarían convirtiéndose en novelas. Otra cosa que la enorgullecía y la satisfacía era leer las cartas que le enviaban los lectores entusiasmados con sus novelas.

Muchos de ustedes nos han escrito después de su muerte preguntando si continuarían saliendo nuevas novelas de V. C. Andrews. Poco antes de su muerte prometimos encontrar un modo de seguir creando historias adicionales basadas en su idea original.

Empezando con los últimos libros de la serie Casteel, hemos trabajado estrechamente con un escritor, cuidadosamente seleccionado, para proseguir su genio creativo mediante nuevas novelas, como *Dawn* y *Secrets of the Morning*, inspiradas en su maravilloso talento para la narrativa. *Secretos del amanecer* es el segundo libro de la nueva serie. Creemos que a V. C. Andrews le hubiera satisfecho profundamente saber que esta nueva serie entretendrá a muchos de ustedes. En los próximos años publicaremos otras novelas, incluyendo algunas basadas en historias que Virginia pudo completar antes de su fallecimiento. Esperamos que obtengan de ustedes la acogida habitual.

Les saluda cordialmente,

LA FAMILIA ANDREWS

PRÓLOGO

Nueva York apareció de repente debajo de mí mientras descendíamos por entre los cúmulos de nubes. ¡Nueva York! La ciudad más excitante del mundo, una ciudad que yo sólo había visto y de la que sólo había oído hablar en los reportajes de las revistas. Miré fijamente por la ventanilla y contuve la respiración. Los altos rascacielos parecían interminables, superiores a cuanto podía haber imaginado.

Cuando la azafata empezó a decir que nos abrocháramos los cinturones y levantáramos el respaldo de nuestros asientos, y apareció el aviso luminoso de «NO FUMEN», mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que creí que podría oírlo la simpática anciana que iba a mi lado. Me sonrió como si así fuese.

Cerré los ojos y me acomodé en mi asiento. Todo había sucedido muy de prisa: el descubrimiento que hice sobre mi raptó y el enfrentarse a la abuela Cutler a tantas mentiras, lo que la obligó a prometer que sacaría inmediatamente de la cárcel, en libertad condicional, a papá Longchamp, el hombre que yo había creído erróneamente que era mi padre. A cambio de ello accedí a ir a la «Escuela Bernhardt de Artes Teatrales» de Nueva York, impulsada por la abuela Cutler que lo arregló todo para no tener viviendo en su casa a una muchacha que alegaba no ser realmente una Cutler. Mi madre confesó haber tenido un desliz con un cantante que iba de paso, mi verdadero padre, y entonces, muy oportunamente, se vio sumida en uno de sus estados depresivos y declinó cualquier responsabilidad.

La abuela Cutler tuvo de este modo libertad para hacer de mí cuanto quisiera, exactamente igual que podía hacer con cuantos vivían en Cutler's Cove, incluyendo a su hijo Randolph, el marido de mi madre.

¡Qué vida tan horrorosa había llevado en el hotel después de que me devolvieran con quiénes yo consideraba mi familia verdadera! ¿Cómo podría olvidar jamás que Philip había abusado de mí ni el rencor de Clara Sue, que acabó dando lugar a que al pobre Jimmy se lo llevara la Policía sin contemplaciones después de que se fugara de un hogar adoptivo tan horrible? Ahora me hallaba atrapada entre dos mundos: el feo mundo del hotel, donde no podía recurrir a nadie ni contar con nadie, y la espantosa perspectiva de la ciudad de Nueva York en la que todas las personas me eran desconocidas.

Pese a que iba a hacer lo que siempre había soñado —estudiar para ser cantante—, me aterraba poner los pies en una ciudad tan grande. No es extraño, pues, que se me paralizase el aliento en la gargarita y que mi corazón amenazara con golpear mi pecho como un tambor.

—¿Te espera alguien en el aeropuerto, querida? —me preguntó la anciana que ocupaba el asiento contiguo y que se presentó como Miriam Levy.

—Un taxista —murmuré, buscando a tientas en mi bolso las instrucciones que me habían dado. Las había leído veinte veces durante el vuelo, pero tenía que mirarlas otra vez para asegurarme de lo que iba a suceder—. Debe estar esperándome junto a la cinta de equipajes portando un cartel con mi nombre.

—¡Oh, sí! Lo hace mucha gente, ya lo verás —dijo, dándome unos golpecitos en la mano. Le había explicado que iba a vivir en una residencia de estudiantes con otros alumnos de «Bernhardt» y me había informado de que estaba ubicada en un barrio muy bonito del Lado Este. Cuando le pregunté qué significaba el «Lado Este», me explicó que las calles y avenidas estaban divididas entre el Este y el Oeste, y de ahí que debiera saber si el 15 de la calle Treinta y tres, por ejemplo, pertenecía al lado Este u Oeste de dicha calle. Parecía tremendamente complicado y me imaginé perdida y deambulando sin cesar por aquellas largas y anchas avenidas, entre miles de personas que pasaban raudas sin reparar en mí.

—No debes tener miedo a Nueva York —repuso mientras se ajustaba el sombrero—. Es grande, pero sus gentes son afables cuando llegas a conocerlas. Especialmente en mi barrio, en Queens. Estoy segura de que una muchacha tan bonita como tú hará amistades inmediatamente. Y piensa en todas las cosas maravillosas que podrás ver y hacer.

—Lo sé —asentí volviendo a guardar en mi bolso el folleto explicativo de la ciudad de Nueva York.

—Qué afortunada eres al venir a Nueva York para asistir a una famosa escuela —prosiguió—. Yo debía tener tu edad cuando mi madre me trajo de Europa. —Se echó a reír—. Creíamos que las calles estaban pavimentadas con oro. Por supuesto, era un cuento de hadas. —Volvió a golpearme cariñosamente la mano—. Puede que para ti las calles estén pavimentadas de oro y tu cuento de hadas se haga realidad. Eso espero —añadió, titilándole cálidamente los ojos.

—Gracias —dije, aunque ya no creía en cuentos de hadas, especialmente en cuentos de hadas que se convirtieran para mí en realidad.

Volví a contener la respiración cuando las ruedas del aparato bajaron y nos aproximamos a la pista de aterrizaje. Luego sentimos un ligero traqueteo y empezamos a rodar por ella. Habíamos tocado tierra. Me encontraba realmente aquí. Estaba en Nueva York.

UNA NUEVA AVENTURA, UNA NUEVA AMIGA

Salimos del avión lentamente en fila. Cuando entramos en el aeropuerto, Mrs. Levy localizó a su hijo y a su nuera y les saludó con la mano. Ellos se acercaron y la abrazaron. Yo me quedé a un lado observándolos un momento. Me hubiera gustado tener una familia que esperase también mi llegada con impaciencia. Pensé cuán maravilloso sería tener gente querida esperándote para rodearte con los brazos y decirte que te han echado mucho de menos. ¿La tendría yo algún día?

Mrs. Levy se olvidó de mí cuando se reunió con los suyos. Eché a andar tras la multitud de pasajeros, considerando que todos nos dirigíamos al mismo sitio, hacia la cinta de equipajes, pero me encontraba como una niña en un circo por primera vez. No tenía tiempo para detenerme y mirar todas las cosas y a todo el mundo. En las paredes, unos grandes y vistosos carteles hacían publicidad de los espectáculos de Nueva York y a mi alrededor se anunciaban en voz alta precisamente la clase de musicales que yo había soñado ver. ¿Sería posible que aquellas estrellas y aquellos espectáculos estuvieran sólo a pocos minutos de distancia? ¿Podía ser yo tan necia de soñar que algún día aparecería mi rostro en uno de aquellos hermosos carteles?

Continué pasillo adelante alzando la vista hacia un descomunal anuncio de un perfume de Elizabeth Arden. Las mujeres de las fotos, con sus caras bellas y radiantes y sus atractivas ropas y joyas parecían estrellas de cine. Mientras avanzaba apresuradamente, oí que anunciaban por el sistema de megafonía las llegadas y salidas de los vuelos.

A mi lado pasó una familia hablando en un idioma extranjero; el padre se quejaba de algo y la madre tiraba de la mano de sus pequeños tan rápidamente como podía. Dos marineros se cruzaron conmigo, emitieron un silbido y se echaron a reír ante mi sorpresa. Más avanzado el pasillo vi a tres muchachas fumando unos cigarrillos en una esquina. Ninguna era mucho más mayor que yo y todas llevaban gafas de sol a pesar de estar en un espacio cerrado. Al advertir que me fijaba en ellas me miraron con enojo, de modo que me apresuré a desviar la vista. Nunca había visto a tanta gente junta en un mismo sitio. ¡Y tanta gente rica! Los hombres vestían trajes oscuros y llevaban unos lustrosos zapatos de color negro y marrón, mientras que las mujeres lucían elegantes vestidos y chaquetas de seda, y hacían destellar sus pendientes y sus collares de diamantes mientras resonaban sus tacones altos por los pasillos.

Al cabo de un rato me asaltó el temor de llevar un rumbo equivocado y me detuve. Miré a mi alrededor y vi que no había por allí ningún pasajero de mi avión.

¿Qué pasaría si me hubiera perdido y el taxista que había ido a recogerme se marchara? ¿A quién podía llamar? ¿Adonde iría?

Me pareció ver a Mrs. Levy caminando presurosamente por los pasillos y mi corazón saltó de gozo, pero luego se desplomó al darme cuenta de que se trataba de otra señora mayor, vestida con ropas similares. Eché a andar sin rumbo fijo hacia mi izquierda hasta que vi a un policía alto, parado junto a un quiosco de periódicos.

—Disculpe. —Me miró desde arriba, por encima de su periódico desplegado. En su frente se dibujaron unos diminutos surcos, bajo su ondulado cabello color castaño.

—¿Qué puedo hacer por ti, jovencita?

—Creo que me he perdido. Acabo de bajar del avión y quería ir a la cinta de equipajes, pero empecé a mirar los anuncios y...

Sus ojos se iluminaron.

—¿Estás totalmente sola? —preguntó, doblando el periódico.

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, escrutándome con los ojos entornados.

—Casi dieciséis y medio.

—Bueno, ya eres bastante mayorcita para valerte por ti misma si prestas atención a las indicaciones. Tranquila, que no te has extraviado mucho. —Me puso la mano en el hombro, obligándome a cambiar de dirección y me explicó cómo ir a la cinta de equipajes. Cuando terminó, me apuntó con el dedo índice y dijo—: Ahora no vayas por ahí mirando todos los anuncios, ¿entendido?

—No los miraré —respondí y me alejé de él seguida por el eco de su leve risa.

Los pasajeros se agolpaban y apretujaban alrededor de la cinta de equipajes para recoger sus maletas. Descubrí un pequeño hueco entre un joven soldado y un señor mayor vestido con traje. El soldado, al verme, empujó a su derecha para abrirme más sitio. Tenía los ojos castaños, una sonrisa amigable y sus hombros parecían muy anchos y firmes bajo la ajustada guerrera del uniforme. No pude por menos de mirar fijamente las cintas que llevaba sobre el bolsillo derecho de su guerrera.

—Es por mi buena puntería —señaló, con orgullo.

Me ruboricé. Una de las cosas que me había aconsejado Mrs. Levy durante el viaje era que, en Nueva York, no mirase a la gente. Y lo estaba haciendo una y otra vez.

—¿De dónde eres? —me preguntó el soldado. Encima del otro bolsillo superior de su guerrera llevaba su apellido, WILSON.

—De Virginia —respondí. Cutler's Cove.

Él asintió.

—Yo soy de Brooklyn. Es decir, de Brooklyn Nueva York —añadió, riendo—. El cincuenta y un Estado, y, chica, lo he echado de menos.

—¿Brooklyn es un Estado? —pregunté en voz alta. Él se echó a reír.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Dawn.

—Dawn, yo soy Jhonny Wilson, soldado de primera clase. Mis amigos me llaman Butch por mi corte de pelo —dijo, pasándose la palma de la mano derecha sobre su pelo, cortado a cepillo—. Ya lo llevaba así antes de alistarme en el Ejército.

Le sonreí y entonces me di cuenta de que por delante pasaba una de mis maletas de color azul.

—¡Oh, mi equipaje! —exclamé, tratando en vano de alcanzarla.

—No te muevas —dijo el soldado Wilson. Se coló por entre algunas personas que había a mi izquierda y recuperó mi maleta.

—Gracias —repuse cuando vino con ella—. Todavía me queda otra. Será mejor que me fije en el equipaje.

Alargó la mano y levantó la bolsa de su petate de entre dos baúles negros. Entonces divisé mi segunda maleta. Una vez más, él se abrió camino hasta ella y la rescató para mí.

—Gracias —repetí.

—¿Hacia dónde te diriges, Dawn? ¿Vas a alguna parte de Brooklyn? —preguntó, esperanzado.

—¡Oh, no! Voy a la ciudad de Nueva York —respondí yo mientras él volvía a echarse a reír.

—Brooklyn pertenece a la ciudad de Nueva York. ¿No tienes las señas de donde vas?

—No. Vienen a recogerme —expliqué—. Un taxista.

—¡Oh, comprendo! Oye, deja que te lleve una de las maletas hasta la puerta —se ofreció y, sin darme tiempo a decir nada, cogió una y echó a andar. En la puerta había otra multitud de gente. Muchas personas sostenían unos carteles con unos nombres escritos en ellos, tal como Mrs. Levy había pronosticado. Yo no paraba de buscar, pero no veía mi nombre por ninguna parte. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Y si no viniera nadie a recogerme por haber confundido mi vuelo? Todo el mundo menos yo sabía adonde iba. ¿Sería yo la única persona que llegaba a Nueva York por primera vez?

—¡Allí está! —exclamó el soldado Wilson, señalando algo con la mano. Miré en la dirección que indicaba y vi a un hombre alto y con el cabello oscuro, con aspecto de cansado, aburrido y sin afeitado, sosteniendo un cartel: DAWN CUTLER.

—Con un nombre como Dawn sólo puede referirse a ti —observó el soldado Wilson, llevándome hacia aquel hombre—. Aquí está —anunció.

—Bien —dijo el taxista—. He dejado el taxi ahí delante, pero hay un poli del aeropuerto que anda detrás de mí. Vamos pasando —acabó, sin apenas mirarme, agarrando las dos maletas y embistiendo hacia fuera.

—Gracias —le dije al soldado, que me sonrió.

—Que disfrutes de una buena estancia, Dawn —gritó, mientras yo seguía al larguirucho taxista hacia la salida del aeropuerto. Cuando volví la vista el soldado Wilson ya había desaparecido. Casi parecía que hubiera sido una especie de ángel protector que hubiera bajado del cielo un momento para ayudarme y luego desvanecerse. Durante unos instantes me había sentido segura, a salvo, incluso en aquel inmenso lugar abarrotado de gente extraña. Era casi como si hubiera estado otra vez con Jimmy, con alguien fuerte que cuidaba de mí. Tan pronto como salimos disparados del edificio del aeropuerto, tuve que protegerme los ojos con la mano para ver por dónde iba. Hacía un sol radiante, pero me alegré de que fuera un caluroso día de verano. Me hacía sentirme esperanzada, bienvenida a la ciudad. El taxista me indicó cuál era su coche, metió las maletas en el portaequipajes y me abrió la puerta de atrás.

—Suba —indicó. En aquel momento un policía se acercó rápidamente con cara de pocos amigos—. ¡Sí, sí, ya me voy! —gritó el taxista, apresurándose a rodear el coche para ponerse al volante—. Aquí no le dejan a uno ganarse la vida. Te persiguen día y noche —protestó mientras se alejaba del estacionamiento. Arrancó con tal violencia, que tuve que agarrarme al asa de encima de la ventanilla y luego se detuvo bruscamente tras una fila de coches. Al cabo de un momento salió disparado fuera de la fila, encontró un hueco libre y siguió zigzagueando por entre los demás coches con una pericia que me cortaba la respiración. Estuvimos muchas veces a punto de colisionar, pero en seguida nos encontramos circulando libremente por la autopista.

—¿Es la primera vez que viene a Nueva York? —preguntó, sin volverse a mirarme.

—Sí.

—Bueno, uno se lleva un berrinche diario aquí, pero yo no viviría en ninguna otra parte. ¿Entiende lo que le quiero decir?

No estaba segura de si esperaba mi respuesta o no.

—Viva y deje vivir, y le irá todo bien —me aconsejó—. Le diré lo mismo que a mi propia hija: cuando vaya por la calle, mire al frente y no escuche a nadie. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Sí, señor.

—Ya verá, se encontrará muy bien aquí. Usted es una chica lista y se dirige a un buen barrio. Allí te dicen las cosas con educación —aclaró—. Dicen: «Perdone, ¿tendría usted diez dólares?» —miró el espejo retrovisor y vio mi cara de asombro—. Sólo era una broma —añadió, riendo.

Encendió la radio y yo me puse a contemplar los rascacielos que se iban aproximando, el tráfico y todo el ajeteo. Deseaba ver y saborear aquel viaje de mi entrada en Nueva York a fin de tener después un recuerdo sobre el que reflexionar.

Todo me parecía abrumador. Me pregunté qué esperaría realmente la abuela Cutler cuando preparó mi viaje. ¿Pensaría que iba a asustarme y que le suplicaría regresar? ¿O imaginaba que iba a escaparme y ya no tendría que poner nunca más sobre mí su mirada vigilante y suspicaz? Sentí que se me oprimía el corazón y me dije a mí misma que no haría ni una cosa ni otra. Sería una muchacha con determinación y fortaleza, y le demostraría que era tan fuerte como ella, incluso más.

Cruzamos el puente y nos adentramos en el corazón de la ciudad. Yo no podía dejar de mirar hacia arriba. Los edificios eran muy altos y había mucha gente por las calles entrando y saliendo de ellos. Las bocinas de los coches sonaban estrepitosamente, y otros taxistas se gritaban entre ellos y gritaban a otros conductores. Los peatones cruzaban las calles en volandas, como si pensarán que los conductores embestían deliberadamente contra ellos.

¡Y las tiendas! Yo había leído y oído decir que aquí se encontraban todos los famosos grandes almacenes del mundo, como los «Sacks Fifth Avenue» y «Macy s».

—Si continúa mirando de ese modo, le va a entrar tortícolis —apuntó el taxista. Sentí enrojecer. No había advertido que me estaba observando—. ¿Sabe cuándo se es neoyorquino? —me preguntó, mirándome por el espejo retrovisor. Negué con la cabeza—. Cuando uno no mira hacia los dos lados al cruzar una calle de dirección única. —El rió de lo que yo imaginé sería un chiste, aunque no entendí nada. Y pensé que me quedaba mucho camino para convertirme en una neoyorquina.

Pronto nos introdujimos por unas calles muy bonitas donde la gente parecía ir mejor vestida y las aceras estaban extremadamente limpias. Las fachadas de los edificios también parecían más nuevas y mejor cuidadas. Finalmente, nos detuvimos ante una casa de piedra arenisca con las escaleras de cemento y una barandilla de hierro negro. Sus dobles puertas eran altas y parecían hechas con una fina madera de roble oscuro.

Cuando el coche estuvo totalmente parado, el taxista se apeó y dejó mis dos maletas sobre la acera. Yo descendí también y empecé a mirar con detenimiento, pensando que aquél iba a ser ahora mi nuevo hogar por un largo período de tiempo. Sobre nuestras cabezas vi dos aviones que se remontaban en las alturas de un cielo azul intenso, salpicado de nubecillas de algodón. Al otro lado había un pequeño parque y, más allá, por entre los árboles, se divisaba el agua. Colegí que sería el East River. Pero no podía quedarme allí mirándolo todo. Por un momento me había olvidado del taxista, que continuaba de pie a mi lado.

—Me ha pagado la carrera —declaró—, pero no la propina.

—¿La propina?

—Claro, guapa. A un taxista de Nueva York se le da siempre propina. No lo olvide. Olvídese de cualquier cosa menos de eso.

—¡Oh! —Turbada, abrí mi bolso y busqué a tientas entre la calderilla. ¿Cuánto se

suponía que debía darle?

—Un pavo será suficiente —sugirió.

Saqué un dólar y se lo tendí.

—Gracias. Buena suerte. Tengo que volver a mi duro trabajo. —Se despidió, rodeando el taxi, igual que había hecho en el aeropuerto. A los pocos segundos arrancó, tocando la bocina al cruzar peligrosamente por delante de otro coche, y dobló una esquina.

Me volví y alcé la vista hacia las pequeñas escaleras de cemento, que de repente me parecían muy altas e imponentes. Me agarré a las asas de mi equipaje y di comienzo a un lento ascenso. Cuando alcancé la puerta, dejé las maletas en el suelo y pulsé el timbre. Nadie respondió y me pregunté si estaría estropeado o si no me habrían oído desde dentro. Al cabo de un buen rato volví a llamar. Unos segundos más tarde una mujer alta y de aspecto majestuoso abrió la puerta espectacularmente. Se me antojó que estaba a punto de rebasar la cincuentena. Permaneció erguida, con los hombros echados hacia atrás, como las mujeres que pintaban en las ilustraciones de los libros de texto mostrando una perfecta compostura, con un libro en equilibrio sobre la cabeza. Su pelo castaño estaba totalmente veteado de hebras grises. Llevaba una falda tobillera azul marino y unas zapatillas rosas de bailarina. Su blusa, de color marfil, tenía unas mangas vaporosas y un generoso escote, que formaban los dos botones superiores sin abrochar, pero lo tapaba un collar de dos grandes y vistosas piedras patentemente visibles. Un zarcillo con versiones más pequeñas de la misma imitación de las piedras preciosas le colgaba del lóbulo de la oreja izquierda, pero no lucía ninguno en la derecha. Me pregunté si sabría que le faltaba un pendiente. Su cara estaba copiosamente maquillada, con las mejillas embadurnadas de colorete, como si se lo hubiera puesto a oscuras. Llevaba rímel oscuro en los ojos y sus largas pestañas me confirmaron que eran postizas. El carmín de sus labios era de un brillante color carmesí. Me miró con fijeza, estudiándome de arriba abajo y luego hizo un movimiento de cabeza para sí misma, como confirmando sus pensamientos.

—Supongo que eres Dawn —dijo.

—Sí, señora —respondí.

—Yo soy Agnes, Agnes Morris —declaró.

Asentí con la cabeza. Era el nombre que yo tenía en la hoja de instrucciones, pero ella parecía esperar una reacción mayor por mi parte.

—Bien, coge tú misma las maletas y entra —indicó—. Aquí no tenemos esa clase de servicio. Esto no es un hotel.

—Sí, señora —repetí. Se hizo a un lado para dejarme paso y cuando pasé junto a ella recibí una vaharada de su fuerte colonia, casi insoportable. Olía a una especie de combinación de jazmines y rosas, igual que si se hubiera rociado con una esencia y, al olvidarse de ello, se hubiera vuelto a rociar con otra.

Me detuve a la entrada. El suelo estaba entarimado con madera de cerezo y una larga alfombra oval visiblemente gastada con el dibujo oriental casi desvaído lo cubría. Cuando cerraba a mi espalda el segundo grupo de puertas, un reloj de pie que había a mi derecha dio la hora.

—«Mr. Fairbanks» se está presentando a sí mismo —explicó la mujer, volviéndose hacia el magnífico reloj, encerrado en su caja de rica madera de caoba. Tenía la esfera en números romanos y unas recias manecillas negras cuyos extremos más bien parecían pequeños dedos apuntando a las horas.

—¿«Mr. Fairbanks»? —inquirí, confusa.

—El reloj de caja grande —dijo, como si diera por hecho que yo lo conocía—. A la mayoría de mis pertenencias les he dado los nombres de actores famosos con los que trabajé en un tiempo. Ello da a la casa un carácter más... más... —Parecía como si las palabras estuvieran diseminadas por el aire y le costara trabajo cogerlas—. Más personal. ¡Cómo! —exclamó acto seguido—, ¿acaso lo desapuebas? —Sus ojos se empequeñecieron y los extremos de sus labios palidieron de tanto tensarlos.

—¡Oh, no! —respondí.

—Odio a la gente que desapueba las cosas sin conocerlas antes. —Pasó la palma de la mano por un lateral de la caja del reloj y le sonrió exactamente igual que si fuera una persona que estuviera allí de pie—. ¡Oh, Romeo, Romeo! —susurró. Yo cambié de un pie al otro el peso de mi cuerpo. Las maletas pesaban bastante y estaba de pie, aguantándolas a pulso. Era como si hubiese olvidado que yo estaba allí.

—¿Señora? —exclamé. Volvió de golpe la cabeza y me miró fijamente, como diciendo: «¿Quién eres tú para interrumpirme?»

—Sigue adelante —indicó, señalando hacia el pasillo.

Directamente frente a nosotras había una escalera con una recia barandilla oscura labrada a mano. La alfombra gris de los escalones parecía tan raída como la que había a la entrada. Las paredes estaban adornadas con viejos retratos de actores y actrices, cantantes y bailarinas, recortes enmarcados de revistas teatrales y fotografías de artistas con sus correspondientes artículos. La casa en sí poseía un grato aire de antigüedad. Parecía limpia y pulcra, y era mucho más atractiva que la mayoría de los sitios a los que papá y mamá Longchamp nos había llevado a vivir a Jimmy, a mí y a Fern. Pero aquello parecía ahora a siglos de distancia, como si hubiera ocurrido en otra vida. Agnes se detuvo a la entrada de una habitación que había a nuestra derecha.

—Ésta es nuestra sala de estar. En ella entretenemos a nuestros huéspedes. Entra y toma asiento —indicó—. En seguida tendremos nuestra primera charla para que no haya malos entendidos. —Se paró, frunciendo los labios—. Supongo que tendrás apetito.

—Sí —asentí—. He venido directamente desde el aeropuerto y en el avión no he comido nada.

—Ya ha pasado la hora del almuerzo y no me gusta que Mrs. Liddy trabaje para satisfacer los caprichos de los estudiantes, que comen o dejan de comer cuando les parece. Ella no es la esclava de nadie —añadió.

—Lo siento, realmente no deseo incomodar a nadie. —No sabía qué decir. Era ella la que había hablado de comer y ahora me estaba haciendo sentir culpable por haber confesado que tenía hambre.

—Entra —ordenó,

—Gracias —dije, volviéndome para entrar. Pero me agarró del hombro y me detuvo.

—No, no. Siempre que entres en una habitación, mantén la cabeza erguida, así —dijo, haciendo una demostración—. De esta forma todos se fijarán en ti y notarán tu artística presencia. También debes aprender en seguida las cosas correctas —dijo. Después se alejó por el corredor.

En cuanto desapareció, me volví hacia el salón. La luz diurna que se filtraba por los pálidos visillos de color marfil era difusa y frágil, y otorgaba a la estancia una atmósfera fantástica. Tanto el sofá de cretona como el sillón de elevado respaldo y mullidos brazos a juego tenían un aspecto gastado pero resultaban confortables. Sobre la mesita de café había unos ejemplares de revistas teatrales y, enfrente del sofá, una vieja mecedora.

En el rincón de mi derecha, junto a un bonito escritorio, había una mesa de roble oscuro con un viejo tocadiscos, exactamente igual que el logotipo de la RCA, con una pila de viejos discos al lado. El disco que estaba encima correspondía al aria de la ópera *Madame Butterfly*. Sobre la chimenea colgaba un cuadro de una obra teatral, que se asemejaba a la escena del balcón de *Romeo y Julieta*.

En el otro lado de la habitación había un piano. Miré la partitura que había encima y vi que era un concierto de Mozart, algo que yo había tocado en Richmond. Me dieron ganas de sentarme y ponerme a tocar. Sentí un hormigueo de expectación en la punta de los dedos. Era como si siempre hubiera estado sentada allí. Detrás del piano había unos estantes repletos de ejemplares de obras y viejas novelas, y una vitrina de cristal llena de objetos alusivos al mundo del teatro: viejos programas, retratos de actores y actrices, motivos teatrales entre los que se incluía una vistosa máscara como las que se llevaban en los bailes de disfraces, algunas estatuillas de vidrio y un par de castañuelas con una nota debajo donde se leía: «Obsequio para mí de Rodolfo Valentino».

Mi mirada se clavó en una fotografía con marco de plata que debía de corresponder a Agnes Morris cuando era muy joven. La tomé y la observé más de cerca. Sin tanto maquillaje, parecía fresca y bonita.

—No deberías tocar las cosas sin pedir antes permiso. —Al oír la voz de Agnes di un bote y giré sobre mis talones. Se hallaba de pie junto a la puerta, cruzada de

brazos.

—Lo siento, sólo estaba...

—Aunque quiero que los estudiantes se sientan aquí como en su casa, deben respetar mis pertenencias.

—Lo siento —volví a decir, devolviendo rápidamente la fotografía a su lugar.

—Poseo muchos y valiosos objetos. Son cosas irremplazables no importa el dinero que se tenga, pues están asociadas con recuerdos y los recuerdos valen más que el oro o los diamantes.

Avanzó por el salón y clavó la mirada en la fotografía.

—Es muy bonita —le dije y la expresión de su rostro se suavizó un poco.

—Cada vez que la miro ahora, me parece estar viendo a una extraña. Me la hicieron la primera vez que aparecí en un escenario.

—¿De veras? Parece usted muy joven.

—No era mucho más mayor que tú. —Ladeó la cabeza y alzó la vista hasta la lámpara de bronce acoplada al techo—. Conocí y trabajé con el gran Stanislavski. Interpreté a Ofelia en *Hamlet* y me hicieron una crítica excelente.

Me miró con ojos de miope para ver si estaba impresionada, pero yo no había oído hablar nunca de Stanislavski.

—Siéntate —dijo después secamente—. Mrs. Liddy vendrá ahora con té y unos sándwiches, pero no esperes que en lo sucesivo se te sirva a mesa y mantel.

Tomé asiento en el sofá y ella lo hizo en la mecedora de enfrente.

—Sé algunas cosas sobre ti —prosiguió, asintiendo, con los ojos entornados y los labios tensos. De pronto se sacó una carta de entre la cintura de la falda. Yo pensé que era un lugar insólito para guardarla. Me enseñó el sobre como si quisiera demostrarme que era portadora de un valioso secreto y nada más ver el membrete del hotel «Cutler's Cove» se me desbocó el corazón.

Sacó la carta del interior del sobre. Los dobleces y las arrugas que tenía daban a entender que la había leído varias veces desde que la había recibido.

—Es una carta de tu abuela. Una carta de presentación —añadió.

—¡Oh!

—Sí. —Enarcó las cejas y se inclinó hacia delante para mirarme directamente al rostro—. Me ha hablado sobre algunos de tus problemas.

—¿Mis problemas? —¿Había la abuela Cutler contado por escrito mi horrible historia? ¿Por qué? Deseaba presentarme como una muchacha rara y caprichosa antes de comenzar a vivir en aquella casa. De ser eso cierto, lo hacía sin duda para asegurarse de que fracasaría en el camino de mis sueños.

—Sí —prosiguió Agnes, asintiendo. Se retrepó en la mecedora y empezó a abanicarse con la carta—. Tus problemas en el colegio y cómo tu familia se vio obligada a cambiarte de un colegio a otro porque tenías dificultades de adaptación

con los otros alumnos de tu edad.

—¿Ella le cuenta eso?

—Sí y me alegro de que lo haya hecho —replicó rápidamente Agnes.

—Pero si yo no he tenido nunca dificultades en el colegio. Siempre he sido una buena estudiante y...

—No tiene sentido negar nada. Todo está escrito aquí —interrumpió, golpeando levemente la carta—. Tu abuela es una mujer muy importante y distinguida, y tiene que haber sido muy duro para ella verse obligada a escribir estas cosas. —Se echó hacia atrás—. Has representado una carga grande para tu familia, especialmente para tu abuela.

—Eso no es cierto —protesté.

—Por favor. —Cuando levantó la mano, me di cuenta de que tenía los dedos deformados por la artritis y su mano parecía la de una bruja—. Nada importa ahora sino tu nueva conducta.

—¿Mi conducta?

—Sí, como te comportes mientras estés bajo mi protección —concluyó.

—¿Qué le ha escrito mi abuela?

—Eso es confidencial —arguyó al tiempo que doblaba la carta, la metía en el sobre y volvía a guardársela entre la cintura y la falda.

—¡Pero se refiere a mí! —protesté.

—Eso no importa, no discutas —replicó sin darme tiempo a añadir una palabra más—. Ahora bien —concluyó—, considerando tu anterior conducta, temo que voy a tener que ponerte a prueba.

—¿A prueba? Pero si acabo de llegar y no he hecho nada malo.

—A pesar de todo, es una precaución que debo tomar. Tendrás que respetar todas las reglas —me advirtió, apuntándome con su largo dedo índice—. Nadie vendrá después de las diez de la noche los días lectivos ni después de las doce durante los fines de semana y únicamente cuando yo sepa dónde está cada uno. No se permite nunca el ruido excesivo. Ni ensuciar, ni producir daños o desórdenes en mi casa. No olvides que mientras estés en mi casa serás un huésped, ¿entendido?

—Sí, señora —asentí en voz baja—. Pero considerando que la carta de mi abuela se refiere a mí, ¿no podría usted decirme qué más ha escrito en ella?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, una mujer rechoncha de cabello gris y ojos amables, de no más de metro y medio de estatura, apareció en la habitación portando una bandeja con un sándwich y una taza de té. Tenía los brazos rollizos y los dedos de las manos regordetes, y llevaba puesto un vestido azul claro con un delantal de flores amarillas. Su sonrisa me inspiró inmediatamente calor y amistad.

—De manera que ésta es nuestra Sarah Bernhardt, ¿no? —comentó.

—Sí, Mrs. Liddy. Nuestra nueva prima donna —dijo Agnes haciendo una mueca

—. Dawn, ésta es Mrs. Liddy. Es quien realmente lleva la casa. Lo que diga ella es exactamente igual que si lo dijera yo. No permitiré que nadie sea grosero con Mrs. Liddy —recalcó.

—¡Oh! Estoy segura de que todos serán muy amables, Mrs. Morris. Hola, querida. —Dejó la bandeja sobre la mesita de café y se quedó derecha con las manos en las caderas—. Y bienvenida.

—Gracias.

—Una linda muchacha —dijo Mrs. Liddy a Agnes.

—Sí, pero las bonitas son las que a menudo nos dan más dificultades —espetó Agnes.

Las dos me miraban fijamente y me hacían sentir como si estuviera dentro de la vitrina de cristal, exactamente igual que los artículos teatrales.

—Bueno, querida —acabó Mrs. Liddy—, yo estoy en la cocina casi toda la mañana. Si necesitas alguna cosa puedes encontrarme allí. Queremos que todo el mundo tenga hecha su cama a las diez como más tarde los días festivos, y una vez por semana hacemos limpieza general de la casa. Todos ayudan.

—Sí —apuntó Agnes, fusilándome con la vista—. Aquí trabajamos todos. Las señoritas se recogen el pelo, se ponen las blusas y faldas más viejas y se remangan los brazos, igual que los chicos. Limpiamos las ventanas y fregamos a fondo los cuartos de baño. Lo comparo a desmontar un decorado —añadió—. Supongo que sabrás lo que eso significa, ¿no?

Negué con la cabeza y los ojos de Agnes se dilataron, como si no creyera lo que estaba oyendo.

—Cuando se da por terminada la representación de una obra, los actores y el equipo desmontan el escenario para que pueda empezar la obra siguiente.

Al llegar a ese punto, Mrs. Liddy me sonrió y salió del cuarto.

—¿Has tomado alguna vez lecciones de piano? —preguntó Agnes.

—Algunas —respondí.

—Bien. Tocarás para nosotros durante nuestras reuniones artísticas. Procuro juntar a todos una vez al mes para dar unos recitales. Algunos estudiantes recitan fragmentos de obras; otros cantan y otros tocan instrumentos. Pero eso será más adelante, cuando empiece el año escolar. Durante el verano, no tengo aquí muchos estudiantes. En realidad, ahora sólo hay dos. Pero para el otoño tendremos tres más. Vuelven las hermanas gemelas Beldock y otro, Donald Rossi, que viene por primera vez, igual que tú. Trisha Kramer ha accedido a compartir contigo su habitación. Si no te llevas bien con ella, tendré que ponerte en el ático o pedirte que te marches. Trisha es una joven encantadora y una bailarina que promete. Sería lamentable que ocurriera algo que la hiciera desgraciada aquí. ¿Me he expresado con la suficiente claridad en este aspecto? —inquirió.

—Sí, señora. —Me pregunté qué mentiras le habría transmitido Agnes a mi futura compañera de habitación.

—Y te recomiendo que no trastornes al otro estudiante que hay aquí —me advirtió—. Se llama Arthur Garwood. —Suspiró y meneó la cabeza—. Es un joven sensato que estudia oboe. Sus padres son muy famosos: Bernard y Louella Garwood. Tocan en la Orquesta Filarmónica de Nueva York. Bueno, ya veo que has disfrutado de tu pequeño tentempié. Te enseñaré el resto de la casa y te guiaré a tu habitación.

—Gracias. —Me incorporé—. ¿He de devolver esta bandeja a la cocina?

—Por supuesto. Según tu abuela, estás muy acostumbrada a que te sirvan los demás, pero me temo que...

—¡Eso no es cierto! A mí no me han servido nunca —exclamé.

Sus ojos se achicaron y durante un buen rato me miró con fijeza.

—Sígueme hasta la cocina. Volveremos a por tus maletas cuando te haya enseñado el resto de la casa.

Seguí a Agnes a lo largo del pasillo. La cocina y el comedor estaban en el otro extremo. La cocina era pequeña. Tenía una mesa y unas sillas en el centro, y una ventana que daba a otro edificio, lo cual significaba que por las mañanas no entraría en ella nada de sol. Aun así, Mrs. Liddy lo tenía todo rabiosamente limpio; el linóleo de color amarillo claro brillaba tanto y los utensilios estaban tan resplandecientes, que la habitación despedía destellos por todas partes.

El comedor era largo y estrecho, iluminado por una gran araña de lágrimas. La mesa podía acoger fácilmente a una docena de comensales o más. En aquel momento tenía encima un centro de cristal con un jarrón de flores al lado y cuatro tapetes individuales en un extremo. En seguida imaginé que uno era para mí y los demás para los otros dos estudiantes y para Agnes Morris.

—A Trisha le toca poner la mesa esta semana —explicó Agnes—. Cada estudiante se turna por semanas para poner la mesa y fregar los platos. Y ninguno se queja —añadió, con énfasis.

En el comedor no había ventanas, pero cubriendo la pared de la derecha del techo al suelo había un enorme espejo que hacía parecer aún más larga y ancha la habitación. La pared opuesta estaba salpicada de fotografías de bailarinas y cantantes, músicos y actores, y el desvaído color sepia de las láminas me indicó que eran muy antiguas.

El suelo estaba cubierto por una alfombra marrón oscuro que parecía mucho más nueva que la de la entrada.

Agnes me hizo cruzar el comedor hacia un corto pasillo y me explicó que su habitación estaba allí y la de Mrs. Liddy al otro extremo. Se detuvo delante de su puerta y su mirada pareció suavizarse un poco.

—Si alguna vez necesitas charlar, a cualquier hora, basta con que llames a la

puerta —dijo. Me sorprendió, pero me sentí contenta de que por fin me hubiera dicho algo agradable—. Ésta es una de las razones de que mi casa resulte tan popular entre los estudiantes de fuera. Como yo he trabajado en el teatro puedo ver los problemas retratados en la cara de los estudiantes de artes escénicas. Puedo comprenderlos y sintonizar con ellos.

A veces, cuando se dirigía a mí, hacía unos gestos tan exagerados que daba la impresión de que estábamos en un escenario, delante del público, y que nuestra conversación era el diálogo escrito de una comedia.

—Llama de esta forma —dijo, golpeando suavemente la puerta con los nudillos—. Luego espera hasta que te diga que entres. Acciona despacito el picaporte y ve abriendo la puerta poco a poco, dos dedos o así cada vez —hablaba en un intenso susurro, mientras me demostraba cómo tenía que hacerlo—. Odio que abran las puertas violentamente.

La miré intensamente, fascinada por sus movimientos y por la forma tan suave en que hablaba. Jamás había visto a nadie emplear tanto cuidado para enseñarme cómo entrar en una habitación. Luego, mis ojos se dirigieron hacia la pieza y vi la cortina. Era de dos piezas y caía desde el techo hasta el suelo, a un metro y medio aproximadamente de la puerta, en el interior de la habitación. Para entrar en el cuarto había que separar la cortina por el centro, exactamente igual que se separa el telón para entrar en un escenario. Sin darme tiempo a preguntarle nada, cerró la puerta suavemente y se volvió hacia mí.

—¿Has comprendido todo lo que te he dicho? —dijo.

—Sí, señora.

—Bien. Déjame enseñarte tu habitación.

Regresamos al salón a recoger mis maletas y subimos por la escalera a la planta de arriba, en la que había cuatro dormitorios y dos cuartos de baño, uno a cada lado.

—Ahora bien —explicó Agnes, parándose delante del de la izquierda—, aunque todo el mundo puede usar cualquiera de los dos en caso de urgencia, yo prefiero reservar éste para los caballeros y el otro para las señoritas. No debemos abusar de nuestros cuartos de baño —recalcó—. Debemos pensar siempre en los demás, no ser egoístas ni emplear más tiempo del necesario contemplándonos delante del espejo. Desde que hospedo estudiantes aquí —continuó con voz queda— no he tenido nunca problemas con ninguno de ellos. Eso se debe a que todos empleamos la discreción —dijo—. No estamos demasiado tiempo a solas con un miembro del sexo opuesto, ni cerramos nunca la puerta cuando los dos estamos solos. ¿He sido bastante explícita en este punto? —preguntó.

—Me temo que le han informado mal sobre mí —dije, sintiendo que las lágrimas me quemaban debajo de los párpados.

—Por favor, querida Dawn, no pongamos ni una sola nota desagradable en esta

escena inaugural. Que todo marche bien... sintonicemos mutuamente, sirvamos de ejemplo a los demás. Sólo sé que todos tenemos que salir varias veces al escenario para corresponder a los aplausos. ¿No te parece? —acabó, sonriendo.

Yo no sabía decir. Corresponder a los aplausos, ¿por qué? ¿Usar correctamente los cuartos de baño? ¿No buscarse complicaciones chicos? ¿Qué quería decir con servir de ejemplo? Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza. Ella abrió la puerta y entró en mi dormitorio.

—Puede que no sea tan grande y cómodo como el que estás acostumbrada a tener, pero yo me siento bastante orgullosa de mis habitaciones —dijo.

No contesté. Comprendía que no me haría ningún bien defenderme en aquel momento. La impresión que ella tenía de mí ya había sido envenenada por mi abuela Cutler.

La habitación era agradable. Tenía dos camas blancas de barrotes con cabezal y una mesilla de noche en media de las dos. En el techo había una lámpara con una pantalla en forma de campana. El dormitorio no estaba alfombrado, pero entre las dos camas había una grande de color rosa, a juego con el color de la colcha. Cada una de las dos pequeñas ventanas que había justo encima de los dos escritorios de los estudiantes estaba cubierta por unas cortinas blancas de algodón con los bordes de encaje. Las dos ventanas tenían persianas, ahora subidas para dar paso a la escasa luz solar que se colaba por entre el edificio y el de al lado. Había también dos cómodas y un gran armario con puerta corredera.

Agnes me informó de que la cama de la derecha y la respectiva cómoda me pertenecían a mí. Trisha tenía sobre su cómoda una foto de una pareja que supuse serían sus padres y otra de un muchacho muy guapo que podía ser su hermano o su novio. Encima de la mesa habían unos libros de texto y unos cuadernos de notas pulcramente apilados.

—Bueno, te dejo para que te vayas aposentando —repuso Agnes—. Trisha vendrá de la escuela dentro de una hora o así. No te olvides de que estás en mi casa —agregó, disponiéndose a salir. Al llegar a la puerta se volvió—: Primer acto —y se fue.

Dejé las maletas en el suelo y miré nuevamente en torno a la habitación. Iba a ser mi nueva casa durante mucho tiempo. Resultaba acogedora y cálida, pero tenía que compartirla con otra chica y eso era algo que me asustaba y excitaba a la vez, especialmente después de las advertencias que acababa de hacerme Agnes. ¿Y si no congeniábamos? ¿Y si éramos tan distintas que acabábamos insultándonos? ¿Qué iba a ser de mis sueños de convertirme en cantante?

Empecé a deshacer las maletas, a colgar mis ropas y guardar mis prendas interiores y calcetines en los cajones de la cómoda. Cuando acababa de colocar las maletas en el fondo del armario la puerta se abrió de golpe y Trisha irrumpió en la

habitación. Era dos o tres centímetros más alta que yo y tenía su cabello, castaño oscuro, peinado hacia atrás y sujeto encima de la cabeza en un moño que me pareció muy sofisticado. Sobre sus leotardos negros llevaba un vaporoso vestido de gasa, también negro, y calzaba unas plateadas zapatillas de bailarina.

Trisha tenía los ojos verdes más brillantes que he visto jamás, y las cejas arregladas como las de las modelos. Aunque su nariz era pequeña y perfecta, su boca era un poco delgada y larga. Pero su tez maravillosa, de color melocotón y crema, y su elegante figura la compensaban con creces de cualquier imperfección.

—Hola —exclamó—. Soy Trisha. Siento no haber estado aquí para recibirte, pero tenía una clase de baile —añadió, haciendo una cabriola. Su sonrisa se transformó en una risotada—. ¿Sabes?, aprender esto me ha costado casi un mes.

—Lo has hecho estupendamente —me apresuré a decir, asintiendo. Hizo una reverencia.

—Gracias, gracias. Quédate quieta —dijo sin darme tiempo a pronunciar una palabra más ni a moverme—. Siéntate y háblame de ti. Me moría de hambre..., ¡de hambre! —recalcó abriendo los ojos desmesuradamente—, por tener una compañera de habitación. La única persona que ahora vive aquí es *el Huesos*, y a Agnes ya la conoces —acabó, dirigiendo la mirada hacia la puerta.

—¿*El Huesos*?

—Arthur Garwood. Pero no hablemos todavía de él. Ven —dijo, cogiéndome de la mano y haciéndome sentar en su cama—. Cuéntame, cuéntame. ¿A qué colegios has ido antes? ¿Cuántos novios has tenido? ¿Tienes novio ahora? ¿Es verdad que tus padres tienen un famoso balneario en Virginia?

Yo me limitaba a sonreír, sentada.

—Tal vez mañana pudiéramos ir a ver una película. ¿Te gustaría? —preguntó con una mueca, anticipando el «sí».

—Jamás he ido al cine —confesé.

—¿Qué? —Se echó hacia atrás y me miró fijamente, con la sonrisa congelada. Luego se inclinó hacia delante—. ¿No hay electricidad en Virginia? —preguntó. Nos miramos mutuamente un momento y entonces me puse a llorar.

Quizá se debiera a una culminación de todas mis vivencias: descubrir que los padres que yo había conocido y amado durante más de catorce años no eran mis verdaderos padres, que había sido arrojada a vivir con una familia que no me quería, descubrir que el chico que yo pensaba que podía ser mi primer novio era realmente mi hermano y que el chico que yo consideraba mi hermano me gustaba realmente del mismo modo que un muchacho puede gustar a una joven; el haber tenido una hermana, Clara Sue, cruel y envidiosa, y una madre que sólo se adoraba a sí misma. Y, ahora, descubrir que había sido enviada como parte del trato con una abuela, que aborrecía mi propia existencia, por razones que yo no acababa de entender. Todo ello

caía sobre mí como una lluvia.

Al mirar a Trisha, con sus vibrantes ojos y su genio burbujeante, su entusiasmo por cosas como el *rock and roll*, los chicos y las películas, había comprendido de pronto que yo era muy distinta. Realmente, nunca había tenido la oportunidad de ser una chica joven ni una adolescente. Debido a la enfermedad de mamá Longchamp, me había visto obligada a actuar de madre. Cómo me hubiera gustado ser como Trisha Kramer y otras parecidas a ella. ¿Estaba a tiempo de serlo? ¿O era ya demasiado tarde? Me resultó imposible contener las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Trisha—. ¿He dicho algo malo?

—¡Oh, Trisha, lo siento! —respondí—. No, eres estupenda. Agnes me había hecho creer que serías horrible.

—¡Oh, Agnes! —exclamó, agitando la mano—, no debes tomar en serio todo lo que dice. ¿Te ha enseñado su habitación?

—Sí —contesté, asintiendo y limpiándome las lágrimas—, y la cortina.

—¿No es divertido? Ella cree que vive en el escenario. Espera a ver el resto. ¿Tienes tu tarjeta con el programa de clases?

—Sí. —Busqué en mi bolso y se la enseñé.

—¡Fantástico! Tenemos inglés juntas y música vocal. Ahora te llevaré a la escuela y a dar un buen paseo, pero antes nos pondremos unas blusas anchas, unos pantalones tejanos y unas bambas e iremos a tomar unos refrescos y a charlar hasta que se nos seque la garganta.

—Mi madre sólo ha comprado prendas de fantasía para la escuela. No tengo blusas de sport —protesté.

—Claro que las tienes —dijo, brincando de repente y acercándose al armario. Sacó una de las suyas, de algodón y de un color llamativo, y me la arrojó.

Me cambié a toda prisa, mientras charlábamos sin cesar, riéndonos de casi todo lo que decíamos. Cuando salíamos, Trisha me detuvo en la puerta.

—Por favor, querida —dijo, adoptando el mismo porte que Agnes—, siempre que entres o salgas de una habitación, mantén la cabeza erguida y los hombros rectos. De lo contrario, no se fijarán en ti. —Detrás de nosotras fuimos dejando una estela de risas hasta que bajamos saltando por la escalera. Llevaba yo pocas horas en Nueva York, ¡y ya tenía una amiga!

CONOCIENDO LA ESCUELA BERNHARDT

Ni aunque Trisha me llevara a un pequeño restaurante que había a sólo dos manzanas de distancia de nuestra residencia de estudiantes, pude evitar el miedo de llegar a perderme. Las calles eran muy largas y vi que, para llevar su paso, debía caminar de prisa. Mis ojos se volvían locos mirando el tráfico, a la gente, los escaparates y las casas de apartamentos. Pero Trisha mantenía la vista baja y hablaba mientras avanzaba apresuradamente por la acera hasta llegar a una esquina. Entonces me llevó por otra calle y luego por otra. Parecía tener un sexto sentido ante el tráfico y con la gente, y actuaba como si tuviera ojos en la nuca y no la preocupara chocar con los viandantes o ser atropellada por un coche.

—Corre —me decía al verme andar tímidamente tras ella—, antes de que nos cambie la luz del semáforo. —Me agarró de la mano y tiró de mí para cruzar la calle. Los automovilistas nos pitaron con sus bocinas porque la luz del semáforo cambió cuando sólo habíamos cruzado tres cuartas partes del recorrido. Yo estaba aterrada, pero a Trisha le pareció divertido.

La cajera del pequeño restaurante, como también un hombre recio y calvo, bastante mayor, que estaba detrás del mostrador e incluso una de las camareras conocían a Trisha. Al vernos entrar la saludaron con la mano y nos dijeron hola. Trisha se deslizó en el primer reservado que había libre y yo la seguí, feliz de encontrarme a salvo y poder descansar.

—Jamás he estado en Virginia —empezó Trisha—. Mis padres son del norte de Nueva York. ¿Cómo es que no tienes el fuerte acento del Sur? —preguntó seguidamente, al percatarse de ello.

—Yo no me he criado en Virginia —expliqué—. Mi familia viajaba mucho y no siempre vivimos en el Sur.

La camarera se acercó a nuestra mesa.

—¿Te apetece un blanco y negro? —me preguntó Trisha. Yo no sabía qué era aquello, pero me daba vergüenza confesar mi ignorancia.

—Bueno —acepté.

—Todos los chicos de la escuela vienen aquí —dijo Trisha—. Hay una gramola. ¿Quieres escuchar algo de música?

—Sí —respondí. Trisha saltó de su asiento y se acercó a la gramola.

—¿No te parece estupendo? —exclamó, al regresar—. Espera un segundo —añadió sin darse tiempo a respirar—. ¿Qué quieres decir con que tu familia ha viajado

mucho? Agnes me ha dicho que tu familia posee un famoso hotel desde hace tiempo y por la forma en que lo ha descrito, parece verdaderamente un sitio histórico.

—Es cierto.

—No lo entiendo —dijo negando con la cabeza.

—Resulta complicado —dije, con la esperanza de zanjar así la cuestión, pues estaba segura de que si le contaba mi historia, lamentaría tenerme como compañera de habitación.

—¡Oh, siento parecer una espía! Mr. Van Dan, nuestro profesor de gramática, dice que debería encargarme de la columna de chismorreos de un periódico.

—Es un poco duro para mí hablar de ello en estos momentos —aseguré, pero me di cuenta de que sentía gran interés por conocer la historia.

—Esperaré. Tenemos mucho tiempo por delante para hurgar en nuestros respectivos asuntos. No pude evitar reírme.

—Puestas a fisgonear, dime, ¿la fotografía que hay junto a la de tus padres es de tu hermano o de tu novio? —pregunté yo.

—Mi novio, que está en casa —respondió asintiendo. Luego levantó los brazos y exclamó—: Soy hija única.

Y muy malcriada —añadió—. Mira lo que me envió mi padre la semana pasada. —Alargó la muñeca y me enseñó un bello reloj de oro con dos diamantes incrustados, uno en las doce y el otro en las seis.

—Es muy bonito. —Mi cumplido era sincero, pero no pude impedir que mis ojos empezaran a llenarse de lágrimas. ¿Llegaría yo algún día a saber quién era mi verdadero padre, a reunirme con él y a conseguir que me quisiera como un padre debe querer a una hija? Según mi abuela Cutler, él no se interesó en absoluto por mi nacimiento y prefirió escabullirse eludiendo cualquier responsabilidad. Pero, en el fondo, yo abrigaba la esperanza de que la abuela Cutler mintiera en relación con aquello igual que había mentido en otras cosas relacionadas conmigo. En lo más secreto de mi corazón, yo soñaba con que me encontraba en Nueva York, la capital del espectáculo, y de alguna manera iba a encontrar a mi verdadero padre. Y, cuando le encontrara, él se alegraría muchísimo de verme.

—Siempre me está enviando regalos —continuó Trisha—. Supongo que soy una hija de papá. ¿Cómo es tu padre? ¿Tienes hermanos o hermanas? Puedo preguntarte esto ahora, ¿no?

—Sí. Tengo un hermano y una hermana. Mi hermano Philip es mayor que yo y mi hermana Clara Sue es un año más joven. —Pensé en Jimmy y en Fern y en qué difícil me resultaba no llamarles hermanos míos—. Mi padre es... un hombre muy ocupado —añadí secamente, recordando a Randolph y la forma que se las había arreglado siempre para estar ocupado cuando yo le necesitaba.

—No digas más —apuntó Trisha, apoyándose en la mesa—. Así, ¿qué es lo que

haces?

—¿Hacer?

—Con tus dotes, so boba. Yo voy a ser bailarina, pero eso ya lo sabes. ¿Y tú?

—Canto, pero...

—¡Oh, no, otra cantante no! —suspiró. Luego me dirigió una fugaz sonrisa, su rostro se iluminó y sus ojos brillaron como las luces de un árbol de Navidad—. No me hagas caso, estaba bromeando. Me muero de ganas de oírte cantar.

—En realidad, no soy muy buena cantante.

—Has sido admitida en el «Bernhardt», ¿no? Has superado su fuerte examen. ¿No te horrorizó la forma en que te miraban? Pero alguien importante cree que tienes talento. De lo contrario, no estarías aquí.

¿Qué podía decir yo? Si le explicaba que la abuela Cutler había movido los hilos necesarios para que me admitieran, Trisha podía ofenderse conmigo. Si le explicaba que todo era parte de un arreglo, tendría que contarle el resto.

—De todos modos, muy pronto, Agnes te hará cantar en una de sus reuniones.

—¿Fue de verdad una gran actriz?

—¡Oh, sí!, y lo sigue siendo. No quiero decir en el escenario o en la pantalla, pero sí en la vida real. Y sigue teniendo todos esos viejos amigos actores que vienen a tomar el té los domingos. Resulta divertido escuchar sus recuerdos. ¿Conoces ya a Mrs. Liddy?

—Sí. Es muy agradable.

—Ella y Agnes viven juntas desde hace siglos. A veces es la única persona a la que Agnes hace caso, pero no temas, te gustará vivir aquí. Ya lo verás. Eso sí, no te dejes entristecer por *el Huesos*.

—¿Por qué me iba a entristecer él?

—Porque está siempre muy melancólico. Apuesto a que si sonriera una vez se le resquebrajaría la cara —dijo, en el momento en que la camarera nos servía los refrescos.

—¿Por qué le llamas *el Huesos*?

—Lo sabrás cuando le veas. Esto está de rechupete —y Trisha empezó a chupar de su paja. Tenía un genio parecido a un cálido día de verano. Jamás había conocido a una chica tan feliz y eufórica—. Será mejor que te bebas el refresco. Nos quedan muchas cosas que hacer y yo tengo que estar pronto en casa para ayudar a la cena. Es mi turno semanal.

—¡Oh, es cierto!

Trisha insistió en pagar la cuenta. Cuando dejó una propina para la camarera, le conté lo que me había sucedido con el taxista.

—¿Tuvo la cara de pedírtela? —Meneó la cabeza—. ¡No te digo! Claro que la tendría; por algo es un taxista de Nueva York. Vamos —dijo, cogiéndome de la mano.

«Oh, no —pensé—, otra carrera no». Salimos apresuradamente del local y doblamos hacia la izquierda.

—¿Cómo sabes por dónde tenemos que ir? Es todo tan confuso. —Ya había olvidado por dónde habíamos venido. Todas las calles me parecían iguales.

—Es más fácil de lo que piensas. No te llevará mucho tiempo aprender a andar por ahí. La escuela se encuentra sólo a una manzana más arriba y otra transversal —añadió, según íbamos andando.

»Mi novio se llama Víctor, pero todos le llaman Vic —explicó después—. Cada semana me escribe dos cartas y me llama una vez. Y este verano ya ha venido dos veces a verme.

—Eso está muy bien. Eres muy afortunada de tener a alguien que se ocupe tanto de ti.

—Pero tengo que confesarte un secreto —dijo, parándose y obligándome a arrimarme más a ella, como si las personas extrañas que pasaban por la acera junto a nosotras estuvieran interesadas en nuestra conversación.

—¿Qué secreto es ése?

—En la escuela hay un muchacho que me gusta... Graham Hill. Es t-a-n guapo. Está en el último curso y estudia interpretación. —De repente se entristeció—. Pero él no sabe ni que existo. —Bajó la vista hacia el suelo y luego alzó la cabeza con decisión, apresuró el paso otra vez y me arrastró a remolque tras ella—. Corramos. Todavía estarán ensayando y podrás echarle un vistazo.

«¿Correr? —pensé—. ¿Qué estábamos haciendo antes?»

Cuando doblamos la esquina vi la «Escuela Bernhardt» al otro lado de la calle. El terreno estaba rodeado por una alta reja metálica, entrelazada en varias parras en su mayor parte. A la entrada había un sendero para coches que se elevaba serpenteando por un pequeño montículo antes de alcanzar un edificio de piedra gris que me recordaba un castillo por su elevación y redondez, pero con la novedad de un edificio plano, de más reciente adquisición, que se extendía a la derecha. Las ventanas de aquella sección eran más grandes. A la izquierda divisé dos canchas de tenis, que estaban siendo usadas en aquel momento. En una de ellas dos parejas jugaban una partida de dobles. A pesar del ruido del tráfico y el clamor de las bocinas, sus risas llegaban a veces hasta nosotras.

El cielo se había vuelto de un azul menos intenso a causa de algunas nubes de algodón inflado dispersas. La brisa que hacía bailar los rizos de mi pelo sobre mi frente era cálida y salina. Más allá de la escuela podía divisar el agua que antes había visto desde la entrada de nuestra residencia de estudiantes.

—Vamos —ordenó Trisha cuando la luz empezaba a tornarse verde.

Los terrenos de la escuela me sorprendieron. Lo que menos esperaba yo encontrar era hierba verde, o macizos de flores, o fuentes con bancos y senderos de roca de

pizarra en el centro de Nueva York. Había allí majestuosos arcos y robles de largas y tupidas ramas que proyectaban sombras, bajo las que se sentaban o reclinaban ahora los estudiantes, leyendo unos, hablando en voz baja otros, rodeados por docenas de palomas blancas y grises que se pavoneaban descaradamente. Parecía más un hermoso parque que el jardín de una escuela.

—Qué bonito es esto —opiné.

—En un tiempo fue propiedad de un multimillonario que amó a Sarah Bernhardt, la famosa actriz, y decidió fundar esta escuela en su recuerdo después de su muerte. La escuela existe desde 1923, pero está totalmente actualizada. Hace diez años añadieron los nuevos edificios. Ahí verás una placa —dijo Trisha, señalando a la verja. Cuando cruzamos la calle, me detuve a leerla:

EN MEMORIA DE SARAH BERNHARDT
CUYO INTENSO FULGOR ILUMINÓ EL ESCENARIO
COMO NUNCA ANTES HABÍA SIDO ILUMINADO

—¿No es la cosa más romántica que has leído nunca? —exclamó Trisha, suspirando—. Espero que algún día un hombre rico se enamore de mí y haga esculpir en mármol mi nombre.

—Estoy segura de ello —le dije, y ella sonrió.

—Gracias. Eres muy amable al decir eso. Estoy muy contenta de que estés aquí. —Entrelazó su brazo con el mío y me hizo cruzar la puerta.

Levanté la vista hacia la entrada circular de la escuela. De cerca, me impresionaba más de lo que había imaginado. Dentro de aquel reverenciado lugar practicaban y desarrollaban su talento unas personas verdaderamente dotadas. Muchos de los licenciados allí eran famosos y sus profesores seleccionaban a los mejores. Era de suponer que a alguien como yo le aplastarían a un lado como un tomate verde en una cesta de tomates maduros. Yo sólo había aprendido a tocar el piano y nunca había recibido lecciones formales de canto. Y, con sólo eso, mi abuela Cutler me había presentado a una audición. Nadie me había dicho que tenía el talento suficiente para inscribirme. Sentía un pánico que me obligó a bajar la cabeza.

—¿Qué te pasa? —inquirió Trisha—. ¿Estás cansada?

—No. Yo..., tal vez debiéramos esperar a mañana —dije, deteniéndome en el sendero de la entrada.

—No tendrás miedo a esta casona, ¿verdad? —se apresuró a preguntarme. Por el modo en que lo hacía, sospeché que ella había tenido la misma sensación cuando llegó allí por primera vez—. Vamos —añadió, apremiándome para seguir adelante—. Aquí son todos muy amables y comprenden lo que significa actuar ante el público. Deja de preocuparte.

Una vez más, me estaba llevando a remolque y empecé a sentirme como un perrito con un dogal al cuello. Recorrimos de prisa el sendero hasta la puerta principal, de la que en aquel momento surgía un hombre alto, vestido con una chaqueta deportiva azul claro y unos pantalones holgados a juego. Su cabello y su bigote eran de un color gris plateado que contrastaba poderosamente con sus ojos cerúleos y su tez rojiza.

—¡Trisha! —exclamó, como si no pudiera creerse que fuera ella.

—Hola, Mr. Van Dan. Ésta es Dawn Cutler, una alumna que acaba de llegar. Le estoy enseñando la escuela.

—¡Oh, sí! —exclamó él, contemplándome de pies a cabeza—. Va usted a formar parte de mi clase.

—Sí, señor —asentí.

—Bien, espero verla mañana. —Se volvió hacia Trisha, titilándole los ojos—. Dawn, reste el cincuenta por ciento a lo que le cuente Trisha, es propensa a la hipérbole —añadió, continuando su camino.

—¿Qué ha querido decir? —inquirí, haciendo una mueca.

—Que tiendo a exagerar —repuso Trisha lanzando una risita—. Es un hombre estupendo y muy divertido en clase —comentó—. Ya te he dicho que aquí la gente es muy amable.

Cuando entramos en el edificio de la escuela, nos saludó un enorme mural que había en el vestíbulo, cubriendo la pared casi del techo al suelo. Era un retrato de Sarah Bernhardt con la mano izquierda alzada como tratando de alcanzar algo, y la mirada puesta en los cielos.

—Por aquí —señaló Trisha y avanzamos hacia la derecha por unos suelos de mármol beige. La luz solar del atardecer se filtraba a través de las altas vidrieras de colores de las ventanas, pintando un arco iris sobre las paredes. Trisha me condujo por un largo corredor hasta detenernos en otro vestíbulo más reducido, frente a dos juegos de puertas dobles. Sobre un amplio tablero un póster anunciaba una futura representación de *La gaviota*, de Chéjov.

—Esto es el anfiteatro —explicó Trisha, abriendo suavemente una de las puertas. Me hizo gestos para que me acercase y miré por encima de su hombro.

Era un amplio auditorio con asientos en semicírculo mirando al escenario, en el que en aquel momento media docena de personas ensayaban una escena. Trisha se llevó el dedo índice a los labios, y me indicó que la siguiera por el pasillo del auditorio. Al llegar hacia la mitad se detuvo y me hizo tomar asiento junto a ella. Durante unos momentos escuchamos cómo el joven director explicaba dónde quería que uno de los actores permaneciera de pie durante la escena. Trisha se inclinó y me susurró al oído:

—Aquel chico que está siempre a la derecha es Graham. ¿No te parece un sueño?

Era alto, de cabello rubio y facciones cinceladas. La melena le caía perezosamente sobre la frente y se apoyaba contra una pared como si no le interesara en absoluto lo que ocurría.

—Sí —respondí.

Al cabo de un rato me apremió para que me levantara y nos retiramos por el pasillo.

—Ven —me dijo tan pronto como las puertas se cerraron detrás de nosotras—. Quiero enseñarte a los compañeros de clase y las aulas de música y el salón para ensayos de danza.

Aunque recorrimos todo a la velocidad de la luz, cuando asistí a las clases al día siguiente me sentí más segura pues sabía dónde estaban la mayoría de las cosas. Al percatarse de lo tarde que era, Trisha se apresuró a sacarme por una puerta lateral y me llevó por un atajo a través de los jardines hasta lo que parecía la entrada de servicio de la escuela. Salimos a la calle y echamos a correr hacia la esquina. Sólo teníamos que recorrer una manzana y estaríamos en la residencia de estudiantes. En cuanto entramos, Agnes Morris salió del salón como si hubiera estado revoloteando alrededor de la puerta.

—¿Dónde habéis estado? —demandó, puesta en jarras.

—Dawn y yo hemos ido al restaurante «George's Luncheonette» a tomar un refresco y luego la llevé a que viera la escuela —se defendió Trisha—. ¿Por qué?

—¿Por qué no preguntaste a Arthur si deseaba ir? A él también le hubiera gustado ir a tomar un refresco. Trisha, generalmente eres más juiciosa —dijo, mirándome—. No permitas que nadie influya mal en ti. —Adoptó una postura arrogante—. En lo sucesivo, habréis de firmar al salir para que yo sepa dónde vais. ¿Está claro? —preguntó, dirigiendo otra vez hacia mí la vista.

—¿Firmar? —exclamó Trisha, incrédulamente.

—Sí. Dejaré un cuaderno aquí en la mesita de la entrada y de ahora en adelante, nombre y hora de salida. Llevé a Arthur a vuestra habitación para que conociera a Dawn y allí no había nadie —añadió, reprobándolo como si fuera la cosa más horrible ocurrida jamás.

—Estoy segura de que a él no le importó —replicó Trisha, desviando la mirada hacia mí.

—Bobadas. Claro que le importaría. Fue como salir a un escenario y encontrarse sin público. Ven, Dawn —dijo—. Te presentaré ahora, no me gusta que Arthur se sienta desairado.

Trisha y yo seguimos a Agnes escalera arriba y nos detuvimos delante de una puerta cerrada a la que llamé suavemente con los nudillos. No hubo respuesta, ni salió nadie a abrir la puerta. Confusa, yo me volví hacia Trisha, la cual se limitó a encogerse de hombros. Agnes volvió a llamar.

—¿Arthur? ¿Arthur, querido?

A los pocos instantes, apareció en la puerta un muchacho excesivamente alto, delgado y con una nariz prominente. Creí oír la voz de papá Longchamp diciendo: «Aquí tenéis a Mr. Espárrago».

Arthur tenía unos ojos negros grandes y tristes, del mismo color de ébano que su cabello, que llevaba largo y desordenado. Parecía que no se hubiera peinado nunca. Su nariz era larga y enjuta, y sus labios, tan finos que parecían trazados con un lápiz. Tenía una cara delgada, con un mentón que acababa casi en pico. En contraste con el negro azabache de su cabello y sus ojos, su piel se veía sumamente pálida. Me recordaba a los hongos silvestres que crecen en los lugares húmedos y sombríos del bosque.

—Buenas tardes, Arthur —saludó Agnes—. Esta es la joven señorita que prometí presentarte: nuestra nueva estudiante. —Se hizo hacia atrás para que yo pudiera adelantarme—. Dawn Cutler, te presento a Arthur Garwood.

—Hola —dije, alargando la mano.

—Hola. —Bajó la vista hacia mi mano, como si antes tuviera que inspeccionarla en busca de gérmenes, la tomó y luego se apresuró a soltarla. Yo no estaba muy segura de que la hubiera tocado realmente. Clavó sus ojos en mí de manera fugaz, pero me pareció ver un chispazo de interés en ellos, pese a que en seguida se puso a mirar el suelo.

—Como ya te dije antes, Arthur es un músico de mucho talento —anunció Agnes.

—Yo no tengo talento —espetó él, aguzando la vista. Sus ojos negros fulguraban.

—Claro que lo tienes —insistió Agnes—. Sois todos unos jóvenes dotados, o no estaríais aquí. Bien —concluyó, entrelazando sus manos y presionándolas contra el pecho—, espero que os hagáis todos buenos amigos y que dentro de varios años, cuando vuestros nombres suban a la fama, recordéis que fui yo quien os presentó por primera vez.

—Jamás lo olvidaré —aseguró Trisha. Volví la cabeza y vi que estaba sonriendo.

—Preparémonos todos para la cena —sugirió a continuación Agnes, que no había captado el sarcasmo de Trisha.

Arthur Garwood tomó aquello como una indirecta para cerrar la puerta y su acción me cogió tan de sorpresa que tuve que retirar el pie para que no me lo pillara. Trisha, al ver el sobresalto en mi rostro, me cogió del brazo y me condujo a nuestra habitación. Tan pronto como cerró la puerta, estalló en una risa tan fuerte que me hizo reír a mí también.

—¿Comprendes por qué le llamo *el Huesos*? —preguntó sujetándose el abdomen—. «Yo no tengo talento» —añadió, poniendo una voz grave para imitar a Arthur.

—¿Por qué es tan desgraciado? —inquirí—. Creo que jamás he visto unos ojos tan profundos y melancólicos.

—No quiere estar aquí. Le obligan sus padres. Cuando quieras ponerte triste, quizá podrás contar con él para que te lea algunos de sus poemas. De todos modos, gracias a Dios que estás tú aquí —añadió—. Así no tendré que enfrentarme yo sola a todo esto. —Empezó a desnudarse para tomar una ducha.

—Puedes usar el otro cuarto de baño para ducharte —dijo—. No tienes que esperarme.

—¿Pero no ha dicho Agnes que estaba reservado para los chicos?

—Sí, pero Arthur no se ducha ni se viste nunca para la cena. Lleva siempre puesta la misma ropa y todavía no hay ningún otro chico.

Para mi primera cena en la casa de los estudiantes elegí un bonito vestido rosado estilo princesa, de cuerpo ajustado y falda amplia; lo extendí sobre la cama, cogí rápidamente mi albornoz y salí a darme una ducha. Apenas me había desnudado y metido dentro del plato de la ducha cuando oí que el pomo de la puerta giraba y lo vi abrirse de golpe. Era obvio que estaba averiado. Sucedió tan de repente, que no me dio tiempo a nada. Arthur Garwood hizo su aparición con la toalla sobre los hombros y la mirada puesta en el suelo. Lancé un grito y me cubrí el seno lo mejor que pude con el brazo y la mano izquierda, mientras con la derecha trataba de tapar la desnudez de debajo de mi cintura. Arthur levantó la cabeza. Al verme se quedó boquiabierto y su tez pálida se volvió roja, como si tuviera fiebre. Entonces extendí la mano y tapé mi cuerpo desnudo con la cortina de la ducha.

—Yo..., oh... lo siento. Yo... —Salió y cerró la puerta rápidamente.

Mi corazón percutía como un tambor de hojalata, pero no porque la cerradura de la puerta hubiera dado lugar a aquel embarazoso momento. Mi recuerdo retrocedió hasta mi hermano Philip y a lo que había sucedido entre nosotros en el «Hotel Cutler» y aquellos recuerdos me producían vértigos y ganas de vomitar. Tuve que sentarme en el borde de la bañera y respirar profundamente. Aun así, no podía dejar de acordarme de las manos de Philip tocando mi cuerpo, de sus labios presionando mis pechos mientras barboteaba, me rogaba y se esforzaba sobre mí aquel día en el hotel. Yo no había sido capaz de revelar nunca lo ocurrido aquel día, toda vez que Jimmy se ocultaba en el hotel y no quería ponerle en peligro. Qué horrible había sido todo. Aquellas vivas imágenes eran como pequeños cuchillos hurgando en mi corazón. Me abracé a mí misma y me balanceé suavemente hacia atrás y hacia delante hasta que mis náuseas remitieron. Luego, después de respirar profundamente unas cuantas veces, me incorporé debajo de la ducha y abrí al máximo el grifo del agua caliente. Estaba tan caliente que me quemaba y lastimaba a medida que salpicaba mi cuerpo. Quizá tenía la esperanza de quemar y desterrar con ello la vergüenza de mis pensamientos y recuerdos, pues me daba cuenta de que no me había liberado de ellos.

Cuando mi piel estuvo tan torturada y enrojecida que me era imposible aguantarlo más, salí de la ducha, me sequé a toda prisa, me puse el albornoz y volví rápidamente

a la habitación. Trisha ya se había vestido y estaba dando los últimos toques a su peinado. Cerré la puerta al entrar y apoyé la espalda en ella, entornando los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Pareces preocupada.

Le conté en seguida que Arthur Garwood había entrado en el baño estando yo allí.

—Eso me ha traído malos recuerdos —musité, sentándome en la cama después de contárselo.

—¿De veras? —Trisha se sentó a mi lado y luego miró su reloj—. ¡Oh, tengo que bajar a ayudar a Mrs. Liddy! Ya hablaremos esta noche. Nos meteremos en la cama temprano, apagaremos la luz y charlaremos hasta que nos rinda el sueño. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza. No había podido evitarlo. Una parte de mi persona quería guardar todos mis retorcidos secretos encerrados en mi corazón, pero otra anhelaba imperiosamente poder confiar en alguien. Me hubiera gustado tener una madre normal como las otras chicas; una madre con quien reír y a quien contar mis problemas, que me cogiera y me acariciase el pelo cuando me encontrara apenada. Mi madre era una flor muy frágil a la que no se le podían contar cosas tristes.

Todas las personas a las que yo amaba realmente habían desaparecido de mi vida y aquellas que estaban ahora dentro de ella eran personas a las que jamás podría querer: la suspicaz y perversa abuela Cutler; Randolph, mi padre postizo, siempre distante y demasiado ocupado; mi pálida y frenética madre; Clara Sue, mi sañuda hermana; y Philip, que pretendía quererme de la única forma en que un hermano no debe nunca querer a su hermana. Yo necesitaba desesperadamente una amiga como Trisha, tal vez demasiado desesperadamente. Tenía la esperanza y rezaba para que no fuera una más de tantas y acabara traicionándome. Pero pensé que hay veces en las que una no tiene más alternativa que confiar en alguien. Cuando Trisha salió, me vestí, me cepillé el pelo y bajé a mi primera cena en la casa de los estudiantes.

Si Arthur Garwood se había mostrado antes excesivamente tímido al mirarme, ahora le aterrorizaba cruzar su mirada con la mía. Aún tenía coloradas las mejillas de turbación y solamente levantaba la cabeza de su plato cuando no podía evitarlo.

La cena era maravillosa: carne asada y patatas con una salsa excelente. Mrs. Liddy también sabía hacer maravillas con las verduras, en mi vida había probado unas espinacas y zanahorias como aquéllas. De postre tomamos bizcocho empaado en vino y cubierto de mostachón, almendras y crema batida. Mrs. Liddy me dijo que lo llamaban un borracho.

Cuando Trisha terminó de servir los alimentos se sentó a mi lado, pero no tuvimos muchas ocasiones de charlar pues Agnes Morris monopolizó la conversación en la mesa con sus historias sobre diferentes actores y actrices con quienes había trabajado y a quienes había conocido, las obras en las que había actuado y dónde

había hecho su carrera. Parecía tener una opinión y un relato sobre todo, incluso acerca de las espinacas, cuando pude meter baza para alabarlas.

—¡Oh, eso me recuerda una divertida anécdota! —exclamó Agnes. Miré a Arthur, que llevaba toda la noche mirándome a hurtadillas, pero que cuando le sorprendí volvió a ruborizarse y a clavar la vista en el plato—. Se refiere a una joven y horrible actriz que yo conocía, pero no revelaré su nombre porque estos días se ha convertido en el furor de Hollywood. Es la persona más vanidosa que podéis encontrar —dijo, mirándome a mí enfáticamente—. No pasaba una sola vez por delante de un escaparate sin que se contemplara de arriba abajo. De un modo u otro, esta señorita estuvo persiguiendo a un joven guapo y elegante hasta persuadirle para que la sacara a cenar y luego a dar un paseo en carruaje por Central Park, que ella presentía muy romántico. No fue así y, de hecho, cuando la acompañó a su casa al final de la velada, él se limitó a estrecharle la mano y a desearle buenas noches. Ni un leve y formal beso de despedida —subrayó Agnes.

»Bueno, como podéis suponer, mi vanidosa amiga se quedó muy turbada. Se fue derecha al dormitorio y se puso a llorar sobre la almohada, pero cuando cesó en su llanto para mirarse en el espejo, como hacía siempre, ¿a que no adivináis lo que vio? ¡Una hebra de espinacas enganchada entre dos dientes! —Agnes aplaudió, riendo y Trisha me miró y alzó la vista al cielo. Yo miré a Arthur, que casi sonrió y, con los labios tensos, meneó la cabeza.

Me ofrecí para ayudar a Trisha a recoger la mesa, pero Agnes repitió que cada cual debía hacer el trabajo en su propio turno y prácticamente me ordenó que la siguiera a la sala de estar para enseñarme su álbum de recuerdos.

—Por supuesto, Arthur puede venir también si lo desea —dijo. Arthur profirió su primera palabra de la noche.

—Gracias, pero debo concluir mis deberes de matemáticas para poder *practicar* —respondió, haciendo una mueca cuando pronunció la palabra «practicar», como si soltara una blasfemia. Me lanzó su última mirada furtiva y salió disparado. Pensé que no hubiera sido más tímido si hubiera nacido tortuga.

Resultó que Agnes no tenía solamente un álbum de recuerdos; tenía cinco y todos estaban llenos hasta la última página. Había conservado todas las palabras que habían sido escritas sobre ella, incluso las notas e informes de los profesores de la escuela donde se había graduado. Algunas frases estaban subrayadas, especialmente aquellas similares a «Agnes muestra una tendencia dramática».

—Aquí hay una foto mía a la edad de dos años bailando en la terraza.

La fotografía era tan vieja y estaba tan desvaída que resultaba imposible distinguir su cara, pero yo sonreí y opiné que era extraordinaria. Agnes siempre encontraba algo que comentar sobre todo lo que había en su álbum de recuerdos. Sólo habíamos visto libro y medio, cuando Trisha regresó de sus quehaceres en la cocina y

me rescató.

—Es hora de que vaya a hacer mis deberes de gramática —anunció Trisha desde la puerta—. He pensado que puedo enseñarle a Dawn lo que hemos hecho hasta ahora y así le será más fácil ponerse al corriente.

—¡Oh, por supuesto! —asistió Agnes.

—Gracias —dije yo, levantándome. Dirigí una mirada de gratitud hacia Trisha y me aparté del sofá.

Cuando Trisha y yo llegamos al pie de la escalera, nos lanzamos por ella hacia arriba, tragándonos nuestras risas hasta que cerramos la puerta de nuestro dormitorio.

—Yo ya sé lo que es eso —dijo Trisha—. Las primeras noches de mi llegada aquí me estuvo torturando con ello. Claro que yo estaba atrapada —añadió—. No tenía quien viniera a salvarme como yo te he salvado a ti. Me pregunto a qué viene esa nueva rareza de que firmemos al salir y al entrar —comentó—. Agnes no había hecho nunca nada de eso con nosotras.

—Todo es por mi culpa —dije.

—¿Por tu culpa? ¿Se debe a que no estabas aquí para ser presentada a Arthur? No, yo creo...

—Es porque mi abuela escribió a Agnes una carta contándole cosas horribles de mí. Agnes me ha dicho que estoy a prueba.

—¿A prueba? ¿Agnes ha dicho eso? Qué extraño. Raras veces se preocupa de hacer cumplir las reglas. La mayoría de las veces, ni siquiera se acuerda de ellas. ¿Pero por qué tu propia abuela ha hecho tal cosa? —preguntó Trisha.

Antes de que tuviera tiempo de contestar, dieron un golpecito a la puerta y Agnes asomó la cabeza.

—Hay una llamada telefónica para Dawn —dijo.

—¿Una llamada telefónica? —Miré a Trisha.

—Se me olvidó decirte que no permitimos llamadas telefónicas después de las siete de la tarde, a menos que se trate de un caso de urgencia o que tenga algo que ver con la escuela. Como ésta es una llamada de larga distancia, hago una excepción y he dicho que te pondrías —me advirtió Agnes—. Puedes hablar desde el salón.

—¿Es mi madre? —pregunté, sacando lentamente mi albornoz.

—No. Se trata de un tal Jimmy —informó.

—¡Jimmy! —Pasé disparada por delante de ella, bajé a toda prisa la escalera hasta el salón y cogí el auricular.

—¡Jimmy!

—Hola, Dawn. ¿Cómo estás? Espero no haberte buscado complicaciones llamándote a estas horas. A la señora que me ha atendido no ha parecido gustarle.

—No, no pasa nada. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Tengo una buena noticia que darte y, como voy a salir mañana, he

pensado que sería mejor intentar telefonearte.

—¿Que sales mañana? ¿Adonde vas?

—Dawn, me he alistado en el Ejército. Mañana parto para el campamento de instrucción —anunció, sin más rodeos.

—¡Te has alistado! ¿Y tus estudios?

—El oficial de reclutamiento ha dicho que puedo obtener el diploma del instituto estando en el Ejército. Además, aprenderé alguna especialidad que podré usar cuando me licencie.

—Pero Jimmy..., el Ejército... —Enmudecí. Mi corazón se disparó al acordarme de aquel soldado que me había ayudado en el aeropuerto y que me había recordado a Jimmy. ¿Había sido aquello un presagio, una profecía?

—Todo irá bien, Dawn. Es conveniente para mí. Quiero valerme por mí mismo y no andar rodando de una casa de acogida a otra. —La voz de Jimmy sonaba con determinación.

—Pero, Jimmy, ¿cuándo te veré? —exclamé.

—Cuando termine el período de instrucción, pediré un permiso e iré a verte a Nueva York. Te lo prometo. No tengo nadie a quien ir a ver ni que me importe más que tú, Dawn —dijo con voz queda. La imagen de su hermoso rostro destellaba delante de mí y sus ojos negros resplandecían reclamando un amor recíproco que ambos creíamos prohibido. Tras varios años de vivir como hermano y hermana, resultaba difícil desprenderse de aquella identidad y adoptar otra nueva.

—Jimmy, te echo de menos —dije yo—. Más que nunca, ahora que estoy en Nueva York. Esto es tan grande y tan imponente...

—No te preocupes, Dawn. Iré a verte antes de lo que te imaginas, y sé que vas a triunfar.

—Ya he hecho una amiga; mi compañera de habitación. Se llama Trisha Kramer y es estupenda. Te gustará.

—¿De veras? Lo sabía.

—Pero, Jimmy, deberías tratar de encontrar a papá. Sobre todo, ahora que vas a incorporarte al Ejército. Te necesita, Jimmy. No quiero ni pensar que vaya a salir de esa horrible cárcel y se encuentre totalmente solo. No tiene a mamá, no tiene a Fern, y no te tiene a ti.

Los dos guardamos silencio.

—¿Jimmy?

—Le he escrito una carta —confesó Jimmy.

—¡Oh, Jimmy, cuánto me alegro!

—Más que nada le escribí porque tú querías que lo hiciera —arguyo, poniendo en la voz una aspereza varonil.

—Jimmy, me hace muy feliz que hayas hecho una buena acción pensando en mí —

musité.

—¡Ajá! —se apresuró a añadir—. ¿Qué me dices de tu nueva familia? ¿Van a ir a visitarte?

—Eso dicen. Jimmy...

—Sí, Dawn.

—Tú eres todavía mi verdadera familia. —El guardó un largo silencio desde el otro lado de la línea.

—Tengo que colgar, Dawn. Todavía he de preparar la maleta y hacer algunas cosas.

—Ten cuidado, Jimmy. Y escríbeme, ¡por favor! —rogué.

—Claro que te escribiré. Pero no te conviertas en una gran estrella demasiado rápido y te olvides de mí —bromeó.

—Jamás haré eso, Jimmy. Lo prometo.

—Adiós, Dawn.

—Adiós.

—¡Dawn! —gritó.

—¿Sí, Jimmy?

—Te quiero —dijo atropelladamente.

Yo sabía lo difícil que era para él decir aquello, expresar con palabras unos sentimientos que los dos habíamos considerado pecaminosos.

—Yo también te quiero a ti, Jimmy —dije, y entonces oí cortarse la línea con un golpe seco. Cuando iba a colgar el aparato creí oír otro golpecito seco. ¿Habría estado escuchando Agnes Morris? Tal vez la abuela Cutler se valía de ella como espía.

Hasta después de haber colgado el auricular, no me di cuenta de que las lágrimas resbalaban por mis mejillas, deslizándose hasta el mentón. Me sequé la cara con la palma de las manos, salí lentamente del salón y empecé a subir por la escalera. Cuando entré en la habitación, Trisha estaba metida en la cama leyendo una revista. La soltó inmediatamente y me miró con ojos curiosos.

—¿Quién es Jimmy? —inquirió.

—El muchacho que yo creí hermano mío durante muchos años —respondí. Ella abrió exageradamente los labios.

—¿Que creíste hermano tuyo? —repitió. Yo asentí—. ¿Un muchacho que creíste que era hermano tuyo? ¿Una abuela que escribe cartas horribles sobre ti? ¿Se puede saber de qué clase de familia procedes?

Comprendí que había llegado la hora de contarle parte de mi historia. Si pensaba tener una amiga, una verdadera amiga, no podía silenciarle unos secretos demasiado profundos y oscuros. Tenía que fiarme de ella, correr el riesgo y confiarle mi historia. Sólo me restaba esperar y rezar para que no me traicionara divulgando mi pasado por toda la escuela, un pasado que me haría parecer un bicho raro ante los demás,

especialmente ante quienes no me conocían.

—¿Me prometes no contarle a nadie lo que te voy a narrar? —le pregunté.

—Por supuesto —respondió ella, con los ojos dilatados de excitación—. Te lo juro por mi vida —aseguró, trazando una cruz sobre su pecho. Moví afirmativamente la cabeza y me senté en mi cama. Trisha dobló las piernas, sentándose sobre los talones, se sacudió el pelo sobre los hombros y dobló las manos encima del regazo. Daba la impresión de que había dejado de respirar.

Mis pensamientos volaron junto a Jimmy. Rememoré las horas que habíamos pasado charlando, tendidos el uno junto al otro en nuestro sofá abatible y susurrando hasta bien entrada la noche. Me eché hacia atrás y miré el techo.

—Al poco tiempo de nacer, fui raptada —comencé, y le referí mi historia.

Durante la mayor parte del tiempo, Trisha no hizo ninguna pregunta ni pronunció una sola palabra. Al cabo de un rato se tendió de espaldas sobre la cama y se quedó escuchando con los brazos cruzados. Creo que tenía miedo de interrumpirme por temor a que cesara de hablar. Después de contarle todo lo relativo a mamá y papá Longchamp, a Fern y a Jimmy, y describirle cómo había sido la vida para nosotros, volví rápidamente al hotel «Cutler's Cove». Me daba mucha vergüenza contarle mi breve romance con Philip mientras asistí a «Emerson Peabody», en Richmond, y lo que había sucedido después en el hotel entre nosotros dos.

—Clara Sue parece horrible —opinó Trisha finalmente—. Qué mezquindad le hizo a Jimmy.

—Ojalá no volviera a verla más —contesté. Trisha guardó silencio durante un rato. Luego se incorporó y se volvió hacia mí.

—Cuando volviste del baño después de que Arthur entrara, dijiste que te había traído malos recuerdos. ¿Cuáles eran esos malos recuerdos? ¿Algo más sucedido en el hotel? —inquirió, perspicazmente.

—Estuve a punto de ser violada mientras tomaba una ducha —dije, decidiendo inventarme algo—. Por un trabajador del hotel.

—¡Oh, eso es terrible! ¿Y qué hiciste?

—Me defendí como pude y huyó. Aún le está buscando la Policía. —Miré hacia otra parte para que Trisha no detectara la mentira en mis ojos. Repentinamente, me recorrió un escalofrío y casi me quedé paralizada de miedo al pensar cómo reaccionaría Trisha al escuchar mi relato. ¿Qué acababa de hacer yo? Nueva York era la única oportunidad que me quedaba para llevar una nueva vida, un sitio donde nadie conocía la singularidad de mi pasado. ¿Por qué habría confiado a nadie cosas que debieran ser sepultadas dos metros bajo tierra para que nadie volviera a verlas? Con mi corazón marchando como un tren de alta velocidad, miré a Trisha, aterrada por la posibilidad de descubrir el aborrecimiento en sus ojos.

—¡Eres muy afortunada! —exclamó ella de pronto.

—¿Qué? ¿He oído bien? ¿Afortunada?

—Has tenido una vida la mar de excitante, mientras que a mí jamás me ha ocurrido nada —se lamentó—. Lo único que he hecho es asistir a un viejo y vulgar colegio público de una pequeña población, no he tenido más que un novio y apenas he ido a ninguna parte. Bueno, hemos estado docenas de veces en Palm Beach, en Florida, pero eso no me divierte. Me paso la vida atrapada en algún hotel rancio, obligada a vestir y a comportarme correctamente porque hay muchas personas ricas e importantes que están siempre mirándose entre ellas y, en especial, mirando a los hijos de los demás. Si tengo un cabello fuera de su sitio, mi madre se pone histérica. Nuestros modales los hemos aprendido en Emily Post. ¡Ni siquiera puedo sacar un codo de la mesa!

Saltó sobre mi cama y se tendió boca abajo.

—Pero cuando sea una bailarina famosa me desquitaré. Voy a vestirme disparatadamente, tendré docenas de amigos encantadores, todos ellos de oscura reputación, fumaré cigarrillos en largas boquillas de nácar y visitaré los sitios más elegantes. Por dondequiera que vaya habrá reporteros sacándome fotos. ¡Y no me casaré hasta... hasta que tenga casi treinta años! Y será con alguien tan rico que su nombre abrirá todas las puertas y hará que la gente corra como conejos salvajes. ¿No te parece excitante? —preguntó.

—Sí —respondí para no herir sus sentimientos, aunque interiormente me notaba desgarrada por mis deseos. Yo quería llegar a ser una gran cantante, probar el gusto de la fama y tener experiencias del mundo; existían demasiadas cosas que yo no había visto ni hecho. Pero, si abría mi corazón y miraba dentro, sabía que vería en su interior mi mayor esperanza. Deseaba tener una familia, y querer y mimar a mis hijos, para que no se sintieran como yo me sentía ahora. Lo otro no se lo deseaba a nadie. Trisha rodó sobre su espalda.

—¿Sabe Agnes todas estas cosas que te han sucedido?

—Lo único que sabe son las mentiras que le ha contado mi abuela en esa carta. Ni siquiera sé lo que pone la carta; me gustaría poder leerla.

—Lo conseguiremos —me aseguró Trisha.

—¿Cómo?

—Cuando sepamos que Agnes va a estar fuera algún tiempo y Mrs. Liddy está ocupada, nos colaremos en su cuarto y la buscaremos.

—¡Oh, no sé si tendré valor para hacer eso! —Sólo de pensarlo se me disparaba el corazón.

—Déjalo de mi cuenta —repuso Trisha—. ¡Oh! —exclamó con voz aguda—, es lo más emocionante que he hecho desde hace siglos.

—Yo no haría una cosa así —musité, pero ella no me oyó o no quiso oírme.

Me hizo volver a mis tiempos pasados y describirle con más detalle cómo era ir

de una ciudad a otra, de un colegio a otro. Estuvimos charlando hasta que ambas confesamos que estábamos rendidas, y finalmente apagamos la luz.

Me dormí muy pronto, cansada del viaje y de todo lo que había hecho desde mi llegada; pero hacia la medianoche me despertó el ruido de una lluvia torrencial: mi primera tormenta de verano en la ciudad de Nueva York. El ritmo en *staccato* percutiendo en el tejado sobre mi cabeza era como el repique de unos tambores militares devolviendo a mi memoria recuerdos que yo esperaba ignorar, remembranzas de mi primera noche en «Cutler's Cove» cuando me encontré en un mundo nuevo y extraño con mi nueva y extraña familia. Cuánto había echado de menos a mamá y papá Longchamp, a Fern y a Jimmy.

Bajé de la cama. Trisha dormía apaciblemente con una respiración profunda y regular. Moviéndome con sigilo para no despertarla, fui al cuarto de baño. Cuando regresaba al dormitorio oí un sonido extraño. Me puse a escuchar y comprendí que era el sonido de alguien que sollozaba y procedía de la habitación de Arthur Garwood. Me acerqué más a la puerta y escuché.

—¿Arthur? —llamé—. ¿Te encuentras bien? —Esperé. El llanto cesó pero él no respondió. Seguí escuchando un poco más y luego regresé a mi habitación sin dejar de pensar en aquel muchacho taciturno y sombrío que se encerraba en su cuarto.

LA CARTA

El verano, que solía avanzar con la lentitud de una oruga, pasó volando y antes de que me diera cuenta me encontré abriendo los ojos para saludar a una mañana de finales de agosto. Mi estancia en Nueva York y mi asistencia a la «Escuela Bernhardt de Artes Teatrales» había transcurrido en una montaña rusa llena de emociones. El pánico que sentí en mi primer día de clase no disminuyó inmediatamente, pese a que Trisha estaba en lo cierto: todos eran amables y trataban de animarme, especialmente nuestros profesores, que eran menos severos que los que había tenido en la enseñanza pública. En todas las clases, excepto en las de matemáticas y ciencias, nos sentábamos en semicírculo de cara al profesor y éste se dirigía a nosotros generalmente en un tono coloquial. ¡Mi profesor de lengua nos decía incluso que le llamásemos por su nombre de pila!

Y la mayoría de los estudiantes también eran diferentes. Las conversaciones en la cafetería y salas de estar versaban siempre sobre teatro, cine o recitales. No teníamos equipo de baloncesto o rugby. Todo giraba en torno a las artes. Yo solía permanecer sentada escuchando mientras los otros hablaban acerca de sus obras y actores favoritos.

Me avergonzaba admitir que todavía no había asistido a ninguna representación auténtica, especialmente a ninguna obra representada en Broadway. Por supuesto, se lo dije a Trisha, la cual hizo inmediatamente lo necesario para que fuéramos a ver una *matinée*.

En el tablero de anuncios de la escuela aparecían casi a diario audiciones y oportunidades de pruebas, sobre todo para los estudiantes de último curso. Yo no podía imaginarme pidiendo a nadie que me pagara por actuar, al menos hasta dentro de mucho tiempo, y a Trisha le ocurría lo mismo, pero siempre nos parábamos a leer los anuncios, dando a entender que planeábamos nuestra asistencia a las audiciones.

Recibí muchos cumplidos y abundantes muestras de apoyo por parte de mi profesor de vocalización y mis condiscípulos de música, pero si alguien me impedía perder la cabeza, ésa era mi profesora de piano, Madame Steichen. Había actuado como pianista de concierto en Austria y era muy famosa. Se consideraba un gran honor asistir a su clase, aunque para mí al principio era aterrador. Por la forma en que se comportaban mis compañeros cuando ella entraba en la clase, comprendí que era totalmente diferente a nuestros otros profesores. Llevaba una clase general de música y también daba lecciones particulares.

Madame Steichen vestía siempre formalmente para dar la clase, como si estuviera

tocando ante una audiencia ella sola. Por lo general, entraba un poco antes del comienzo de la clase y no toleraba nunca que nadie llegara tarde. Cuando todos estábamos ya sentados y esperando, oíamos el taconeo de sus zapatos según se iba acercando por el corredor. En cuanto entraba, nadie hacía el menor ruido. Raras veces sonreía.

Era alta y espigada, y tenía unos dedos largos y gráciles que parecían tener cerebro propio cuando se movían por el teclado del piano. Jamás había visto yo tanta intensidad en los ojos de nadie como la que veía en sus ojos pardos cuando estaba tocando. Me sentía muy impresionada y contenta de ser una de sus alumnas.

Siempre llevaba el pelo firmemente recogido en un rodete sobre la cabeza. No usaba maquillaje, ni siquiera un toque de carmín para avivar el pálido rojo de sus labios. Sentada a su lado en la banqueta del piano, le veía unas pequeñas pecas oscuras en sus muñecas y en las sienes. Tenía una epidermis tan diáfana, que dejaba muy al descubierto las diminutas venas que surcaban sus párpados. Sin embargo, su frágil cuerpo era engañoso. Durante la clase se mostraba firme y rígida, y no dudaba nunca en aguijonear con acerbos críticas a sus alumnos cuando lo estimaba necesario. Al menos en dos ocasiones, estuvo a punto de hacerme llorar.

—¿Por qué me dijo usted que había recibido clases de piano? —me espetó la primera vez que me sentó al piano—. ¿Le dijo alguien que yo era sorda a los tonos?

—No, Madame, pero es cierto que he recibido clases. Yo...

—Por favor —me atajó con un ágil movimiento de la mano—. Considere que empieza ahora y olvídense de todo lo que le hayan dicho. ¿Ha comprendido? —exigió, dejándome clavada en mi pupitre con sus pequeños e intensos ojos.

—Sí, Madame —me apresuré a responder.

—Bien. Ahora, volvamos a los fundamentos —dijo. Durante el resto del día me trató como si yo no supiese lo que era un piano.

Hacia el final del verano, en cambio, se detuvo al terminar una clase y me miró fijamente durante un buen rato. Mi corazón empezó a latir intensamente temiendo que me dijera que abandonase el piano. Por el contrario, echó los hombros hacia atrás, asintió y acercó a mí su nariz para decirme algo que consideré extraordinario.

—Usted parece poseer un instinto natural para la música. En su momento, creo que podrá entrar en la clase de pianistas de concierto.

Seguidamente giró sobre sus suaves zapatos y me dejó allí sentada con la boca abierta. Ni que decir tiene que corrí a contárselo a Trisha y las dos lo celebramos con un helado doble de chocolate y nueces en «George's Luncheonette». Nos pusimos tan contentas que incluso tratamos de alcanzar a Arthur Garwood al verle paseando por los jardines de la escuela. Se quedó mirándonos tan asombrado como si le hubiéramos pedido que saltara por el Puente de George Washington. Durante un momento, cuando me observó a mí sola fijamente, pensé que iba a venir, pero luego

negó con la cabeza, nos dio las gracias y se alejó con paso decidido. A lo largo de todo el verano había estado encerrado en sí mismo, pero yo notaba que quería hablar para superar su timidez, quería hablar conmigo, sobre todo cuando me encontraba sola.

Exceptuando a Trisha y a unos cuantos amigos que había hecho en la escuela, yo no tenía a nadie más con quien compartir mi felicidad. Podía escribir cartas a Jimmy pero no podía telefonarle. Había empezado a sentirme realmente como una huérfana. El cruel Destino me había robado a mi familia, dejándome en manos de otra que no me amaba. Era igual que si no tuviera ninguna familia, pasada, presente o futura. Las otras chicas de mi edad podían hablar de su niñez, de sus hermanos y hermanas, de sus abuelos y padres. Podían charlar sobre los viajes que hacían juntas sus familias, sobre sus maravillosas cenas de celebración, de las cosas divertidas que decían o hacían sus hermanos y hermanas. Yo, en cambio, tenía que permanecer sentada sin abrir la boca.

Mi verdadera madre, Laura Sue, no vino nunca a visitarme a Nueva York como había prometido el día que salí de Cutler's Cove. Sin embargo, la noche del último lunes de agosto, me llamó para ver cómo me iban las cosas y para recitarme sus disculpas por desatenderme a lo largo de todo el verano.

—Desde el día en que te marchaste —se excusó— no me he encontrado bien. Primero agarré ese horrible constipado de verano, que casi degeneró en neumonía, y luego se me desencadenó una alergia que, sencillamente, desconcertaba a los médicos. ¡Oh, sí, me ha visto más de un médico! Randolph fue trayendo especialistas en alergias, uno tras otro, pero yo no lograba hacer que mis ojos dejaran de lloriquear y destilar agua, y de vez en cuando sufría ataques de estornudos. Ya te puedes imaginar lo que he sufrido. Apenas he bajado al hotel.

—Siento oír eso, mamá —dije—. Tal vez si hubieras hecho un viaje a Nueva York, te habrías desprendido de la alergia —sugerí.

—¡Oh, no, la alergia se ha ido tan misteriosamente como había venido! Ahora ya estoy bien, excepto un poco débil, y los médicos me aconsejan que continúe un poco más reposando en cama. Lo siento. Con lo que me hubiera gustado llevarte de compras por Nueva York. ¿Lo estás pasando bien? ¿Te gusta la escuela? —me preguntó.

—Sí —respondí dudando de si realmente se preocupaba por mí. Me constaba que si decía que no o trataba de contarle algún problema, no tardaría en sufrir un desmayo y soltar el teléfono, complicándome más la situación.

—Muy bien. Quizá dentro de un mes o así esté en condiciones de viajar. Mientras tanto, me encargaré de que Randolph te envíe algún dinero para que puedas salir de compras con alguna de tus amigas. ¿Te parece bien? Yo enviaría a Randolph, pero en el hotel ha habido más movimiento que nunca y la abuela Cutler depende para todo

de él.

—Estoy segura —repuse secamente— de que ella no depende de nadie más que de sí misma.

—No deberías hablar así, Dawn —me reprendió mi madre—. Eso no nos hará bien a ninguna de las dos. Debemos sacar el mejor partido a la situación. Por favor, no suscites ninguna controversia, no, ahora que ya tengo la fuerza suficiente para hablar contigo.

—Mamá, ¿por qué necesitas tanta fuerza para hablar conmigo? ¿Se debe al cúmulo de mentiras que planea sobre nosotras?

—Tengo que dejarte, Dawn. Me siento cansada —se apresuró a decir.

—Mamá, ¿cuándo me dirás el nombre de mi padre? ¿Cuándo? —demandé.

—¡Oh, querida! No puedo decírtelo por teléfono. Pronto hablaré contigo otra vez —dijo, y colgó sin darme tiempo a soltarle algo desagradable.

En cuanto cortó volví a oír aquel segundo golpecito seco, y ello me produjo una corriente helada por todo el cuerpo. Pensé que Agnes Morris escuchaba mis conversaciones telefónicas. Ello me llenó de rabia y cuando subí la escalera se lo conté a Trisha.

—Me está espiondo —dije—. Estoy segura. Y todo es debido a que se cree las mentiras que le escribió mi abuela.

—Tenemos que echar un vistazo a esa carta —concluyó Trisha—. Lo intentaremos mañana por la noche cuando se vaya al teatro con sus amistades. Estoy segura de que no cerrará con llave la puerta de su dormitorio.

—¡Oh, Trisha!, no sé. ¿Y si nos pillaran?

—No nos pillarán. Quieres ver la carta, ¿verdad? —me preguntó—. ¿Qué me dices? —insistió.

—Sí —respondí mirándole a los ojos—. Tengo auténticos deseos de verla.

La noche siguiente nos sentamos en la sala de estar insinuando que estábamos interesadas en el álbum de recuerdos de Agnes, lo cual casi le impidió salir con sus amistades, pues se rezagó más de la cuenta para explicarnos el significado de esta o aquella fotografía y referirnos anécdotas de sus apariciones ante el público y de sus compañeros actores. Cuando «Mr. Fairbanks», el reloj, dio la hora, se dio cuenta de que tenía que cambiarse de ropa y correr si quería reunirse a tiempo con sus amigos.

Cuando se marchó fuimos en busca de Mrs. Liddy y supimos que se había metido en su habitación a escuchar la radio. Trisha me miró y me hizo una señal afirmativa con la cabeza. Se acercó a la puerta del cuarto de Agnes y averiguó que no estaba cerrada con llave, tal como ella suponía. Giró el pomo y pensé que se me había metido en el pecho una docena de mariposas asustadas. Parecía como si sus alas se estuvieran agitando contra mi corazón. Vacilé.

—¿Y si regresa y nos encuentra dentro? —pregunté.

—No lo haré. Se ha ido a un espectáculo. Ven —susurró Trisha. Volví la cabeza hacia la puerta cerrada de Mrs. Liddy. Aún se escuchaba la música de la radio, pero ¿y si se le ocurría salir y nos veía allí? Pensé que sería terrible. Entonces me acordé de la abuela Cutler y de cómo me miraría con sus ojos de piedra granítica soltando diabólicas chispas de electricidad.

—Como quieras —y entré detrás de Trisha en el cuarto de Agnes. Yo no había visto hasta aquel momento más que la cortina. Trisha la separó y entramos.

Me dio la impresión de estar entrando en un escenario. El dormitorio estaba débilmente iluminado por una pequeña lámpara «Tiffany» que había sobre un escritorio situado a la izquierda. Agnes tenía una antigua cama blanca de hierro fundido con sendas mesillas de noche, de pino, también blancas, a ambos lados del lecho. Había unos almohadones excesivamente grandes y un cobertor blanco con guarnición de color rosa. La pared de la derecha sostenía un enorme espejo y una larga mesa de tocador aparecía literalmente llena de tarros y tubos de maquillaje, cremas y polvos. En su ángulo izquierdo había tantos frascos de perfume que más bien parecía un estante de la sección de cosmética de unos grandes almacenes. A medida que nos íbamos acercando, vi que el espejo estaba rodeado por un círculo de pequeñas bombillas. Olía incluso a proscenio.

A la izquierda había dos aparadores haciendo juego y un ropero en medio, con la puerta cerrada, pero encima aparecía escrita la palabra SALIDA. Me volví hacia Trisha, con una sonrisa de perplejidad en el rostro.

—Se ha traído a esta habitación las cosas del escenario. Esta es una mesa auténtica de maquillaje de un viejo teatro. Y aquellas cortinas —dijo, señalando con la cabeza hacia la ventana— han sido hechas de telones verdaderos de escenario. Cuando sale cada mañana de esta habitación, se imagina que está actuando en una nueva obra —añadió Trisha.

Me fijé en los cuadros que había en las paredes. Todos mostraban fotografías de Agnes vestida con ropas diferentes de las distintas obras en que había actuado. Reconocí algunas que había visto en su álbum de recuerdos. Todo ello me causó de repente una gran tristeza. Agnes vivía en el pasado porque no tenía presente ni futuro. Diariamente entretejía sus recuerdos en un telar de fantasías para no enfrentarse a la realidad de que ya no era joven, ni bella, ni solicitada. Su vida emocional se desarrollaba a través de sus talentosos huéspedes. Empecé a preguntarme qué porcentaje de ilusión existiría en lo que nos había narrado.

—Si la carta se halla en alguna parte —dijo Trisha—, lo más probable es que esté en ese escritorio.

Nos acercamos a él y empezamos a buscar entre un montón de papeles que estaban bastante desorganizados; allí había facturas mezcladas con cartas personales, revistas teatrales y folletos. No encontramos la carta de la abuela Cutler. Trisha abrió

los cajones y los registró, pero también nos quedamos con las manos vacías. Toqué a Trisha en el hombro y le indiqué que guardara silencio, pues creía haber oído pisadas en el pasillo. Nos quedamos escuchando, pero no oímos nada.

—Vale más que nos marchemos —sugerí.

—Espera. —Trisha miró en torno a la habitación—. Esta carta probablemente forme parte de una especie de escena en su loca imaginación. Una correspondencia secreta... —musitó Trisha con voz audible. Y se puso a estudiar la habitación como si de un sabueso aficionado se tratara—. Recuerdo que el año pasado representamos una obra de misterio... Por cierto, Agnes estaba allí...

Avanzó lentamente hacia la cama.

—Trisha, olvidémoslo —le supliqué—. A buen seguro que si Mrs. Liddy saliera, nos oiría registrando la habitación.

Trisha alzó la mano indicándome que guardara silencio mientras ella pensaba y luego alzó un poco la colcha. Se arrodilló y metió la mano entre el colchón y el somier. Fue palpando por todo el lado de la cama, sacó la mano, sin nada, y se fue al otro lado para repetir la misma operación.

—Trisha.

—Espera.

Volvió a arrodillarse y la perdí de vista. Yo me acerqué a la puerta y me puse a escuchar. Al cabo de un rato Trisha se levantó, sonriente, con la carta en la mano. Nos acercamos al escritorio. Trisha sacó la carta de dentro del sobre y la extendió delante de nosotras a la luz de la pequeña lámpara «Tiffany». La leí en voz alta, en un susurro.

Querida Agnes:

Como usted sabe, he matriculado a mi nieta Dawn en la «Escuela Sarah Bernhardt» y pedido a Mr. Updike que le permita alojarse en su residencia. Confío en nuestra amistad. Odio poner tan pesada carga encima de sus hombros pero, francamente, usted es mi última esperanza.

Esta nieta ha sido un terrible problema para todos nosotros. Mi hija política se halla absolutamente juera de sí y ha estado varias veces próxima a un ataque nervioso como consecuencia de ello. No sabe usted cuánto ha envejecido mi hijo Randolph por culpa de esta... de esta... Lamento tener que decir que por culpa de esta mala hierba nacida en el seno de nuestra familia.

Lo irónico es que mi nieta posee talento musical. Como no ha hecho otra cosa que pasar de un colegio público a otro por su mala conducta, lo cual incluye el libertinaje sexual, pensé que si la enviaba a la escuela de artes teatrales podría corregirse. Tal vez si se la obligara a concentrarse en su talento, disminuiría su comportamiento delictivo.

La culpa la tenemos todos nosotros. La hemos malcriado. Randolph la ha colmado de regalos desde que era una niña. Ella no ha trabajado ni un día entero en el hotel y protesta siempre de todo lo que le pedimos que haga, no importa lo que sea. Es más, me temo que se ha convertido en una persona más bien artera, que no se conforma con mentir a la gente en su cara. Ha llegado incluso a robar a uno de mis antiguos clientes.

Aunque la he reprendido por esta acción, podría estar conchabada con alguna amiga del colegio público, que ha influido mal en ella. Vigile usted en este aspecto y, por favor, asegúrese de que cumple las reglas de su casa y hace todo lo que le corresponda hacer. Naturalmente, en breve me pondré al habla con usted facilitándole más detalles sobre todo esto.

No se puede imaginar cuánto apreciamos mi familia y yo el esfuerzo que usted hace tomando a su cargo lo que yo llamaría, sinceramente, una muchacha muy conflictiva. En este punto tenemos miedo de que ella pueda ejercer una influencia negativa sobre Philip y Clara, que tan bien se portan.

Puede estar segura de que no olvidaré su interés.

Atentamente,

LILLIAN CUTLER

Trisha me miró y me echó el brazo por encima del hombro.

—Toda la carta es una gran mentira —dije—. Una gran, horrible y cruel mentira. ¡Con que una mala hierba, una libertina sexual, una malcriada, una embustera y una ladrona! Ella odia a mi madre, la odia —seguí entre lágrimas—. No puedo creer que haya escrito diciendo que yo puedo ejercer una influencia negativa sobre Clara. Ya sabes algunas de las cosas que me hizo a mí y a Jimmy.

—Ya te esperabas algo parecido —repuso Trisha en voz baja, con la mano sobre mi hombro.

—Lo sé, pero ver todo eso puesto por escrito... Es la mujer más cruel y odiosa que he conocido. Me gustaría encontrar el medio de desquitarme con ella —dije, apretando los dientes.

—Consigue triunfar —sugirió Trisha con calma—. Procura ser todo lo que dice que no eres.

Asentí.

—Tienes razón. Me esforzaré más y más, y cada vez que reciba una A o una felicitación, pensaré en lo mal que le va a sentar.

—Será mejor que devolvamos esto donde estaba —apuntó Trisha, introduciendo otra vez en el sobre la terrible y mentirosa carta. Volvió a empujar el sobre entre el colchón y el somier, y salimos sigilosamente de la habitación de Agnes. Recorrimos en silencio el pasillo, pero cuando volvíamos hacia la escalera me detuve y miré hacia

atrás. Tenía la sensación de que unos ojos nos estaban mirando desde la oscuridad. Se movió una sombra.

Trisha, al no saber que yo me había detenido, continuó andando hacia la escalera. Pero yo retrocedí un paso y descubrí que Arthur Garwood estaba allí con la espalda pegada a la pared. Como era tan delgado y llevaba su habitual camisa negra y los pantalones negros, resultaba casi imposible verle. Aunque seguramente sabía que yo le había descubierto, no se movió. Por el contrario, continuó pegado a la pared amparándose en la oscuridad. Me limité a dar media vuelta y seguirla escaleras arriba hasta nuestra habitación. Tan pronto como entré y cerré la puerta, se lo conté.

—¿Y se ha quedado callado en la oscuridad? —preguntó Trisha.

Asentí con la cabeza y me abracé a mí misma. El incidente me había dejado fría.

—No quiere que sepamos que nos estaba espiando. No temas, no le diré nada a Agnes —me tranquilizó.

—¿Cómo sabía él que íbamos a entrar a escondidas en la habitación de Agnes? —reflexioné en voz alta.

—Puede que sólo nos estuviera siguiendo o... —Los ojos de Trisha se clavaron en la puerta—. Tal vez haya estado escuchando nuestras conversaciones —concluyó—. Si alguna vez le pilló haciendo eso, le daré motivos para estar triste. Olvídate de él —se apresuró a decir—. No es más que un tipo raro.

Asentí con la cabeza, pero era más fácil decirlo que hacerlo. En mi retina seguía impresa la delgada silueta de Arthur y por un momento me pregunté si aquello no habría sido sólo una sombra, un producto de mi agotada imaginación. Me acerqué a la puerta, la entreabrí y saqué la cabeza a ver si le sorprendía regresando a su cuarto. No vi nada.

—Olvídate de él —volvió a aconsejarme Trisha—. No vale la pena que te inquietes por Arthur.

Cerré la puerta y Trisha encendió la radio para que escucháramos música mientras hacíamos nuestros deberes escolares. Después, por culpa de la carta, me costó indeciblemente quedarme dormida. Por mi mente desfilaban las imágenes y recuerdos de todas mis conversaciones y enfrentamientos con la abuela Cutler, desde la primera vez que nos encontramos y me dijo que tenía que cambiar mi nombre de Dawn por el de Eugenia, cuando la hice saber que yo había descubierto la verdad acerca de mi rapto y su implicación en él. No era una mujer que aceptara la derrota fácilmente y me temía que iba a preparar su venganza valiéndose de unas formas todavía desconocidas para mí.

Con la llegada del verano la «Escuela Bernhardt» cerraba sus puertas. Algunos alumnos de último curso se quedaban para practicar y prepararse para las audiciones, pero la mayoría de los profesores y estudiantes aprovechaban el corto espacio de

tiempo entre los cursos de verano y otoño para irse de vacaciones. Yo ya había decidido no regresar al hotel. Realmente, no tenía ningún deseo de hacerlo y nadie del hotel, incluyendo a mi madre, me preguntó siquiera si iba a regresar, y mucho menos insistió en ello. Agnes parecía esperarlo. Trisha, por supuesto, se fue a su casa. No podía culparla de que se fuera. Estaba deseosa de ver a sus padres y a su novio, así como a otras antiguas amigas. Insistió en que la acompañara, pero consideré que no haría más que estorbarla.

—Tal vez después cambies de opinión —dijo, y me dio por escrito las indicaciones para que fuera en autobús—. Te llamaré dentro de unos días —me advirtió— y te daré la lata para que vengas. No me gusta dejarte aquí sola —añadió, con un gesto como si fuera a estallar en lágrimas.

Me iba a quedar sola. Hasta Arthur Garwood se marchó. Sus padres pasaron a recogerle el día antes de que partiera Trisha y dio la casualidad de que en aquel momento estábamos las dos abajo, por lo que tuvimos ocasión de conocerlos. Cuando nos los presentó Agnes, no tuve por menos que pensar que Arthur, al lado de ellos, parecía un hijo adoptivo. No se asemejaba en nada a su padre ni a su madre. El padre era bajito y completamente calvo, con un rostro mofletudo, una boca pequeña y tirante y unos ojillos garzos. La madre era dos o tres centímetros más baja que su esposo y tenía forma de pera. Presentaba un cabello rubio pajizo, los ojos de un color azul claro y tenía la piel blanca.

Noté que lo único que compartían con Arthur era su carácter hosco. Apenas hablaban y sólo parecían interesados en cumplir su horario. Se iban a embarcar en lo que ellos llamaban unas vacaciones de trabajo. Se dirigían a Boston para participar en un recital de música de cámara, después harían algunas visitas de interés turístico y finalmente partirían para Cape Cod. Arthur se mostraba reacio a ir, pero ellos insistieron. No dijo adiós a nadie, aunque en el momento de salir por la puerta se volvió para mirarme con aquellos ojos grandes y melancólicos. Por primera vez sentí por él más pena que ninguna otra cosa.

No me di cuenta de lo sola que me iba a quedar sin Trisha hasta que se hubo marchado todo el mundo y me metí en mi cuarto. Después de leer un poco decidí salir y comprar un cuaderno para llevar un Diario. Nuestro profesor de lengua, por otras razones, nos había sugerido que hiciéramos algo así. Quería que anotáramos nuestras impresiones y descripciones para que luego nos sirvieran de inspiración cuando fuera necesario. Yo deseaba llevar un Diario como medio de entender mejor el caleidoscopio de mis emociones. Me mantuve ocupada ayudando a Mrs. Liddy, que dijo que siempre aprovechaba el final del curso de verano para hacer una limpieza general de la casa.

—Generalmente, aquí no queda nadie —me explicó, aunque sin ningún resentimiento. En seguida se puso a sonreír.

Al limpiar las habitaciones de arriba abajo, una tras otra, me acordé de mi trabajo de camarera en el hotel. Pensé en Mrs. Boston, la principal camarera de la familia, y en Sissy, quien, al llevarme con Mrs. Dalton, me había ayudado, sin saberlo, a descubrir el secreto de mi secuestro. Me puse a fregar los suelos bayeta en mano y quité el polvo y di lustre a los muebles hasta que todos, por viejos que fueran, brillaban como nuevos. Limpié las ventanas de arriba abajo sin dejar una mancha, de forma tal que resultaba imposible saber si estaban abiertas o cerradas. De vez en cuando, Mrs. Liddy interrumpía su trabajo en la habitación que estaba limpiando y se paraba en la puerta en jarras, meneando la cabeza. A finales de aquella tarde se presentó con Agnes para que viera mi trabajo.

—¿No es maravilloso, Agnes? —exclamó Mrs. Liddy batiendo palmas—. Ningún alumno ha hecho nunca un trabajo como éste, ¿verdad? Ni mi propia madre tenía en nuestra casa de huéspedes de Londres unas habitaciones tan resplandecientes.

—Sí —asintió Agnes bajando la vista—. Tendré que escribir una carta a tu abuela para contárselo.

—Eso —sugerí yo—. ¿Por qué no la escribe? Aunque no lo estoy haciendo por eso. Puede preguntar a mi abuela cómo una muchacha tan malcriada y egoísta sabe limpiar habitaciones —añadí, con una mordaz sonrisita en la boca. Los ojos de Mrs. Liddy chisporroteaban de júbilo.

—A lo mejor estás cambiando —respondió Agnes. Y se marchó, dejándome furiosa de rabia.

Pasé mi tiempo libre visitando museos y mirando escaparates en la Quinta Avenida. Una tarde me metí en el «Plaza» sólo para sentarme en el vestíbulo y ver entrar y salir a la gente vestida con trajes de fiesta. Trataba de imaginarme alojados aquí a Jimmy y a mí durante un colosal fin de semana. Yo compraría algunos vestidos bonitos, iríamos a restaurantes caros y tal vez bailáramos en el salón. Pensaba en mi Jimmy, alto y fuerte, en sus ojos negros mirándome fijamente con una ligera sonrisa burlona dibujada en los labios y sus manos cálidas y protectoras mientras me sostenía entre sus brazos. Estos pensamientos generaban pequeños escalofríos, deliciosos y aterradores, que recorrían mi cuerpo.

Por descontado que Jimmy no querría vestirse de etiqueta, ni darse postín aparentando lo que no era; pero tal vez cuando se licenciara del Ejército fuera diferente, más maduro y quizá también más ambicioso. «¿Por qué no le gustarían a él las mismas cosas?», pensé.

Un día, cuando regresé de una visita al Museo de Historia Natural, me quedé rezagada en el salón tecleando una melodía al piano sin antes haberle pedido permiso a Agnes.

—Mi padre tenía talento para el piano —dijo ella—, pero no lo continuó porque pensaba que no era un trabajo honrado para un hombre.

—¡Oh, tal vez haya heredado usted de él su talento, Agnes!

—Sí, tal vez —repuso. Nunca la había visto tan melancólica. Incluso iba vestida de negro, con poco maquillaje y sin joyas, cosa muy inusual.

—¿Tiene usted algún hermano? —le pregunté—. No he visto ninguna fotografía de ellos en su álbum.

—No, he sido hija única. Mi madre lo pasó tan mal cuando me trajo al mundo, que juró no tener más hijos. —Agnes suspiró.

—¿No pensó usted nunca en casarse? —pregunté. Por la forma de mirarme creí que me iba a reñir por meterme en su vida privada. Sin embargo, de pronto sonrió.

—¡Oh, he tenido muchas oportunidades de hacerlo pero siempre me dio miedo el matrimonio! —confesó.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Temía que el matrimonio me cortara las alas y me encerrara en una jaula como un bonito canario. Yo hubiera seguido cantando, pero mi voz hubiera estado henchida de nostalgias y sueños. Resulta muy difícil ser una buena esposa y madre, y llevar una vida de actriz —sentenció—. Ya entenderás a lo que me refiero cuando digo que nuestro principal amor es el escenario, no importa las promesas que hagamos a nuestros seres queridos. Jamás traicionaremos a nuestro principal amor ni sacrificaremos por nada nuestra carrera. Algo pasa por nosotros cuando se encienden las luces y escuchamos los aplausos. Hacemos el amor con nuestro público, ¿entiendes? Realmente —dijo, mirando en torno al salón como si estuviéramos en un escenario—, yo he estado casada todo este tiempo, casada con el teatro.

—¿No cree usted que yo puedo ser cantante y tener al mismo tiempo un esposo y una familia? —pregunté, haciendo mella en mí la desesperación al pensar que me vería obligada a elegir entre mis sueños.

—Es difícil. Dependerá por completo de tu esposo, de lo comprensivo que sea y de lo que te quiera, o de si es o no un hombre terriblemente celoso.

—¿Por qué iba a tener celos?

—Porque tendrá que ver cómo entonas cantos de amor para otros hombres y los besas y recitas promesas de amor, con tanto realismo que el público creerá que amas a esos hombres.

Yo no había pensado nunca en aquellas cosas y ello dejó un peso tan grande en mi corazón que me causó la sensación de tener un bloque de plomo en el pecho. Traté de imaginar a Jimmy sentado entre el público viéndome hacer las cosas que había descrito Agnes; Jimmy, que parecía tan duro por fuera, pero que a mí me constaba que podía herírsele muy fácilmente.

—Pero —alardeó— he destrozado algunos jóvenes corazones masculinos. ¿Adivinas qué hay en este jarrón que tengo guardado bajo llave? —preguntó, acercándose a una de las vitrinas. Yo había pensado que sería simplemente alguna

valiosa pieza antigua.

—No. ¿Qué hay?

—Las cenizas de Sanford Littleton, un joven enamorado de mí que se suicidó y dejó instrucciones de que me entregaran a mí las cenizas de su cuerpo incinerado —dijo, y a continuación soltó una risa estridente—. ¡Oh, no pongas esa cara tan triste! No es necesario que decidas en este momento cómo va a ser toda tu vida —concluyó para fastidiarme. Mi cara no era triste; me sentía sorprendida. Cuando se disponía a marcharse, se volvió sobre sus talones y me dijo—: Hoy ha llegado una carta para ti.

—¿Una carta?

—Sí. Mrs. Liddy la dejó en tu cuarto cuando subió a llevar ropa.

—Gracias —dije. Corrí escaleras arriba y hallé la carta sobre mi cama. Esperaba que me escribiera Jimmy para explicarme los planes que tenía para cuando viniera a Nueva York, pero por el sobre vi que la misiva procedía del «Hotel Cutler's Cove». Al volverla me di cuenta de que el sobre había sido abierto y vuelto a pegar con cinta adhesiva. Pero el nombre del remite hizo saltar mi corazón.

Era una carta de papá Longchamp, el hombre con quien había crecido creyendo que era mi padre y que aún me seguía pareciendo mucho más padre de lo que me pareciera nunca Randolph Cutler. Me dejé caer en la cama y abrí rápidamente el sobre. Por la fecha del encabezamiento de la carta vi que había sido expedida hacía casi tres semanas.

«¡Tres semanas! Qué horror», pensé. ¿Cuánto tiempo habría estado retenida en el hotel? Y me constaba que la abuela Cutler la había leído. ¿Qué derecho tenía ella de hacer tal cosa? Durante un momento traté de olvidar la rabia que sentía, pero era como si hubiera intentado dejar de respirar durante tres horas. Mientras iba leyendo seguía temblando de rabia.

Querida Dawn:

Me complace decirte que me han dejado en libertad. Todavía no estoy seguro de cómo o por qué ha sucedido tan de prisa, pero un día me, llamó el director de la cárcel para decirme que me habían concedido la libertad condicional Pero la cárcel no ha sido lo peor de todo esto. Lo peor para mí ha sido el saber cuánto daño os he causado a ti, a Jimmy y a Fern. Jamás tuve tal intención y lo siento. Puedes estar segura de que no te culparía si me odiaras eternamente y espero de veras que encuentres el bienestar ahora que estás viviendo con tu verdadera gente que sé que es rica. Al menos ya no tendrás que sufrir las penurias que hemos sufrido juntos. No más sémolas y guisantes para cenar.

He conseguido un buen empleo que me proporcionaron las autoridades de la prisión. Me encargo del mantenimiento de una importante lavandería.

También he encontrado un pequeño y bonito apartamento no demasiado lejos de mi trabajo. Me costará algún tiempo reunir dinero suficiente para comprarme un coche, pero las reglas de mi libertad condicional tampoco me permiten todavía alejarme mucho de aquí.

Lo mejor que me ha sucedido es que Jimmy me telefona y me escribe. Nos estamos haciendo otra vez buenos amigos y me siento muy orgulloso de él. Me dice que también está en contacto contigo. Me duele que Fern esté viviendo con extraños, pero me han dicho que es gente buena y acomodada, y pueden darle lo que necesite y más.

Por supuesto, tengo la esperanza de recuperarla en un día no lejano. Se lo he preguntado al funcionario encargado de mi libertad condicional, pero dice que él todavía no sabe nada sobre eso. Lo único que me dijo es que si esa familia sigue adelante y la adopta, me resultaría muy difícil recuperarla. Me temo que va a hacer falta una Legión de abogados para arreglarlo. Pero como yo tengo la culpa, no puedo quejarme.

De todos modos, tenía ganas de escribirte para decirte que lamento el daño y el dolor que te he causado. Tú fuiste siempre una buena chica y yo me sentí siempre orgulloso de ser tu papaíto aunque no lo fuese de verdad.

Lo cierto es que os echo tanto de menos a Sally Jean, a ti, a Jimmy y a Fern, que la añoranza me duele como un puñetazo en el pecho y el recuerdo no me deja dormir algunas noches. Hemos pasado malos tiempos, pero estábamos juntos. Bueno, eso es todo. Tal vez algún día volvamos a reunirnos tú y yo. Pero no te culpo si no quieres saber nada más de mí.

Que Dios te bendiga.

PAPAÍTO

Posdata: Te he escrito porque no pierdo las esperanzas.

Apreté la carta contra mi pecho y me puse a sollozar, balanceándome encima de la cama. Lloré tanto que me dolía el vientre. Las lágrimas chorreaban por mi cara y mojaban la colcha. Por último aspiré aire profundamente y ahugué mis lágrimas. Metí la carta de papá Longchamp entre las páginas de mi Diario, me senté en mi escritorio y me dispuse a contestarle.

Le dije que no le odiaba y que estaba enterada de todo. Y que me moría de impaciencia esperando el día en que volviéramos a reunirnos. Escribí páginas y páginas contándole lo que había sido mi vida en el hotel, cuán horrible era mi verdadera familia y cómo, siendo una familia tan adinerada, no me habían dado una vida más feliz. Luego le hablé de Nueva York y de mi escuela. Escribí una carta tan larga, que me costó trabajo meterla en el sobre. Lo cerré y corrí a echarla al correo.

Como consecuencia de la demora sufrida por la carta, enviada al hotel y retenida allí tanto tiempo, papá Longchamp debía pensar probablemente que yo no quería saber nada de él. Y yo deseaba comunicarle que eso no era así por lo que a mí concernía.

Trisha me llamó dos veces durante aquella primera semana intentando convencerme de que tomara el autobús y fuera a visitarla a ella y a su familia. Le referí mi curiosa conversación con Agnes y lo que ella me había dicho que contenía el jarrón de la vitrina.

—¡Oh, yo no me creo esa historia! —rechazó—. Eso se lo ha sacado de alguna obra de teatro.

—Espero que tengas razón. Ahora me siento extraña cuando entro allí.

Le prometí que consideraría seriamente lo de ir a visitarla. Pero a primeras horas de una de aquellas mañanas recibí una maravillosa sorpresa cuando Agnes llamó a la puerta de mi cuarto para decirme que Madame Steichen estaba al teléfono.

—He llegado temprano a la escuela —declaró haciendo una pausa, como si eso lo explicara todo.

—¿Sí, Madame? —dije.

—A partir de hoy tengo cada mañana una hora libre entre las nueve y las diez.

—Sí, Madame —me limité a decir—. Estaré allí. Gracias.

—Muy bien —respondió ella, y colgó.

Tenía la impresión de estar caminando por el aire y cuando acudí a aquellas lecciones especiales advertí en Madame Steichen un cambio de actitud hacia mí. Su voz era más amable y las órdenes que me daba tenían un tono más cariñoso. También noté que cuando mis otros profesores, e incluso unos profesores que yo aún no había tenido, se enteraron de que recibía lecciones especiales de Madame Steichen, también empezaron a tratarme de manera distinta. Era como si yo hubiera adquirido un *status* de celebridad.

Trisha fue la primera en volver de las vacaciones estivales y en la primera hora que pasamos juntas metimos tres horas de conversación. Le expliqué las cosas que había estado haciendo en Nueva York y describí mis lecciones con Madame Steichen. Quedó muy entusiasmada e impresionada. Luego le enseñé la carta de papá Longchamp. La leyó, llorando, y se enfadó mucho cuando le conté el tiempo que la habían retenido en el hotel y el hecho de que la habían abierto. Después nos fuimos a «George's» a tomar lo que se había convertido en nuestro refresco favorito y a escuchar la música de la gramola.

Regresamos a casa parsimoniosamente. Como era un día muy caluroso y húmedo de finales de verano, acogíamos con satisfacción las largas y espesas sombras que proyectaban los altos edificios al sol poniente, así como la leve brisa que llegaba del East River. A pesar de estar en verano, ni el tráfico ni los peatones aflojaban la

marcha. Había llegado a darme cuenta de que Nueva York tenía un ritmo propio y quienes quisieran vivir o trabajar en él se veían obligados a adoptar su ritmo o sucumbir a él. En casa me estaba esperando una segunda y gran sorpresa. Agnes salió sonriendo del salón a mi encuentro.

—Ya era hora de que volvierais —dijo—. Te está esperando un caballero, Dawn.

—¿Un caballero? —Me encogí de hombros mirando a Trisha, pensando que Jimmy no vendría sin avisarme antes. Avanzamos de prisa hasta la puerta del salón, pero nada más mirar dentro sentí como si me hubieran clavado los pies al suelo. No deseaba dar un paso más. Philip estaba allí sentado, levantando la vista hacia mí con una sonrisa.

—Hola, Dawn —saludó, reclinándose en el sofá con los brazos extendidos sobre el respaldo. Estaba más guapo que nunca. Su cabello espeso y blondo iba peinado en una onda y sus ojos de color azul celeste parpadeaban maliciosamente—. He conseguido escaparme un día para venir a verte antes de que empiece el colegio.

—¿Verdad que es magnífico? —comentó Agnes, sonriendo. Yo no dije una palabra—. ¿No vas a presentar a Trisha a tu hermano? —preguntó al ver que yo no me movía.

—Yo no le he pedido que venga —espeté secamente.

—¿Qué? —Agnes miró a Philip como si él tuviera que traducirle mis palabras.

—Pensé que podría alegrarte ver a alguien de la familia —dijo Philip, desvaneciéndose de golpe su arrogante sonrisa.

—Te has equivocado —respondí. Noté que la sangre se me agolpaba en la cara y que el estómago me daba vuelcos de rabia y temor. Me resultaba imposible mirar a Philip sin acordarme de sus labios y sus manos recorriendo todo mi cuerpo—. No tengo interés en verte. Márchate. ¡Déjame en paz!

Me di media vuelta y eché a correr hacia la escalera.

—¡Dawn! —exclamó Agnes—. Vuelve aquí ahora mismo.

Subí de dos en dos los peldaños de la escalera y entré en mi cuarto dando un violento portazo al entrar. Luego me arrojé sobre la cama y me quedé mirando al techo con los brazos cruzados. Pensé que no podía esperar que todo saliera satisfactoriamente. No podía olvidar lo que me había hecho Philip.

Al cabo de un rato se presentó Trisha. Nada más entrar cerró suavemente la puerta y se quedó mirándome con extrañeza.

—¿Cómo has podido hacer eso a tu propio hermano? Es muy atractivo y parece encantador. Yo creía que sólo eran Clara Sue y la abuela Cutler quienes...

—¡Oh, Trisha! —exclamé mordiéndome el labio inferior.

—¿Qué? —Se acercó presurosamente a mi cama y tomó asiento en ella.

—Te mentí aquel día que me preguntaste por qué me había afectado tanto cuando Arthur entró en el cuarto de baño mientras me estaba duchando.

—¿Que me mentiste?

—Te dije que era un trabajador del hotel el que me había atacado.

—¿Entonces... quién fue?

—Philip. Mi hermano. —Oculté el rostro contra la almohada—. Estoy tan avergonzada —gemí—. Y ahora tiene la desfachatez de presentarse aquí como si nada hubiera ocurrido entre nosotros.

—¡Qué horror, Dawn! —me consoló Trisha, acariciándome el cabello con la mano—. Pobre Dawn. Tienes tantas cosas que intentar olvidar...

Me volví a mirarla, segura de que ya no veía mi vida como una especie de fantasía. Ya no renegaría más de lo tediosa que resultaba su propia vida al lado de la mía. Enfrentarme a la realidad me había hecho crecer más rápidamente de lo que me hubiera gustado, pero no me había quedado otra elección.

UNA VISITA DE JIMMY

Philip se fue cuando vio que yo no acogía de buen grado su visita. La caja de dulces que me había traído se la dejó a Agnes, diciéndole que me la entregara con el recado de que me llamaría muy próximamente.

—Tu hermano se ha ido con el alma destrozada —manifestó Agnes—. Siendo, además, un joven tan simpático como es. —Emitió un suspiro y a continuación me miró airadamente, meneando la cabeza—. Así no se comporta una señorita de buena crianza —me reprendió—. Tu abuela esperaba que tus modales mejorasen aquí.

Me mordí el labio para no replicarle tajantemente. Sentí ganas de gritarle, de levantar la voz y acusarla de que no sabía de lo que estaba hablando; de que no tenía idea de las cosas tan horribles que me habían ocurrido, y que si alguien debía mejorar sus modales, ese alguien no era yo, sino la abuela Cutler, que mandaba despóticamente a todos como si el hotel fuera su plantación y todos nosotros sus esclavos. Pero no dije nada, sino que me marché a ayudar a Mrs. Liddy puesto que me tocaba por turno. Le ofrecí la caja de dulces que me había traído Philip y la aceptó más que complacida.

A última hora de la tarde, Agnes volvió a ser quien era, revoloteando por la casa llena de excitación porque el fin de semana iba a acudir a un cóctel en honor de los Barrymore por su contribución al teatro. Sabía multitud de historias sobre Ethel y John, y presumía de haber actuado en dos obras con Lionel Barrymore. Por la noche, la excitación se centraba en la inmediata llegada de los otros estudiantes allí residentes.

Las hermanas gemelas Beldock fueron las primeras en llegar al día siguiente. Agnes nos llamó a Trisha y a mí para que bajáramos a conocerlas a ellas y a sus padres. Yo ya sabía que las gemelas tenían catorce años, pero cuando Trisha me dijo que eran pequeñas no había imaginado que lo fueran tanto. Parecían dos muñecas y de pie no llegaban a metro y medio de estatura. Pero resultaban adorables, con sus narices de botón y sus boquitas redondas. Tenían los ojos castaños y el pelo rubio como la mies en verano, cortado con el mismo estilo sobre los hombros y recogido con unas cintas de color rosa. Llevaban idénticos vestidos rosados y blancos, y zapatos bajos estilo Oxford de color blanco y marrón con guarniciones de cuero. Estaba segura de que si una se miraba al espejo sería como si estuviera viendo a la otra. Hasta los hoyuelos de las mejillas los tenían exactamente en el mismo sitio.

Me admiraba la manera en que cada una anticipaba los movimientos de la otra y, a menudo, terminaba de decir sus frases. Trisha ya me había contado que a Samantha

la llamaban Sam y Beneatha recibía el sobrenombre de Bethie por todas sus amigas. Las dos tocaban el clarinete y lo hacían tan bien que ya ocupaban los primeros sitios de la orquesta.

Pero todavía me fascinaron más sus padres, una pareja joven y vibrante. Su padre era un hombre guapo, con la característica y devastadoramente atractiva cara saludable de todos los norteamericanos, y con unos modales encantadores. Medía al menos uno ochenta de estatura y su bronceado realzaba al azul acerado de sus ojos. Obviamente, era de su madre de quien habían heredado sus diminutos rasgos faciales y la elegancia de sus manos. La madre tenía unos cálidos ojos azules y una sonrisa tan esplendorosa como la del anuncio de una pasta dentífrica. Me sedujo su voz melosa y la forma en que llevaba y besaba a las gemelas.

Cómo envidiaba yo su niñez. Parecían la pequeña familia perfecta, siempre segura, siempre confortable. Cuando yo vivía con mamá y papá Longchamp adorábamos nuestro hogar, pero la escasez de alimentos, ropas y cobijo obligaba a papá Longchamp a estar malhumorado y triste la mayor parte del tiempo, y lo único que yo recordaba de mamá era que estaba siempre enferma, o cansada y vencida. Y, por descontado, la familia con la que yo vivía ahora distaba mucho de ser perfecta.

¿Por qué algunos niños eran tan afortunados de nacer en hogares felices? ¿Éramos como semillas lanzadas al viento para que unas cayeran en tierra fértil, en tierra rica, y otras fueran a parar a un terreno absolutamente seco, lleno de sombras y oscuridad, teniendo que abrirse paso luchando para alcanzar un rayo de sol? Me pregunté si los primeros en llegar y verme, como Mr. Bedlock y su esposa, podrían descubrir al mirarme cuán pobre era yo por dentro, cuán pobre era, y aún seguía siendo, el terreno que me había tocado en suerte. Trisha y yo ayudamos a las gemelas a llevar el equipaje a su habitación. Tenían muchas cosas que contar de sus vacaciones.

—¡Oh, Trisha! —exclamó Sam—, somos tan felices...

—... de estar aquí otra vez —concluyó Bethie—. No hemos hablado de otra cosa.

—De nuestro regreso a «Bernhardt» —añadió Sam, asintiendo—. Y es tan divertido encontrar aquí a alguien nuevo —dijo volviéndose hacia mí. No tuve más remedio que sonreír al ver la forma en que colocaban sus cosas, cómo recordaban mutuamente qué cajones había tenido cada una durante el curso anterior y dónde había sido colgada cada prenda.

Trisha y yo las invitamos a que vinieran a nuestra habitación y pasamos el resto de la tarde hablando de música, de películas y de estilos de peinado.

Agnes estaba verdaderamente preocupada por su último estudiante, Donald Rossi, porque no había aparecido en todo el día. Pero durante la cena sonó el timbre de la puerta y se levantó de la mesa para salir a recibirle. Venía con el chófer de su padre, toda vez que éste, un famoso cómico, estaba actuando en un club de Boston. El

chófer acercó las maletas de Donald hasta la entrada y se fue. Agnes le hizo entrar inmediatamente a saludarnos.

Donald era un muchacho muy rollizo de quince años, bajo, con el cabello rubio y pecas hasta en la nariz. Su rostro era ovalado y sus labios, notablemente elásticos, se retorcían en toda suerte de contorsiones cuando hablaba, generalmente intentando imitar a los famosos astros del cine James Cagney o Edward G. Robinson. Jamás había conocido a nadie tan descarado y atrevido al ser presentado a alguien por primera vez.

—Estoy hambriento —dijo lanzándose sobre el asiento inmediato a Arthur. Este, conduciéndose como si acabara de sentarse a la mesa alguien con la peste, se encogió y apartó su silla hacia la izquierda todo lo que pudo.

—Donald, ¿no sería mejor que llevaras primero tus cosas a tu habitación? —le preguntó Agnes.

—¡Oh, ésas pueden esperar! —contestó él—. Pero mi estómago no —añadió, echándose a reír. Seguidamente miró a Arthur—. Tú, en cambio, tienes aspecto de meter siempre primero tus maletas —dijo, riéndose de su propio chiste. Arthur me echó una mirada y luego se ruborizó—. Eso me recuerda un chiste que acaba de contarme mi padre —siguió Donald, pinchando rápidamente con el tenedor un panecillo como si temiera que fuese a volar de la mesa—. Iban dos tipos hambrientos por el desierto cuando se encuentran con un camello muerto. El primero dice: «Me muero por un sándwich de camello, pero no puedo soportar el mal olor». «¿Mal olor? —dice el segundo—. Lo que yo no soporto es la joroba». —Una vez más se rió a gritos de su propio chiste.

Las gemelas le miraron con asombro, abriendo ambas la boca de la misma forma, y Arthur dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza.

—¡Oh, querido Donald! —reprendió Agnes—, ¿no opinas que la mesa de la cena no es el sitio apropiado para el humor de esta clase?

Donald levantó la cabeza de su plato. Mientras contaba el chiste, había estado hundiendo el cucharón y trasegando a su plato varios pedazos de patata y verdura, y ahora estaba trinchando un muslo de pollo.

—¡Oh, lo que quieren son chistes que se puedan contar en la mesa! ¿No? Está bien —prosiguió—. En el fondo de un cesto había una manzana podrida y un ama de casa se acerca y hunde la mano porque cree que en el fondo del cesto están las mejores manzanas. Pero lo que saca es un puñado de pulpa viscosa...

—Lo siento, Donald —le interrumpió Agnes—, pero los camellos muertos y la fruta podrida no son las cosas que nos agrada oír mientras comemos.

—¡Oh! —Se metió el panecillo en la boca de una vez y masticó pensativamente durante un momento—. ¿Conocéis el del enano que se muere y va al cielo? —comenzó.

Parecía imposible conseguir que callara de una vez. Miré a Agnes, que aspiró profundamente aire y negó con la cabeza. Nos gustara o no, nuestra pequeña familia de la residencia estudiantil había quedado formada. Las gemelas tenían su cuarto, Arthur el suyo, Donald, a Dios gracias, estaba en un extremo del corredor, y Trisha y yo teníamos el nuestro.

Antes de que acabara la semana, Arthur y Donald tuvieron un serio altercado debido a que Donald continuó haciendo chanzas a costa de su peso. Agnes intercedió y se decretó una frágil tregua, pero habíamos llegado a un extremo en que no esperábamos con tantas ganas como antes la hora de sentarnos a la mesa, puesto que sólo era cosa de tiempo en la mayoría de las comidas el que los dimes y diretes entre Arthur y Donald comenzaran. Llegó otra vez la semana en que le tocó a Donald el turno de cocina. De un modo u otro, se introdujo en la cocina sin que Mrs. Liddy lo supiera y deshuesó por completo un trozo de pollo. Luego le sirvió a Arthur los huesos pelados más un cucharón de patatas y un guisante. Aquello fue divertido y Trisha y las gemelas se echaron a reír, pero Arthur montó en cólera y se levantó de la mesa. Agnes pidió entonces a Donald que subiera y pidiera disculpas a Arthur.

—Siempre ha habido paz en esta casa —le regañó—. Siempre hemos tenido un buen reparto, y un buen reparto no puede actuar bien cuando hay disensiones.

—Eh, yo haré cualquier cosa por el mundo del espectáculo —dijo él, agitando un puro imaginario y encorvándose igual que Groucho Marx. Donald era incorregible, pero subió a disculparse. Al cabo de un rato volvió diciendo que a él no le importaba hablar con una puerta si ésta al menos emitía algún chirrido. Más tarde, cuando encontré a Arthur solo en el pasillo, le aconsejé que no hiciera mucho caso a Donald.

—Es un numerero —le dije— que trata de parecerse a su padre. Límitate a ignorarle y dejará de fastidiarte.

—Yo pensaba que a ti te divertía —saltó Arthur.

—A veces, pero la mayoría de las ocasiones es detestable. No me gusta ver que fastidian a nadie ni que conviertan a nadie en el blanco de los chistes de otro.

La cara de Arthur se suavizó.

—Tienes razón —dijo—. No merece la pena que le haga caso.

Sonreí y empecé a alejarme de él.

—Dawn —me llamó entonces—. Me... me preguntaba si un día de éstos podría enseñarte alguno de mis poemas. Creo que a lo mejor te gustarían.

—Claro que puedes, Arthur. Me gustaría mucho leerlos. Gracias por preguntármelo —le dije. Jamás había visto iluminarse tan rápidamente su cara y encenderse sus ojos, habitualmente sombríos.

—De acuerdo —dijo.

No le dije nada a Trisha porque sabía que intentaría disuadirme de entablar con él cualquier clase de relación, pero sentí pena por Arthur. Pensé que era el muchacho

más propenso a la soledad y a la tristeza de todos los que había conocido. Al poco tiempo de comenzar el nuevo curso escolar recibí otra carta de papá Longchamp en la que se manifestaba alentado y agradecido por la mía. Declaraba que me echaba mucho de menos y que le dieron ganas de decirlo en su primera carta, pero creía que no tenía derecho a decir más. El resto de su carta narraba detalles sobre su apartamento y su trabajo. Parecía más esperanzado porque estaba haciendo, nuevas amistades, en particular una vecina viuda del mismo edificio. Llegué a la conclusión de que debería escribirle dos veces al mes por lo menos.

Una tarde, a los pocos días de que Arthur me pidiera que leyese sus poesías, oí que llamaban a la puerta de mi dormitorio. Trisha estaba aún en la clase de danza y yo me encontraba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, haciendo los deberes de lengua.

—Perdona —dijo él cuando le indiqué que entrara. Se quedó allí plantado, sin atreverse a dar un paso más.

—Hola, Arthur. ¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté. Me contemplaba con una mirada de miope de lo más extraña, achicando sus ojos y encorvando los hombros hacia dentro como si fuera un pájaro.

—Me preguntaba, si es que no estás demasiado ocupada, si te gustaría echar un vistazo a mis poemas.

Traía un cuaderno bajo el brazo.

—Claro —asentí—. Sí que me gustaría. Pasa.

Dudó un momento, miró hacia atrás y luego entró.

—Siéntate —indicó, dando unas palmaditas al lado mío.

—¿En el suelo?

—Claro, ¿por qué? Aquí se está muy cómodo. Trisha y yo nos sentamos siempre en el suelo para hacer los deberes.

Invirtió unos instantes en doblar sus largas piernas para acomodarse confortablemente, pero lo hizo y entonces me entregó su cuaderno. Era bastante recio.

—Tienes muchas poesías —comenté, impresionada.

—Me ha costado mucho tiempo escribirlas —objetó él secamente.

—¿Quién más las ha leído? —pregunté, abriendo la portada.

—No muchas personas —respondió— más de las que yo quería que las vieran. Claro que siempre hay gente que mete las narices en los asuntos ajenos —añadió, y deduje que se estaba refiriendo a Trisha, que me había contado que en una ocasión había echado un vistazo a escondidas al cuaderno, cuando estaba sobre una mesa del salón.

Pasé la página y me puse a leer. Trisha tenía razón. Todos los versos hablaban de cosas tristes: animales que morían o estaban abandonados, estrellas que se apagaban

y se convertían en puntos negros e invisibles en el firmamento nocturno, y personas agonizando de alguna horrible enfermedad. Incluso así, pensé que debían de ser buenos, porque me producían tristeza y miedo, y me recordaban mis propios tiempos malos.

—Estos poemas son muy buenos, Arthur —le dije. Me miró y dejó que sus ojos se encontraran con los míos. Tan profundos e inmóviles, parecían dos charcos negros y congelados en medio del bosque. Mirar a los ojos de Arthur era como asomarse por el ojo de la cerradura de una puerta cerrada con llave. Dentro de ellos veía la tristeza y la soledad, y sentía el vacío—. Intuyo que son buenos porque me entristecen y me hacen recordar cuando yo me sentía así en el pasado. Pero si eres capaz de escribir tan bien, ¿por qué no escribes cosas que hagan sentirse feliz a la gente?

—Escribo lo que siento, y lo que veo —dijo.

Asentí, comprendiéndole. Cuando leí el poema de una bella paloma que se había quebrado las alas y había tenido que permanecer sobre una rama sin hojas hasta que le falló su corazón, me acordé de mamá Longchamp y de cómo se había ido debilitando poco a poco después de alumbrar a Fern, hasta quedarse igual que un hermoso pájaro al que hubieran cortado las alas. Recordé el día que le falló el corazón y, al recordarlo, sentí otra vez la necesidad de volver a tener una nueva madre y un nuevo padre que me cuidaran y me acariciaran el pelo cuando me encontrara enferma o asustada. Las lágrimas empezaron a descender por mis mejillas.

—Estás llorando —advirtió Arthur—. Nadie ha llorado nunca leyendo mis poemas.

—Lo siento, Arthur. No lloro porque tus poemas sean malos. —Le devolví el cuaderno—. Es porque me resulta muy difícil leer estas cosas y no acordarme de mis días desgraciados.

Se quedó perplejo durante un rato y luego, comprendiéndome asintió lentamente, apretando los labios y agitando visiblemente la nuez al tragar saliva.

—No te gusta tu familia, ¿verdad? —preguntó, y sin darme tiempo a responder añadió—: Estoy enterado de la carta llena de mentiras que escribió tu abuela a Agnes.

—Aquella noche nos seguiste y nos viste entrar en su cuarto, ¿verdad? —le acusé directamente.

—Sí. Sé que me visteis aquella noche. —Bajó la mirada hacia sus largos dedos entrelazados sobre las piernas y luego la levantó—. Escuché a través de la puerta y oí cómo os enfadabais tú y Trisha al leerla. ¿Por qué te aborrece tanto tu abuela?

—Es una larga historia, Arthur.

—¿Estás enojada conmigo porque os seguí y os espíe? —preguntó, conteniendo la respiración.

—No. Pero no me gusta que me espíen. Me hace sentirme culpable de algo y me produce escalofríos.

Asintió con la cabeza y nos quedamos en un silencio tenso durante un buen rato.

—A mí no me gusta estar con mis padres —confesó—. Odio ir a casa y no soporto salir de vacaciones con ellos.

—Arthur, eso es terrible. Es terrible decir una cosa así de tus padres. ¿Por qué hablas así?

—Están siempre decepcionados de mí. Quieren que sea un músico profesional, están decididos a que lo sea. Yo practico y practico, pero sé que soy mediocre y mis profesores también lo saben. Si me toleran es por lo que son mis padres.

—¿Por qué no intentas hacerles ver lo que sientes? —pregunté.

—Lo he hecho docenas de veces, pero se niegan a escucharme. Lo único que dicen es que siga practicando; que requiere práctica. Pero eso requiere algo más que práctica —recalcó, abriendo exageradamente los ojos—. También hace falta talento. Para ser algo tienes que tener talento y mis padres no se dan cuenta de que quieren convertirme en lo que no soy.

—Tienes razón, Arthur. Tendrán que comprenderlo. Estoy segura de que algún día lo entenderán.

Meneó la cabeza tristemente.

—Lo dudo y no me importa ya. —Respiró profundamente, moviendo sus estrechos hombros arriba y abajo. Luego volvió a mirarme con sus pequeños y brillantes ojos.

—Dawn, voy a escribir un poema sólo para ti. De hecho, hablará de ti, porque tú eres diferente —dijo, sonrojándose al darse cuenta del énfasis que había puesto en sus palabras—. Quiero... quiero decir... que tú eres muy amable. —Se puso de pie con tanta celeridad que estuvo a punto de tropezar y caer de bruces.

—Muchas gracias, Arthur —repuse, disponiéndome a seguir leyéndolo.

Me miró fijamente durante un momento y sonrió por primera vez. Al instante había desaparecido de allí. Moví la cabeza con asombro y me limpié las últimas lágrimas que me quedaban en las mejillas.

Al día siguiente me esperaba una maravillosa sorpresa cuando volví de la escuela. Era una carta de Jimmy diciéndome que iba a disfrutar de unos días de permiso la semana siguiente y que iría a visitar a papá Longchamp y después vendría a verme. Pasaría en Nueva York el fin de semana y se presentaría en nuestra residencia a las doce para llevarme a comer. La emoción me desbordó. Me planteé en voz alta la cuestión de cambiar mi peinado y Trisha dijo que la estaba volviendo loca.

—Cualquiera pensaría que viene un astro del cine—dijo—. A mí nunca me han excitado tanto las visitas de mis amigos —añadió con un poco de envidia.

—Llevo mucho tiempo sin ver a Jimmy y a los dos nos han pasado muchas cosas. ¡Oh, Trisha!, quizá haya conocido a muchas chicas guapas y piense que yo sigo siendo una niña al lado de ellas —me lamenté.

Trisha se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Si le gustas tanto como dices, nada puede hacer cambiar vuestros mutuos sentimientos —declaró.

—Espero que tengas razón.

Al día siguiente fuimos a «Sacks», en la Quinta Avenida y estuve de suerte porque en la sección de cosmética estaban dos bellas modelos enseñando a las clientes la mejor manera de aplicarse el maquillaje. Elegí un tono de lápiz de labios y compré un perfume. Una modelo me mostró cómo ponerme el rímel de ojos y el colorete e incluso me dio un consejo sobre mi pelo. Parte del dinero que me había enviado mi madre lo gasté en un suéter y una falda a juego que había visto en una revista de modas.

La mañana que llegaba Jimmy, abrí los ojos en ascuas. Probé con el maquillaje tal y como me había enseñado la modelo y cuando terminé me cepillé enérgicamente el cabello de arriba abajo hasta que lo tuve más brillante que el de la princesa de un cuento de hadas. Me puse el suéter nuevo y la falda y corrí nerviosamente a mirarme en el espejo de cuerpo entero. No podía dar crédito a mis ojos. La excitación enrojecía mis mejillas e iluminaba mis ojos. La suave lana azul modelaba graciosamente mis senos y mi talle para luego seguir cayendo hasta las rodillas, como la falda de una bailarina. Aunque resultara engañoso, no pude por menos que pensar que me encontraba bella.

Estaba demasiado nerviosa para tener ganas de desayunar. El verano se resistía a desaparecer a finales de setiembre y el tiempo continuaba siendo cálido, pero el cielo estaba encapotado y triste. Me asustaba que lloviera; me había forjado muchas ilusiones y fantasías en las que Jimmy y yo paseábamos por la ciudad, con su robusta mano cogida a la mía. Trisha se fue a la biblioteca a buscar algunos libros de consulta para una tesina que teníamos que hacer. Cuando regresó ya era más de mediodía y Jimmy aún no había llegado.

—Se retrasa —exclamé—. Tal vez le haya ocurrido algo y no pueda venir.

—Te habría telefoneado, ¿no crees? Deja de preocuparte. No es fácil andar por Nueva York, ya lo sabes. Te estás comiendo las uñas.

Retiré los dedos de mis labios cuando me lo advirtió.

—Escucha —me ordenó, entregándome uno de los libros—. Saca tu cuaderno, baja al salón y espera allí leyendo.

—¡Oh, Trisha! No puedo —me lamenté.

—Eso te ayudará a pasar el tiempo mientras llega. Haz lo que te digo —ordenó—. Yo me sentaré a esperar contigo.

Bajamos al salón. A medida que pasaban las horas empezaba a desanimarme. Cada pocos minutos me miraba y remiraba en el espejo, acicalándome y retocándome el peinado. Arthur Garwood regresó de sus prácticas de instrumento del sábado y se

asomó al salón esbozando una sonrisa en sus delgados labios, pero cuando vio que Trisha estaba allí conmigo retrocedió automáticamente, como si tirase de él una gigantesca banda de goma, y continuó subiendo hacia su habitación. Por fin, cuando llevaba esperando casi cuatro horas, sonó el timbre de la puerta y Trisha y yo nos miramos. Agnes había salido de compras con unas amigas y Mrs. Liddy se encontraba en la cocina.

—¿Debo recibirle yo? —preguntó Trisha.

—No, no. Lo haré yo —contesté con un profundo suspiro—. ¿Qué aspecto tengo?

—No muy distinto al de hace cinco minutos cuando me lo preguntaste otra vez —respondió, riendo.

Me levanté y acudí a la puerta. Cerré los ojos y, por un momento, recordé a Jimmy en su escondite del hotel, donde nos contamos el uno al otro nuestros secretos y pensamientos mutuos. Aquellos momentos y aquellas palabras parecían ahora formar parte de un sueño infantil, de una fantasía. ¿Habría el tiempo y la distancia cambiado nuestra manera de sentir? Mi corazón empezó a latir fuertemente por anticipado y abrí las puertas exteriores para recibirle.

El uniforme hacía mucho más alto a Jimmy. Su rostro había perdido la blandura de la inocencia y había ganado más firmeza y la plenitud de madurez. Por supuesto, su cabello negro era corto, pero aquello no le restaba belleza, sino que parecía dar énfasis a sus ojos, de color castaño oscuro. Permaneció en la puerta erguido, con los hombros echados hacia atrás, irradiando confianza en sí mismo. Al bajar la vista para mirarme, noté que sus ojos se suavizaban y me inundaban de calor.

—Hola —saludó—. Siento llegar tan tarde, pero se ha estropeado un autobús y me he extraviado un poco. Estás muy guapa.

—Gracias —dije, sin moverme. Era igual que si los dos hubiéramos avanzado muchos años en el tiempo y nos diera miedo tratarnos como cuando crecimos juntos siendo hermano y hermana.

—¿No piensas invitarle a entrar? —preguntó Trisha, que estaba de pie exactamente detrás de mí.

—¿Qué? ¡Oh, lo siento, Jimmy! Te presento a Trisha, mi compañera de habitación. Trisha, éste es Jimmy.

Jimmy dio un paso al frente y estrechó la mano de Trisha.

—Encantado de conocerte —dijo, señalándome con la cabeza—. Dawn me ha hablado mucho de ti.

—También ella me ha contado muchas cosas sobre ti —contestó Trisha y los dos se quedaron mirándome como si yo hubiera descubierto secretos de estado concernientes a cada uno de ellos—. ¿Pasamos al salón? —propuso Trisha, con una estúpida sonrisa congelada en los labios.

—¿Qué? ¡Oh, sí! —exclamé, dejando paso a Jimmy.

—Un sitio muy bonito —aprobó él, sentándose en el pequeño sofá y pasando revista a los cuadros y recuerdos que había a su alrededor.

—¿Quieres tomar algo? Dawn parece haber olvidado sus buenos modales —le preguntó Trisha burlándose de mí—. Agnes se habría sentido muy molesta.

—No, gracias —contestó Jimmy. Se produjo un momento de silencio y luego empezamos a hablar todos a la vez.

—¿Cómo está papá Longchamp? —pregunté.

—¿Cómo va la escuela? —inquirió Jimmy.

—¿Qué tal se está en el Ejército? —demandó Trisha.

Todos nos echamos a reír. Jimmy, entonces, se recostó en su asiento, mucho más relajado. Parecía muy cambiado, muy calmoso y mucho más fuerte. Yo siempre me había sentido bastante más joven que él, algo así como su hermana y ahora, su sosegada madurez me hacía sentirme aún más distante.

—Me gusta el Ejército —explicó. He encontrado un nuevo hogar, como nos dicen en el campamento de instrucción.

Cuando pronunció la palabra «hogar» levanté las cejas y él se volvió haciéndome un guiño.

—Pero se está bien en él. Me gustan los compañeros que tengo y estoy aprendiendo cosas sobre mecánica que me serán de utilidad cuando me licencie. —Se volvió nuevamente hacia mí—. Lamento haber llegado tarde. Pensaba llevarte a comer y tendrá que ser a cenar. Es decir, si ello es posible —añadió.

—¡Oh... por supuesto! —acepté.

—Tendrás que enseñarme un buen restaurante. Yo no conozco gran cosa de Nueva York —le explicó a Trisha.

—Podéis ir a «Antonio's», en York y la Veintiocho —sugirió Trisha.

—Eso es demasiado caro —repuse yo. Nosotras no habíamos ido nunca a comer allí, pero nos habíamos parado a mirarlo y parecía de mucho postín.

—No te preocupes por ello —soltó Jimmy. Recordé la luz intensa de sus ojos negros, cuando centellearon levemente para anunciar su orgullo—. De todos modos —dijo, con un travieso tintineo en los ojos—, estás lo suficientemente bien vestida para ir a cualquier sitio caro.

Fue tan rápido y fuerte mi sonrojo, que sentí calor hasta en el cuello. Miré a Trisha y vi en sus labios aquella estúpida sonrisa suya de satisfacción.

—Bueno, pues, entonces, vámonos —decidí—. Me estoy muriendo de hambre.

—No me extraña. Ha estado tan nerviosa todo el día, que no ha probado bocado —reveló Trisha.

—¡Trisha!

Jimmy se echó a reír. Nos pusimos en pie y echamos a andar hacia la puerta.

—Que lo paséis bien —deseó Trisha.

—Gracias —respondió Jimmy.

—Es muy guapo —me susurró ella al oído.

Cuando salimos a la calle, descubrí que tenía un taxi esperando.

—¿Por qué no lo has dicho, Jimmy? —exclamé, comprendiendo cuánto le iba a costar aquello—. El taxímetro ha estado marcando todo este tiempo.

—No te preocupes —dijo—. Después de lo que he pasado, bien me merezco farolear un poco. Y no hay nadie con quien yo quiera presumir más que contigo, Dawn. Estás realmente espléndida —añadió, conduciéndome hacia el taxi.

Repentinamente, un sol nítido se asomó a hurtadillas por entre las nubes y tiñó de vivos colores los árboles del otro lado de la calle. Aquello alegró mi corazón, pero me produjo la sensación de haber entrado en un sueño, de haberme introducido en una de mis fantasías. Allí estábamos Jimmy y yo, prácticamente dos huérfanos criados en la pobreza absoluta, listos para acudir a un restaurante de lujo de Nueva York. Qué extraños y confusos habían sido el tiempo y los acontecimientos. Resultaba difícil saber qué era realidad y qué era sueño, y por un momento pensé que sería mejor no intentar averiguarlo.

El restaurante era tan caro como aparentaba. Cuando entramos nos preguntaron si teníamos reserva. Por supuesto no la teníamos, pero el *maitre* examinó su libro y seguidamente asintió con la cabeza. Creo que le había impregnado el uniforme de Jimmy.

—Puedo ofrecerles una mesa —declaró, y nos condujo a una mesa apartada. Mientras cruzábamos hacia la mesa me dio la impresión de que todo el mundo nos miraba. Me encontraba tan nerviosa que casi tiré al suelo la vajilla de plata cuando saqué de debajo la servilleta para ponérmela sobre las piernas. Nos preguntaron si queríamos tomar antes un cóctel.

«¡Cóctel! —pensé—. ¿Qué edad creía el camarero que tenía yo?»

—No, cenaremos inmediatamente —replicó Jimmy sonriendo. Estamos hambrientos.

—Muy bien, señor —y se fue, dejándonos la carta. Cuando vi los precios se me paró el corazón.

—¡Oh, Jimmy! Esta cena cuesta lo que valía nuestra alimentación de una semana.

—Ya te he dicho que no te preocupes. Hasta ahora no he gastado ni un penique de mi paga del Ejército —declaró. Y entonces me contó, con la voz impregnada de orgullo, que había dado algún dinero a papá Longchamp.

—Jimmy, cuéntame cómo se encuentra realmente —le dije después de pedir nuestro menú. Los ojos de Jimmy se oscurecieron y las comisuras de su boca se tensaron, de la misma forma que solía hacer cuando trataba desesperadamente de dominar la rabia o la tristeza. Bajó la vista hacia la mesa y se puso a tocar la vajilla de

plata.

—Me ha parecido verle mucho más bajo de estatura y mucho más viejo de lo que es. Creo que la cárcel produce eso. Tiene el cabello más cano y la cara más delgada, pero cuando me vio se animó considerablemente. Tuvimos una larga conversación acerca de lo que había ocurrido y explicó por qué él y mamá hicieron lo que hicieron; dijo que creían estar haciendo una cosa justa puesto que tus verdaderos padres no te querían y porque él y mamá habían tratado en vano de tener otro bebé. —Jimmy alzó inmediatamente la cabeza, con los ojos húmedos—. Por supuesto, él admite que aquello estuvo mal y lamenta mucho el dolor y el sufrimiento que nos causó a todos. Pero no pude por menos que sentir más pena por él que por mí mismo. Aquello le ha destrozado y ahora que se ha ido mamá no le queda en verdad nada.

Yo no era tan fuerte como Jimmy y no pude impedir que las lágrimas desbordaran mis párpados. El me sonrió y se inclinó hacia delante sobre la mesa para secarme las mejillas.

—Pero él es ahora más feliz, Dawn, y te envía su cariño. Ha hecho nuevas amistades y le gusta su nuevo trabajo.

—Lo sé. Me ha escrito contándomelo.

—Pero apuesto a que no te ha contado que tiene una compañera —dijo Jimmy con una traviesa sonrisa.

—¿Una compañera?

—Cocina para él y me dio la impresión de que hacía otras muchas cosas. Pero no querían que yo lo supiera todavía —concluyó, ampliando la sonrisa.

Naturalmente, me hacía feliz que papá Longchamp hubiera encontrado compañía y dejara de estar solo. Yo sabía lo que significaba la soledad y cuánto deprime el corazón, haciendo que los días más soleados parezcan tenebrosos y sombríos. Pero no pude evitar recordar a mamá y oír que papá Longchamp estaba con otra mujer me llenó de pena. La expresión de mi rostro debió mostrar mi desconcierto, porque Jimmy alargó los brazos por encima de la mesa y cogió mi mano entre las suyas.

—Pero me confesó que nadie podría desplazar a mamá de su corazón —se apresuró a añadir.

Yo asentí, tratando de comprenderlo.

—Papá me contó también cuánto se había esforzado por localizar a Fern —prosiguió Jimmy—, sin poder obtener datos. Parece ser que todo el mundo había jurado guardar el secreto, le dijeron que para proteger así a la familia que la había adoptado, y también a ella para que no la molestaran más adelante.

—¡Pero él es su verdadero padre! —protesté.

—Y un hombre que ha estado en la cárcel —me recordó Jimmy—, que no tiene dinero, ni trabajo, ni una esposa que ayude a criar a la niña. Por supuesto, él conserva la esperanza de que algún día...

—Algún día la encontraremos, Jimmy. Y volveremos a reunirnos la familia — repliqué con clara y tajante determinación.

Jimmy sonrió y afirmó con la cabeza.

—Seguro que lo haremos, Dawn.

No rompimos a hablar de nosotros mismos hasta que el camarero nos trajo la cena. Jimmy me describió su entrenamiento, me habló de sus amigos y me contó algunas cosas que había visto y hecho. Yo le hablé de la escuela y de Madame Steichen; le conté más cosas de Trisha y describí a los otros estudiantes de nuestra residencia, especialmente a Arthur Garwood. Al cabo de un rato parecía yo la única que hablaba y Jimmy se limitaba a escuchar con los ojos muy abiertos.

—Esto es sin duda muy diferente para ti a todos los otros sitios donde hemos estado —concluyó—. Pero me alegro de que te halles con personas capaces de reconocer tu talento.

Luego soltó la noticia: si estaba en Nueva York era porque al día siguiente por la tarde iba a embarcar para Europa.

—¡Para Europa! ¡Oh, Jimmy!, ¿cuándo volveré a verte?

—Antes de lo que te imaginas, Dawn. Y te escribiré. No te preocupes —dijo, sonriendo—. Allí no hay guerra. Todos los soldados hacen una excursión de servicio a alguna parte. Esto me permitirá ver un poco de mundo pagando el Tío Sam. No nos queda mucho tiempo para estar juntos, Dawn —añadió, con una seria mirada—. No desperdiciemos un solo momento poniéndonos tristes. ¿De acuerdo?

Con cuánta sensatez hablaba. El tiempo y la tragedia le habían cambiado. Comprendí que Jimmy había estado valiéndose por sí solo todo el tiempo desde aquella mañana en que la Policía se presentó a nuestro apartamento de Richmond y declaró que nuestro padre era un secuestrador. Jimmy no había tenido más remedio que actuar como un adulto. Me tragué las lágrimas y me obligué a sonreír.

—Vamos a dar un paseo —propuse— y te enseñaré mi escuela.

Jimmy sacó la cartera, pagó sin pestañear la costosa cuenta de la cena y salimos. Le sorprendió lo bien que yo me defendía por la ciudad. Le expliqué que Trisha y yo tomábamos frecuentemente los autobuses y el Metro para ir a ver museos y espectáculos.

—Estás creciendo de prisa, Dawn —observó Jimmy con cierta tristeza—. Y te estás volviendo tan sofisticada que probablemente no te reconoceré cuando vuelva, ni tú querrás saber mucho de mí.

—¡Oh, Jimmy, no hables de ese modo! —exclamé, parándome en la acera—. Jamás pensaré que valgo más que tú. Eso que has dicho es horrible.

—Está bien, está bien —atajó, riendo—. Lo siento.

—No se te debería ni ocurrir eso de mí. Cambiaré tan pronto como deje esta escuela.

—No te atrevas a hacer eso, Dawn. Tú vas a convertirte en una estrella. Sé que lo harás —dijo, con firmeza. Luego me cogió de la mano y continuamos agarrados el resto del camino.

Después de que le enseñará la escuela y el pequeño parque cercano, me habló de su hotel.

—No es lujoso, pero estoy en el piso veintiocho y tengo unas hermosas vistas de la ciudad.

—¿Por qué no me llevas a verlo? —sugerí—. Jamás he estado en ningún hotel de Nueva York.

—¿De veras quieres verlo? —preguntó. Parecía inseguro de sí mismo, indeciso, y por un instante pensé que iba a decirme algo. Luego cambió la expresión de su rostro. Al instante, paró un taxi y nos dirigimos a su hotel.

Aunque yo sabía que no era tan lujoso como el «Plaza» o el «Waldorf», era bonito. Su habitación era pequeña, pero tenía razón en cuanto a las vistas. Resultaba sobrecogedor mirar desde tan alto por encima de los edificios y las calles, y ver el océano en la distancia. Jimmy se puso a mi lado, me cogió la mano y nos miramos fijamente en silencio. Luego apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos, tratando de pasar el nudo que se me había hecho en la garganta. No pude contener las lágrimas.

—Lo siento, Jimmy, pero no puedo evitar recordar cosas. Me resulta imposible no pensar en la pequeña Fern, en cuando la cogía, le daba de comer y la veía andar a gatas, riendo; ni puedo dejar de pensar en mamá cuando no estaba enferma y era bonita.

—Lo sé —dijo, acariciándome el cabello y luego besándome la cabeza.

—Ni puedo dejar de acordarme de cuando tú y yo estábamos en Cutler s Cove —añadí.

—Yo tampoco —confesó. Levanté la cabeza de encima de su hombro y le miré. Sus ojos negros miraron también hacia abajo y se clavaron en los míos—. Dawn —susurró—, si tienes ganas de llorar, no te contengas. Yo lo comprenderé. Lloro también por mí.

Pronunció aquellas palabras con expresión muy triste. Pero yo no podía llorar. En vez de llorar, alcé la mano y le toqué la mejilla. Lentamente, como si estuviéramos cruzando todo el tiempo y la distancia que había mediado entre nosotros, nuestros labios se fueron acercando y se besaron en silencio. Me volví hacia él y nuestro beso se hizo más apasionado. Cuando nos separamos, vi que las lágrimas brillaban en las comisuras de sus ojos.

—Sigo sin poder evitar la confusión que me atormenta interiormente —murmuró—. Pienso en ti, sueño contigo, te deseo; y luego, con los ojos de la mente, te veo creciendo como a una hermana y me parece malo pensar en ti de cualquier otra

forma.

—Lo sé —le dije—. Pero no soy tu hermana.

—No sé qué hacer —confesó—. Es como si entre nosotros se alzara una pared, un muro que prohibiera nuestro contacto.

—Entonces, salta ese muro —repuse sorprendida de mi agresividad.

Cogí su mano entre las mías y la elevé hasta mi pecho, apretándole con fuerza la palma. Volvió a besarme y luego echamos a andar en silencio hacia la cama. Primero nos sentamos en el borde, acariciándonos mutuamente el pelo con ternura. Luego, él se acercó más a mí hasta pegar su cabeza a mi frente, de modo que sentí en la cara el calor de su respiración. Incliné la cabeza hacia atrás, arqueando el cuello. Me sentía en un mundo casi irreal cuando sus labios me besaron en el hueco de la garganta y se detuvieron allí. Me quedé sin aliento. Durante un larguísimo momento, esperé que se apartase. Sentía que aquel hormigueo se convertía en sucesivas oleadas de calor que descendían por todo mi cuerpo desde el sitio donde había posado sus labios hasta las mismas puntas de los pies. Emití un gemido y me dejé caer de espaldas contra la almohada. Él se inclinó sobre mí con sus brazos en mis costados y sonrió.

—Eres tan bonita, que no puedo evitar quererte. Jamás habrá para mí ninguna otra más que tú. Y aunque me cueste muchos años saltar ese muro, lo conseguiré —prometió.

—¡Oh, Jimmy! Sáltate ahora mismo ese muro —le supliqué, sin poder creer que pronunciara aquellas palabras. Era como si hubiese alguien dentro de mí diciendo estas cosas. El se quedó serio, y con ello sus ojos se hicieron más oscuros y pequeños.

Entonces se sentó, se quitó la guerrera y se desabrochó la camisa. Apartó un poco la colcha y yo me deslicé debajo, llevando sólo puestos el sostén y las bragas. Empezamos a abrazarnos y besarnos. Sus dedos encontraron el cierre de mi sostén y lo abrieron. Le ayudé a quitármelo y entonces apretó su rostro contra mis senos y me los besó.

—¡Qué bonita eres! —susurró, con un silencioso suspiro—. Me acuerdo de cuando eras más joven. Eras muy pudorosa con tu cuerpo. Siempre querías llevar jerséis sueltos para que yo no pudiera verlo. Y si nos rozábamos casualmente...

Sus recuerdos me devolvieron a los años que habíamos pasado como hermano y hermana. El muro que él describía entre nosotros volvió a levantarse cuando recordé aquellas veces en que nos tocábamos íntimamente el uno al otro por casualidad y yo me sentía sucia y avergonzada por ello. Qué difícil era desechar aquellas vivencias y sentimientos.

Ahora, cuando él presionó contra mí su masculinidad, sentí un estremecimiento a causa de mi excitación y también a causa de mi conciencia de culpa. «¿Pero por qué me siento culpable? —me pregunté a mí misma—. Jimmy no es hermano mío. ¡No lo

es!»

Jimmy, al notar la tensión de mi cuerpo, dejó de besarme. Se echó hacia atrás y me miró.

—Dawn, vamos demasiado rápido —dijo—. Esto va a dañar nuestro mutuo cariño, en vez de cimentarlo. Te quiero más que a nada en el mundo y no deseo hacer una cosa que pueda alejarte de mí. Limitémonos a estar aquí tumbados juntos, abrazándonos el uno al otro —acabó, con una sensatez mucho mayor que la mía.

Me echó el brazo por encima del hombro y me atrajo junto a él, de forma que mi cabeza descansara sobre su pecho. Durante un largo momento, nos quedamos así en silencio, sujetándonos mutuamente. El latido de nuestros corazones suavizó su ritmo y una paz maravillosa descendió sobre nosotros. A través de la ventana veíamos el sol cayendo sobre la ciudad. Pronto empezarían a rutilar las miríadas de luces que hacían tan emocionante el horizonte de Nueva York.

El cerró los ojos, yo cerré los míos y los dos nos quedamos dormidos el uno en brazos del otro.

Cuando abrí de repente los ojos, me sentí un momento confusa. Jimmy seguía dormido. Me volví suavemente para no despertarle y encendí la pequeña lámpara de la mesilla de noche. Miré el reloj. Estupefacta, sentí que me daba vueltas la cabeza. ¿Sería posible?

—¡Oh, Jimmy! —grité, incorporándome.

—¿Eh? —Abrió los ojos, parpadeando.

Aparté la colcha de la cama y corrí en busca de mi ropa.

—¡Son las dos de la mañana! Agnes se va a poner furiosa. Se supone que debemos estar en casa a las doce como máximo los fines de semana, y a las diez los demás días.

—¡Atiza! No sé qué ha sucedido —exclamó, incorporándose y poniéndose los pantalones.

Salimos apresuradamente y bajamos al vestíbulo del hotel. Era tan tarde que no había nadie detrás del mostrador. Nos llevó un buen rato encontrar un taxi y ya eran casi las tres de la mañana cuando llegamos a casa de Agnes.

—¿Quieres que entre contigo para explicarlo? —preguntó Jimmy.

—¿Explicar, qué? ¿Que nos hemos quedado dormidos juntos en la cama de la habitación de tu hotel?

—Lo siento —declaró Jimmy otra vez—. Lo último que quisiera es crearte complicaciones en la escuela.

—Ya se me ocurrirá algo. Llámame mañana por la mañana. ¡Oh, ya es mañana! —dije—. Jimmy, no se te ocurra marcharte a Europa sin volver a verme. Prométemelo —exigí.

—Prometido —contestó—. Vendré a eso de las once.

Le di un beso y bajé del taxi. Naturalmente, la puerta principal estaba cerrada con llave y tuve que llamar al timbre. Jimmy me miraba por la ventanilla del taxi. Agité la mano en señal de despedida y él dio instrucciones al conductor para que le llevara de vuelta al hotel. Unos minutos después, Agnes abrió la puerta. Iba en bata y con el pelo suelto. Sin su copioso maquillaje parecía cadavéricamente pálida y mucho más vieja.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó, antes de dejarme entrar.

—Lo siento, Agnes. Perdimos la noción del tiempo, y cuando miramos el...

—No he avisado a la Policía, pero he tenido que llamar a tu abuela —declaró—. Huelga decirte que estaba muy excitada. Yo no sabía que este muchacho con el que has salido fuera un delincuente juvenil que había sido arrestado en el hotel.

—¡Eso no es cierto! —grité—. Es mentira lo que dice de Jimmy, igual que todo lo que dijo de mí en la carta.

—Bueno, si alguien está mintiendo, creo que ésa eres tú, querida —dijo, adoptando una postura severa. Pensé que estaba representando un papel, y que no tenía ningún sentido discutir con ella—. Después de haber confiado en ti, me has defraudado. Como comprenderás, esto me perjudica a mí y a mi posición ante la escuela. Tu abuela estaba resuelta a presentar una queja ante la dirección, pero le he prometido que esto no volvería a repetirse y que tú no verías más a ese muchacho. Además —siguió, cruzando los brazos y poniéndose tan rígida como una estatua—, quedarás recluida en tu dormitorio durante seis meses. Entrarás en él a las seis en punto, incluso los fines de semana, y sólo podrás salir cuando tengas que hacer algo en la escuela y con mi permiso previo. ¿Está claro?

Pensé que aquello era injusto, pero me tragué el resentimiento y asentí con la cabeza. De cualquier modo, no me iba a importar nada no salir. Jimmy partía mañana para Europa.

—Muy bien, entonces —concluyó Agnes, dando un paso atrás para dejarme entrar—Sube directamente a tu habitación y no hagas ruido para no perturbar a los demás. Estoy muy decepcionada de ti, Dawn —exclamó cuando pasaba por delante de ella. Corrí escaleras arriba. Nada más deslizarme dentro del cuarto, Trisha se incorporó.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. Agnes está furiosa.

—Lo sé. —Me senté en el borde de la cama y me eché a llorar—. He de estar seis meses sin salir. Ya se ha encargado de ello la abuela Cutler.

—¿Pero adonde habéis ido?

Le expliqué que habíamos ido a la habitación del hotel de Jimmy y que nos habíamos quedado dormidos abrazados.

—¡Caramba! —exclamó.

—Trisha, no ha ocurrido nada. No es lo que parece —dije, pero vi el escepticismo

en sus ojos—. Tienes que ayudarme mañana —añadí, acordándome de que Jimmy vendría a buscarme por la mañana—. Necesito verle antes de que se vaya a Europa.

Planeamos que ella esperaría fuera y subiría a recogerme cuando llegara él. Jimmy y yo daríamos un paseo por el parque y nos despediríamos allí. Después regresaría a mi cuarto y me sepultaría dentro de él con mi trabajo de la escuela y mi música, tratando de olvidar el tiempo y la distancia que nos separaba.

Me quedé dormida soñando con el día en que Jimmy regresaría y los dos nos iríamos a vivir juntos nuestras propias vidas, libres de la abuela Cutler y de la gente odiosa. Yo ganaría más que suficiente con el canto y la música para que pudiéramos vivir juntos. ¿Seguía siendo una niña para abrigar tales esperanzas?

ASUNTOS DE FAMILIA

Después de nuestro doloroso adiós y de que Jimmy partiera para Europa, yo traté de refugiarme en mi trabajo. No transcurrió mucho sin que empezara a odiar el tiempo y a despreciar absolutamente un calendario que parecía refocilarse en recordarme continuamente lo largo que se hacía el paso de las semanas y los meses. Yo no había supuesto que fuera a importarme tanto el castigo como de hecho me importó, pero resultaba especialmente doloroso verme recluida en casa mientras Trisha y algunas otras amigas nuestras eran libres para ir al cine, a los bailes, los restaurantes o los grandes almacenes.

Un sábado por la noche, al poco tiempo de irse Jimmy y de que Arthur Garwood se enterase de mi castigo, vino a llamar a la puerta de mi cuarto. Pensé que tal vez sería Agnes para decirme que me permitiría estar en el salón sin necesidad de quedarme encerrada en mi dormitorio y estaba preparada para poner cara larga y no dirigirle la palabra. Ni siquiera pronuncié «Adelante». Sin embargo, el cabo de un rato, como oí a Arthur pronunciando mi nombre, fui a abrir la puerta. El se quedó allí plantado, con una caja debajo del brazo.

—¿Qué ocurre, Arthur? —le pregunté. Parecía tener intención de seguir allí eternamente.

—He pensado que a lo mejor te gustaría jugar a las damas.

—¿A las damas?

Dio unos golpecitos en la caja.

—¡Oh!

—No tiene por qué gustarte —añadió rápidamente. En su cara se registraba ya la decepción, con los ojos melancólicos y la boca triste. Se dio media vuelta con intención de irse.

—¡Oh, no! Sí que me gustaría —avancé, no muy segura de si lo hacía por él o por mí. Se alegró inmediatamente y colocamos sobre mi escritorio el tablero de las damas.

No me cabía duda de que Arthur me dejaba ganar la mayoría de las veces, pues llegué a ver que eludía algunos movimientos fáciles porque de esa forma alargaba más la partida.

—Estoy trabajando duramente en tu poema —dijo—. Aunque quiero que sea algo especial, ya me va faltando poco para terminarlo.

—Tengo ganas de verlo, Arthur. ¿Has hablado con tus padres sobre tu carrera de músico?

—Una docena de veces desde que tú y yo lo comentamos —respondió—, y siempre con el mismo resultado. Que espere, que me fije y que practique. No quieren ni escucharme. Ya sabes, se espera que toque un gran solo de oboe en la Representación de Fin de Semana de este año.

Cada primavera, los estudiantes de último curso de la «Escuela Bernhardt» hacían una demostración de su arte durante la llamada Representación de Fin de Semana. Asistían sus padres y familiares y se celebraban dos noches de espectáculo, al que se invitaba a famosos críticos de Nueva York, así como a directores y productores, muchos de los cuales frecuentemente acudían.

—Arthur, estoy segura de que tendrás más éxito del que te imaginas —dije.

—Saldré asustado y tú lo sabes —afirmó—. Estoy asustado ahora y lo he estado siempre; no hay razones para esperar un cambio. Se lo he dicho a mis padres y les he suplicado que pidan que se me excluya de la representación. Pero montaron en cólera porque se lo sugiriera.

—¿Y qué dicen tus profesores?

—Ya te lo expliqué —me recordó—, están intimidados por mis padres. No van a impedir que yo actúe, y seré el hazmerreír de todos. Cualquiera que tenga un poco sentido de la música verá inmediatamente que soy muy malo. —Entonces levantó la vista hacia arriba y las lágrimas brillaron en sus ojos—. Todos se reirán de mí.

Me miró fijamente un momento, con sus ojos húmedos y diminutos.

—Dawn —dijo, con voz queda—tú sabes de música; la llevas en la sangre y me has oído tocar. Lo sé, te he visto pasar por el salón de música mientras yo estaba practicando y también me has oído aquí. No conozco a nadie tan honrado y considerado como tú —añadió, con tanta sinceridad que me hizo ruborizarme—. Por favor, no me mientas. ¿Qué opinas real y verdaderamente de mi manera de tocar el oboe?

Aspiré aire profundamente. Por lo general, es más fácil mentir a la gente que decirle la verdad, aun cuando ellos sepan que les estás mintiendo. Mi hermana Clara Sue era así. Clara Sue sabía que era gorda y egoísta, y cuando yo le decía la verdad sobre ella me odiaba todavía más por decírselo. Muchas personas viven de ilusiones y de fantasías, y no quieren que nadie perturbe su mundo de confortables mentiras.

Me acordé de Madame Steichen. Era una mujer tan consagrada y dedicada a su música que jamás engañaría a nadie diciéndole que era bueno sin serlo. Su honradez era lo que la hacía estar por encima de muchas personas, aunque tal honradez la hiciera parecer a menudo muy cruel.

Y allí estaba Arthur Garwood, deseoso de escuchar la verdad referente a sí mismo, pendiente de que yo se la dijera. Si acaso, necesitaba un aliado en su lucha para hacer frente a la realidad.

—Tienes razón, Arthur —admití—. No tocas excepcionalmente bien. Yo no te

imaginaría nunca como un músico profesional, por mucha influencia que puedan ejercer tus padres. Pero está bien que, por ahora, hagas cosas para complacerlos —me apresuré a añadir—. No me cabe duda de que, con el tiempo, también ellos acabarán dándose cuenta, si es que son tan buenos como todo el mundo dice que son, y...

—¡No! —estalló, dando una palmada tan fuerte sobre el tablero de damas, que hizo saltar de sus casillas todas las fichas—. Están ciegos respecto a mí. Si fracaso yo, fracasan ellos, y no pueden soportar el fracaso.

—Pero tú puedes hacer otras cosas. Tal vez llegues a ser un gran escritor. Tal vez tú...

—¡No me escucharán! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Negó con la cabeza y miró el suelo. Cuando respiró profundamente sus estrechos hombros se alzaron y luego se hundieron de manera tan espectacular que pareció ir a doblarse igual que un traje de ropa cayendo de una percha. Ninguno de los dos dijimos nada durante un rato. Yo temía su reacción de frustración y cólera. Había momentos en que era dócil y hablaba tan suavemente que apenas se le oía; pero acto seguido empezaba a dar gritos, abriendo exageradamente sus pequeños ojos, con la cara enrojecida y su flexible y delgado cuerpo contorsionado.

—Yo soy hijo adoptivo —confesó, como si ello fuera un crimen. Hablaba apretando los dientes, diciéndome algo que yo había sospechado desde la primera vez que tuve delante a sus padres y vi lo distintos que parecían de él—. Pero ellos no quieren que lo sepa nadie. Es un secreto que hemos guardado toda la vida.

Levantó la vista hacia mí y ahogó sus sollozos.

—Tú eres la única persona a quien se lo he dicho —dijo.

—Pero si ellos te adoptaron —dije tan calmada y apaciblemente como pude—, no podían esperar que tuvieses sus mismas dotes para la música, ¿no?

—Precisamente por eso —respondió en el acto—. Si no demuestro que tengo talento musical, creen que la gente llegará a la conclusión de que soy hijo adoptivo suyo y el secreto se descubrirá.

—¿Por qué tiene eso que ser un secreto? —pregunté.

El cuerpo empezó a temblarle y sus desolados ojos me anunciaron que estaba a punto de sorprenderme. Aunque ya estaba prevenida, no estaba preparada para lo que iba a escuchar.

—Ellos no viven juntos como se supone que debe vivir un matrimonio —reveló. La cara de asombro que puse le obligó a continuar—. No duermen en la misma cama. Mi madre no me hizo nunca lo que se le hace a un bebé. No me preguntes cómo lo sé —me suplicó. Abrigué la sospecha de que Arthur había tenido siempre la costumbre de espiar y observar a las personas sin ser visto—. No hablemos de mis problemas —se apresuró a decir, levantando otra vez la cabeza para mirarme—. No debería ser tan egoísta y hablarte de mí mismo a ti que vas a estar seis meses recluida en esta casa.

Es un castigo injusto y además cruel. Me sorprende mucho de Agnes —añadió, haciendo que las comisuras de su boca blanquearan de rabia.

—No es culpa de Agnes, la ha obligado a ello mi abuela. No importa, sobreviviré —dije, con un suspiro.

—Yo tampoco saldré —decidió con determinación—. Me quedaré en casa todos los fines de semana por la noche y estaré dispuesto a hacerte compañía si quieres. Haremos lo que te apetezca: jugar a las damas, a las cartas, o solamente charlar. No tienes que hacer más que decirlo.

Su buena voluntad me llenó los ojos de lágrimas.

—¡Oh, Arthur! No puedo pedirte que te sacrifiques hasta ese extremo. No te arriesgues.

—De todos modos, no voy a ningún sitio importante —dijo—. Ni tengo verdaderos amigos. Además, creo que no hay ninguna otra persona con la que me gustara estar. —Miró rápidamente hacia otra parte, turbado y confuso.

Aquello también me conturbó a mí y por un momento me quedé sin palabras. Se me ocurrió que lo mejor y más sencillo era aparentar que no lo había oído o entendido.

—El tablero se ha desmontado —observé—. Empecemos otra vez la partida.

—¡Oh, claro! —contestó. Volvió a ordenar las fichas y estuvimos jugando hasta que le dije que me encontraba cansada. Le di las gracias por haberme hecho compañía.

Cuando se marchó me puse a pensar en las cosas que me había contado. ¿Por qué un hombre y una mujer vivían juntos como marido y mujer si uno de ellos no quería tocar o ser tocado? ¿No era el sexo un medio de estar lo más cerca posible de la persona amada? ¿Y por qué una mujer iba a sentir miedo de ello? ¿Sería por temor a quedarse embarazada? Se me antojó cuán confuso y complicado era el mundo cuando abandonabas el reino de la niñez. Vivías dentro de una burbuja hasta que un día estallaba la burbuja y te veías forzada a mirar a tu alrededor y ver que el dolor y el sufrimiento no eran parte de una fantasía que se disipaba en un abrir y cerrar de ojos. Ciertamente, en el caso de Arthur Garwood no era así.

De un modo extraño, mi castigo me tenía atrapada y dificultaba las cosas entre Arthur Garwood y yo. Yo no quería que pensara que podría convertirme en su novia, pero al mismo tiempo no deseaba herirle rechazándole cada vez que viniera a hacerme compañía. Por suerte, Trisha se quedaba conmigo muchas noches y, cuando no, andaban por allí las gemelas. Siempre que había presente alguien más, especialmente si estaba Donald Rossi, Arthur no se acercaba a mí. Sólo me hablaba cuando estaba sola y cuando se cruzaba conmigo en los pasillos de la escuela o me veía por la calle paseando con alguien. Lo único que hacía era mirarme y dirigirme una leve reverencia con la cabeza.

Más tarde, Arthur puso las cosas todavía más complicadas cuando un sábado por la noche vino a mí con su poema. Lo traía metido en un sobre.

—Te lo dejo para que lo leas a solas —manifestó, apartándose— y cuando hayas terminado, dime sinceramente lo que opinas de él. Recuerda —añadió desde la puerta—, sé sincera. —Y se fue.

Bajé la mirada hacia el sobre que tenía en mis manos. Incluso lo había cerrado. Me senté en la cama, apoyé la espalda en la almohada y lo abrí lentamente. Se había tomado la gran molestia de escribirlo con una caligrafía de estilo antiguo. Pensé que quizá no tuviera talento musical, pero ciertamente, poseía talento artístico. Había titulado el poema «Dawn».

*La oscuridad agarra al mundo con puño de hierro.
Ni las más brillantes estrellas pueden aflojar la presa,
los dedos negros de la noche se cierran sobre el mundo y sobre mí.
Me encuentro solo, prisionero de mi propia sombra.
Nadie puede oír mis gritos o mis lágrimas y a nadie le importo.
Soy igual que un pájaro sin alas.
Abatido, sentado y aguardando sin esperanzas.
Y entonces llegas tú.
Y te elevas sobre el horizonte, con luciente y cálida sonrisa que despeja
las tinieblas,
que se derriten igual que el hielo con tu calor.
Tus rayos tocan mi cara, y yo arrojó de mí las sombras y recupero mis
alas.
Entonces, como un pájaro redivivo, levanto el vuelo y me remonto hasta
las nubes.*

Levanté rápidamente la vista del poema, pero Arthur ya no estaba en la puerta. Había cumplido la promesa de retirarse a su cuarto, donde yo sabía que esperaba, impaciente. Durante un momento no pude moverme. Las palabras eran bellas, pero muy reveladoras y me atemorizó la profundidad de los sentimientos que, obviamente, abrigaba hacia mí. ¿Qué había hecho yo para inspirarle un sentimiento tan fuerte? ¿Se debía tan sólo a que le había prestado atención y no le había ridiculizado? Yo no le había pedido que me amara ni que me explicara sus más profundos secretos. Pero, aunque yo no creía haberle dado motivos para ello, su honda expresión de amor me hacía sentirme como si le hubiera traicionado. Estaba segura de que a Jimmy no le hubiera gustado oír que a mí me gustaba otro chico que no fuera él. «¿Qué hago yo ahora?», me pregunté.

Imaginé a Trisha diciéndome: «Dile que está muy bien y te vas». Pero Arthur era

demasiado sensible y perceptivo para que le ofreciera esa respuesta. Yo tenía que ser como él sabía que era, darle la respuesta que esperaba de mí. Tenía que ser sincera. Me levanté de la cama y eché a andar lentamente hacia su cuarto. La puerta, como siempre, estaba cerrada. Llamé levemente con los nudillos.

—Adelante —dijo. Estaba sentado en su escritorio con la lámpara encendida. Su rostro, bañado por la luz, parecía una máscara.

—Arthur —empecé—, es un poema maravilloso, un poema muy bello. No me lo merezco.

—¡Oh! Claro que te lo mereces —se apresuró a responder.

—Arthur, tengo que decirte algo que debí haberte dicho antes. Estoy enamorada de una persona. Le he querido toda mi vida y él me quiere a mí. Nos hemos hecho mutuamente la promesa de esperarnos. Esto no se lo he dicho a casi nadie —añadí en seguida—, pero te lo confío a ti igual que tú me confías tu secreto.

Se limitó a mirarme fijamente; su cara, inmóvil, sin temblarle siquiera los labios, se asemejaba todavía más a una máscara.

—A pesar de todo —dijo, finalmente—, me gustaría que te quedaras el poema.

—¡Oh! Gracias, Arthur. Lo guardaré siempre como un tesoro. Especialmente algún día, cuando seas un poeta famoso —añadí.

Sacudió la cabeza tristemente.

—Lo único que seré —rebatí con convencimiento— es un fracasado famoso.

—¡Oh, por favor, Arthur, no hables así!

Volvió la cabeza y se puso a mirar sus papeles.

—Gracias por ser tan sincera —acabó.

Como vi que no tenía ganas de seguir hablando, le di las gracias por el poema y me marché. Creo que aquello me dolió a mí casi como a él. Nunca me había alegrado tanto de ver a Trisha ni me sentí tan confortada por su jovialidad y sus risas como cuando volvió del cine aquella noche y me trajo los últimos chismorreos de la escuela. No le dije nada sobre el poema de Arthur. Ya lo había escondido en el cajón de mi cómoda entre algunos de mis otros preciados recuerdos, cosas de las que nunca había querido separarme, aunque las encontrara impregnadas de dolor y también de cariño, como la fotografía de mamá Longchamp, pues todo aquello me recordaba las cosas perdidas que jamás volverían a ser.

Con el paso del tiempo el enfado de Agnes conmigo fue disminuyendo. Ya no discutimos más sobre el incidente de mi regreso a casa a las tres de la mañana. Yo sabía que tenía una buena aliada en Mrs. Liddy, que cantaba mis alabanzas, especialmente cuando me tocaba por turno ayudarla en el trabajo de la cocina. A menudo pasaba el tiempo en la cocina con ella, viéndola trabajar. Me contó la historia de su vida, confesándome que había sido internada en un orfanato a la edad de ocho

años, al morir sus padres de una fiebre en España. Su familia estaba dividida porque ninguno quería tener más de un niño a la vez, y llevaba más de veinte años sin ver a sus dos hermanas y su hermano. Le conté mi historia y le expliqué cuánto miedo me daba que a Jimmy, a Fern y a mí nos sucediera algo similar. Hasta cierto punto, no teníamos pistas para saber dónde vivía Fern.

—A pesar de todo lo ocurrido —le dije—, cambiaría de buena gana mi verdadera familia por la familia con la que me crié.

Mrs. Liddy no pareció sorprenderse, especialmente cuando le referí algunas cosas de las que me habían ocurrido en el hotel y cómo me había tratado y me seguía tratando la abuela Cutler.

Después de mis revelaciones, Mrs. Liddy y yo estrechamos aun mis nuestra amistad. Se pasaba el tiempo enseñándome algunas de sus recetas culinarias e incluso una noche me permitió que preparara la cena para todos. Su amistad me ayudaba a pasar el tiempo.

Por último, Agnes se acercó a mí una noche poco antes de la fiesta de Navidad y me dijo que la hacía muy feliz mi buen comportamiento de aquellos últimos meses y que había decidido volver a ponerme a prueba y levantarme el castigo. Aquello me sorprendió y pensé que sería obra de Mrs. Liddy, hasta que a los pocos días recibí una llamada telefónica de mi madre.

—El fin de semana vamos a Nueva York Randolph y yo con Clara Sue. Vamos de paso para disfrutar unas vacaciones en un crucero de lujo —dijo—. Nos gustaría llevarte a cenar.

—¿Qué pasa con Philip? —pregunté en seguida.

—Philip no nos acompaña porque está visitando a unos amigos del colegio. Sabíamos que en las vacaciones estarías muy atareada con tus lecciones —se apresuró a añadir— y por eso no te pedimos que vinieras con nosotros. Pero tenemos muchas ganas de verte.

—¿De verdad te encuentras lo bastante fuerte para hacer ese viaje? —le pregunté, sin apenas ocultar mi sarcasmo.

—No del todo —contestó—, pero los médicos piensan que puede hacerme mucho bien y no resulta frecuente conseguir que Randolph deje el hotel. Te veremos pronto —agregó, rápidamente—. Ponte el mejor vestido que tengas porque iremos a un restaurante muy caro y lujoso.

Después de colgar, deseé haberle dicho que no quería ir a cenar con ellos. Ciertamente, no sentía ningunas ganas de ver a Clara Sue. Pero a pesar de mi enfado, no pude evitar sentir curiosidad por ellos y ver qué aspecto tenían. Laura Sue seguía siendo mi verdadera madre y, por mucho que yo lo lamentara, no podía negar el hecho de que Clara Sue era al menos mi hermanastra.

Se presentaron a primera hora de aquel día. Agnes envió a Clara Sue a buscarme

mientras ella entretenía a mi madre y a Randolph en el salón con sus relatos teatrales y sus recuerdos. Sin molestarse en llamar, cosa que no me sorprendió lo más mínimo, Clara Sue abrió de golpe la puerta del cuarto de Trisha y mío, y se quedó allí plantada jactanciosamente, con las manos en las caderas y su amplio seno, que parecía aún más voluminoso con aquel vestido azul claro de ajustado corpiño, moviéndose arriba y abajo al jadear por haber subido corriendo las escaleras. La crinolina que llevaba bajo la falda aumentaba el volumen del vestido y producía la impresión de que Clara Sue era todavía más gorda. Se peinaba con una onda seductora que le caía sobre el ojo izquierdo, lo que la hacía parecer más mayor. Aparte de eso, no había cambiado mucho; según evidenciaba el grosor de sus mejillas y brazos, seguían sobrándole nueve kilos de peso.

Trisha alzó la cabeza del libro que estaba leyendo. Se relajó en la cama y observó cómo me preparaba para salir a cenar con mi familia verdadera.

—Ésta debe de ser Clara Sue —dijo, con aquel estilo suyo que a mí se me antojaba inexpresivo.

—Vuestra habitación es muy pequeña para dos —comentó Clara Sue, retorciendo la boca en un rictus de disgusto—. ¿Cómo os las arregláis para no tropezar aquí dentro?

—Con señales de tráfico —respondió Trisha.

—¡Bah!

—Me importa poco lo que puedas pensar de nuestra habitación, Clara Sue —expuse, volviéndome hacia ella—. Además, cualquier persona educada saludaría primero y esperaría a ser presentada.

—Me envían para decirte que bajas en seguida —se quejó. A continuación dio media vuelta y salió.

—Es un encanto —dijo Trisha—. Te compadezco, pero procura pasarlo bien.

—Eso probablemente será imposible —respondí, mirándome una vez más al espejo. Y salí del cuarto. Al pasar por delante de la puerta de Arthur, vi que se asomaba por una rendija. No me detuve. Abajo, en el salón, mi madre se reía de algo que había dicho Agnes. Cuando aparecí en la puerta todos se volvieron hacia mí.

Randolph estaba sentado al lado de mi madre, cómodamente acodado en el asiento, con sus largas piernas cruzadas y sus gráciles manos dobladas encima. En su boca se dibujaba una ligera sonrisa y sus ojos aparecían más cálidos y brillantes que de costumbre. Su pelo castaño claro se veía algo más gris en las sienes e incluso entre sus cabellos más rubios aparecían entrelazadas algunas hebras de plata. Pero conservaba su perenne bronceado y estaba tan elegante como siempre con su traje azul oscuro y su corbata.

Me sorprendió el buen aspecto de mi madre. El cabello rubio le caía por encima de los hombros, desnudos, suaves y turgentes. Lucía un conjunto de collar y

pendientes de oro con diamantes ovalados, y el brillo de las piedras preciosas combinaba con el profundo azul de sus ojos. Se me antojó que parecía más joven que antes. Era como si el tiempo no ejerciera efecto sobre ella; era inmune al paso de los años. Subsistía en ella una cualidad infantil, y su epidermis de niña aparecía tan suave y cremosa como siempre, con un saludable color en las mejillas.

—¡Oh, qué guapa estás, Dawn! —exclamó, arrastrando la voz con el encanto y la elegancia del Sur—. ¿No la ves monísima, Randolph?

—Desde luego —respondió él, asintiendo con una generosa sonrisa que mostraba su resplandeciente dentadura blanca en el marco de aquel rostro moreno.

Clara Sue estaba detrás de ellos con los brazos cruzados bajo sus abultados senos y los ojos muertos de envidia.

—Me disgusta tener que abandonar la deliciosa charla que estábamos manteniendo con Agnes —manifestó cortésmente mi madre.

—¡Oh, qué amable es usted! —agradeció Agnes—, pero no permitan que por mi culpa se les haga tarde adonde vayan.

—Tenemos reservas hechas —terció Randolph, siempre tan celoso de sus horarios.

—Por supuesto —convino mi madre. Extendió la mano y Randolph se incorporó y la ayudó a levantarse. Llevaba un bonito vestido de seda negra con escote en forma de corazón, por el que pugnaban hacia arriba sus senos, de forma que quedaba bien visible el tono sonrosado de su arroyo. Resultaba difícil imaginar aquella mujer, mi madre, recluida la mayor parte del tiempo en la cama de su dormitorio como si fuera una inválida.

Se acercó a mí y me besó levemente en la mejilla. Luego todos dijimos adiós, incluso Clara Sue, y nos fuimos a cenar. Afuera nos esperaba una limusina.

—Cuéntanos todo lo referente a la escuela —propuso mi madre cuando estuvimos acomodados dentro del automóvil—. Tiene que ser muy emocionante para ti estar entre tantas personas de talento.

Me resultaba fácil hablar de la escuela. A medida que la iba describiendo y me refería a las clases y a los profesores, vi que me sentía entusiasmada de estar allí. Clara Sue gruñó y simuló desinterés durante casi todo mi relato. Protestó de todo lo del restaurante y devolvió su plato para que lo cocinaran mejor. Hiciese lo que hiciese, ni mi madre ni Randolph la reprendían. Pensé que no había otra persona peor criada. Randolph describió su inminente viaje de vacaciones, los puertos de escala que iban a visitar y lo mucho que él y mi madre habían esperado aquella excursión.

—Hace más de un año que Randolph no se toma unas verdaderas vacaciones —comentó mi madre.

No hice ni una pregunta sobre la abuela Cutler y cuando se referían a ella me limitaba a ignorarlo. Hasta que pregunté por Sissy. Jamás olvidaría yo las bellas

canciones que cantaba durante su trabajo. Era una chica muy amable y aborrecía la forma en que los otros me trataban cuando yo llegué allí por primera vez. Fue una de las camareras despedidas para dejarme sitio a mí, que realmente no necesitaba el trabajo.

—La abuela despidió a Sissy. —Clara Sue lo dijo con un verdadero bramido.

—¿La despidió? ¿Pero, por qué? —inquirí, volviéndome hacia Randolph, que movió la cabeza.

—Porque no hacía bien su trabajo —explicó Clara Sue, con deleite.

—Eso no puede ser cierto —insistí, mirando ahora a mi madre. Por la forma en que eludió mi mirada, comprendí que ésa no era la razón.

—Fue despedida porque me dijo dónde vivía Mrs. Dalton, ¿no es cierto? —demandé.

—¿Que fue despedida por eso? —preguntó Randolph, mirando a mi madre.

—Eso no es cierto, Dawn —repuso mi madre en voz baja—. Por favor, deja de hablar sobre ello. No es el momento de oír hablar de cosas desagradables. No puedo ponerme nerviosa antes de comenzar un viaje como éste.

—Pero tengo razón, ¿verdad? —Miré a Clara Sue, que se echó hacia atrás pagada de sí misma, viniendo a confirmar mis sospechas—. ¡Es horrible! Sissy necesitaba el trabajo. Eso no es justo. La abuela Cutler es cruel, horriblemente cruel.

—¡Escucha, Dawn! —dijo Randolph—. No querrás volverte loca y volver loco a todo el mundo, ¿verdad? Pasémoslo bien.

«¿Pasarlo bien?», pensé. ¿Quién lo estaba pasando bien? A un lado mío estaba Clara Sue quejándose, lamentándose y haciendo todo lo que podía para estropearnos la cena y, enfrente de la mesa tenía a mi madre queriendo dar a entender que todo era maravilloso y de color de rosa, aun sabiendo que yo había sido apartada de la familia cuando descubrí la fea verdad. Me volví hacia él.

—¿Por qué la dejaste despedir a Sissy? —grité—. Sabes que Sissy es una trabajadora buena y leal. ¿No sientes pena por nadie? ¿Es que no pintas nada en el hotel?

—¡Dawn! —Los ojos de mi madre echaban fuego—. ¡Oh, querida! Randolph, se me está disparando el corazón. Me parece que voy a desmayarme sobre la mesa.

—Tranquilízate, querida —se apresuró a decir Randolph, inclinándose solícitamente hacia ella. Le cogió la mano y le dio unas palmaditas en el dorso.

«¿Cómo no se dará cuenta de que mi madre está haciendo comedia? —pensé—. ¿O es que no le importa que finja?»

—Creo que será mejor que nos vayamos —sugirió mi madre entre arcada y arcada—. Necesito regresar al hotel y tenderme en la cama. De lo contrario, no podré partir mañana.

—Por supuesto —convino Randolph. Llamó al camarero y pidió inmediatamente

la cuenta.

—¿Ves lo que has hecho? —me acusó Clara Sue, con la satisfacción plasmada en el rostro—. Siempre estás causando problemas de algún tipo.

—¡Clara Sue! —la reprendió Randolph.

—¿No tengo razón? Fíjate en todas las cosas horribles que hizo en el hotel el último verano. Ya te dije que no me gustaba que viniera a cenar con nosotros —dijo, recostándose malhumoradamente contra el respaldo del asiento y cruzando los brazos debajo de su seno.

—Clara Sue, por favor —suplicó nuestra madre. El rostro de Clara Sue esbozó una leve sonrisa de satisfacción por sí misma y por lo que había sucedido.

—Lo siento mucho por ti —le dije—. No tienes a nadie contigo y sabes que no puedes valerte por ti misma.

Se quedó boquiabierta, pero antes de que tuviera tiempo de responder, Randolph ya había pagado la cuenta y ayudaba a mi madre a levantarse. Salimos todos del restaurante. El viaje de regreso en la limusina fue triste y me pareció estar viajando en un coche fúnebre. Nadie pronunció una sola palabra y mi madre fue todo el tiempo con la cabeza apoyada en el hombro de Randolph y los ojos totalmente cerrados. Clara Sue miraba por una ventanilla y yo lo hacía por la otra.

Cuando nos detuvimos delante de la puerta de casa, sólo nos apeamos del coche Randolph y yo.

—Lamento que la cena no haya sido más grata —dijo él—. Quizás al regreso de nuestro viaje podamos hacer un alto e intentarlo de nuevo. Es decir, si Clara Sue está por la labor —añadió.

Me volví a mirar la limusina. Mi madre seguía reclinada en el asiento con los ojos cerrados y Clara Sue miraba por la ventanilla con aire de inocencia.

—Dudo de que lo esté —dije. Me volví hacia los escalones de la puerta y entonces giré la cabeza hacia él—. Pero deberías exigir que te dijeran por qué despidió tu madre a Sissy —grité. Subí el resto de la escalera y entré en la casa sin mirar atrás.

Después de las vacaciones y de terminar mi castigo, el año escolar pasó volando para mí. Cada semana esperaba con impaciencia la llegada de las cartas que Jimmy me escribía desde ultramar, que afortunadamente llegaban con puntualidad matemática, llenas de observaciones sobre Berlín, la gente europea y sus costumbres. Siempre terminaba las cartas con juramentos de amor y promesas de volver tan pronto como le fuera posible. Yo llenaba páginas y más páginas de mi cuaderno de notas, describiendo hasta las más insignificantes cosas que hacía —incluso el sabor de los refrescos que tomaba en «George's Luncheonette»— y se las enviaba por correo.

Papá Longchamp llevaba tiempo sin escribirme, pero en el mes de abril recibí una

breve carta suya que me produjo escalofríos y me entristeció.

Querida Dawn:

Siento no haberte escrito mucho pero, entre otros motivos, he estado muy atareado con mi trabajo. Una de las cosas que me han tenido ocupado es llegar a conocer a Edwina Freemont, la cual ha llevado una vida muy difícil con la muerte de su marido y demás.

De todos modos, hemos llegado a conocernos mutuamente muy bien y a evitarnos el sufrimiento de tanta soledad. Un día nos conocimos y pensamos que sería mejor casarnos. Además, he hablado con un abogado y me ha dicho que si algún día tuviera la oportunidad de encontrar a Fern, contaría mucho a mi favor el estar casado y tener una madre en la casa. Así que en ésas estamos.

Espero que te vayan bien las cosas. También le he escrito a Jimmy y se lo he contado.

Te quiero,

PAPÁ

Acabe de leer la carta y no pude por menos de recordar a mamá. Empecé a decirme a mí misma que debía hacerme el cargo y pensar que papá Longchamp estaba completamente solo, especialmente ahora, con Jimmy en Europa. Pero cada vez que pensaba en todo esto, veía la cara de mamá. Por último, el único recurso que me quedó fue hundir la cara en la almohada y llorar. Estuve sollozando hasta que las lágrimas se me acabaron y ya no pude llorar más. Sepulté la carta entre mis otros recuerdos y no hablé de ello a nadie, ni siquiera a Trisha. A las pocas semanas; me escribió Jimmy haciéndome saber que papá Longchamp se había casado. Decía que él ya lo esperaba y que creía estar mejor preparado que yo para aceptarlo. El ya conocía a Edwina Freemont y opinaba que era una mujer excelente, aunque admitía que interiormente le apenaba saber que su padre tenía una nueva esposa. Juraba que no se acostumbraría nunca a la pérdida de mamá. Yo le respondí en mi carta que me ocurría lo mismo, no importa el tiempo transcurrido, ni cuántas nuevas familias pudiera tener.

Después de aquello, pasé algún tiempo sintiendo revolotear constantemente a mi alrededor una nube negra. Las únicas cosas que me hacían feliz eran mis lecciones de canto y piano, recibir cartas de Jimmy y escuchar a Trisha hablar sin cesar de otras muchachas. Cuando no tenía ninguna lección después de las clases, a menudo me paraba a contemplarla en su práctica de danza. Me parecía que bailaba muy bien.

A primeros de abril Trisha cumplió diecisiete años. Sus padres vinieron a verla y la llevaron a cenar y a ver un espectáculo de Broadway. Me invitaron a ir con ellos. Su madre era una mujer muy bella, de grandes ojos verdes, y su padre era un hombre

guapo y alto, que adoraba a Trisha y la colmaba de regalos, incluyendo la promesa de que, tan pronto como se graduara en «Bernhardt», le compraría un pequeño coche deportivo. Me hicieron preguntas sobre mi familia. Habían oído hablar del «Hotel Cutler Cove» e incluso habían pensado pasar allí una semana algún verano. Trisha me echó una mirada o dos cuando contesté a sus preguntas sin revelarles cuán desgraciada había sido en el hotel. Fuimos a ver *Pajama Game* y después del espectáculo acudimos a «Liddy's» a tomar café y quesadilla. Fue una noche inolvidable en todos los aspectos, y, aunque me consideraba afortunada porque me hubieran invitado, en lo más recóndito de mi corazón sentía envidia de Trisha. Mi madre apenas se acordó de mi cumpleaños con una breve llamada telefónica y un cheque enviado dentro de una carta, en la que me indicaba que me comprara lo que quisiera.

Como abril se aproximaba, las expectativas por la Representación de Fin de Semana iban creciendo. Trisha y yo nos quedábamos a menudo después de nuestras clases a contemplar cómo ensayaban los alumnos de último curso. Arthur Garwood, a medida que se acercaba la Representación de Fin de Semana, se hacía más retraído. Llegó a tal extremo que ni siquiera salía de su cuarto para hablar conmigo. Yo me acerqué algunas veces a su puerta y llamé, pero se negó a contestar y en una ocasión llegó incluso a apagar la luz. El asunto llegó a preocuparme y se lo conté a Agnes, pero ella lo achacó al nerviosismo previo a la actuación.

—Todos lo hemos sufrido —explicó—. Hasta los más consagrados artistas sienten mariposas revoloteando en el estómago antes de salir a escena, aunque hayan actuado cientos de veces. De hecho, aseguran que si no estás nerviosa no actuarás bien. El exceso de confianza es un riesgo en el teatro —declaró.

—Lo que le pasa a Arthur es más que nerviosismo —opiné, pero Agnes no me escuchó.

Entonces, la mañana anterior a la Representación de Fin de Semana, cuando bajamos todos a desayunar, advertí en seguida que Arthur se retrasaba excesivamente. Preocupada, Agnes subió a su cuarto a ver si se encontraba enfermo. Bajó inmediatamente, presa de pánico, anunciando que Arthur no estaba allí ni había dormido en su cama.

—¿Alguien sabe algo de esto? —preguntó, histérica.

—Tal vez ha adelgazado tanto que se ha vuelto invisible —bromeó Donald Rossi.

—Eso no tiene gracia —le espeté.

—Por supuesto que no —atajó Agnes—. Arthur no suele comportarse así. Es introvertido y callado, pero no irresponsable. ¡Oh, querida, si mañana por la noche tiene que interpretar su solo! —Eché a correr para telefonar a sus padres.

Ni Trisha ni yo vimos a Arthur por la escuela en todo el día. Al atardecer, me dirigí deliberadamente a sus clases a ver si estaba allí. No estaba. Cuando Trisha y yo

regresamos a casa después de las clases, encontramos a los padres de Arthur con Agnes en el salón.

—¡Oh, chicas, gracias a Dios que estáis aquí! —declaró Agnes. Se estaba retorciendo las manos—. Esperábamos que os hubiera dicho algo a alguna de vosotras —añadió, mirándome particularmente a mí. Trisha negó con la cabeza.

—¿Dawn?

Miré a los padres de Arthur. Parecían más enfadados que preocupados y eso me molestó.

—Estaba muy nervioso pensando en su actuación de mañana —dije—. Tenía miedo de hacer el ridículo y de crear una situación embarazosa para todos. Probablemente esté escondido en alguna parte.

—¡Oh, eso es absurdo! —exclamó Mr. Garwood—. ¡El no haría nunca tal cosa!

—¡Claro que lo haría! —insistí, con vehemencia. Todos se volvieron a mirarme de repente—. Estaba desesperado porque ustedes no escuchaban sus quejas.

—¡Dawn! —exclamó Agnes, mirando en seguida a los Garwood—. Ella no pretende ser insolente —empezó a explicarles. A mí me devoraba la rabia.

—No les diga lo que pretendo, Agnes. Arthur me ha contado muchas veces que les ha rogado a ustedes que le comprendan. Él sabe que carece del talento musical de ustedes dos, que no tiene las cualidades que esperan y exigen de él.

—¡Eso es absolutamente falso! —estalló Mrs. Garwood—. Arthur tiene talento, él...

—¡Tiene usted más razón de lo que se imagina! Tiene mucho talento, pero no de la clase que usted piensa.

—¿Cómo se atreve a decir tal cosa? —Los ojos de Mr. Garwood se achicaron y me observaron lentamente de arriba abajo hasta asustarme, pero yo mantenía la esperanza de no echarme atrás—. ¿Quién se ha creído que es esta niña? —preguntó.

—No soy ninguna niña —le espeté—. Arthur es muy infeliz y está desesperado. Deberían ustedes escucharle. No quiere defraudarles y precisamente por eso prefiere no continuar con el oboe.

—¡Ya es suficiente! —chilló Mr. Garwood, poniéndose en pie—. Jovencita, si sabe usted dónde está Arthur, será mejor que nos lo diga.

—¡No lo sé! ¡Pero si lo supiera ustedes serían los últimos en saberlo! —grité, y salí corriendo de la habitación.

—¡Dawn! —exclamó Agnes.

—Hablaré con ella —dijo Trisha, siguiéndome escaleras arriba. Yo entré en nuestro dormitorio cerrando de un portazo y empecé a pasear por él de un lado a otro, llena de rabia.

—Sabía que iba a suceder algo así —dije—. Lo sabía. Se lo dije a Arthur y no me hizo caso. Ya has visto cómo son sus padres. ¡Son horribles, horribles!

—¡Caray! Verdaderamente, les has echado un rapapolvo —aseguró Trisha.

—No he podido remediarlo. Arthur tiene dificultades; está pidiendo que le ayuden y lo único que se les ocurre es pensar en ellos mismos y en su propia reputación. Estoy harta de padres que no quieren realmente a sus hijos. ¡Harta! —exclamé, dejándome caer en mi cama. Trisha se sentó a mi lado.

—¿De veras no sabes dónde está? —me preguntó. Negué con la cabeza.

Cuando se marcharon los Garwood, Agnes se presentó en nuestra habitación.

—Estoy tan desazonada —empezó, diciendo—. Nunca había ocurrido nada así. Los Garwood se encuentran angustiados.

—Ni mucho menos —insistí—. Están preocupados por lo que puedan decir sus amigos y parientes, a los que han invitado a la Representación de Fin de Semana. Lo que menos les importa verdaderamente es Arthur.

—Dawn, abajo has actuado de un modo completamente grosero y descortés. No quiero un comportamiento así en mi casa. Si no me dices ahora mismo dónde está Arthur Garwood, telefonaré a tu abuela y le diré que me he visto obligada a expulsarte de esta residencia.

—No sé dónde está —protesté—. No tiene amigos con quienes ir. Simplemente, se habrá escondido en alguna parte hasta que haya terminado la Representación. Ya lo verá.

—¿No le animaste tú a que desapareciera? —demandó Agnes—. Eso es lo que creen sus padres.

—Yo no tenía por qué animarle. Todo es por culpa de ellos. Se han negado a escuchar sus ruegos. Honradamente, Agnes —dije entre lágrimas—, le estoy diciendo la verdad.

Me miró fijamente y luego movió la cabeza.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó, con los ojos cada vez más distantes.

Trisha y yo nos miramos mutuamente. Siempre que ocurría algo desagradable, Agnes empezaba a representar uno de sus viejos papeles. No me cabía duda de que ahora se estaba dejando llevar por algún recuerdo, encarnando y representando el papel del personaje de algún drama oscuro.

—¡Es tan inquieta la juventud de hoy! Son sus vidas tan complicadas. ¿No anheláis vosotras unos tiempos más sencillos, unos tiempos más tranquilos? ¿No os gustaría iros a dormir y despertar siendo niñas otra vez? A mí sí. Oh, cómo lo deseo —dijo, y se volvió abandonando la habitación con lentitud y elegancia.

—Está perdiendo el papel —observó Trisha, meneando la cabeza—. No puede manejar la trama.

—¿Y quién puede? —pregunté—. ¿Quién quiere hacerlo?

La Representación de Fin de Semana se celebró y Arthur siguió sin aparecer por casa.

Los Garwood hicieron que la Policía viniera a la residencia a interrogar a todos, especialmente a mí. Yo les dije todo lo que les había dicho a los Garwood y ellos me escucharon, asintieron con la cabeza y se fueron. Agnes siguió retorciéndose las manos y Donald Rossi trató de inventar nuevos chistes en torno a la situación.

Entonces, casi una semana después, recibí una carta cuyo sobre no llevaba remite. Sin embargo, un no sé qué en la caligrafía de la dirección escrita en el sobre hizo latir con más fuerza mi corazón. Rasgué el sobre y leí.

Querida Dawn:

No hay nadie más de quien quiera despedirme y lamento mucho no haber podido hacerlo en persona. Llevo mucho tiempo ahorrando dinero para hacer esto. La única razón de que haya continuado tanto tiempo en «Bernhardt» era que me gustaba estar cerca de ti. Pero tú tienes tu propia vida y sé que yo no formaré parte de ella.

He decidido marcharme y convertirme en escritor. Si tengo éxito, tal vez mis padres me perdonen. Espero que fueras sincera al decirme que cuidarías siempre del poema que escribí sobre ti. Tal vez volvamos a encontrarnos algún día. Gracias por tus atenciones.

Te quiero,

ARTHUR

Trisha pensó que debía entregar la carta a Agnes.

—Entonces podrían dar con su paradero y traerle aquí por la fuerza. Y él me odiaría por eso —protesté.

—La carta no lleva remite —señaló Trisha—. Lo único que averiguarán es que ha sido echada al correo en Nueva York. De esta forma, Agnes sabrá que no es culpa tuya y los padres de Arthur no podrán acusarte de nada.

—Pobre Arthur —me lamenté. Trisha se encogió de hombros.

—A lo mejor ahora es más feliz. Hasta podría engordar un poco.

Yo sonreí, doblé la carta, la metí en el sobre e hice lo que Trisha me había aconsejado: se la llevé a Agnes, quien suspiró varias veces y me dio las gracias.

Ya no volvimos a oír hablar más sobre el asunto. Al igual que muchas cosas desagradables sucedidas en la residencia de Agnes Morris, los acontecimientos no volvían a mencionarse, o, en caso de que se hablara de ellos, resultaba difícil distinguir entre los hechos reales y los de ficción ocurridos en los dramas. Pero yo no tuve mucho tiempo para preocuparme por ello.

Madame Steichen empezó a incluirme en los recitales que ofrecía un sábado de cada mes para presentar a sus alumnos. Yo cantaba en el coro de dos comedias musicales de la escuela. La pugna para cantar los solos era feroz y los alumnos de

último curso solían ganar siempre, pero algunos estudiantes me decían con frecuencia que deberían haberme escogido a mí.

A finales del curso escolar, Madame Steichen me informó de que me había seleccionado como su alumna favorita para la Representación de Fin de Semana del año siguiente e íbamos a dedicar a ello nuestras clases de verano. Todos me felicitaron por un honor tan grande y yo me sentí muy orgullosa. Aun así, le prometí a Trisha que encontraría tiempo para ir a visitarla a ella y a sus padres. El último día escolar del curso, Trisha se reunió conmigo fuera del auditorio de música, con la cara tan enrojecida de excitación, que parecía a punto de explotar.

—¡Adivina quién viene como profesor de música vocal el próximo otoño! — exclamó, abrazando sus libros y girando sobre sus talones—. Acabo de oírlo. ¡Adivínalo!

—¿Quién? —pregunté, moviendo la cabeza y sonriendo ante su euforia.

—¡Michael Sutton, la estrella de la ópera!

Michael Sutton causaba furor en los escenarios de ópera de Europa; el año anterior a su *tournee* por Europa había sido una estrella en Norteamérica y su foto continuaba apareciendo en todas las revistas. Era joven, guapo y tenía talento como el que más.

—Celebrará audiciones la semana antes de que empiece el curso para elegir a sus alumnos —declaró Trisha—. Y aunque yo no cojo ni una nota, pienso volver antes para intentarlo. Vas a tener una excelente ocasión. Estás de suerte. ¡Ahora ya eres una senior!

Mi corazón se disparó nada más pensar en ello, pero sacudí la cabeza. Los acontecimientos de la vida me habían enseñado a no dar nada nunca por seguro, especialmente a no contar con el arco iris después de la lluvia.

«Sin embargo, ¿por qué no dar paso a una esperanza? —pensé—. ¡Después de todo, se trata de Michael Sutton!»

CONOCIENDO A MICHAEL

Trisha y yo estábamos muy excitadas el día de la audición para la clase de vocal de Michael Sutton. Nos levantamos media hora antes que de costumbre y nos probamos una docena de combinaciones diferentes de faldas y blusas, antes de decidimos por nuestras infantiles blusas de color rosa y nuestras faldas plisadas de tonalidad marfil, que habíamos comprado juntas durante una de nuestras salidas de tiendas, a las que Trisha llamaba «safaris de compras por la ciudad». Pasábamos horas y horas de una sección a otra probándonos diferentes prendas, algunas de las cuales eran tan caras o escandalosas que sabíamos con seguridad que no íbamos a comprarlas, pero resultaba divertido fingir aunque las dependientas nos mirasen con ojos de extrañeza pellizcándose la nariz. La idea de que nos presentáramos vestidas de manera idéntica partió de Trisha.

—Como pareceremos dos gemelas, se fijará más en nosotras —sugirió.

Nos lavamos y secamos el pelo, y luego nos lo cepillamos hasta que brilló, rematándolo luego con unas cintas rosas de seda. A continuación nos dimos un toque con la barra de labios. Ninguna de las dos necesitábamos más color en la cara; estábamos muy bronceadas por el sol del verano. También decidimos llevar bambas y calcetines «Bobby». Finalmente, con una risa más nerviosa que nada, bajamos saltando por la escalera a desayunar y, mientras consumíamos el desayuno en el comedor, escuchamos atentamente los jactanciosos consejos que nos daba Agnes sobre nuestra manera de estar en la audición.

—Mostraos seguras, con aire profesional; y, lo que quiera que hagáis, no lo hagáis las primeras —nos aleccionaba.

No lo necesitamos. Cuando llegamos allí, el auditorio de música estaba tan lleno que a los candidatos nos dijeron que nos pusiéramos en fila y nos entregaron unas cartulinas con un número en vez del nombre. La fila que se había formado se extendía desde el piano hasta el otro lado del largo salón y salía fuera de la puerta. Richard Taylor, un senior y un alumno de primera clase de Madame Steichen nos saludaron. Richard tenía talento pero se comportaba de manera muy pedante. Le habían nombrado profesor adjunto de Michael Sutton y no cabía en su cuerpo de engreimiento. Era un muchacho alto, tan desgachado como el Ichabod Crane de Washington Irving, con los brazos y las piernas alargados, y unos dedos interminables. Era un espectáculo verle tocar el piano, pues sus manos eran tan grandes que parecían criaturas independientes danzando sobre las teclas. Su cara y su nariz chupadas me recordaban una veleta, y su larga boca tenía las comisuras tan

hundidas hacia adentro que parecían dos hoyuelos. El brillo de los labios era natural, como si los llevara siempre pintados. En la tez, muy blanca, unos diminutos arroyos de pecas le cruzaban las mejillas y la frente. Sus ojos castaños claros estaban profundamente hundidos y llevaba muy largo el cabello, rubio pajizo, con unas melenas que le llegaban hasta el cuello y los hombros.

—Cojan una cartulina y pónganse en fila —ordenaba con su voz fina y gangosa a medida que llegaban los alumnos—. Después de la primera eliminatoria, empezaremos a tomar los nombres. Hasta entonces, bastará con los números.

Miraba ceñudamente a los estudiantes, como diciendo: «¿Por qué desperdiciáis vuestro tiempo y el nuestro?» pero la mayoría de las chicas no le prestaban atención. Alargaban y retorcían el cuello cuanto les era posible, deseosas de ver a Michael Sutton, que estaba de pie junto al piano, de espaldas a la gente, con la vista clavada en una partitura.

—¿Cuántos alumnos habrá en la clase de Mr. Sutton? —preguntó Trisha mientras cogía una cartulina numerada para ella y otra para mí.

—Seis —respondió Richard.

—¡Seis! ¡Sólo seis! —se lamentó.

—¿Serán tres chicas y tres chicos? —inquirió una de las muchachas que había detrás de mí.

—Eso no lo determinará el sexo; lo determinará el talento —contestó Richard, sacudiendo la cabeza—. ¿Dónde se cree usted que está, en un campamento de verano?

Los estudiantes que oyeron la respuesta se echaron a reír y la muchacha que había hecho la pregunta desapareció tras los alumnos que tenía delante. Richard Taylor, satisfecho de sí mismo, se dirigió con aire arrogante al principio de la fila y tocó en el hombro a Michael Sutton. Este se volvió y miró hacia nosotras.

Por supuesto, yo había visto fotografías de él en revistas y periódicos, pero nada era comparable a verle en persona. Medía más de uno ochenta, era de anchos hombros y tenía una cintura estrecha. Tenía el cabello negro y sedoso, pulcramente cepillado a ambos lados, con una onda suave y moderada dirigida hacia atrás. La camisa blanca y los pantalones anchos, grises, le conferían un aire de elegancia natural. Cuando extendió la vista sobre la fila de ilusionados candidatos, con una amplia y cálida sonrisa, sus ojos de zafiro negro chisporrotearon en un travieso centelleo. Tenía la sonrisa más encantadoramente blanca que jamás había visto; era como ver salir a alguien del celuloide de una película. Habíamos oído decir que Michael Sutton acababa de llegar de la Riviera francesa, lo que explicaba su rico y uniforme bronceado. Hasta mí llegaron los suspiros de las chicas en una ola de admiración en movimiento que recorrió toda la fila.

Pensé que seguramente era el hombre más apuesto que había visto en carne y

hueso a lo largo de mi vida. Sólo mirarle me hacía temblar y aceleraba los latidos de mi corazón. Estaba segura de que haría un completo ridículo cuando llegara el momento de cantar para él, seguramente sólo sería capaz de abrir y volver a cerrar la boca, sin articular un solo sonido. Nada más de pensarlo me ruboricé y sentí que me empezaban a arder las mejillas. Agnes tenía razón y me alegré de no ser la primera de la fila, compadeciendo a la que lo fuera.

—Hola a todos. Estamos listos para empezar. —Saludó con una voz suave y melodiosa, dotada de un ligerísimo acento británico—. En primer lugar, permítanme darles las gracias a todos por haber venido. Puedo asegurarles que ver aquí a tantos de ustedes no hiere lo más mínimo mi amor propio —se oyeron algunas leves risas—. Ojalá pudiera aceptarlos a todos —añadió, poniéndose serio—, pero, obviamente, eso no es posible. Puedo escoger a uno o dos de ustedes simplemente por motivos de variedad, de modo que nada de lo que suceda aquí hay que atribuirlo definitivamente a una relación directa con su talento o habilidad. Si ustedes no trabajan conmigo durante este curso, estoy seguro de que lo harán con otros profesores también competentes, tal vez aún más competentes que yo.

Dio unas palmadas y vi el fino y elegante reloj de oro que llevaba en la muñeca izquierda.

—De acuerdo, señoritas y caballeros, les iré dando entrada con esto, uno a uno —prosiguió, señalando su armónica de tono—, y me gustaría que recorrieran las escalas de arriba abajo para mí.

Pidió que se aproximara la primera de la fila y se hizo un silencio tan impresionante, que me resultaban perceptibles las profundas respiraciones a mi alrededor. Le dio la nota y la muchacha se puso a recorrer los tonos. Cuando llegaba a la mitad, le dio las gracias y pidió que se adelantara el siguiente candidato. Avanzaban tan de prisa, que cuando quise darme cuenta me encontré la primera de la fila.

Me fijé en que los ojos de Michael Sutton pasaban del joven que tenía yo delante a mí. Despavorida, aparté la vista de su atenta y escrutadora mirada, por miedo a que descubriese mi nerviosismo. Cuando volví a mirarle, estaba sonriendo. Escuchó al muchacho durante un rato y le dio las gracias. A continuación se volvió hacia mí del todo, con sus labios carnosos y sensuales entreabiertos. Durante un buen rato se limitó a mirarme fijamente, empapándose de mí de pies a cabeza. Me entró en los dedos un hormigueo paralizante, quizá debido a que los tenía fuertemente entrelazados.

—Está bien —dijo, llevándose la armónica a los labios para darme una nota.

Empecé a cantar y sentí la garganta agarrotada. Paré inmediatamente.

—No importa —dijo, amablemente—. Vuelva a intentarlo.

Esta vez di la escala lo mejor que pude. Cuando hube terminado y vi que se

limitaba a asentir con la cabeza, pensé que se me derrumbaba el corazón. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo mucho que esperaba formar parte de su clase.

—Gracias, el número treinta y uno —dijo. Me hice a un lado.

Después de probar a todos los que estábamos en la fila, Michael Sutton conferenció con Richard Taylor y éste se adelantó con un papel y nos lo mostró.

—Éstos que hagan el favor de quedarse; los demás, pueden irse —dijo secamente. Leyó los números y al llegar a la mitad de la lista oí que nombraba el mío. Me costó trabajo creer lo que oía. Había muchos aspirantes que habían actuado mejor que yo y se habían puesto mucho menos nerviosos, que daba la impresión de que serían mejores alumnos y tendrían mejor voz. Trisha me apretó el brazo.

—Eres una chica con suerte —me dijo, con envidia.

—Todavía queda la segunda criba —le recordé.

—Vas a superarla. Buena suerte, —y se marchó con el resto de los candidatos rechazados.

En la siguiente prueba debíamos entregar a Richard la partitura que deseábamos cantar para que él nos acompañara al piano, mientras Michael Sutton escuchaba sentado en la parte posterior del auditorio con un lápiz y un cuaderno en la mano. Yo había decidido cantar *En un lugar sobre el arco iris*, una canción que había interpretado con éxito en el concierto cuando asistía a la «Emerson Peabody» de Richmond. En esta eliminatoria teníamos que decir nuestro nombre y el título de nuestra canción.

—Dawn Cutler —declaré—. *En un lugar sobre el arco iris*.

Nada más comenzar la canción, me sucedió lo que me sucede siempre que canto. Me olvidé de dónde me encontraba y de quién me estaba escudando. Me parecía estar sola, poseída por mi música. Todo mi ser y mi esfuerzo se concentraban en perfeccionar aquellas notas. Me sentía sobre una alfombra mágica que me llevaba lejos, libre de preocupaciones y pesares. Me olvidaba del pasado y del presente, era como un águila remontándose en el viento, obsesionada y engreída por su propia habilidad para volar. Ni las nubes ni las estrellas ni nada me parecían demasiado lejos. No abrí los ojos hasta que hube terminado. Durante un rato se hizo un profundo silencio y luego llegaron los aplausos. Los otros candidatos aplaudieron entusiastamente, olvidando por un momento que todos competíamos para sólo seis plazas. Miré a Michael Sutton. Sonreía y asentía con la cabeza.

—El siguiente —ordenó.

Cuando terminamos todos, Michael volvió a conferenciar con Richard Taylor. Esta vez, sin embargo, Michael Sutton se adelantó en persona para nombrar a los clasificados.

—Me faltan palabras para decirles cuán maravillosa experiencia ha sido para mí

esta audición —declaró—. Me siento impresionado por el mucho talento que existe aquí y me cuesta mucho tomar una decisión. Pero, ¡ay!, es preciso tomarla —añadió, bajando la vista a su libreta—. Que hagan el favor de quedarse las personas que voy a nombrar, a fin de que podamos establecer los horarios.

A continuación leyó los nombres. A mí me nombró la última, pero cuando escuché mi nombre creí que el corazón me estallaba de gozo. ¡Acababan de seleccionarme entre tantos jóvenes de talento para trabajar con un hombre famoso! Me pregunté qué diría y pensaría la abuela Cutler cuando se enterase de aquello. Jamás le pasó por su mente salvaje, aquel horrible día en que las dos nos enfrentamos en su despacho, que yo llegaría a conseguir tanto. Era ya uno de los alumnos favoritos de piano de Madame Steichen, que estaba preparándome para tocar en la Representación de Fin de Semana de aquel año y, ahora, por si fuera poco, ¡era uno de los seis seleccionados para trabajar con Michael Sutton! «¡Tu venganza se ha convertido en una espada de doble filo con la parte más aguda presionando contra ti, abuela Cutler!»

—Tengan la bondad de dar a Richard los horarios de sus otras clases, sus clases obligatorias —expuso Michael Sutton, forzándome a salir de mis vengativos pensamientos—, con el fin de que podamos planear sus lecciones privadas. Nos reuniremos en grupo una vez por semana. El resto del tiempo trabajaré individualmente con cada uno de ustedes —terminó, clavando la mirada en mí durante tanto tiempo, que me puse nerviosa y tuve que mirar a otra parte.

Después de dar a Richard mis horarios, me retiré. Aunque habían llegado otros dos profesores de música para hablar con Michael, éste apartó la vista de ellos y me envió una sonrisa y una reverencia cuando me dirigía a la puerta de salida. Yo le devolví la sonrisa, latiéndome con fuerza el corazón. Entonces tropecé con el lazo suelto de una de mis zapatillas y me caí hacia delante, logrando recuperar el equilibrio justo a tiempo de no romperme la cara.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Michael, empezando a andar hacia mí.

—Sí —respondí rápidamente; y eché a correr hacia la salida, sintiéndome como una tonta de remate. La sangre me subió de pronto al rostro y mi rubor y mi turbación eran tan graneles, que no podía quedarme más tiempo allí.

Trisha me estaba aguardando en el vestíbulo.

—¡Lo conseguiste!, ¿verdad? Sabía que lo lograrías. Tendrás que contarme todos los pequeños detalles de cada minuto de tus lecciones particulares —exigió—. Quiero saber todo lo que te diga.

—¡Oh, Trisha!, probablemente piensa que no soy más que una pequeña idiota. ¡Casi me caigo de bruces ahora mismo cuando me dirigía a la puerta de salida, mirándole embobada como una estúpida! —grité.

—¿De veras? ¡Qué emocionante! ¿Lo ves? Algo ha sucedido ya —dijo. Qué

facilidad tenía Trisha para asombrarme por la forma que sabía cambiar y presentar las cosas. No tuve otro remedio que ponerme a reír y marcharme con ella.

Más tarde, aquel mismo día, tenía que regresar a la escuela para mi clase de verano de una hora con Madame Steichen. Le conté que me habían seleccionado para las clases de Michael Sutton, pero no pareció alegrarse mucho. El grado de amistad que habíamos alcanzado ella y yo me daba pie para poder preguntarle por qué había sonreído afectadamente cuando se lo había dicho y así lo hice.

—No es un artista clásico —respondió—. No es un verdadero artista; es sólo un intérprete.

—No veo la diferencia, Madame Steichen —dije.

—Ya lo entenderás, mi querida Dawn. Algún día lo entenderás —predijo, e insistió en que no desperdiciáramos nuestro precioso tiempo discutiendo sobre bobadas.

Al terminar mi clase con Madame Steichen recogí mis partituras y salí tranquilamente pensando que, como me sobraba tiempo para regresar a la residencia antes de la cena, no tenía por qué correr. Además, me agradaba deleitarme en el calor todavía reinante en aquella tarde de finales de agosto. Una tibia brisa procedente del East River acariciaba mi rostro. Sobre mi cabeza, unas nubecillas lechosas semejabán pequeños soplos de crema batida arrojados contra la escarcha de un cielo azul profundo. Me senté en uno de los bancos de madera y cerré los ojos para inhalar la esencia de rosas, caléndulas y pensamientos. El aire perfumado y la luz del sol caliente me devolvieron unos pensamientos felices y libres de inquietudes. Me vi a mí misma de niña, saltando a la comba y cantando un cantar que había aprendido de las chicas algo mayores que yo cuando saltaba a la cuerda.

«Mi madre, tu madre, vive al otro lado, dos catorce, de East Broadway. Cada noche se pelean, y eso es lo que dicen...»

No puede por menos que echarme a reír al acordarme ahora de aquello.

—Debe de estar pensando en algo muy divertido —oí que me decían. Abrí los ojos y vi a Michael Sutton plantado delante de mí, mirándome con una leve sonrisa en los labios. En la mano derecha portaba un portafolios de piel fina.

—¡Oh!, verás, yo...

—No tiene que darme explicaciones —dijo, riendo—. No pretendía ser un intruso.

—¡Oh!, no ha sido ninguna intromisión! —farfullé—. Sólo me he sobresaltado un poco.

Asintió y se puso la cartera delante, sujetándola con ambas manos.

—¿Cómo le ha ido hoy su clase de piano? —preguntó. Me sorprendió que recordara tan bien mi horario de clases.

—Me parece que ha ido bien, aunque Madame Steichen es muy parca a la hora de hacer alabanzas. Piensa que el verdadero artista, cuando sabe que lo hace bien, no necesita que se lo digan los demás; ella lo sabe por sí misma, instintivamente.

—Tonterías —refutó Michael Sutton inclinándose hacia mí—. Todo el mundo necesita que le regalen el oído, que le digan si lo esta haciendo bien. A todos nos gusta que acaricien nuestro yo como si fuéramos gatitos. Cuando usted lo haga bien, se lo diré; y lo mismo cuando lo haga mal.

Se incorporó de nuevo y miró el sendero. Contuve la respiración. Estábamos conversando como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. Me pareció extremadamente llano y no tan frío y engreído como yo creía que eran todas las celebridades.

—Me dirijo a tomar un *capuccino* en un pequeño café que hay a la vuelta de la esquina. ¿Le importaría acompañarme? —preguntó. Permanecí un momento con la vista levantada hacia él. Era como si me tuvieran que traducir sus palabras. Sonrió yladeó ligeramente la cabeza. Me pregunté qué sería un *capuccino*. ¿Sería una clase de vino?

—¿Un *capuccino*? —repetí.

—Si lo prefiere, puede tomar un café normal en vez de eso —añadió.

—¡Oh! Sí —me apresuré a decir—. Gracias.

Esperó un momento.

—Tendrá que levantarse si piensa acompañarme —señaló.

—¡Oh! Claro —reí, poniéndome de pie. Echamos a andar hacia la puerta.

—¿De modo que vive usted en una de esas residencias de estos alrededores, aprobadas por la escuela? —dijo, según íbamos caminando.

—Sí —respondí, sintiendo repentinamente como si me hubieran atado la lengua.

—¿Y le gusta vivir en Nueva York? —preguntó. Cuando doblamos una esquina me cogió del brazo. Yo suponía que este gesto me llenaría de nerviosismo y turbación, pero en vez de eso me sentí relajada y completamente segura.

—Es curioso —respondí a su interpelación—. Pero cuesta acostumbrarse a esto.

—Mi ciudad favorita es Londres. Tiene usted que visitarla algún día. En Londres pasea uno a la sombra de lugares construidos hace siglos y, sin embargo, también se encuentra rodeado del mundo moderno.

—Qué emocionante —asentí.

—No ha viajado mucho, ¿verdad? —preguntó.

—No, no he salido de los Estados Unidos —respondí.

—¿De verdad? Yo creía que todos los estudiantes de aquí eran viajeros muy sofisticados —dijo, y yo pensé que a partir de ahora cambiaría su opinión respecto a mí—. Pero recuerdo —siguió deteniéndose y volviéndose hacia mí— que lo que más me llamó la atención de usted durante la audición fue su inocencia. Me pareció tan

tierna... —Nos paramos y me volví hacia él para ver por qué me miraba tan intensamente a la cara, con el corazón agitándose alocadamente. Me encontré mirándole con fijeza a los ojos sin poder apartar la vista—. Tiene usted el aspecto de estar a punto de ser descubierta y a punto de descubrir... —Lo dijo con una voz tan baja que apenas podía oírle. Alzó la mano y por un momento, que me pareció durar una hora, pensé que iba a tocarme la cara. Luego dejó caer la mano a su costado—. Y sin embargo —continuó—, hay algo más detrás de esos ojos azules, hay cierta madurez sugiriendo que ha sufrido usted unas dolorosas experiencias. Estoy intrigado. —Sus ojos seguían clavados en los míos, como si me estuviera sorbiendo con la vista. Al cabo de un rato, miró hacia otra parte.

—Ya hemos llegado —dijo, conduciéndome al interior del café y llevándome hasta una mesa apartada. Cuando la camarera nos preguntó si nos servía los *capuccinos* con canela o con chocolate, me vi obligada a confesar que jamás lo había tomado antes y no sabía qué elegir.

—Tiene usted trazas de gustarle el de chocolate —aventuró Michael, ordenádoselo a la camarera—. Hábleme más sobre usted, me gusta llegar a conocer personalmente a mis alumnos. Por supuesto, he leído su expediente y sé que es usted de Virginia y que su familia tiene un hotel famoso. No he estado nunca en él, ¿cómo es? —preguntó.

Yo le describí el hotel, el océano y la aldea costera de Cutler's Cove. Él me escuchaba con atención, sin apenas apartar la vista de mi cara mientras hablaba. De vez en cuando asentía con la cabeza y me preguntaba alguna otra cosa. No me extendí con detalles referentes a mi familia, excepto para decir que todos solían estar muy ocupados con el trabajo del hotel.

—Yo llevo mucho tiempo sin ver a mis padres —explicó él, con tristeza—. Como sabe usted, he estado de gira. La vida de un artista, de un artista conocido —agregó—, es muy complicada. Para nosotros, las cosas que los demás mortales dan por seguras son muy raras. Por ejemplo, ya no me acuerdo de cuánto tiempo hace que no he tenido una cena de fiesta con mi familia. Parece que cuando se aproximan estas cosas, me pillan siempre de viaje.

Por encima de la taza humeante de su *capuccino*, clavó sus ojos en los míos, ahora llenos de sorpresa y simpatía. Nunca había imaginado que alguien tan famoso y triunfador como Michael Sutton tuviera unos pensamientos así de tristes. En todas las fotografías que se publicaban de él aparecía siempre en la cumbre del mundo, mirando sonriente a los que le envidiaban y adoraban.

—Sí —repuso de repente, asintiendo—, hay en torno a usted algo muy singular: desde su nombre a esos ojos azules que cambian continuamente de tonalidad para hacer juego con sus pensamientos.

Empecé a ruborizarme, pero él alargó una mano y la puso sobre la mía.

—Siga usted así —animó, con tanta vehemencia que me sorprendió—. Sea usted misma y no permita que los otros la conviertan en lo que ellos esperan o desean que sea. Cuando hoy ha cantado para mí, se ha convertido en sí misma, con su propia y especial personalidad viviendo dentro de su música. Esta música es la que hace circular su sangre. Lo sé; yo tengo la misma sensación cuando canto. Y, nada más verla, me he encontrado ante alguien que me recordaba a mí mismo, y he sabido que había descubierto a mi alumna estrella.

¿Estaba yo realmente allí sentada escuchando a Michael Sutton decirme que era una estrella del canto en potencia? Lo dudaba. ¿O sólo se trataba de un sueño? No tardaría en despertarme por la mañana y Trisha y yo empezaríamos a discutir lo que nos íbamos a poner para la audición. Cerré los ojos y volví a abrirlos, pero Michael Sutton no había desaparecido. Continuaba sentado al otro lado de la mesa, contemplándome con la suficiente admiración para que se me alterase el pulso. Sus ojos se regocijaban, llenos de luces chispeantes, mientras se acariciaba el mentón y sonreía.

—Parece que va usted a llorar —dijo.

Me tragué las lágrimas y la felicidad.

—Es que resulta muy hermoso oír que me compara con usted —dije. Asintió, echándose hacia atrás, y contempló la puerta del café durante un rato.

—Bueno —concluyó, por último—, creo que si usted ha sido dotada de talento, cuando haya conquistado el mundo tendrá la obligación de ayudar a quienes también lo posean. Esa es la razón —volvió a mirarme con un fuego en los ojos que me aceleró el pulso— de que vaya a dedicar mi tiempo a enseñar en la «Escuela Bernhardt». Estaba seguro de que no sólo encontraría aquí a gente joven con talento, sino también a jóvenes que necesitan la orientación y el consejo de alguien que ha recorrido un camino muy difícil. Y por eso considero importante para mí tener un trato íntimo e informal con mis alumnos, con mis alumnos especiales —recalcó—. ¿De qué me serviría, si no puedo beneficiarlos con mi experiencia? De todos modos —continuó, poniendo otra vez su mano sobre la mía—, tengo la sensación de conocerla bien. Si es usted como yo, será una persona apasionada. Siente usted con más pasión que las otras personas, las personas ordinarias, ya sea en la felicidad o en la tristeza, en el placer o en el dolor, y lo siente de tal manera que consigue transformar esa experiencia en música por medio de su hermosa voz. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —respondí—. Creo que sí.

—Por descontado que estoy en lo cierto. ¿Tiene usted novio? —preguntó, volviendo a echarse hacia atrás.

Si, pero se encuentra en Europa. Está en el Ejército.

Comprendo. No olvide esto, Dawn —dijo, inclinándose hacia mí—: la pasión nos

hace desesperar.

Le miré fijamente a los ojos, hipnotizada. Era como si se me hubiera parado el corazón. No me atrevía ni a respirar por miedo a que se rompiera aquel frágil momento. Su sonrisa se prolongó suavemente y luego volvió a recostarse contra el respaldo del asiento.

—Esta noche —declaró— hay un recital en el Museo de Arte Moderno y después ofrecen una recepción con un vino de honor. Por supuesto, yo soy uno de los agasajados y me gustaría que lo fuera usted también.

—¿Yo?

—Sí. Procure estar en el museo a las ocho en punto. Estoy seguro de que sabe cómo ha de ir vestida. No me mire con esa cara de sorpresa —dijo, sonriendo—. En Europa es *très chic* que un profesor invite a un recital a una de sus mejores alumnas. De cualquier manera, quiero que oiga cantar a esa gente. Siempre hay cosas que aprender. Cada instante de nuestro tiempo debe ser positivo y digno de vivirse. Por ahora no deje escapar de los dedos ninguna oportunidad.

Miró el reloj y sacó la cartera.

—Debo irme. Antes de disfrutar de la libertad, he de hacer algunos recados. Celebro que hayamos tenido esta charla informal y que lleguemos a conocernos mutuamente mejor. Espero verla allí esta noche. ¿Irá?

—¡Oh, sí! —contesté inmediatamente. Mi imaginación corría alocadamente pensando en mi vestuario y en cuál sería el atuendo apropiado para la ocasión. «Esperemos que Trisha lo averigüe», pensé.

Michael se levantó y abandonamos el café. Nos separamos en la acera y vi que llamaba un taxi. Agitó la mano en dirección a mí antes de introducirse en él y desapareció. Seguí allí de pie; los pensamientos giraban en un torbellino dentro de mi cabeza produciéndome un vértigo tan fuerte que hube de apoyarme en una farola para recuperar el aliento. ¿Estaría soñando? Finalmente, me decidí a cruzar la calle, sintiéndome como si caminara por el aire. Tuve que bajar la vista para convencerme de que mis pies pisaban el suelo. No sabía dónde estaba hasta que me encontré delante de la residencia. Entonces subí los escalones y crucé la puerta. Corrí escalera arriba e irrumpí en mi habitación, encontrándome delante de Trisha, que me miró por encima de su revista.

—No creerías jamás —dije, jadeando— dónde voy esta noche y quién me ha invitado.

Y, entonces, sin pararme para tomar aire, procedí a contárselo todo.

La emoción me producía sacudidas en el estómago, de modo que no pude probar ni un solo bocado en la cena y los alimentos yacían en el plato, esperándome. De vez en cuando picaba algo, cuando Mrs. Liddy miraba hacia mí, para que no creyera que no

me gustaba lo que había cocinado. Antes me había lavado el pelo y me había puesto unos grandes rulos. Agnes y Mrs. Liddy sabían que iba al recital y que me había invitado Michael Sutton.

Antes de la cena, Trisha y yo habíamos pasado revista a mi vestuario tratando de decidir qué debía ponerme para asistir a un concierto nocturno. Pensamos que la mayoría de mi vestuario era demasiado informal y finalmente nos decidimos por mi tafetán sin mangas negro, con escote en forma de uve. Llevaba un ancho cinturón negro y una falda holgada que me llegaba a la mitad de la pantorrilla.

Después de la cena, cuando subí a cambiarme, Trisha metió la mano en el cajón de arriba de su cómoda, sacó un sostén con relleno de guata y lo agitó delante de mi cara.

—¡Oh, no! —exclamé mirándolo, presa de la tentación—. Yo no podría ponerme eso.

—¡Claro que puedes! Quieres aparentar más años y dar realce a lo que ya tienes, ¿verdad? Vas a estar entre señoras maduras; no puedes parecer una niña. El corpiño de tu vestido lo requiere —concluyó—. Póntelo. —Me arrojó el sostén cuando yo todavía estaba dudando.

Lo cogí parsimoniosamente y me lo puse. Cuando me deslice dentro del vestido y Trisha me subió la cremallera, la imagen que vi en el espejo me sorprendió. No era sólo el sostén con relleno de guata. Desde que mi madre y yo habíamos ido de compras en Virginia, hacía poco más de un año, se habían operado en mí unos cambios sutiles pero significativos. Había sido sensible a los cambios producidos en Jimmy pero, en cierta manera, no a los míos propios.

Tal y como le había ocurrido a él, mi cara había perdido la infantil adiposis de sus mejillas. En mis ojos advertí un destello de madurez y, aparte de lo que pretendiese ver ahora, sentía ganas de levantar la ceja derecha en señal de interrogación. Mi cuello parecía más suave, la curva de mis hombros más lisa y grácil, y el arroyo de mis senos más pronunciado merced a la sombra del fondo, sugestiva y prometedora. Hasta Trisha se quedó sorprendida.

—¡Pareces mucho más mayor! —exclamó—. ¡Verás! —gritó, dirigiéndose apresurada a su joyero y sacando un collar de oro y brillantes que despedía vivos destellos—. Ponte esto.

—¡Oh, no, Trisha! ¿Y si lo pierdo? Sé que es un regalo especial de tu padre.

—Todos los regalos que me hace son especiales. —Se encogió de hombros—. No te preocupes, no lo perderás. Además, necesitas llevar un collar que cubra ese profundo escote. ¿O debo decir ese «descarado escote»? —bromeó.

—Parezco tonta tratando de aparentar más edad de la que tengo, ¿no crees?

—En modo alguno —insistió—. Lo decía para fastidiarte. Dawn, no te atrevas a cambiar de como estás. Y, ahora, baja por esas escaleras y llama un taxi antes de que

pierdas los nervios. Adelante —insistió.

Agnes me estaba aguardando al pie de la escalera. Por un momento pensé que iba a obligarme a dar media vuelta y a cambiarme para que pareciera menos provocativa y más a tono con mi edad. Pero de pronto abrió desmesuradamente sus pequeños ojos oscuros y se llevó las manos a la base de la garganta.

—Durante un rato —dijo, casi sin aliento— me ha parecido haber retrocedido en el tiempo y estar viéndome a mí misma en mi papel estelar de un melodrama, cuando sólo tenía cuatro o cinco años más que tú. —Suspiró y movió la cabeza.

—Tengo que llamar a un taxi —le dije, encaminándome hacia el salón. Agnes, perdida en uno de sus recuerdos, podría seguir así durante horas.

—Sí, pero espera aquí antes de marcharte —ordenó, y se fue corriendo. Volvió con un chal de color blanco nacarado y me lo puso sobre los hombros—. Ahora es cuando estás completamente vestida y elegante —dijo, retrocediendo un paso—. Como corresponde a mis muchachas.

Salí y empecé a bajar los escalones de la puerta en dirección al taxi, con el corazón latiéndome tan de prisa, que pensé que iba a caer desmayada y tendrían que llevarme a un hospital. Cuando entré en el taxi me sentía temblorosa y por un momento no supe ni adonde iba.

—¿A qué museo? —volvió a preguntarme el taxista.

—Al Museo... de Arte Moderno —jadeé.

Cuando llegamos me quedé boquiabierta ante la multitud de mujeres y hombres rica y sofisticadamente vestidos que se apeaban de taxis y limusinas, y se dirigían hacia la entrada del museo. De vez en cuando veía a algún que otro joven, pero todos iban acompañados de sus padres. Pagué la carrera y salí tan lentamente del coche que estoy segura de que el taxista pensó que acudía a la fiesta en contra de mi voluntad. Cuando desapareció el taxi, observé la entrada con la esperanza de localizar a Michael Sutton, pero no se le veía por ninguna parte. Finalmente, eché andar hacia la entrada y crucé las puertas siguiendo a otros invitados.

En el vestíbulo se formaban unos pequeños grupos. Muchos invitados parecían conocerse y no vi a nadie que pareciera tan solitario como yo. Crucé por entre un mar de risas y conversaciones, abriéndome paso lentamente hacia el recital, guiándome por los indicadores. Cuando llegué a la entrada del salón me encontré ante una señora mayor que estaba sentada detrás de un escritorio con una lista de nombres delante. Alzó la vista hacia mí, expectante, sonrió. ¿Sería preciso llevar invitación?

—Buenas noches —saludó, aguardando a que le diera mi nombre.

—Buenas noches. Soy Dawn Cutler —dije.

—¿Cutler? —Consultó la lista de invitados—. Cutler —repitió—. Lo siento, no veo...

Noté que la sangre se me agolpaba en el rostro mientras las demás personas me

rodeaban y esperaban con impaciencia para seguir adelante.

—¿No le han enviado invitación? —me preguntó la señora mayor, todavía sonriendo con aire amigable.

—Yo... yo he sido invitada por Michael Sutton —balbucí atropelladamente.

—¡Oh! ¡Una invitada de Mr. Sutton! Sí, sí. Vaya hacia la derecha y ocupe el asiento que más le guste —dijo.

Sin perder un instante pasé al salón del recital y miré a mi alrededor, buscando ahora desesperadamente a Michael Sutton. No conocía a nadie, no sabía dónde ir y, aunque procuraba no mostrarme confundida ni asustada, tenía la impresión de que todo el mundo me miraba. Quienes ya estaban sentados se volvían para observarme y los que entraban se detenían para fijarse en mí, sin sonreír ninguno de ellos. Estaba segura de que me destacaba como una hierba fea en un macizo de rosas.

Finalmente, acosada por el desespero, avancé aprisa por el pasillo de la derecha y ocupé el primer asiento que encontré libre. Me volví a mirar hacia la puerta, esperando ver entrar a Michael Sutton, pensando en ir a su encuentro en el momento en que apareciera. Por último, poco antes de que comenzara el concierto, se presentó vestido de esmoquin y con corbata negra. Pero no me moví. De su brazo traía a una hermosa mujer con un llameante cabello rojo, de cuyas orejas pendían unos zarcillos de diamantes. Un entusiasmado ujier los saludó inmediatamente y los condujo por el otro lado del pasillo hasta unos asientos reservados en la primera fila.

Me quedé aturdida. Ni siquiera había mirado para buscarme. Seguro que ni había preguntado si había llegado. «Sabiendo que estaría allí, había debido buscarme —pensé—. ¿Supondría que le estaría esperando en el vestíbulo? No me había dicho eso. ¿Debía ir a saludarle?» Cuando alargué el cuello para mirar por encima de la gente que tenía delante de mí, vi que no quedaba libre ningún asiento a su lado.

Pero antes de que pudiera hacer nada, comenzó el recital y no tuve tiempo para pensar. Corría a cargo de unas estrellas del «Metropolitan Opera House» que interpretaban unas arias famosas. Eran unas voces y una música de tanta calidad que olvidé todo lo demás mientras duró el recital: me olvidé de mi aturdimiento y mi turbación, de que estaba sentada entre extraños que no demostraban el menor interés por mí; me olvidé incluso de Michael Sutton, que parecía no acordarse de que me había invitado.

Cuando terminaron los aplausos y la multitud empezó a abandonar el auditorio, me quedé rezagada con la intención de que Michael me viera. Pero mientras se dirigía hacia el pasillo, se concentraron a su alrededor muchas personas, de manera que no sabía cómo llegar hasta él, salvo que me abriera paso a codazos por entre su grupo de admiradoras. Michael no podía verme y a mí me resultaba embarazoso llamarle a gritos. Entonces decidí agachar la cabeza y seguir a la audiencia hacia la recepción del vino de honor.

Los camareros y camareras se movían en un gigantesco salón portando bandejas con altas copas de vino y canapés. Cogí una copa de vino y traté de localizar a Michael. Finalmente, le vi en medio de un grupo de personas, al otro extremo del salón. Aunque sentía ganas de ir corriendo hacia él, me fui abriendo camino de la manera más elegante que pude y al llegar me quedé de espaldas, esperando que friera él quien me viese. Aquello pareció durar siglos, pues sus ojos estaban clavados en la bella pelirroja que le acompañaba. Ella no le soltaba del brazo y echaba la cabeza hacia atrás y le empujaba con el hombro cada vez que él decía alguna cosa. Finalmente, se volvió hacia donde estaba yo y sus ojos se iluminaron al reconocirme.

—¡Dawn! —exclamó. Me alargó la mano y yo la tomé para moverme por entre la multitud—. ¿No es maravilloso? —exclamó, con el rostro encendido por el vino y por la conversación, así como por el calor de la gente que se apretujaba en torno suyo.

—Sí. No estaba segura de si debía esperarle en el vestíbulo, así que...

—Ésta, señoras y caballeros —declaró, volviéndose hacia los que estaban más cerca de él—, es una de mis nuevas alumnas.

—¡Oh! Tienes razón, Michael —exclamó riendo la pelirroja—. Me había olvidado de que este año también eres profesor. —Susurró algo a su oído y él soltó una carcajada. Luego se volvió hacia mí.

—¿Ha conseguido algo para comer, una copa de vino?

—Sí —contesté, mostrando mi copa.

—Estupendo. Bueno, diviértase. Hablaremos de esto en nuestra primera clase particular —dijo, dándome un golpecito en la mano. Esperé, sin respirar, a que dijera algo más, pero volvió su atención hacia los que tenía a su alrededor.

Me quedé allí quieta, preguntándome, qué más podía decir o hacer. Al cabo de un rato, sus amigos y la pelirroja se le llevaron hacia otro corro de gente y me quedé sola.

En realidad, Michael no me había presentado a nadie; a nadie le había mencionado mi nombre. Miré a mi alrededor. ¿Se estarían dando cuenta todos de mi azoramiento? Dondequiera que mirase veía los ojos de la gente clavados en mí. «Qué cara de tonta debo de poner, aquí sola, con una copa de vino en la mano esperando a que alguien me diga algo», pensé. Vi a un hombre inclinarse y susurrar algo a la mujer que tenía al lado, que se echó a reír ruidosamente. A buen seguro que se estaban riendo de mí. El corazón me golpeaba en la garganta y empecé a notar un sudor frío.

Quería salir corriendo de aquel lugar, pero sabía que eso atraería aun más la atención sobre mí. Cabizbaja, eché a andar lentamente en dirección a la puerta. Cuando finalmente llegué al vestíbulo, alcé la cabeza y noté que se me iban a saltar las lágrimas. Temerosa de que me vieran llorando, apresuré el paso hacia la puerta del

museo y salí apresuradamente a la calle. Una vez fuera, empecé a sollozar profundamente. Me sentía tan rígida como un alambre, tan tensa que pensé que podía romperme y estallar en un llanto histérico.

Sin saber qué estaba haciendo ni adonde me dirigía, doblé hacia la izquierda. Ignoro hasta qué distancia fui caminando y qué direcciones tomé, pues avanzaba hacia donde veía un semáforo en luz verde. Al final me detuve y al mirar a mi alrededor vi que me había perdido. Pero lo que me asustó e inquietó más fue darme cuenta de que había abandonado el museo llevándome en la mano la copa de vino. ¿Y si alguien me hubiera visto y pensaba que la había robado? Si le dieran mi descripción a la mujer que había en el escritorio a la entrada del salón, se acordaría de mí y se lo diría a Michael Sutton. Me la imaginaba diciendo: «Su preciada alumna ha robado una copa de vino y se ha ido corriendo». Miré en torno a mí desesperadamente, intentando descubrir algún sitio donde tirarla, cuando de pronto oí a alguien que decía:

—Hola, preciosa. Con que visitando los bajos fondos esta noche, ¿eh?

Volví la cabeza y me encontré frente a un hombre con la cara sin afeitar y unos ojos que semejaban las cuencas vacías de una calavera. Sonrió, dejando al descubierto una boca al que le faltaban varios dientes, y hasta mí llegó su aliento a whisky. Parecía haber estado durmiendo con su impermeable de color marrón desvaído y sus arrugados pantalones. Los lados de sus zapatillas estaban rotos.

Cuando se puso a reír, me di media vuelta y eché a correr lo más rápidamente que pude con mis zapatos de tacones altos. El chal de Agnes se me escapó volando de los hombros, pero no me detuve a recuperarlo porque oía que aquel hombre horrendo no paraba de vociferar. En el momento de alcanzar una esquina se me rompió un tacón de los zapatos. Arrojé los dos y seguí avanzando sin mirar atrás. Corrí todo lo de prisa que pude hasta llegar a un cruce mas poblado de gente. Allí, me agarré a una farola y empecé a recuperar el aliento. Los viandantes me miraban al pasar, pero nadie se detenía a preguntarme qué me ocurría o si necesitaba ayuda. Al cabo de un rato conseguí parar un taxi.

—Con que de juerga, ¿eh? —dijo el taxista cuando estuve dentro. Me di cuenta entonces de que tenía el pelo alborotado y la melena revoloteaba por todas partes. Mis mejillas estaban bañadas de lágrimas, llevaba el vestido arrugado y andaba descalza. Sin embargo, seguía empuñando estúpidamente la copa de vino que me había traído de la recepción. Indiqué al taxista la dirección de mi residencia, me recliné contra el respaldo del asiento y cerré los ojos, que no abrí durante todo el trayecto.

En casa pagué la carrera inmediatamente, subí a toda prisa los escalones de la puerta y entré. Nada más hacerlo, oí que alguien hablaba en el salón y recordé que Agnes celebraba una de sus tertulias teatrales. Intenté pasar desapercibida, pero

Agnes me oyó entrar y salió del salón.

—¡Dawn! —gritó—. Entra y cuéntanos cómo ha ido la recepción. —Cuando me acerqué a ella, advirtió que algo había ido mal—. ¿Qué ha sucedido?

—¡Oh, Agnes! —exclamé—. Me he extraviado y he perdido su chal. ¡Cuánto lo siento!

—¡Oh, querida! ¿No llegaste a la recepción? ¿Pero cómo ha podido ser? ¿No te llevó el taxista directamente allí?

—Ha sido después cuando me he perdido —dije. Se quedó mirándome y luego se fijó en el vaso que yo sostenía en la mano.

—No lo entiendo —manifestó, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué traes esa copa?

—¡No..., no lo sé! —grité, corriendo escaleras arriba.

Naturalmente, Trisha estaba levantada, esperándome para que le contara lo emocionante que había sido la recepción. Pero, cuando me puso los ojos encima, su sonrisa se transformó en un rictus de asombro.

—¿Qué te ha ocurrido?

—¡Oh, Trisha! Estoy desolada. No era una cita con Michael. Apenas habló conmigo. ¡Salí corriendo de la recepción y se me olvidó devolver esta copa! ¡Luego me he encontrado perdida y un hombre horroroso ha empezado a perseguirme! ¡Así que he corrido sin parar, perdiendo el chal que me había dejado Agnes y rompiéndome un tacón! —exclamé. Y me dejé caer de bruces sobre la cama.

—No entiendo nada de lo que me dices —dijo Trisha.

Me di la vuelta y exclamé entre lágrimas:

—Estoy diciendo que no es bueno tratar de aparentar lo que no somos. No debía haberme vestido así. Ni siquiera debía haber ido a esa fiesta. La abuela Cutler tiene razón. Soy una don nadie dejada a las puertas de una familia rica; pero todo el mundo puede ver que no soy un miembro más de esa familia ni pertenezco a ella.

—Eso que dices es una bobada. Por descontado que tu abuela no tiene razón. Cualquiera puede perderse por la noche en Nueva York. Deja de llorar —demandó Trisha—. ¿Así, pues, se te ha olvidado devolver la copa? ¡Vaya una cosa! Al menos, ha sido un olvido. Otras personas, incluso siendo gente rica y sofisticada, las afanan intencionadamente. ¿Te ha visto Michael Sutton salir corriendo de allí?

—No lo sé —contesté, secándome las lágrimas.

—¿Y entonces...?

—Me sentí como una tonta —repetí—. Nadie me dirigía la palabra; ni siquiera los que estaban sentados a mi lado. ¡Es una gente tan estirada! Me parecía que aquel salón estaba lleno de abuelas Cutler.

—Ya se arrepentirán —vaticinó Trisha, sentándose a mi lado y acariciándome el cabello—. Algún día acudirán a escucharte en un concierto y tú podrás recordarles lo de esta noche.

La miré y moví la cabeza.

—De todo modos —siguió Trisha, cogiéndome la copa de la mano y poniéndola sobre mi cómoda—, tenemos un fiel *souvenir*, un recuerdo que marca tu primera noche con Michael Sutton, lo sepa él o no.

Abrió excesivamente los ojos y las dos nos echamos a reír.

«Gracias a Dios que tengo a Trisha —pensé—, la hermana que nunca conocí». La hubiera cambiado inmediatamente por Clara Sue. La abuela Cutler se equivocaba: la sangre no siempre era más espesa que el agua.

LECCIONES PRIVADAS

Ahora que ya era más antigua en la «Escuela Bernhardt», mi entusiasmo al comenzar el segundo curso era mayor que cuando empecé el primero. Me paseaba jactanciosamente por el *campus* y, al ver que los nuevos estudiantes me miraban con envidia, no podía impedir sentir una sensación de superioridad. Además, gozaba de cierto renombre como pianista estrella de Madame Steichen y como uno de los seis estudiantes seleccionados para asistir a las clases de Michael Sutton. Yo sabía que Agnes había cumplido con su obligación informando de aquellos hechos a la abuela Cutler, toda que vez que mi madre, durante uno de sus llamados momentos de más fortaleza, me había telefoneado para felicitar-me.

—Randolph me lo ha contado todo —dijo—. Me siento muy orgullosa de ti, Dawn. Resulta muy confortante saber que tienes verdadero talento musical.

—Mamá, puede que a mi padre le gustara también sentirse confortado. ¿Por qué no me dices quién es mi verdadero padre para que yo pueda informarle de mi paradero y de mi éxito? —repliqué, con acritud.

—Dawn, ¿por qué has de sacar siempre a colación cosas desagradables? ¿No puedes acabar de una vez con esto? —se quejó con enfática desesperación. Me la imaginé desmayándose al otro lado de la línea. Estaba segura de que me telefoneaba desde la cama, con la espalda acodada entre dos gruesos y mullidos almohadones, envuelta en mantas, como la concha protectora de un caracol.

—Mamá, no me parece que querer saber quién es el padre de uno sea algo desagradable —opiné, con más acrimonia.

—En este caso, sí —replicó inmediatamente. Me cogió por sorpresa la profundidad de sus sentimientos. «¿Cómo podía abrigar nadie una maldad así?», me pregunté.

—Mamá —le rogué—, por favor, háblame de él. No está bien lo que haces. ¿Por qué lo consideras desagradable?

—A veces —dijo, bajando la voz y hablando lentamente, como si estuviera aturdida—, las buenas y encantadoras apariencias no son más que una fina máscara superficial que oculta un río de perversión y crueldad. Dawn, la inteligencia, el talento y cualesquiera otras cosas que la gente considera una bendición, no siempre significan que una persona sea buena. Lamento no poder decirte nada más.

«Que consejo tan extraño y enigmático», pensé. Aquello me sumía en un torbellino de interrogantes y hacía aún más misterioso el acertijo de mi nacimiento y sus consecuencias.

—Dime una cosa, mamá, ¿sigue él actuando? ¿Continúa trabajando como artista ante el público?

—No lo sé —se apresuró a responder. «Por lo menos sigue vivo», pensé. Ella no había dicho que hubiera muerto—. Una de las razones de que te haya telefoneado —continuó con voz ahora radicalmente distinta, más alta y con un acento más melodioso y feliz— es para saber si necesitas aumentar tu vestuario ahora que vas a tener que exhibirte más.

—No lo sé —alegué—. Supongo que sí.

—He dado órdenes a Randolph de que gestione algunos créditos a tu favor en los mejores almacenes. Hoy mismo te lo comunicará. Compra cuanto necesites —me dijo.

—¿Lo aprueba la abuela Cutler?

—Poseo algún dinero propio sobre el que ella no tiene control ninguno —explicó mi madre, con cierto orgullo y satisfacción en la voz—. De todos modos, te felicito por tu éxito y, si te acuerdas, escíbeme de vez en cuando para hacerme saber cómo te va.

Me pregunté a qué vendría su repentino interés por mi vida. ¿Le estaría remordiéndole la conciencia? No le prometí nada, aunque, sin darme tiempo a decir nada más, se puso a describirme sus dolores de cabeza y una nueva medicación que le había prescrito el médico. Luego anunció que estaba exhausta y puso fin a nuestra conversación.

Pero las cosas que me había dicho sobre la perversa naturaleza de mi verdadero padre continuaban depositadas en los entresijos de mi mente como un mal olor imposible de eliminar. ¿Qué significaría aquello? Si yo había heredado el talento musical de mi padre, ¿habría heredado también su depravación? Cómo deseaba verme frente a frente con él y juzgarle por mí misma. Le exigiría que me dijera por qué había desaparecido sin intentar saber nada de mí. ¿Se debería todo ello al poder de la abuela Cutler, a sus amenazas y a su capacidad para destruir la vida y la carrera de alguien? ¿O era llana y simplemente que mi padre no se interesaba por nada ni por nadie más que por sí mismo, y era un *playboy* tan egoísta como me le habían descrito? Había en todo aquello tantas corrientes subterráneas, que me era imposible entenderlo. Engaños y más engaños. ¿Cuándo aprendería a nadar en aquel océano de mentiras?

Y, así, mientras otros estudiantes de la «Escuela Bernhardt» estaban imbuidos de gratos pensamientos en sus primeros días de clase, yo tenía que moverme en medio de una niebla cuyos únicos puntos de luz eran los momentos en que cantaba o tocaba el piano.

Cuando finalmente cayó el otoño sobre Nueva York, lo hizo con celeridad. La presión del mercurio hizo que los termómetros descendieran bruscamente por la

noche y las hojas, hasta entonces verdes, se volvieron en seguida amarillentas, oscuras y quebradizas. Ahora, siempre que Trisha y yo, o yo sola, esperábamos en una esquina a que cambiara la luz del semáforo, las hojas muertas se arrastraban hiera de los céspedes e invadían la calle para venir a posarse cerca de nuestros pies, como patitos oscuros nadando en seco. Pero el aire fino y claro era vigorizante, y me agradaba sentir su hormigueo en la cara.

A decir verdad, todo mi cuerpo se sentía mejor y, en vez de sazarme en la primavera con las flores, florecí en el otoño. Tal vez se debiera a que mis avances musicales habían alimentado la confianza en mí misma. Como quiera que fuese, cuando me miraba al espejo en las mañanas de setiembre, veía más madurez en mi rostro.

Después de olvidar mi desastre en el recital del museo, empecé a observar con más detenimiento la imagen de la muchacha que me devolvía el espejo. Le faltaba poco para cumplir diecisiete años; su vida había cambiado radicalmente y aquellos cambios habían desterrado de ella parte de su inocencia. Tenía en los ojos una mirada más penetrante, unos pómulos más pronunciados y una boca más firme. Sus labios eran prietos, las curvas de su cabello y hombros, más gráciles. Los pechos estaban plenamente configurados y la cintura era estrecha. Tal vez no fuera todavía una mujer, pero estaba a punto de serlo.

Por supuesto, no le dije a Michael Sutton lo que me había ocurrido después de marcharme apresuradamente de la recepción del museo y, al parecer, él no sabía nada de ello. Durante nuestra primera clase, que fue una sesión general con todos sus alumnos, volvió a preguntarme si había disfrutado de la música, aquella noche. Yo le respondí que había sido verdaderamente maravillosa y le di las gracias por invitarme. Después, volvió a centrar su atención en la clase del día.

Por la forma en que estaban programadas las clases, yo no tuve la mía hasta una semana después. Cuando me presenté en ella, me encontré con Richard Taylor al piano. Michael Sutton todavía no había llegado. Por la forma en que hablaba y se conducía Richard, comprendí que la puntualidad no era una de las virtudes de Michael Sutton.

—Ayer —explicó Richard, sin ambages— no apareció hasta la mitad de la clase. No es lo mismo que trabajar con Madame Steichen, eso por descontado —agregó humorísticamente; y siguió moviendo los dedos sin mirar sobre el teclado del piano. Yo me senté en una silla plegable de madera y saqué mis deberes de matemáticas. Al cabo de unos quince minutos, Michael entró despreocupadamente por la puerta y ni siquiera se disculpó por su retraso. Dijo que aborrecía los horarios, que eran un inconveniente para la docencia.

—Las personas creativas tienen que estar motivadas, con disposición de ánimo —explicó mientras se desliaba del cuello su bufanda de color azul claro y se

desabrochaba la fina chaqueta de lana—. Pero eso no lo entienden las administraciones de los colegios. —Dejó caer sus cosas encima de una silla y me hizo señas para que me acercara al piano.

—Empezaremos con las escalas y con su respiración. La respiración —añadió— es fundamental. Olvídense de la melodía, olvídense de las notas, olvídense de su voz. Piense sólo en su diafragma —me sermoneó.

Apenas había empezado, me interrumpió y se volvió hacia Richard Taylor, que sonreía con aire de satisfacción.

—¿Comprendes lo que quiero decir, Richard? Ninguno de estos estudiantes ha sido enseñado como Dios manda. No tiene sentido que continúes desperdiciando el tiempo. Hoy no vamos a necesitar el piano.

Richard dobló sus pinturas y salió sin pronunciar palabra. Ni siquiera me dijo adiós. En cuanto desapareció por la puerta, Michael se volvió hacia mí sonriendo.

—Es una joven con talento —dijo, señalando con la cabeza hacia la puerta—, pero demasiado serio. —Se inclinó sobre mí para susurrarme—: Me pone nervioso.

Se encaminó a la puerta y la cerró.

—Pero —dijo nada más volver— hablo en serio en lo referente a su respiración. La obliga a poner demasiado tensa la garganta. Apuesto a que le duele después de cantar un rato, ¿eh?

Asentí.

—Por supuesto probemos otra vez. Lo haremos como me enseñó un profesor europeo.

De repente, me sorprendió poniéndose detrás de mí y rodeándome con los brazos. Me agarró por los codos y me empujó hacia atrás contra él.

—Relájese —me musitó al oído. Sentí su respiración en mi cuello y su pecho presionándome en los hombros. El fragante aroma de su loción de afeitado flotaba alrededor de mi rostro e invadía mi olfato. Luego presiono con su mano derecha justamente debajo de mis senos, sobre el diafragma.

Ahora, haga una profunda aspiración —indicó— y expulse el aire hasta presionar contra la palma de mi mano.

Sentí que el dedo índice de su mano derecha me rozaba el pecho izquierdo y por un momento fui incapaz de hacer nada. No estaba preparada para hacer ejercicios respiratorios y me había dejado sin aliento. Pensé que él seguramente sentía cómo me temblaba el cuerpo y me zumbaba el corazón. Su respiración también se había acelerado.

—Continúe —me rogó cariñosamente—. Aspire hondo.

Así lo hice y, cuando mis hombros se elevaron, su mano se deslizó más cerca de mi seno de forma que, prácticamente, me lo estaba sujetando con el dedo pulgar y la muñeca.

—Bien. Expulse el aire, venciendo la presión de mi mano y pensando en ello mientras tanto. Concéntrese, concéntrese —insistió y yo obedecí. Me obligó a repetirlo y lo hice cerca de una docena de veces. Al cabo de un rato noté tantos vértigos, que empecé a sentir que me flaqueaban las piernas. Emití un gemido y perdí el equilibrio, cayendo aún más cerca de él. Me sujetó firmemente entre sus brazos.

—¿Se encuentra bien? —se apresuró a preguntarme. Traté de hablar, pero sólo pude asentir con la cabeza. Entonces le oí reírse—. No es nada. Se debe al exceso de ventilación. Su sangre ha recibido demasiado oxígeno. Siéntese un momento —dijo, ayudándome a sentarme en la silla plegable de madera. Se puso en cuclillas a mi lado y me cogió las manos—. ¿Está mejor?

Me oprimió las manos con suavidad y apoyó los antebrazos en mis rodillas. Afirmé con la cabeza. Trataba de hablar con una voz serena, pero sentía tanto calor en la cara y el corazón me golpeaba todavía con tanta fuerza, que me daba miedo emitir ningún sonido, pues estaba segura de que se me quebraría la voz. Cuando le contemplé tan cerca de mí, vi una profundidad en sus ojos negros que hizo que mi cabeza diera vueltas de un modo distinto. Me sentí ligera, ingrávida, deseosa de dejarme caer en sus brazos para que me sujetara entre ellos. La temperatura empezó a subir en los puntos más íntimos de mi cuerpo y tuve que apartarme un poco porque estaba segura de que él podía notar lo que me estaba ocurriendo. Me ruboricé, no sólo por mi estado de azoramiento, sino también porque el calor de mi corazón se canalizaba rápidamente a través de mis senos.

—Dentro de un momento podremos continuar con las escalas —dijo.

Me dio una palmadita en la rodilla y se puso de pie. Se acercó al piano y miró brevemente unos papeles.

—Ya vale —dijo, finalmente.

Cuando recorrimos las escalas, yo sabía que no estaba cantando bien. Me lo hizo repetir varias veces hasta que dijo que debía acompañar mi respiración a las notas.

—Estupendo. Así está bien —declaró, agarrándome por los hombros y sosteniéndome erguida delante de él mientras me fascinaba con sus ojos centelleantes clavados en mí—. Su talento natural ya la hace maravillosa —continuó—, pero, cuando haya usted aprendido a hacerlo correctamente, alcanzará su plena capacidad y se convertirá en una auténtica diva. La gente se agolpará a su alrededor y todos suspirarán por estar bajo su sombra. ¿Sabe lo que me ocurre cuando estoy con alguien como usted? —prosiguió, aumentando mis temblores a cada una de sus maravillosas palabras. Me siento mucho más joven, capaz de seguir adelante y hacer cosas aún más grandes. Me produce ganas de dilatar mi propio talento, de convertirme en algo tan grande como jamás haya soñado.

Se echó a reír y me soltó. Luego se acercó al piano y pulsó una tecla para darse a sí mismo una nota. En cuanto la tuvo, se puso a vocalizar la escala, extendiendo los

brazos hacia mí como si estuviera cantando la más romántica canción de amor. Luego empezó a cantar una melodía de amor, una canción que él había hecho famosa, y me hizo señas con la cabeza para que me uniera a él, indicándome que utilizara la partitura que había sobre el piano. Pero yo me negué con la cabeza, me la sabía de memoria.

Empecé a cantar a dúo con él y sus ojos se dilataron de entusiasmo y de sorpresa. Se acercó más a mí para cogerme las manos y nos pusimos a cantar mirándonos mutuamente como si estuviéramos delante del público, en un escenario. Mi voz se unía a la suya y él me obligaba a elevarla cada vez más. Sus dedos apretaban los míos y, al final de la canción, juntó su cara con la mía.

En el escenario, los dos intérpretes se besaban al final del dúo, y eso fue lo que ocurrió ahora, aunque yo no creía que él llegara a besarme. Primero sentí en el rostro su cálida respiración y luego, a medida que se acercaba más y más, adiviné lo que iba a suceder. Cerré los ojos y sus labios tocaron los míos, suavemente al principio, casi como si los dos estuviéramos hechos de aire. Pero luego me besó en la boca con todas sus fuerzas. Su contacto envió como una corriente eléctrica de calor por todo mi ser. Me sentí languidecer. Me sostuvo durante un rato y luego fue retirando lentamente sus labios de los míos. Mis ojos parpadearon cuando se abrieron y se quedaron clavados en los suyos. Parecían requerirme con tal pasión y deseo, que le miré fijamente a la espera de lo que me quisiera hacer, recordando lo que me había dicho en el café: «La pasión nos hace desesperar». Los zumbidos de mi corazón me causaban miedo y emoción al mismo tiempo, y temía desmayarme otra vez.

—No he podido evitarlo —dijo, con voz queda—. ¡Canta usted tan bien! Por un momento creí que estaba realmente en un escenario y cuando estoy en escena cumplo con mi obligación, hago lo necesario para que la música cobre realidad frente al público. En eso se distingue un profesional. Estoy seguro de que usted lo comprende.

No lo comprendía, pero asentí. Me sonrió y volvió a clavar intencionadamente en mí aquellos ojos negros y penetrantes.

—Hemos tenido una clase muy provechosa —declaró—. ¿Cómo se siente?

Sentía tantas y tan diferentes cosas en aquel momento, que no supe qué responder. Continuaba abrumada por su beso y seguía temblando por su contacto y su intensa mirada.

—Estupendo. —Se echó a reír y me besó en la frente—. ¿Sabe que es usted una mujer muy bella? Es raro encontrar a alguien con una voz tan bella y una cara tan bonita. No la estaré turbando, ¿verdad? —preguntó.

Negué lentamente con la cabeza, con los ojos todavía fijos en los suyos.

—Yo no hablaría así a ninguna de mis otras alumnas, pero presiento que usted es especial. Su talento la hace distinta, la permite desarrollarse más rápidamente porque es usted más perceptiva, más sensible. Al igual que yo, usted crece a cada momento

que pasa, con cada experiencia que tiene. Los educadores no saben nada de esto —dijo, desdeñosamente, con el disgusto plasmado en la cara—. Se rigen por las normas, incluso en una escuela como ésta; pero nosotros nos saldremos de las normas porque somos diferentes. ¿No le parece? —preguntó. Yo no sabía exactamente lo que quería decir, pero de todas formas le respondí que sí, con un «sí» tan débil, que ni siquiera estuve segura de haber hablado.

—¡Magnífico! —exclamó—. Magnífico —repitió suavemente. En seguida se dio media vuelta y se acercó a la silla donde había dejado sus cosas, para empezar a enrollarse la bufanda al cuello, sonriéndome mientras lo hacía—. Tengo que irme volando. He de hacer una docena de cosas. Esta noche tengo invitados. Nada especial, sólo unos canapés y champaña. —Me miró fijamente un momento y a continuación cogió su chaqueta y empezó a ponérsela mientras se acercaba otra vez a mí.

—¿Podrá usted ser discreta? —me preguntó.

—¿Discreta?

—Sí, guardar un secreto —dijo, sonriendo—. Sobre todo si es un secreto especial.

—¡Oh, claro que puedo! Mi amiga íntima es mi compañera de habitación, y no se lo cuento todo —respondí pensando que iba a pedirme que no dijera a nadie que me había besado.

—Bien. —Me miró fijamente, como dudando si debía seguir adelante con lo que quería decirme o no—. Me gustaría invitarla esta noche a mi apartamento —dijo, finalmente—. Habrá allí personas muy interesantes que me gustaría presentarle. Sólo que... —Se volvió hacia la puerta del auditorio para asegurarse de que estaba cerrada—. Sólo que la dirección de esta escuela no acabaría de entender que yo invitara a una alumna. Es seguro que estas personas con limitaciones mentales torcerían el gesto si lo supieran, pero codearse con gente del teatro es bueno, resulta estimulante. Sin embargo —me advirtió—, si se le ocurriera mencionarlo...

—¡Oh, no diré una sola palabra! —exclamé.

Me puso el dedo, índice sobre los labios y volvió a mirarme.

—Las paredes oyen —dijo. Yo asentí con la cabeza, conteniendo la respiración, y él me sonrió ligeramente.

—Estoy en la Parker House, Calle Setenta y dos, Este, apartamento 4B. Venga a las ocho, pero recuerde..., ni una palabra a nadie. Ni siquiera a su compañera de habitación. ¿Prometido?

—Sí —respondí.

—Estupendo, hasta luego —dijo, echando a andar.

—¡Ah! ¿Qué debo ponerme?

—Nada especial. Preséntese tal como es, si le parece bien —respondió.

Salió y yo me quedé allí plantada durante un buen rato mirando a la puerta. ¿Era

realmente cierto lo que creía haber oído? Di media vuelta y miré el piano. ¿Lo sucedido aquí había sucedido verdaderamente? Me apreté el corazón con la mano como si con eso fuera a frenar el ritmo de sus latidos. Luego recogí mis cosas y eché a andar lentamente hacia la puerta, como quien está pasando por un sueño y teme que suceda algo que pueda despertarle.

Trisha notó en seguida algo diferente en mí cuando nos reunimos en nuestra habitación, tras acabar las clases. Con su habitual exceso de energías, empezó a referirme un incidente de la escuela tras otro, entretejiendo tan vertiginosamente los personajes y los acontecimientos, que en quince minutos resumió toda su jornada. Yo la escuchaba, con el rostro congelado en una leve sonrisa y los ojos fijos en ella, pero con la mente completamente concentrada en otra parte y escuchando con mis oídos una voz distinta: la de Michael Sutton.

—¿Has oído algo de lo que he dicho? —preguntó repentinamente Trisha.

—¿Qué? ¡Oh, sí, sí! —afirmé inmediatamente, incapaz de evitar el flujo de sangre que subió a mi cara. Trisha ladeó un poco la cabeza y se quedó observándome un momento. Luego abrió exageradamente los ojos y dio un salto tan grande que casi se salió de la cama.

—¡Conozco esa expresión! —gritó—. Has conocido a alguien, ¿verdad? Algún chico que te gusta mucho y te has enamorado perdidamente de él. Vamos, cuéntamelo —gimoteó al ver que yo no respondía.

—Yo...

—Vamos, Dawn —se quejó con impaciencia—, puedes confiar en mí. Yo te he contado millones de cosas que no le contaría a nadie más, y tu me has revelado a mí cosas muy íntimas acerca de ti y de tu familia, y jamás he dicho una palabra a nadie. ¿No es cierto? ¿Y bien?

—En efecto, tienes razón —convine, tentada de contarle lo que había sucedido en la clase de vocalización. En mi interior crecía sin cesar, como un globo lleno de aire, la necesidad de decírselo a alguien y temía que si lo callaba estallaría de emoción.

Sin embargo, recordé la promesa que había hecho a Michael. Me había preguntado si podía guardar un secreto, en otras palabras, si era una mujer madura. ¿Cómo le iba a traicionar en la primera ocasión que se me presentaba? ¿Y si Trisha, sin darse cuenta, se lo descubría a alguien y ello acababa llegando a oídos de Michael? Me mordí el labio inferior para evitar que me salieran las palabras.

—¿Y bien? —repitió Trisha, doblando las piernas y sentándose encima de ellas—. ¡Cuéntamelo! —chilló.

—Sí —confesé—. He conocido a alguien.

—¡Oh, lo sabía! Lo he visto escrito en tu cara en cuanto entraste. ¿Quién es él? Se trata de un estudiante mayor. ¿Estoy en lo cierto? Seguro que se trata de Erik

Richards, ¿no? El otro día vi que te miraba mucho y cuchicheaba con sus amigos. ¡Tiene unos ojos soñadores! Es Erik, ¿verdad? —concluyó, inmediatamente.

—No. Se trata de otro —negué, volviendo a morderme el labio inferior, para tener tiempo de pensar en algo. Me di cuenta entonces de que podía decirle una verdad a medias.

—Entonces, ¿quién es? ¡Cuéntamelo!

—No es ningún estudiante del «Bernhardt».

—¿Que no? —La decepción la desinfló inmediatamente, pero luego su curiosidad empezó a crecer otra vez.

—No. Es más mayor, bastante más mayor —añadí. Sus ojos se abrieron aún más y se le quedó la boca abierta—. Le conocí en «George's Luncheonette» —dije, soltándolo tan pronto como se me ocurrió—. Charlamos, paseamos y luego empezó a ir a esperarme a la escuela... y a acompañarme caminando hasta casa. Hoy me ha acompañado también.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Trisha, conteniendo el aliento.

—Yo diría que un poco más de treinta —contesté.

—¡Treinta!

Asentí.

—¿Cómo se llama?

—Allan. Allan Higgins. Pero tienes que jurarme y prometerme que no vas a decir nada a nadie.

—No lo diré, por supuesto que no lo diré —me aseguró, pasándose los dedos de un lado a otro de la boca como si estuviera cerrando una cremallera—. ¿Cómo es?

—Es alto, como de uno ochenta y cinco de altura, tiene los ojos de color almendra y el pelo castaño oscuro. Su rostro es muy sensible, de esos que los miras y te inspiran confianza. Es sumamente cortés y comedido. Paseando juntos hemos tenido unas charlas maravillosas.

—¡Pero un hombre de más de treinta! —Trisha meneó la cabeza—. ¿Qué quiere de ti? —Sus ojos se encendieron con otro pensamiento atroz—. No estará casado, ¿verdad?

—Lo estuvo, pero su esposa falleció cuando apenas llevaban tres años de casados. Ha dicho que desde entonces no había mirado a ninguna otra mujer y si lo ha hecho ahora es porque yo le recuerdo mucho a la suya.

—¿A qué se dedica? —preguntó Trisha, con voz temblorosa.

—Es ejecutivo comercial. Sé que vive bien porque tiene un apartamento en Park Avenue. Me ha invitado a que vaya —dije—. Esta noche —añadí.

—¡Esta noche! ¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Ir, pero naturalmente no quiero que Agnes sepa dónde voy. Le diré que tengo una clase de piano y que necesito ir a la biblioteca a recoger datos para una tesina.

¿Querrás ayudarme y respaldarme en el caso de que haga preguntas?

—¡Pero ir al apartamento de un hombre que acabas de conocer y que tiene más de treinta años!

—Sé que puedo confiar en él. Es tan dulce... Sólo vamos a escuchar música y a charlar.

Meneó la cabeza, estupefacta.

—¿Ha estado en «George's» alguna vez que nosotras estuviéramos allí?

—Sí, estaba, pero no se atrevía a decirme nada. Eso te demuestra lo tímido y educado que es.

—No recuerdo haber visto allí a ningún hombre así —dijo, pensativamente—. ¿Querrás presentármelo?

—Cuando él esté dispuesto. Todavía se siente reacio a conocer a nadie. Eso es comprensible.

Esperé a ver cómo encajaba mi embuste.

—Está bien —decidió—. Te respaldaré durante la cena si Agnes hace alguna pregunta, pero ten cuidado —me aconsejó.

—Gracias. Sabía que podía confiar en ti.

—Más de treinta —murmuró para sí misma. Yo oculté mi sonrisa y me entregué a mis deberes a fin de que nada me impidiera ir a casa de Michael Sutton.

Aunque Michael me había dicho que podía ir con aquella misma ropa, me puse un suéter más bonito, mi suéter de color rosa con botones nacarados. Era una de las primeras cosas que me había comprado mi madre para mi ingreso en la «Bernhardt», pero al ponérmelo vi que ahora me quedaba muy ajustado en el busto. Lo combiné con una falda de lana azul oscuro plisada y elegí un par de mocasines del mismo color. Llevaba el pelo suelto y unos pequeños pendientes de perlas que me prestó Trisha.

—¿Cómo te has arreglado tanto esta noche? —preguntó, suspicazmente, Agnes. Le expliqué que tenía que volver a la escuela para dar una clase especial de piano y que iba a ir alguien a escucharme. También le dije que tenía que recopilar datos para un trabajo y Trisha me siguió la corriente, lamentándose de que nos ponían demasiada tarea, mientras de vez en cuando cruzaba conmigo una mirada de complicidad. Faltó poco para que se descubriera mi añagaza al marcharme, cuando Agnes se percató de que no llevaba libros.

—Esta noche sólo voy a leer y recoger información a la biblioteca —me apresuré a decirle—. Trabajo conjuntamente con una compañera. —Agnes aceptó mi explicación y me fui.

Michael vivía en un lujoso edificio de apartamentos. El suelo del vestíbulo era de mármol dorado, los sofás y sillones, de cuero rojo, y había unas mesas de cristal con estructura de bronce y una jardinera alargada con hermosas flores y plantas. Un

conserje me mostró el ascensor. Cuando pulsé el timbre de la puerta de Michael me temblaba la mano. Al momento apareció él, vestido con un elegante traje marengo confeccionado con la lana de Cachemir más suave que jamás yo había visto o tocado.

—Hola. ¡Qué puntual! Mis otros invitados deberían aprender la lección —saludó, apartándose a un lado.

Su apartamento derrochaba lujo, desde la entrada de mármol hasta el soleado cuarto de estar, amueblado con un sofá circular forrado en seda, una amplia mesa negra metálica con cristal y una enorme chimenea. El suelo estaba cubierto por una recia y suave alfombra de color blanco y malvavisco. De los ventanales, que ocupaban toda la pared, pendían unas cortinas de satén de color marfil, ahora descorridas para proporcionar una buena vista del horizonte nocturno. En cuanto entré en el salón, reconocí la música que sonaba en el aparato estereofónico: *La bella durmiente* de Chaikovski.

—¡Qué apartamento tan bonito! —exclamé.

—Gracias. Un pequeño hogar lejos del hogar —manifestó cerrando la puerta detrás de mí—. No le habrá contado usted a nadie que venía aquí, ¿verdad? —preguntó, torciendo la mirada con precaución.

—¡Oh, no!

—Estupendo. —Sonrió y me hizo una indicación para que tomara asiento en el sofá—. Debería ofrecerle un cóctel —dijo siguiendo detrás de mí—, pero creo que puedo darle vino blanco. ¿Le apetece eso?

—¡Oh, sí! —respondí.

—Póngase cómoda.

Me senté en el centro del sofá. Estaba tan nerviosa, que no sabía qué hacer con las manos. Primero las doblé sobre mis piernas pero luego, considerando que era una postura estúpida que me hacía parecer una colegiala sentada en el pupitre, puse el brazo derecho sobre el respaldo del sofá y el izquierdo encima del regazo. Me crucé de piernas y volví a enderezarlas.

—Está usted muy guapa —halagó Michael, trayéndome una copa de vino.

—Gracias. —Cogí la copa con las dos manos, temerosa de que el temblor que sentía me hiciera derramarla sobre el sofá.

—A decir verdad —comentó, sentándose a mi lado—, me alegro de que haya venido antes que los otros. Eso me da ocasión para conocerla aún mejor, sin otras distracciones. —Bebió un sorbo de lo que quiera que hubiese en su copa y la depositó sobre el posavasos de la mesa. Luego se acercó tanto a mí, que prácticamente nos estábamos rozando.

—Veamos —continuó, nuevamente con aquel travieso brillo en sus ojos azul zafiro—. Sé que fue usted a una escuela privada de Richmond, donde cantó un solo en el musical de primavera, y que tuvo un éxito espectacular.

—Fui una más de los que actuaron aquella noche —rebatí.

—¡Ajá! Y entonces su familia se dio cuenta de que tenía talento y la envió a la «Bernhardt». ¿Echa de menos no estar en su casa?

—No —respondí, quizá con excesiva prontitud. Arqueó las cejas y luego asintió para, sí mismo.

—De acuerdo. Usted estuvo fuera de su casa cuando asistía a esa escuela privada, pero ya no está con su hermano y su hermana. ¿No los echa de menos?

—No nos llevamos nada bien —repuse, sin poder evitar una afectada sonrisa.

—Comprendo. Yo no me llevo nada bien con mis dos hermanos. Nos vemos raras veces y nunca acuden a mis representaciones. Es usted afortunada de tener al menos una familia que la ayuda —dijo—. Eso ya sirve de algo; su familia ha criado a una señorita muy bella y con mucho talento.

—Gracias —dije de forma casi inaudible, sin poder contener las lágrimas.

—¿Le ocurre algo?

Bajé la cabeza y dejé que las lágrimas me llegaran hasta la barbilla. Odiaba todos aquellos engaños y mentiras. Michael era un hombre tan sincero y consagrado a su canto, y había sido tan amable conmigo haciéndome sentir tan bien... Y yo se lo estaba pagando con una mentira detrás de otra. Me cogió por la barbilla.

—¿Dawn?

Miré a sus ojos negros y le noté confuso.

—¡Oh, Michael, en realidad no tengo familia! —exclamé—. Mi madre se pasa todo el tiempo encerrada en su dormitorio adorándose a sí misma y dejando que se lo hagan todo. Mi hermana me odia, tiene envidia de mí, y mi hermano... mi hermano...

—¿Si?

Empecé a llorar con más fuerza, sollozando convulsamente como una niña. El me rodeó en seguida con su brazo.

—Vamos, vamos, no será tanto. Por triste que eso sea, ya ha pasado. Ahora se encuentra lejos de aquello y aquí, en la escuela, trabajando conmigo —dijo. Me besó en la frente y me apartó unos rizos del cabello que me habían caído sobre los ojos. A continuación sacó del bolsillo de la chaqueta de su esmoquin un pañuelo y me enjugó las lágrimas. Le miré a los ojos mientras lo hacía, sintiéndome un instrumento del deseo, llena de un voraz anhelo de satisfacción romántica. Sé que él me lo notó en la cara, pues empezó a mirarme con una expresión más seria.

—Dawn, en usted hay algo encantador, que adiviné nada más verla en la audición. Hay veces que la veo como una joven y al cabo de un rato se convierte en una mujer provocativa, seductora, una mujer que parece saber exactamente lo que está haciendo.

Pensé que se equivocaba. Yo no trataba nunca de ser seductora. No había

empezado a llorar por ese motivo. Negué con la cabeza y respondí que «No», pero él me puso suavemente la mano en la mejilla.

—¡Oh, claro que sí! —insistió—. Quizás usted misma no se da cuenta de ello, no es consciente de su poder femenino, del poder que tiene y del que tendrá sobre los hombres. Algunas mujeres, igual que usted —continuó—, son capaces de convertir a un hombre en un niño en pocos segundos..., así como lo oye —añadió, chasqueando los dedos—, y hacer que se postre a sus pies suplicando una mirada cariñosa, un roce, un beso. ¿Sabe?, yo he corrido todo el mundo, he conocido a estas mujeres y me he puesto en ridículo delante de ellas de vez en cuando. Por eso sé de lo que hablo.

Sus hermosos ojos brillaban con unas lágrimas insólitas. «Qué profundamente siente las cosas que está diciendo», pensé. Tenía razón cuando me había dicho que los grandes actores, las grandes cantantes, todos los grandes artistas sentían más profundamente las cosas.

—No quiero que mis palabras suenen mal. Usted no puede ser mala. Usted sólo puede ser maravillosa. Si algún hombre sufre por usted, es culpa de él —añadió, con voz casi de furia. Luego su rostro se suavizó otra vez, sonrió y me tocó la mejilla cariñosamente—. Tiene que emplear al máximo ese poder suyo cuando actúe en el escenario, créame. El público lo sentirá.

Empecé a sonreír, pero él continuó muy serio.

—No ha tenido muchos novios, ¿verdad?

—No.

—Me alegro. —Lo dijo con tal rotundidad, que me quedé sorprendida—. Me gusta trabajar con una mujer pura e inocente. Cuando cante conmigo, será como hacer el amor, como hacer el amor por primera vez, siempre que cantemos juntos.

Contuve la respiración. Se quedó callado, pero yo no sabía qué decir ni qué esperaba él de mí. ¿Cantar con él? ¿Dónde? ¿Cuándo? Sobre nosotros cayó un silencio más espeso que la niebla. Él no apartaba los ojos de mí. Luego, las puntas de sus dedos se fueron deslizando sobre mis mejillas y mis labios.

—Me ha impresionado usted mucho —susurró—, especialmente cuando la he besado al final de la canción. Veo que lo ha comprendido. ¿Sabe qué diferencia hay entre un beso dado en el escenario y otro real?

Negué con la cabeza.

—Un beso en el escenario parece apasionado, pero ninguno de sus dos protagonistas sienten pasión. Yo he tenido que besar en escena a mujeres a las que apenas soportaba mirar. En cambio, hoy no he tenido ese problema con usted —se apresuró a añadir—. Entre nosotros había ya algo, una especie de cuerda invisible que nos ataba el uno al otro, que tiraba mutuamente de nosotros. De hecho, ahora mismo me está costando trabajo apartar mis labios de los suyos. ¿Le asusta esto?

—No —respondí, pese a que sí me asustaba. Sus palabras me hacían temblar

como a una niña oyéndole decir las mismas cosas que había soñado que me dijera.

Dejó mi copa de vino sobre la mesa y se volvió hacia mí, acercando lentamente su cara a la mía. Con la misma lentitud, hizo que se juntaran nuestros labios y yo cerré los ojos en el momento del contacto. Esta vez, mis labios se separaron ante su prolongado beso. Casi me quedé sin respiración cuando su lengua se encontró con la mía, pero no me aparté. En el instante en que retiró sus labios de mi boca empecé a abrir los ojos, pero él me los cerró con un beso. Primero me besó en los párpados, luego en las mejillas y después continuó bajando hasta la garganta.

—Dawn —susurró—, eres una criatura adorable, la muchacha más deliciosa. De todas las mujeres que he conocido en el mundo, tú eres una de las más bellas.

«¿Yo? —pensé—. ¿Una de las mujeres más bellas del mundo? Lo debe de estar diciendo sólo para que me sienta mejor».

—Tú y yo juntos triunfaremos. Te convertiré en una de las más grandes estrellas del canto. Me falta paciencia para esperar a que cantemos juntos, porque, poniendo en la música esa pasión que sentimos el uno hacia el otro, haremos que nuestra música sea extraordinaria. ¿Quieres que sea así?

¿Qué podía yo decir? Había soñado con mi nombre apareciendo en los carteles luminosos y ahora Michael Sutton estaba diciéndome que sería conocida por el mundo entero, que actuaríamos juntos en Broadway y saldríamos en las películas. La abuela Cutler se moriría mil veces de rabia al oír y ver mi nombre por todas partes.

—Sí —contesté, emocionada porque al fin iba a demostrar que la abuela Cutler no tenía razón—. ¡Oh, sí, sí!

—Magnífico. —Se acercó más a mí—. No debes tener miedo a los sentimientos profundos ni a experimentar una intensa pasión. Son sentimientos que llevamos dentro de nosotros, a la espera de ser descubiertos. Yo te ayudaré a encontrarlos —dijo.

Noté que sus manos se deslizaban por mis brazos hasta la cintura. Sus dedos se introdujeron por debajo de mi suéter y las palmas de sus manos subieron rápidamente, acariciándome la piel desnuda, hasta llegar a los senos. Oprimiéndolos con fuerza, se inclinó todavía más sobre mí y me vi obligada a tumbarme de espaldas en el sofá. Al cabo de un instante estaba encima de mí, mirándome.

—Quiero ser el primero en llevarte al éxtasis —susurró—, el primero en elevarte hasta unas alturas que sólo has conocido en los cuentos y en los sueños. Lo he sabido hoy, lo he comprendido al final de nuestra clase. Es justo que compartamos juntos los grandes momentos, que sea yo quien te inicie en la auténtica pasión, porque seré yo quien va a potenciar tus máximas aptitudes en el canto. No puedes hacer un canto al amor si no lo has experimentado por ti misma. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo, verdad, verdad? —demandó, con acento frenético en la voz.

Yo me sentía sobrecogida y electrizada, excitada y despavorida, pero no pude

hacer otra cosa que asentir y cerrar los ojos mientras sus dedos seguían acariciándome los senos.

—Dawn —susurró—, la primera luz del día.^[1] —Se levantó del sofá y se arrodilló al lado para cogerme en brazos. Me levantó, me besó la punta de la nariz y me transportó hacia el dormitorio.

—Pero... —miré hacia la puerta— los otros invitados...

Sonrió y meneó la cabeza.

—Han sido muy descorteses al retrasarse tanto. Si vinieran ahora, no contestaríamos —dijo mientras continuaba transportándome a través del salón. Se apoyó contra la puerta del dormitorio y ésta se abrió sola.

Una pequeña lámpara que había en la mesilla de noche iluminaba levemente la habitación. El cobertor de la cama había sido apartado. Michael me depositó con mucho esmero encima de las sábanas, se quitó rápidamente la chaqueta, se desabrochó su almidonada camisa blanca y se inclinó sobre mí, inundándome la cara de besos. Empecé a abrir los ojos y él se apartó un poco, me puso la punta de los dedos sobre los párpados y murmuró:

—No los abras hasta que yo te avise.

Oí el ruido que hacía al desnudarse y luego le sentí a mi lado. Empecé a abrir los ojos otra vez, pero él me puso los labios sobre los párpados para que los mantuviera cerrados. Luego tiró de mi suéter, me lo sacó por la cabeza y continuó desnudándome mientras yo seguía inmóvil, sumida en la oscuridad de mis ojos cerrados, oyendo los latidos de mi corazón.

—Ya puedes abrirlos —dijo, en voz baja.

Empezó a hacerme el amor con la vista. Yo, ahogada en sus ojos, era incapaz de mirar a otra parte. Primero se quedó tendido a mi lado, sin tocarme, sin besarme, sin moverse, con su torso muy cerca de mis senos desnudos. Todo mi cuerpo se estremecía esperando su contacto en una espera que semejaba una tortura.

—Eres maravillosa, casi demasiado bella para tocarte, igual que una flor excelsa que sólo existe para que la admiren y no para ser cortada. Pero a mí me faltan fuerzas para resistirme a ello, y repito que no se te debe negar el éxtasis espléndido que surge cuando dos personas de talento y belleza hacen el amor.

Y, con esto, puso sus labios firmemente sobre los míos. Nos estrechamos el uno contra el otro, manteniéndonos sólo unidos al principio y emocionados por la exaltación de compartir lo que el uno podía ofrecer al otro. Con cada contacto de sus labios y de sus manos, yo experimentaba unas sensaciones electrizantes, hasta que llegó un momento en que deseé salvajemente que me penetrara, no ya de manera tierna, sino con el apasionamiento de su fuerza, con la exigencia de alcanzar el mismo éxtasis que yo estaba anhelando para mí.

Acunó mis pechos entre sus manos y los besó en lo alto, haciendo que cada beso

me pareciera una gota de lluvia caliente. Sus manos recorrían incesantemente todo mi cuerpo buscando sus partes más íntimas. Luego se dio media vuelta y se retorció hasta colocarse encima de mí. Me levantó las piernas y las cruzó en forma de tijera alrededor de su cintura. Según presionaba sobre mí y me convocaba repetidas veces como si me pidiera más, yo emitía suaves gemidos, ignorando sin embargo qué otra cosa podía hacer. Seguíamos siendo profesor y alumna.

Por último, los jugos ardientes brotaron a raudales calentando agradablemente mis entrañas y todo terminó. Agotado el momento, él se cayó sobre mí respirando pesada y rápidamente, como yo. Permaneció unos instantes sin hacer ni decir nada, hasta que me dio un beso fugaz en la frente y se levantó.

—¿No ha sido maravilloso?, exclamó ¿No ha sido como golpear las más grandes notas y sentir que te remontas a las cumbres más altas? —preguntó con cierta irritación al ver que yo no respondía inmediatamente. Pero yo estaba pensando en ello, intentando revivir aquellos instantes para recordar si la sensación había sido tan esplendorosa como decía.

El problema era que había estado tan preocupada por ser una buena amante y hacerlo todo bien, que temía ahora haberme perdido alguna parte del éxtasis que, según aseguraba él, se había producido.

—Sí —contesté en seguida.

Sonrió, satisfecho.

—Ya te dije que la pasión nos hace desesperar, pero la desesperación nos remonta a lo más alto de nuestro propio ser, al máximo de nuestra esencia; nos coloca en un exquisito peligro. Cantarás unas maravillosas canciones —declaró, echándose a reír—. Estoy hambriento —añadió después—. Hacer el amor aumenta el apetito. —Empezó a vestirse apresuradamente. Yo me incorporé y empecé a ponerme mis ropas—. ¿Te apetece comer algo?

—No —contesté. Gracias. Sólo quiero usar el cuarto de baño un momento.

—Por supuesto. Cuando termines, ven y me verás comer algo. Podrás acabar tu vino. Luego —siguió, asintiendo, más como un profesor que como un amante— te pediré un taxi para que regreses sin infringir el toque de queda.

Me dejó sola. Mientras terminaba de vestirme, miré la habitación y, como si hubiera estado todo el tiempo ofuscada, comprendí de pronto dónde estaba y qué había hecho. ¡Qué había hecho! Había hecho el amor sin el menor freno ni la menor vacilación. Había permitido a Michael que me llevara allí y me sedujera. Pero creía —rogaba a Dios— que sus palabras eran honradas y sinceras. Michael me veía realmente como un ser bello, como alguien a quien había que querer y amar porque era igual a él. Ambos estábamos dotados de un talento que nos diferenciaba de los demás, que nos hacía sentir más intensamente las cosas. Eso era bueno; eso tenía como fin el que dos personas como él y yo encontráramos el éxtasis juntos.

Y, sin embargo, no podía evitar una sensación de culpa. ¿Tenía razón respecto a mí la abuela Cutler? ¿Sería yo el fruto de un acto vil y pecaminoso entre mi madre y un cantante itinerante a quien no le importaban las consecuencias de sus actos? ¿Sería yo tan malcriada y vanidosa como mi madre, que gusta de ser tratada como una princesa y continuar siendo joven y bella eternamente? «Igual que mi madre, también tenía yo un amante cantante», pensé.

Pero Michael era distinto; tenía que serlo. No era un cantante errante que sólo quería pasarlo bien sin preocuparse de su carrera ni de su arte. Michael me amaba porque veía en mí algo excepcional. Los dos formaríamos una hermosa pareja; cantaríamos a dúo en los escenarios, dúos que la gente no olvidaría nunca, porque los cantábamos sinceramente el uno para el otro, con una pasión que mejoraría aún más nuestras voces.

«No —me dije a mí misma—, no he de sentirme mal, no he de sentirme culpable. Me sentiré realizada y estaré realizada. Michael me ha convertido en mujer, en su mujer, y yo llevaré con orgullo mi nueva identidad; aunque, al menos por el momento, tendré que mantenerla en secreto».

JURAMENTOS DE AMOR

Michael estaba en la cocina y allí le observé prepararse un bocadillo y café. Insistió en que tomara una taza de café y me sentara con él mientras comía. Me contó lo mucho que le agradaba su trabajo en la «Escuela Bernhardt» y lo emocionado y feliz que se sentía de haber vuelto a Nueva York.

—Aunque he disfrutado mucho viajando por Europa. He cantado en los más grandes teatros, cargados de maravillosas historias, y ante los públicos más ricos y cultos. He actuado en Roma, París y Londres. Incluso en Budapest, Hungría —fanfarroneó.

Yo estaba allí como hipnotizada por su voz y por las historias que me refería sobre sus viajes y actuaciones. De repente, se echó hacia atrás en el asiento y se quedó mirándome de forma escrutadora con la cabeza ladeada y los ojos fijos en los míos.

—Antes —dijo—, cuando te lamentabas de tu familia, no mencionaste a tu padre. ¿Cómo es él? ¿Vive todavía?

Me quedé pensativa un momento. Michael me había incorporado a su vida, había tocado en mí la fibra más sensible que un hombre puede tocar en una mujer; confiaba en mí y me quería. Yo no podía permitir la menor falsedad entre nosotros. Sus ojos mostraban preocupación y un sincero interés. Yo le había creído cuando había dicho que la música nos había desposado ya a los dos, uniéndonos de un modo que otras personas no podían comprender.

—No sé ni cómo es mi padre —comencé. Le conté mi historia y él la escuchó sin mover un solo músculo. Nuestros papeles se habían invertido, ahora era él quien estaba hipnotizado por el relato del descubrimiento de mi secuestro, mi devolución a una familia que aborrecía y la verdad sobre todo ello—. Lo sé todo, excepto el nombre de mi padre —concluí.

Michael asintió lentamente, con sus negros ojos pensativos, mientras asumía lo que le había narrado.

—Tu abuela me parece una anciana poderosa y obstinada. ¿Y no te ha dicho nada de tu verdadero padre?

—No. Y mi madre la teme tanto que tampoco me revela nada.

Asintió y bajó los ojos tristemente. Luego alzó la cabeza como si se le hubiera ocurrido una idea.

—Tal vez yo pueda ayudarte a localizar a tu verdadero padre —dijo.

—¡Oh, Michael! ¿De verdad? ¿Cómo? ¡Si lograras hacer eso, sería el regalo más

maravilloso que jamás podrías hacerme! —exclamé.

—Tengo algunos buenos amigos agentes que deben de conocer a otros agentes capaces de localizar a los cantantes y artistas que han pasado por hoteles para descansar, durante el período que has descrito. Les mandaré que investiguen y nos proporcionen algunos nombres. Al menos podremos reducir la lista al mínimo y empezar por ahí —concluyó.

—Puede que esté cantando en Nueva York. ¡A lo mejor hasta le conoces tú!

—Es muy posible —convino Michael—. Déjalo de mi cuenta. Mientras tanto, señorita —indicó, echándose hacia atrás—, será mejor que regreses. Además de cumplir con tu hora de recogida en la residencia, me gustaría que estuvieras fresca y fuerte cuando trabaje contigo. Sin embargo, por razones obvias, no te trataré de modo diferente a mis otros discípulos. Y tú debes continuar guardando en secreto absoluto todo lo que digamos y hagamos entre nosotros.

—Lo haré. Lo juro por mi corazón —dije, poniéndome la mano en el pecho.

—Eres tan adorable... —sonrió, arrastrando las palabras.

No pude evitar sonrojarme ante este cumplido. Se acercó a besarme en la mejilla y acto seguido telefoneó al portero para que me llamara un taxi. Al despedirme, en la puerta de su apartamento, me besó suavemente en los labios y juntó su mejilla contra la mía.

—Buenas noches, mi pequeña diva —susurró.

Me dirigí hacia el ascensor con la sensación de estar flotando. Cuando llegué al vestíbulo, el conserje ya tenía un taxi esperándome. Salió a acompañarme, me abrió la puerta del coche llevándose la mano a la gorra, y me deseó buenas noches. Le di al taxista la dirección y me acomodé en el asiento, dejando que mi memoria se perdiera por todo lo que había sucedido. Michael me había elegido y había hecho el amor conmigo, primero a través de la música y luego de la manera en que un hombre y una mujer deciden hacer el amor juntos. Me pregunté si los otros invitados de Michael habrían acudido y se me antojó que difícilmente habríamos oído sus inoportunas llamadas a la puerta o al timbre, habida cuenta de lo entregados que habíamos estado a nuestro propio mundo y a nuestra propia felicidad.

No pensé en Trisha hasta que empecé a abrir la puerta de nuestro dormitorio. Debí haber supuesto que esperaría impacientemente mi regreso para que le contara todos los detalles de mi secreta velada con aquel hombre de más de treinta años que me había inventado. Estaba tendida en su cama haciendo los deberes, pero en cuanto me vio entrar dejó a un lado todos los libros.

—Me moría de impaciencia porque volvieras. ¡Cuéntamelo todo! —dijo, incorporándose y cruzando las manos sobre su regazo. Igual que había hecho hasta entonces, decidí mezclar la fantasía y la realidad, y cuando estuve lista para acostarme, empecé mi relato.

—Tiene un bonito apartamento, en un edificio muy lujoso, hasta con conserje. —
Describí detalladamente el apartamento de Michael, confiada en que Trisha no iría
nunca allí—. En todas las habitaciones tiene retratos de su difunta esposa —añadí—.
Encima de la chimenea hay uno muy grande y es cierto que ella y yo nos parecemos
mucho. Sus vestidos y zapatos son de mi misma talla, y él conserva todas sus ropas.
Estaba empeñado en darme algunas cosas, pero yo me he negado a aceptar nada. Me
probé algunas prendas y todas me venían bien.

—Es curioso —dijo Trisha, abriendo mucho los ojos.

—Sí. Pero tal vez sea el Destino el que nos ha unido. Algunas cosas parecen
predestinadas.

—¿Vas a seguir viéndole?

—¡Oh, sí! Pero siempre en secreto —recalqué—. Le he dicho que no deberíamos
vernos ni en la escuela. Si Agnes llegara a enterarse; seguro que telefonaría a la
abuela Cutler y ésta lo utilizaría como pretexto para enviarme a otro sitio. Tú no
sabes lo pèrfida que es.

—¿Qué habéis hecho en su apartamento?

—Tomamos una copa de vino, escuchamos música y charlamos.

—¿De qué habéis hablado durante tanto tiempo? —preguntó Trisha, escéptica.

—Primero me habló de sí mismo y de su estupendo matrimonio, de cuánto amaba
a su esposa y de lo mucho que ella le amaba a él. Ha sido muy triste. Hasta he
llorado. Y luego, cuando le conté mi historia, le tocó llorar a él. Al haber perdido a
sus padres cuando era joven, sabía lo que era sentirse huérfano. ¿Pero, sabes una
cosa? Va a ayudarme a encontrar a mi verdadero padre. Tiene muchas influencias,
igual que la abuela Cutler, y va a realizar algunas gestiones y a ordenar una
investigación. Ha dicho que podría incluso contratar a un detective privado para que
lo localice.

—¿De veras? Pero eso costará mucho —dijo Trisha.

—Ha dicho que no le importa el dinero cuando se trata de mí. Quería darme
algunas joyas y perfumes caros de su esposa, pero yo le he dicho que me resultaría
difícil explicar su procedencia. Es muy comprensivo y no quiere hacer nada que
pueda acarrearle problemas.

Los ojos de Trisha se achicaron con suspicacia.

—Con un hombre de más de treinta años, habrás hecho algo más que charlar —
insistió. Desvié la vista y empecé rápidamente a colgar mis ropas—. Haríais algo
más, ¿verdad?

—Nos besamos —admití—, y yo quise hacer más, pero Alvin dijo que no
debemos precipitar las cosas.

—¿Alvin? Creí que habías dicho que se llamaba Allan.

—Así es. ¿He dicho Alvin? —Trisha asintió—. ¡Qué raro! ¡Oh! —exclamé—.

Tiene un hermano más joven que se llama Alvin. Es que estoy muy cansada, confusa y llena de felicidad. Trisha me miró un momento con escepticismo, pero luego aceptó mi explicación.

—¿Cuándo volverás a verle?

—Pronto —dije—. Pero, por razones obvias, tenemos que ser muy cautos. El no vendrá a buscarme a no ser que sea muy importante.

—Tienes un romance secreto —dijo, con aire triste, recostándose en la almohada y cruzando los brazos con un puchero en la cara. Me senté a los pies de su cama.

—¿Qué ocurre, Trisha?

—Nada —respondió. Luego levantó la vista hacia mí—. Tú tienes esta aventura y a mí no hay ningún chico guapo que me dirija más de dos palabras. —Luego, con la misma facilidad con que se había puesto triste, se olvidó de todo y empezó a sonreír—. Puesto que a ti no te interesa, me parece que voy a empezar a flirtear con Erik Richards. Ayer se sentó a mi lado durante el almuerzo y no me preguntó nada de ti.

—¿Erik Richards? ¡Claro! —exclamé, con excitación—. Creo que haríais una pareja perfecta.

A lo mejor quiere llevarme al baile la víspera de Todos los Santos —repuso, y se volvió hacia mí—. ¿Y si alguno de la escuela te lo pide?

—¡Oh, no podría ir! Ya no puedo ir con nadie más. Me pasaría el tiempo pensando en... Allan y no estaría bien hacerle eso al chico que me lo pidiera.

—Pero te vas a perder todas las buenas diversiones de la escuela. ¿Estás segura de que quieres tener un novio mucho más mayor que tú? —preguntó.

—Ya te lo he dicho —le respondí cantando—, son cosas que prepara el Destino.

Corrí al cuarto de baño a lavarme y cepillarme los dientes. Odiaba tener que mentir a Trisha, pues desde el principio había sido una buena amiga mía. Al mirarme al espejo vi el rostro de una embustera. Hasta entonces me había sentido muy feliz con Michael, ¿pero podía el amor convertirme en una repugnante criatura? ¡Qué irónico y triste sería si finalmente encontraba el amor, la dicha y la seguridad haciendo las cosas tan indecentes y ruines que me adjudicaba la abuela Cutler! Tranquilité mi conciencia diciéndome a mí misma que algún día, tal vez no muy lejano, Michael me permitiría decirle a Trisha la verdad. Miré otra vez al espejo escrutando el rostro de la muchacha que veía en él. Mi cara estaba sonrosada por todo lo que había transpirado aquella noche y mis ojos titilaban de una forma que no había visto nunca, con fuerza dentro de ellos. Lo cierto era que ya no sería capaz de ir a ningún baile con ningún recio mozalbete de la escuela, aunque no por las razones que le había dicho a Trisha, sino porque ahora conocía el goce del amor en brazos de un experto hombre maduro.

Michael fue fiel a su palabra de que no me trataría de modo distinto a los demás estudiantes de la «Bernhardt». De hecho, pensé que era incluso más frío y formal

conmigo a partir de nuestro encuentro en su apartamento. Delante de los demás alumnos dejó de llamarme Dawn y me llamaba Miss Cutler. Cuando nos cruzábamos por los corredores, sonreía rápidamente y con la misma rapidez cambiaba su mirada hacia quien le acompañaba, como si tuviera miedo de que su acompañante notara en seguida la corriente eléctrica que crepitaba entre nosotros. Durante las siguientes semanas, tuvo a Richard Taylor presente en todas nuestras clases particulares y, cuando trabajaba conmigo, se comportaba como si fuera infinitamente más viejo que yo. No me tocaba nunca ni me hablaba más que de música y siempre me despedía a mí antes que a Richard para que no pudiéramos quedarnos solos ni un momento. Yo trabajaba y esperaba que me pidiera volver a vernos, sin apenas salir de la residencia por temor a perderme su posible llamada telefónica. Estaba segura de que si no me encontraba allí, no dejaría su nombre. Trisha se volvió muy suspicaz porque no había vuelto a reunirme con mi desconocido amigo.

—Hace muchos días que no mientas a Allan —dijo— ni sales secretamente por la noche para reunirte con él. ¿Se ha largado con otra?

—¡Oh, no! Está de viaje de negocios —le mentí—, pero nos veremos en cuanto regrese.

Finalmente, una tarde, cuando terminó la clase particular, Michael me pidió que me quedara. Esperamos a que se fuera Richard Taylor y Michael cerró la puerta.

—¡Oh, Dawn! —exclamó acercándose rápidamente a mí y cogiéndome las manos—. Siento haber estado tan terriblemente distante de ti estas últimas semanas. Pensarás que soy horrible y que te he ignorado deliberadamente.

—Me ha molestado —admití—. Tenía miedo de que pensaras que había revelado nuestro secreto, pero conservaba la esperanza de que pronto me dirigieras la palabra. No quería hacer nada que te comprometiera en la escuela.

—Lo sé. Te has portado estupendamente, has tenido mucha paciencia. —Me dio un rápido beso y se apartó—. A los pocos días de vernos en mi apartamento me llamó el director de la escuela para hablarme de mis métodos. Al parecer, otros profesores habían estado criticándome, supongo que por envidias profesionales. Se han enterado de que ataco sus técnicas y algunos no soportan las atenciones que recibo mientras ellos apenas son reconocidos. De cualquier modo —continuó— el director me pidió que fuera un poco más serio en mis relaciones con los estudiantes. Pensé que tal vez nos había visto alguien cuando estuvimos tomando café aquel día o que quizá Richard había notado algo y lo había dicho por ahí. Naturalmente, yo también temía por ti, así que pensé que debíamos enfriar nuestra relación. Siento que haya podido herirte —añadió.

—¡Oh, Michael! —exclamé—. Tú no puedes herirme. Lo comprendo.

—Sabía que lo comprenderías —dijo, sonriendo y cogiéndome las manos otra vez—. De todos modos, no puedo estar contigo así, sin verte cuando quiero y cuando te

necesito. ¿Puedes venir otra vez esta noche a mi apartamento, de la misma forma, sin que lo sepa nadie?

—Sí —me apresuré a contestar, emocionada de que finalmente me hubiera pedido volver.

—¡Magnífico! —Me soltó las manos y corrió a recoger sus cosas—. Tengo que acudir a mi siguiente cita. Ve a la misma hora, no me decepciones —me suplicó, y se fue.

Estaba tan excitada esperando nuestro encuentro, que no oí una sola palabra durante mis otras clases. Odiaba al reloj por avanzar tan lentamente. Sin embargo, la única que advirtió algo diferente en mí fue Madame Steichen. Interrumpió nuestra clase y mi teclado, golpeando tan fuertemente encima del piano con su puntero de madera, que éste se partió en tres trozos y cada uno salió volando en una dirección distinta. Yo salté literalmente sobre mi taburete.

—¿Cómo llamas tú a este... a este estúpido golpeteo sobre las teclas? —se mofó, crispando la cara como una bruja.

—Practicar —contesté, con voz apagada.

—¡No! —espetó, con los ojos encarnados de rabia—. ¡Esto no es practicar! ¡Es perder el tiempo! Ya te dije que no puedes tocar como una artista si no te entregas por completo a cada una de las notas. Tus dedos no pueden estar separados de tu propia alma. ¡Concentración, concentración, concentración! ¿Qué estás pensando mientras tocas?

—Nada —respondí.

—Eso es lo que sale del piano... ¡nada, sólo sonidos! ¿Quieres concentrarte, o estás aquí para hacerme perder el tiempo? —demandó con palabras de hielo.

—Me concentraré —contesté notando que las lágrimas me quemaban los ojos.

—Empieza otra vez —ordenó—. Y arroja de tu mente lo que te esté distrayendo.

Me miró escrutadoramente desde arriba con sus ojillos, que parecían dos lentes microscópicas examinando mi cara.

—No me gusta lo que veo en tus ojos —dijo—. Algo te está distrayendo desde dentro y afecta a tu manera de tocar. Ten cuidado con lo que quiera que sea —me advirtió. Dio un paso atrás, cruzó los brazos por debajo de sus pequeños senos y se quedó observándome atentamente.

Comencé de nuevo, insegura, esta vez concentrándome todo lo que podía en lo que tocaba, obligándome a que mis pensamientos escaparan de Michael. Madame Steichen no estaba contenta, pero tampoco lo bastante insatisfecha para interrumpirme. Al final de la clase, se quedó de pie delante de mí, con los hombros erguidos, el cuello muy rígido y tieso, semejante a una estatua, y la cabeza, enteramente inmóvil.

—Tienes que tomar una determinación —dijo pausadamente con palabras agudas

y cortantes—. ¿Quieres ser intérprete o artista? —Sus ojos me miraban vidriosamente y tuve que bajar la cabeza y mirar al suelo.

—El artista —continuó— vive para su trabajo. Ahí está la diferencia entre un artista y un intérprete, que, por lo general, es persona engreída consigo misma y no con la belleza de lo que crea. La fama —me aleccionó— es a menudo una carga más que una ventaja y este país es harto necio con sus celebridades y artistas —dijo, escupiendo las palabras—. Los adoran y luego sufren cuando descubren que sus dioses del escenario y de la pantalla tienen los pies de arcilla. Ten los pies en el suelo y la cabeza por encima de las nubes —me sermoneó—. ¿Has comprendido?

Asentí, con la cabeza todavía baja. Madame Steichen hablaba como si supiera lo de Michael y yo. ¿Pero cómo era posible? A menos que... «Richard Taylor», pensé, con el corazón galopando de miedo.

—¡Se acabó! —dijo, con decisión. Y se dio media vuelta para abandonar el auditorio. Yo me quedé allí, escuchando el repiqueteo de sus tacones mientras se alejaba por el pasillo. Cada taconazo me sonaba como una bofetada en el rostro.

Salí a toda prisa de la escuela y, sin levantar la cabeza, crucé apresuradamente el *campus* hacia la acera. Atravesé corriendo las calles, sin mirar a nadie. Era un día triste y encapotado de finales de otoño. El cielo presentaba un mar de nubarrones negros y malcarados que amenazaban descargar un frío y recio aguacero sobre la ciudad. El viento helado aprovechaba cualquier resquicio de mi ropa para colarse y hacerme andar aún más de prisa. Cuando llegué a la residencia, subí corriendo los escalones de la entrada y traspasé la puerta, con ganas de subir corriendo a mi habitación y sepultar la cara en la almohada. Pero me llamó la atención un paquete que había sobre una pequeña mesa del vestíbulo donde Agnes depositaba todas las cartas. En el paquete, muy voluminoso y cubierto de sellos postales, reconocí en seguida la caligrafía de la dirección escrita. Era un paquete enviado desde Alemania, por Jimmy. Lo cogí y corrí por el pasillo hacia la escalera.

Trisha no había vuelto de su última clase de danza, así que me encontraba sola. Me senté en la cama y empecé a abrirlo con cuidado. Quitó la tapa de la caja y vi que dentro había un bonito almohadón de satén bordado con borlas de seda. Era de un vivo color rosa con corazones y nomeolvides, y llevaba bordadas en negro las letras TE QUIERO en alemán y también en inglés. Durante un rato lo sostuve sobre mi regazo, incapaz de moverme ni de pensar.

A lo largo de aquellas últimas semanas no había pensado, mucho en Jimmy. Llegaban sus cartas y las dejaba durante días sin abrir dentro de mi cómoda. Y, cuando finalmente las abría para leerlas, lo hacía de prisa, casi como si tuviera miedo de sus palabras, miedo de leer lo mucho que me amaba, miedo de oír su voz dentro de mi mente y ver su cara delante de mí. El ya había notado algo raro en mi última carta. Era mucho más corta que todas las demás y no le decía en ella repetidas veces lo

mucho que le añoraba. Se preguntaba si estaría enferma y esperaba que su regalo de Alemania me levantase el ánimo. En la carta que venía con el almohadón, escribía: «Sólo saber que vas a apoyar tu cabeza sobre esta almohada, hace que me sienta bien. Para mí es como si apoyaras la cabeza sobre mi regazo».

Arrojé la carta y me cubrí el rostro con las manos. No quería traicionar a Jimmy y, sin embargo, no podía dejar de querer a Michael. Estaba segura de que el corazón de Jimmy saltaría en pedazos cuando acabara enterándose de lo que había entre Michael y yo, y no soportaba la idea de que me odiara por ello.

Por dos veces me senté y traté de escribir una carta a Jimmy explicándole lo que había sucedido y diciéndole que había sido algo espontáneo y sin planear. «Era sólo parte de mi vida musical», escribí, pero aquello no sonaba especialmente bien y al final rompí las cartas y decidí esperar a otra ocasión. Volví a meter el almohadón de satén en su caja y lo escondí dentro de mi armario. Si lo hubiera puesto sobre la cama, lo habría visto y tocado cada día, y cada día me hubiera estado odiando a mí misma pensando en el momento en que Jimmy descubriera lo de Michael y yo.

—Tengo un regalo para ti —me dijo Michael nada más abrir la puerta del apartamento y saludarme—. Está sobre mi cama. Entra y pónelo —añadió, al tiempo que se apartaba a un lado, sosteniendo una copa de vino en la mano, Se oía una música suave y había poca luz—. Mientras te prepararé una copa de vino.

—¿Qué es? —pregunté, un poco alarmada. Tenía aspecto de haber bebido ya más de la cuenta.

—Entra y lo verás —contestó.

Entré rápidamente en su dormitorio. Encima de la cama había una caja blanca y alargada. La abrí y vi dentro un camisón de seda color rosa, de un tejido extremadamente fino y transparente que podía dar la sensación de que estaba desnuda. «¿Querrá que me lo ponga ahora?», me pregunté.

—¿Te gusta? —inquirió él desde la puerta.

—Es muy bonito —respondí yo.

—¿Muy bonito? —Se acercó por la espalda y me sujetó por los hombros para besarme suavemente en la nuca—. Y también muy caro. Pónelo, sin nada más. He estado soñando todo el día con vértelo puesto —dijo, besándome detrás de la oreja. Se volvió y regresó al salón.

Sus besos me habían producido un hormigueo por todo el cuerpo y, sólo de pensar que iba a llevar puesto el camisón sin nada, me entraron temblores y taquicardia. Me desnudé lentamente y me pasé el camisón por encima de la cabeza. Era tan ligero como una brisa. Me asomé al espejo y me vi en toda mi desnudez. Abrazándome a mí misma, me dirigí lentamente hacia la puerta del dormitorio y asomé la cabeza. Michael había puesto uno de sus propios discos y estaba retrepado en el sofá con una

sonrisa hermética y divertida en su rostro. Al verme, ensanchó su sonrisa y se inclinó hacia delante.

—Entra, no seas vergonzosa. Estás impresionante.

Escanció otra copa de vino y me la ofreció. Yo avancé hacia él, todavía con los brazos alrededor del busto.

—Me da vergüenza —dije, titubeando.

—¿Por qué? —repuso él, poniendo una cara sumamente seria y preocupada—. Conmigo no tienes por qué tenerla nunca. —Dejó la copa de vino y se levantó para besarme en la frente. Luego me apartó suavemente los brazos del pecho y me recorrió con la mirada. Sus ojos estaban llenos de deseo. Nos besamos, con un beso prolongado pero sereno. Yo estaba asombrada. Él me quería realmente. Era su voz y la forma de cogerme lo que me llenaba de dudas.

—Estás temblando. ¿Tienes frío? —preguntó.

—No, no es frío.

—Pobre criatura, sigues siendo tan inocente. Ya te lo dije —me aseguró—, tú y yo somos especiales, estamos unidos eternamente por nuestro talento y nuestra música. Me crees, ¿verdad? —preguntó. Yo asentí—. Haremos una cosa —dijo, sonriendo otra vez, con aquel tintineo travieso de sus ojos—. Lo haremos solemnemente.

—¿Solemnemente?

—Sí. Nos uniremos de manera solemne haciendo un juramento formal, como en las bodas. —Me cogió la mano y me ladeó para que pudiéramos vernos en el espejo. Bañados por aquella luz difusa, parecíamos dos fantasmas. Era como si estuviésemos en otra habitación y nuestras sombras se hubieran unido secretamente para practicar su clandestino amor. Michael me acercó más al espejo. Parecía más delgado y sensual. En el tocadiscos sonaba una de sus baladas, casi como si lo hubiera planeado perfectamente de antemano.

—Michael Sutton —dijo, mirando al espejo—, ¿aceptas a esta bella y joven cantante, esta sirena del canto, esta nueva diosa del escenario y de la pantalla, a la que has de tener y guardar, amar y proteger, para que a lo largo de toda la vida sea tu romántica primera actriz, hasta que caiga el telón y cesen finalmente los aplausos?

»La acepto —respondió él mismo a su propia pregunta.

—Y tú, Dawn Cutler —dijo, volviéndose hacia mí y hablando con una voz más seria y profunda—, ¿aceptas a este hermoso joven, este astro fulgurante del escenario musical y de la pantalla, al que has de tener y guardar, amar y proteger, para que a lo largo de tu romántica vida sea tu romántico primer actor, hasta que caiga el telón y cesen finalmente los aplausos?

Levanté la vista hacia él. Me temblaban los labios. ¡Oh, Cómo me hubiera gustado que aquello fuese una ceremonia de verdad y estuviéramos jurándonos amor

eterno en una lujosa catedral, delante de un sacerdote con cientos de distinguidos invitados presentes, con gente del teatro y de los periódicos! Por descontado que estarían allí todos los Cutler; especialmente la abuela Cutler, burlándose un poco pero obligada a sonreír cada vez que alguien la felicitaba. Clara Sue se estaría quemando por dentro de envidia y mi madre tendría que compartir con alguien más el centro de las atenciones.

—¿Y bien? —preguntó Michael de nuevo.

—Sí —contesté—. Le acepto.

Se volvió de nuevo hacia el espejo.

—Entonces, por los poderes que me otorgan los dioses y las diosas del teatro, te declaro a ti, Michael, y a ti, Dawn, actor y actriz principales por el resto de vuestras vidas en este mundo. Puedes besar a la novia con verdadera pasión, no como se besa en el escenario —dijo. Se volvió hacia mí, me agarró entre sus brazos y me dio un largo y apretado beso, buscándome la lengua con la suya. A continuación me cubrió de besos en la frente y en las mejillas, me levantó en vilo sobre sus brazos y se echó a reír.

»Ha empezado la luna de miel —susurró a mi oído, y volvió a llevarme al dormitorio.

En esta ocasión nuestra unión amorosa fue diferente. Duró el triple que la primera vez. Yo gemía a menudo y mi éxtasis se iba elevando gradualmente, como él me había prometido. Luego, cuando yo creía que habíamos terminado, me dio la vuelta y me puso encima de él. Ajena a lo que estaba sucediendo, me quedé rígida.

—Relájate, hay otra forma de hacerlo —susurró y me fue colocando hasta que estuve a horcajadas sobre él.

Cuando terminamos de hacer el amor, permanecimos tendidos en silencio, escuchando el acelerado sonido de nuestra respiración y el todavía fuerte latido de nuestros corazones.

—Esto es una luna de miel —dijo él finalmente, besándome en la mejilla. Sus ojos brillaban al tenue resplandor de la pequeña lámpara. Me tocó la punta de la nariz—. ¿Eres feliz? —preguntó.

Yo no sabía cuánto iba a durar aquel estado de arrobamiento entre nosotros pero, anhelaba que no acabara nunca la pasión, que fuera un éxtasis eterno. Sin embargo, mi suspicacia me decía que nada tan sublime como lo que había entre Michael y yo podía durar indefinidamente. Pronto se cansaría de mí, una niña cuyas experiencias y sofisticación no podían compararse con las suyas o con otras mujeres que él conocía.

—Soy feliz —respondí—, pero cada vez que he alcanzado la felicidad en mi vida, algo se ha cruzado para destruirla.

—Eso no ocurrirá en esta ocasión. Hemos sido destinados a vivir unas vidas de fantasía, que seguirán siempre siendo felices, como en las películas o en las grandes

novelas. No debe darte miedo disfrutar de la vida y gozar de ella conmigo.

—No quiero tener miedo —aseguré—. Quiero que se haga realidad todo lo que tú dices.

—Entonces, así será —declaró, haciendo un movimiento en el aire con la mano—. Agito mi varita mágica sobre nosotros y nada puede ya detenernos, dañarnos o interponerse entre tú y yo.

—¡Oh, Michael! ¿Estás seguro de eso? ¿Hablas realmente en serio?

—Por supuesto —dijo—. ¿No hemos hecho un juramento delante del espejo mágico?

Me besó otra vez y luego se volvió de espaldas con las manos en la nuca. Yo me levanté y me dirigí al cuarto de baño.

Me miré en el espejo y vi que todavía tenía la cara completamente sonrojada. Estando aún desnuda, Michael se colocó a mi lado y me puso las manos en los hombros. Se miró al espejo mientras me daba un prolongado beso en el cuello. Luego arrimó sus labios a mi hombro y me cogió los pechos, contemplándose como si estuviéramos interpretando una película.

De vuelta en la residencia, Trisha, al verme entrar cautelosamente en nuestro dormitorio, se dio cuenta de que había estado haciendo algo más que escuchar música y charlar con un hombre mayor que yo.

—Tienes una pupa en el cuello —dijo. Los polvos que me había puesto encima casi se habían desvanecido—. ¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó—. Y no me digas que sólo habéis estado bebiendo vino y charlando.

—¡Oh, Trisha! He hecho el amor y es maravilloso. Más de lo que imaginaba que iba a ser.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que un hombre mayor de treinta años no se iba a contentar con cogerte las manos y charlar.

—¡Oh, Trisha! —exclamé—. Estoy enamorada de verdad, más de lo que creía posible. Y nos hemos hecho promesas, incluso juramentos el uno al otro.

—¿Juramentos? ¿Qué clase de juramentos?

—De aceptarnos y querernos mutuamente, igual que hacen los novios cuando se casan —le expliqué, pero ella frunció el rostro y meneó la cabeza.

—Mi madre me ha advertido de que los hombres te dirán cualquier cosa para que hagas lo que ellos quieren.

—No —rebatí—. Nuestro caso es diferente, nosotros somos especiales. El me necesita todavía más de lo que yo le necesito a él. Ha viajado por todo el mundo y ha visto a muchas mujeres bonitas y sin embargo, me quiere a mí. ¡A mí! ¡Oh, por favor, Trisha! —le rogué—. Sé feliz conmigo.

—Ya lo soy, pero es imposible dejar de preocuparme por ti —dijo.

Las palabras de Trisha eran como gotas de lluvia fría tratando de perforar el

tejado de mi casa de amor. Pero rebotaban y en seguida eran evaporadas por la intensa luz que veía al recordar la amorosa sonrisa de Michael. Trisha y yo seguimos en la cama despiertas charlando un buen rato. A decir verdad, más bien hablaba yo y escuchaba ella.

Urdí un maravilloso cuento de felicidad, en el que Allan hacía ya planes para cuando yo me graduara. Disfrutaríamos de una larga luna de miel, a bordo de un crucero de lujo, y luego regresaríamos a Nueva York para vivir en un apartamento de ensueño, mientras yo actuaba en los musicales. Me enfrasqué tanto en mi historia, que algunas veces estuve a punto de llamarle «Michael» en vez de «Allan». Tuve que reprimirme a mí misma y contener aquella lengua mía, que lo único que deseaba era ser veraz.

—Todo eso suena maravillosamente —opinó Trisha cuando terminé—. Pero ten cuidado —me advirtió.

Aquella noche me quedé dormida soñando con Michael y con la falsa ceremonia de casamiento que habíamos hecho, ansiando de todo corazón que aquello se convirtiera algún día en realidad. A partir de entonces, acudí al apartamento de Michael al menos una vez por semana. Cuando terminábamos de hacer el amor, bebíamos vino, escuchábamos música y hablábamos de nuestras carreras. Michael tenía muchas ofertas de trabajo aguardando entre bastidores y prometió que pronto me prepararía unas audiciones para que pudiera unirme a él en el escenario.

—Por supuesto —dijo—, no te asignaré ningún papel hasta estar seguro de que respondes. Habremos de trabajar muy duramente en tus clases hasta que llegues a un punto en que nadie pueda rechazarte.

Michael no había olvidado su vieja promesa de ayudarme a encontrar a mi verdadero padre y me dijo que sus amigos agentes estaban investigando a los intérpretes que recorrían las ciudades costeras y hubieran podido actuar en hoteles como el «Cutler's Cove». Me aseguró que no tardaríamos mucho en disponer de una lista de nombres en la que podríamos ir tachando aquellos que, obviamente, no encajaran en las características de mi padre.

—¿Qué haremos con los nombres seleccionados? —pregunté.

—Tal vez logres de tu madre algunos datos más y entonces podremos reducir el número a uno o dos. Esperemos a ver cuántos salen en principio —respondió.

Por supuesto, yo estaba impaciente y excitada por el hecho de hallarme algún día delante de mi auténtico padre. Ya me había hecho a la idea de que no sería mucho peor que mi madre. Era una víctima, como yo. Las semanas pasaban ahora más de prisa para mí y antes de que me diera cuenta estábamos a punto de comenzar nuestras vacaciones del día de Acción de Gracias. Todos se iban a pasarlo con sus familias. Michael me pidió que me quedara después de nuestra clase particular de aquella semana y, en cuanto Richard Taylor abandonó la clase, se volvió hacia mí.

—¿Qué vas a hacer estas vacaciones? ¿Volverás al hotel? —preguntó.

—No deseo ir —contesté—, y nadie quiere realmente que vaya. Mi madre lleva semanas sin llamarme.

—Estupendo —celebró—. Yo tampoco voy a ningún sitio. Tengo una idea. A ver si eres capaz de arreglártelas para que nadie lo sepa.

—¿Qué idea es ésa? —pregunté, entusiasmada.

—Quiero que vengas a mi apartamento y pasemos en él todo el fin de semana. Tendremos nuestras propias vacaciones. ¿Qué te parece?

—¡Oh, sí, Michael! —exclamé—. Me encantaría. Prepararé yo misma nuestra cena de Acción de Gracias. Soy una buena cocinera, ¿sabes?

Se echó a reír ante mi euforia.

—No lo pongo en duda. Pero, por supuesto, no debe saberlo nadie. Así no saldremos juntos por la ciudad. La gente me reconoce y si te vieran conmigo...

—Ya me las arreglaré, Michael. Encontraré la manera de hacerlo —le prometí, y me pasé el resto del día pensando en ello. Consideré decirle a Agnes que me iba a Cutler's Cove, pero luego tuve miedo de que hablara con la abuela Cutler y descubriera que no era cierto. Buscaba una idea desesperadamente cuando Trisha me la dio al preguntarme si podía acompañarla a su casa en las vacaciones.

—¡Oh, Trisha! —dije—, me gustaría mucho, pero en otro momento. Allan me ha pedido que las pase con él, sólo que, hasta ahora, no se me había ocurrido cómo arreglarlo. Es decir, si tú estás de acuerdo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Le contaría a Agnes que me voy contigo a pasar estas fiestas—le propuse.

Por la forma en que me miró Trisha supe que no estaba de acuerdo. Me observó fijamente durante un rato.

—¿Estás segura de que debes hacer eso?

—Jamás he sido tan feliz con nadie, ni lo podría ser. Tan pronto como pueda lo proclamaré a los cuatro vientos y ni él ni yo tendremos que andar escondiéndonos. Me muero de impaciencia porque llegue ese día, pero hasta entonces... ¡Oh, Trisha! —dije—, sé que no está bien que te pida que mientas, pero en realidad no tendrás que mentir. Si llegan a descubrirme, me echaré yo toda la culpa. Diré que te prometí ir a tu casa y que tú me creíste, pero que en el último momento cambié de idea sin que tú pudieras hacer nada por evitarlo.

—No estoy preocupada por mí —dijo—, lo estoy por ti.

—No lo estés —le aseguré—. No podría ser más feliz ni sentirme más segura de lo que estoy cuando me encuentro con él.

—De acuerdo —aceptó—. Si estás convencida de que es eso lo que quieres, te ayudaré.

—¡Oh, lo estoy! ¡Gracias, Trisha; gracias! —exclamé, abrazándola. Trisha

sonreía, pero sus ojos estaban llenos de preocupación.

Mis ojos, por supuesto, estaban llenos de Michael. Le veía en todas las cosas que miraba. Le veía paseando por los jardines de la escuela, cruzando la calle, en el espejo. Vivía detrás de mis párpados. Oía su voz, sus susurros de amor. Cuando cerraba los ojos y me le imaginaba, sentía en mis labios el contacto de los suyos.

Le dije a Agnes que me iba con Trisha a su casa para la fiesta de Acción de Gracias, cuando Trisha no estaba delante.

—¿Lo sabe tu madre? —preguntó Agnes con suspicacia.

—Se lo dije la última vez que me llamó —mentí. Odiaba todas aquellas mentiras, que levantaban una falsa historia encima de otra sobre unos cimientos falsos. Pero me decía a mí misma que eran falsedades buenas porque estaban haciendo posible algo maravilloso y verdadero. Las personas a las que yo engañaba siempre estaban confabuladas contra mí y, además, mi familia no se molestaría aunque descubrieran la verdad. Estaba mintiendo únicamente para no buscarle complicaciones a Michael.

Y, así, a primeras horas de la tarde en que comenzaba la vacación de nuestro curso escolar, Trisha y yo cogimos un taxi que se suponía debía llevarnos a la estación de autobuses. Todos nos deseamos unas felices vacaciones y las dos nos fuimos. Al alejarnos de la residencia le di al taxista la dirección de Michael y, nada más hacerlo, Trisha se volvió hacia mí sorprendida.

—¿No me dijiste que vivía en Park Avenue? —me preguntó.

—¿Te dije que vivía allí? Quise decir que tenía su negocio en Park Avenue.

A Trisha le impresionó el lujo del edificio de apartamentos. Cuando me apeé se asomó por la ventanilla del coche y me dio un abrazo.

—Que tengas unas buenas vacaciones —le deseé—. Y gracias por haber hecho posible que las tenga yo también.

—Llámame si cambias de opinión y decides venir —dijo.

Nos besamos y se fue. Yo me quedé viendo cómo se alejaba el taxi mientras ella agitaba la mano por la ventanilla posterior. Seguidamente, entré en la casa de apartamentos dispuesta a pasar cinco días esplendorosos con el hombre a quien amaba.

AMANTES SECRETOS

Poco antes de que se interrumpieran las clases por la fiesta de Acción de Gracias, yo le había dado a Michael una lista de tiendas donde comprar cosas para aquella noche. Cuando llegué, tenía todas las compras extendidas sobre la mesa de la cocina.

—Aquí está todo —dijo, haciendo un gesto hacia las latas y cajas, el pavo y demás ingredientes—. Tal como me dijiste.

—Bien. Esta noche haré los pasteles. —Me quité la chaqueta y rápidamente me puse un delantal que tenía colgado en el interior de la puerta de la despensa.

—¿De veras? ¿De qué clase? —preguntó, con una divertida sonrisa.

—De manzana y de calabaza. Lo aprendí de una experta, de mamá Longchamp. Aunque raras veces disponíamos de dinero suficiente para gastarlo en postres, ni siquiera los días de fiesta. —Empecé a sacar potes y sartenes, y a preparar la batidora.

—Cuántas penurias tienes que haber pasado con tu primera familia —comentó, sentado en la cocina, viéndome trabajar y escuchando las cosas que le contaba de lo que había sido mi vida en casa de papá y mamá Longchamp.

Recuerdo no tener que llevarnos a la boca más que sémola y guisantes. Papá estaba tan deprimido que se iba a la taberna, se gastaba el dinero extra que tuviéramos y luego nos encontrábamos viviendo de prestado. Después de que naciera Fern todavía fue peor. Había que alimentar una boca más y mamá no podía trabajar mucho. Yo tenía que hacer el trabajo de la casa, cuidar al niño y hacer los deberes del colegio, mientras las otras chicas de mi edad soñaban con chicos y con ir a fiestas y bailes.

—Bueno, ya no volverás a sufrir eso —dijo Michael. Conmovido, se levantó para besarme, abrazarme y susurrar a mi oído una promesa tras otra—. Algún día no lejano serás una cantante tan famosa y rica que hasta te olvidarás de haber sido tan pobre.

—¡Oh, Michael! —exclamé—, no quiero hacer montones y montones de dinero. La mayor riqueza que deseo es tenerte a ti y que tú me quieras.

Él sonreía y sus ojos semejaban dos suaves y límpidos lagos de deseo. Me causaba tanto temblor su mirada, que tuve que apartar la vista.

—¿Qué te pasa, mi pequeña diva? ¿No quieres mirarme?

—Adoro mirarte, Michael, pero cuando me miras de esa forma, es como si me estuvieras desnudando con los ojos y llevándome a la cama.

El se echó a reír.

—Tal vez sea así. Tal vez quiera hacerlo —añadió, besándome con ternura en la

frente. Me di cuenta de que no iba a dejar de abrazarme.

—¡Michael, tengo que mezclar ese batido! —exclamé, señalando el cuenco que había sobre el mármol—. Y tengo que preparar el relleno para el pavo y...

—La cena puede esperar —declaró. Cuando ponía aquel semblante, no había manera de contenerle. Aquello era contagioso. No pude resistirme a sus besos y pronto me encontré devolviéndoselos con tanta pasión como la suya, y abrazándole con la misma ternura. Sin darme tiempo a protestar, me suspendió en sus brazos y me sacó de la cocina.

—¡Nuestra cena! —grité.

—Ya te lo advertí; después de hacer el amor me quedo hambriento —dijo, riendo.

Pasamos los primeros días de las vacaciones casi todo el tiempo en la cama, pero me las arreglé para preparar un pavo pequeño, relleno, patatas endulzadas con cande, guisantes frescos, pan casero, salsa de arándano y dos pasteles. Michael dijo que era la mejor cena de Acción de Gracias que había comido en su vida.

—No conozco muchas mujeres que sepan cocinar como tú —manifestó—. Todas las que conozco dependen de sus doncellas y cocineras, y son tan inútiles que no saben ni hervir agua para el té.

Era la primera vez que mencionaba a las mujeres que había conocido y no pude evitar acordarme de la bella pelirroja que le acompañaba en el recital del museo. Le pregunté quién era.

—¡Oh, aquélla! —Sacudió la cabeza—. Es la esposa de un productor amigo mío. El siempre me está pidiendo que le haga un favor y la lleve a los sitios. Es de esa clase de mujeres que necesitan más de un hombre. No sé si me entiendes —acabó, haciendo un guiño.

Pero yo no sabía lo que quería decir con aquello. ¿Cómo se podía necesitar a más de un hombre si ese hombre era el que tú querías con todo el corazón y el alma? Y si un hombre amaba a una mujer, ¿cómo podía querer que otro hombre la llevara por ahí?

—¿Y su marido no tiene celos de que se luzca con otro por ahí? —pregunté.

—¿Celos? Está agradecido —contestó, riendo maliciosamente—. Los del mundo del espectáculo pueden ser así. Consideran que su relación es un acto más. Pero no temas, yo no soy de éstos —se apresuró a añadir.

—¿No has encontrado nunca a ninguna con la que quisieras estar siempre? —le pregunté.

—No hasta que te he conocido a ti. Jamás he conocido a ninguna mujer que fuera tan pura e inocente. Te cuadra bien tu nombre; eres tan fresca como un nuevo día. —Se inclinó y me besó en la mejilla.

Sentí que me ruborizaba. Jamás había sido tan feliz como en aquel momento. Era la mejor cena de Acción de Gracias que había tenido nunca. Después, Michael

encendió la chimenea y trajo uno de sus suaves edredones. Me tendí en él, apoyando la cabeza y estuvimos escuchando una bella música mientras el fuego crepitaba y nos daba calor. Cada beso de aquella noche parecía más dulce que el anterior. Michael me acariciaba el pelo con la mano y decía que ojalá se detuviera el tiempo y pudiéramos quedarnos así eternamente. Por la mañana, Michael me dijo que tenía una reunión con un productor en el centro de la ciudad.

—Y después de la cita traeré a casa un arbolito navideño. Durante la fiesta de Acción de Gracias es tradicional empezar a decorar la casa, ¿no? —dijo—. Jamás me había preocupado por esto, pero ahora que estás tú aquí...

—¡Oh, Michael, me encanta eso! Hace tanto tiempo que no he tenido árbol de Navidad, ni me he preocupado incluso por las fiestas. Cuando no tienes familia a quien querer ni que te quiera, las fiestas son como un día más. Pero tu corazón mira con envidia la felicidad de las otras gentes.

—Basta ya para ti de penas y envidias, mi pequeña diva —dijo, besándome tiernamente en los labios. Se marchó a la reunión y mientras él estuvo fuera yo escuché música, vi la televisión y leí un poco. Nos habíamos asignado ciertas ocupaciones para completar la fiesta.

Al atardecer, Michael regresó con un arbolito, pequeño pero bellamente formado, de ramas completas y muy verdes. Había comprado también muchas cajas decorativas y tanto él como el árbol venían rociados de copos de nieve tan blancos como la leche.

—¿Adivinas qué es esto? —gritó cuando entró, sosteniendo el árbol con una mano mientras apretaba contra su pecho los paquetes decorativos—. ¡Nieve! Qué grata sorpresa. Justo a tiempo para poner a tono el espíritu navideño. ¿Te gusta el árbol?

—¡Oh, es entrañable! —exclamé.

—He tardado mucho tiempo en escogerlo. Quería algo especial para nosotros y casi he vuelto loco al vendedor. Ningún árbol de los que tenía me parecía lo bastante bueno. Entonces doblé una esquina y vi éste que estaba allí esperándome para que lo eligiera. Me lo pedía prácticamente a gritos —explicó, riendo.

Puso el árbol en su pedestal y se apartó unos pasos para mirarlo. Decidimos que el mejor sitio para ponerlo era a la derecha de la chimenea.

—¡Está perfecto! —aprobó. Después consultó su reloj. Yo había notado que no había cesado de mirar la hora desde que había llegado.

—¿Esperas que venga alguien? —le pregunté.

—¿Qué? ¡Oh, no, no!

—Como no dejas de mirar al reloj.

—Sí. —Meneó la cabeza—. Dentro de un rato tengo que irme a una reunión. El productor con el que he estado hoy ha seguido adelante y ha organizado una cosa sin

contar conmigo. Pero es importante y debo asistir. Es muy probable que actúe en Broadway en la inauguración de la próxima temporada.

—¡Oh, Michael, qué maravilloso!

—Sí, pero estas cosas requieren meses y meses de preparativos e interminables reuniones con inversores, escritores y gente de producción. Cada uno opina de una manera. Yo odio la producción, pero es un mal necesario. Lamento tener que dejarte aquí sola cuando apenas hemos empezado a celebrarlo.

—¡Oh, no importa, Michael! Mientras estés fuera, decoraré el árbol y haré nuestra cena.

Parecía inquieto y apartó la vista rápidamente.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Esta reunión se prolongará probablemente durante la cena. Lo siento, lo siento de veras —dijo.

—¡Oh, eso quiere decir que volverás a casa muy tarde! —comenté.

—Sí. ¿No te importará?

—Estaré bien. Me comeré todas nuestras sobras y decorar el árbol me llevará un buen rato. No te preocupes por mí, estaré bien.

—Tratare de telefonearte para que sepas hasta cuándo se prolongará la reunión —dijo. Fue a cambiarse. Cuando salió llevaba puesta una de sus más bonitas chaquetas de lana y unos pantalones deportivos. Al ponerse su abrigo de lana de color azul oscuro, pensé que nunca le había visto tan guapo y se lo dije.

—Bueno, a esa gente hay que ofrecerle una buena imagen. Lo esperan de ti. Es uno de los inconvenientes de ser famoso; todos esperan verte como si acabaras de salir a escena. Como estás continuamente siendo observado, has de hacer honor a la imagen que tienen de ti. Un peinado equivocado o una sonrisa fallida podría ser un desastre. En seguida te enteras de que se extienden los rumores negativos y de que no te ofrecerán buenos papeles. ¿De verdad que no te importa? —volvió a preguntarme—. ¿No te gustaría ir al cine? Deja que te dé algún dinero para un taxi y la entrada —dijo, empezando a sacar la cartera.

—¡Oh, no! Tengo mucho que hacer, incluyendo algunos deberes de la escuela. Meneó la cabeza.

—¿Deberes? Algunos de esos profesores son unos pelmazos. ¿A quién se le ocurre dar deberes en vacaciones? Está bien. Luego hablaremos. Me dio un beso de despedida.

Le había dicho que me encontraría bien, pero en cuanto cerró la puerta y volví a quedarme sola en la casa sentí ganas de llorar. Cómo deseaba que no fuéramos amantes secretos y que pudiera llevarme con él. Me hubiera interesado mucho todo lo que le ocurriera, aunque para él se hubiera convertido en una aburrida rutina. Volví mi atención al pequeño árbol de Navidad.

«Bueno —dije—, al menos te tengo a ti. Ahora llegaremos a conocernos bien el uno al otro».

Abrí las cajas de decoración que había traído Michael y empecé a adornar el árbol. Las horas transcurrían aún más despacio porque yo quería que pasaran volando. Empleé todo el tiempo que pude con el árbol, arreglándolo y volviéndolo a cambiar hasta que todo pareció equilibrado. Después comí unas sobras, escuché música y pensé en Michael. Cuando acabé de limpiar traté de concentrarme en la lectura pero no podía. Miraba continuamente al reloj y me enfurecía al ver lo lentamente que avanzaban sus obstinadas agujas. Intenté encender un poco de fuego y distraerme viendo la televisión. Se iba haciendo cada vez más tarde y Michael no venía. Me quedé dormida unas cuantas veces, pero me despertaba sobresaltada temiendo no haber oído su llamada telefónica.

Mi pobre tentativa de encender fuego fracasó y cuando desperté de uno de mis cortos sueños y consulté el reloj por centésima vez, me extrañó descubrir que eran casi las doce y media. «¿Por qué no me habrá telefoneado?», me pregunté.

Miré por la ventana y vi que había nevado y que las aceras estaban cubiertas por un manto blanco. Las calles aparecían mojadas y fangosas. Los conductores hacían sonar sus bocinas disputándose la preferencia de paso. Pensé que el mal tiempo provocaba accidentes. ¿Le habría pasado algo? El no quería que nadie supiera que le estaba esperando en el apartamento y por eso no llamaría nadie para avisarme.

A pesar de mi inquietud, me resultaba difícil tener los ojos abiertos y cuando hubo transcurrido otra media hora me quedé traspuesta sobre el sofá y no me desperté hasta que oí que abrían la puerta. Ahuyenté el sueño de mis ojos y me incorporé. Michael cerró el pestillo y la llave por dentro, a tientas. Le oí entrar siseando.

—¿Michael?

—¿Eh? —exclamó, girando sobre sus talones. Traía el pelo alborotado y su chaqueta estaba completamente arrugada—. Tchss —dijo, llevándose el dedo índice a los labios—. Que vas a despertar a Dawn.

—Michael, Dawn soy yo —le corregí, sonriendo y poniéndome en pie—. ¿Qué pasa?

—¿Eh? —volvió a decir. Parpadeaba y describía eses.

—Michael..., ¿estás borracho? —pregunté. Había visto a papá Longchamp en aquel estado las veces suficientes para saber que no tenía necesidad de preguntárselo.

—No —contestó torpemente agitando la mano, a punto de caer de bruces—. Ni mucho menos. Sólo he tomado... —Mantuvo alzada la mano derecha apretando los dedos índice y pulgar—. He tomado una pizca así. Cada diez minutos —añadió, echándose a reír otra vez. La risa le hizo inclinarse adelante y tuvo que alargar los brazos y apoyarse en la pared para no caer de frente.

—¡Michael! —grité, corriendo a su lado. Me echó el brazo por encima del

hombro y se apoyó en mí. ¡Cómo olía! Parecía haberse bañado en whisky—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué has bebido tanto? ¿Cómo has podido volver a casa?

—¿A casa? —exclamó, mirando con asombro a su alrededor—. ¡Oh, sí, estoy en casa!

Cuando le llevaba hacia el sofá me pareció que traía el lado del mentón manchado de carmín. ¡También llevaba en la chaqueta cabellos rubios!

—Michael, ¿de dónde vienes? ¿Con quién has estado? —demandé. No respondió. Se dejó caer de espaldas sobre el sofá y se puso a mirarme sin pronunciar palabra, parpadeando. Obviamente, trataba de enfocarme con la vista, a mí y a todo lo que había a nuestro alrededor.

—¿Por qué esta habitación no para de dar vueltas? —musitó, cerrando los ojos. Luego se dejó deslizar hacia abajo por el respaldo del sofá hasta quedar tendido, con los ojos fuertemente apretados.

—¡Michael! —le grité, pero lo único que hizo fue emitir un quejido—. ¡Oh!, ¿por qué haces esto?

Le levanté las piernas y le quité los zapatos. Luego, haciendo un esfuerzo, alcé su cuerpo cuanto pude y le despojé del abrigo y de la chaqueta deportiva. Pesaba demasiado para poder llevarle al dormitorio. Colgué ambas prendas y le traje una manta. Cuando le cubrí con ella, dio un gemido y se volvió de costado. Le introduje la almohada debajo de la cabeza y luego me senté a sus pies, observando cómo respiraba, profunda y regularmente.

Dirigí la vista hacia nuestro pequeño árbol de Navidad. Todo adornado y lleno de luces, tenía un aspecto hermoso, cálido y muy bello, pero con Michael inconsciente sobre el sofá parecía tan triste, solitario y desilusionado como yo. Michael ni siquiera se daba cuenta. ¡Apenas se había fijado en mí!

Me levanté sin ninguna prisa y apagué las luces del árbol. Eché otro vistazo a Michael. Estaba roncando. Apagué la luz del salón y me retiré al dormitorio de Michael, donde me quedé dormida, yo sola.

Michael se levantó antes que yo. Le oí sentarse al borde de la cama y abrí los ojos en el momento que me tocaba la cara.

—Michael, ¿qué hora es?

Todavía llevaba las ropas de la noche anterior. Tenía la camisa desabrochada y el pelo revuelto, con las melenas cada una por su lado. Bostezó y sacudió la cabeza.

—Temprano. Lo siento, Dawn —dijo—. Apuesto a que anoche llegué hecho un desastre. Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormido en el sofá ni que me pusieras una manta. Me encontraba como dicen... borracho como una cuba.

Desperecé el sueño de mis ojos y me incorporé rápidamente.

—¿Dónde estuviste? ¿Qué pasó? ¿Por qué bebiste tanto?

—Una especie de celebración. Quería dejarles, pero todos insistieron en que me quedara. ¿Sabes? Fui el alma de la fiesta, el centro de la atención. Había que agasajar a esos inversores, que son quienes lo pagan todo, y el champaña corrió toda la noche. —Se estiró y bostezó de nuevo.

—¿Pero, dónde estuviste?

—¿Que dónde estuve? Veamos —dijo, poniéndose a pensar como si de resolver un problema matemático o algo parecido se tratara—. ¿Dónde estuve yo? Bueno, primero fuimos al despacho de ese productor. Luego nos fuimos todos a cenar a «Sardi's». Después de eso, empezamos a recorrer varios clubs nocturnos. Debería acordarme de alguno, pero en este momento se me escapan todos de la mente.

Lanzó un suspiro y, sé acunó la cabeza entre las manos.

—¿Quién estuvo contigo?

—¿Que quién estuvo conmigo? —Levantó la cabeza, pensativo, y luego se encogió de hombros—. Algunas personas de la producción e inversores.

—¿Estuvo también esa pelirroja? —pregunté.

—¿Pelirroja? ¡Oh, no, no! —repuso—. Allí no había ninguna pelirroja. Bueno, será mejor que me meta en la ducha. Me siento como la carne asada de la última semana. Lo lamento —repitió, inclinándose para darme un beso rápido en la mejilla—. Gracias por cuidar de mí.

Se levantó como un gato, arqueando el espinazo y estirando los miembros. Yo seguí apoyada en la almohada, viéndole desnudarse para ir a tomar una ducha. «¿Estará mintiéndome —me pregunté—, o esos cabellos rubios que llevaba en la chaqueta llevarían allí más tiempo, tal vez desde que había acompañado a la esposa de su amigo?» Me costaba trabajo creer que me estuviera mintiendo. Me amaba demasiado para herirme.

Me levanté y me dirigí a la cocina a preparar nuestro café y algo de desayuno. Michael apareció después alegre y fresco, con el pelo pulcramente cepillado. Llevaba puesto un batín de seda de color azul claro.

—Hummm, qué bien huele —alabó, poniéndose detrás de mí para abrazarme—. Lamento de veras lo de anoche —repitió—. Estaban todos tan entusiasmados con el nuevo espectáculo, que era imposible no celebrarlo. —Me besó detrás del cuello.

—¿Entonces, todo ha ido bien?

—Sí. Pronto oirás hablar de la aparición inaugural de Michael Sutton en Broadway —anunció con orgullo. Yo me di la vuelta rodeada por sus brazos.

—¡Oh, Michael, es maravilloso! Tienes razón; sería muy emocionante. ¡Cuánto me hubiera gustado estar anoche contigo para celebrarlo!

—Lo celebraremos esta noche —dijo—. Tomaremos un taxi e iremos a un pequeño y apartado restaurante italiano que conozco en Brooklyn. Allí nadie se fijará en nosotros, y la comida es excelente.

—Pero, Michael, ¿crees que debemos ir? Y si alguien nos viera...

—No nos verá nadie. Cuánto me gusta que te preocupes por mí —dijo—. Ahora, déjame ir a echar un vistazo al árbol de Navidad. —Me cogió de la mano y nos dirigimos al salón. Yo encendí las luces—. ¡Magnífico! —exclamó Michael—. Para Nochebuena asaremos castañas al fuego tú y yo, beberemos ponche de huevo y haremos el amor al lado del árbol. Nuestro árbol —añadió, echándome el brazo por los hombros y atrayéndome junto a él—. Mi pequeña diva —volvió a decir, y me besó tiernamente en los labios—. Pero por ahora —dijo de pronto—, me estoy muriendo de hambre. Vamos a desayunar.

El resto del día pasó volando. Michael salió a hacer alguna compra y el teléfono sonó dos veces, pero no contesté. Al llegar al apartamento, Michael me había dicho que si contestaba, delataría mi presencia allí y eso daría lugar a preguntas.

—Y las preguntas —había dicho enarcando las cejas— conducen a unas respuestas que todavía no podemos dar.

Cuando regresó por la tarde, traía un montón de paquetes envueltos en papel de regalo.

—Un árbol de Navidad tiene que tener regalos debajo —declaró, ordenando los paquetes en su sitio.

—¿Para quién son esos regalos, Michael? ¿Esperas a alguien de tu familia?

—¿Familia? No. Esos regalos son todos para ti —contestó.

—¿De veras? ¡Oh, Michael, no deberías haber comprado tantas cosas! —exclamé, clavando la vista en el enorme montón de paquetes.

—¿Y por qué no? —dijo, firmemente—. ¿Con quién si no me iba a gastar el dinero mejor que contigo? —Sonrió pícaramente y se echó mano al bolsillo de la chaqueta de donde extrajo un pequeño estuche envuelto en papel rosa con una cinta alrededor—. Esto, no podía esperar. Es un presente del día de Acción de Gracias.

—¡La gente no se hace regalos para esta fiesta, Michael! —protesté, riendo.

—¿Ah, no? —Se encogió de hombros—. Bien, entonces inventaré una tradición nueva y a partir de ahora se los harán. Para ti —dijo, extendiendo la mano.

Tomé el estuche y lo abrí cuidadosamente, temblándome los dedos de emoción. Dentro, sobre un fondo de algodón, descansaba un bonito relicario de oro con su cadena del mismo metal. Por fuera estaba adornado con pequeños diamantes formando un corazón.

—¡Oh, Michael, es muy bonito!

—Ábrelo —me instó, cariñosamente.

Presioné el cierre y al abrirse vi que dentro tenía grabadas al agua fuerte una serie de notas musicales. En seguida las hice sonar mentalmente y sonreí. Era la primera frase de una de las canciones amorosas de Michael: *Eternamente, amor mío*.

—¡Oh, Michael! —exclamé con lágrimas de felicidad anegando mis ojos—. Es el

regalo más bonito que me han hecho nunca. Y es tan especial...

Me abracé a él y le cubrí la cara de besos.

—¡Basta! —exclamó, sujetándome—. No está bien que nos emocionemos precisamente ahora. Debemos prepararnos para nuestra tranquila y ligera cena, ¿recuerdas?

Mi corazón estaba tan lleno de dicha, que creí que me iba a estallar. Había metido algunas cosas en la maleta deseando que Michael y yo pudiéramos salir alguna noche. Trisha me había acompañado a comprar un sostén de realce. Mi generoso escote y la elevación de mis senos me hacían parecer más mayor de lo que era. No pude evitar el rubor que se asentaba a la entrada del valle que formaban mis dos pechos, pero pensé que me hacía aún más atractiva, con mi vestido de escote en forma de uve y las mangas tres cuartos. Sobre mi pecho centelleaban los pequeños diamantes del relicario.

Me cepillé el pelo hasta convertirlo en una superficie sedosa y brillante que me caía obedientemente sobre los hombros, me puse un poco de colorete, carmín y algo de lápiz de ojos. Satisfecha de parecerme más a las mujeres que Michael estaba acostumbrado a llevar de su brazo, salí del dormitorio, lista para que me inspeccionara. Él acababa de colgar el teléfono y se volvió sonriendo hacia mí. Sus ojos brunos brillaban y entreabrió de admiración aquellos sensuales labios suyos...

—¡Estás bellísima! Me muero de impaciencia por presentarte en sociedad. Todos sentirán envidia de mi descubrimiento —dijo, acercándose a mí—, y de mi amor.

Yo estaba radiante de orgullo. Michael me ayudó a ponerme el abrigo y me dio un beso en la cara.

—Ya está aquí nuestro taxi —dijo. Y abandonamos el apartamento.

Fue un largo paseo a través de la ciudad. Michael no había exagerado cuando había dicho que conocía un restaurante apartado. El taxista fue serpenteando por varias calles hasta que finalmente llegamos a un pequeño restaurante italiano situado en la esquina de una manzana de casas. El restaurante se llamaba simplemente «Moms» y distaba mucho de ser lujoso. Se componía de un saloncito con una barra pequeña y aproximadamente una docena de mesas. Pero, para mí, era el sitio más romántico y maravilloso que jamás había visitado.

Michael buscó una mesa apartada en la parte más oscura del pequeño comedor. Estaba en lo cierto al decir que allí no llamaríamos la atención, nadie pareció fijarse en nosotros ni preocuparse cuando entramos y tomamos asiento. Pero todos los alimentos que pedimos y tomamos eran caseros y estaban deliciosos. Michael mandó traer el vino más caro y nos bebimos casi dos botellas. Como viajaba mucho era un buen conocedor de vinos y platos, y me describió algunos famosos restaurantes de todo el mundo en los que había estado. De lo único que yo le podía hablar era de los platos del hotel «Cutler's Cove». Le describí a Nussbaum, el jefe de cocina, y lo

especiales que eran las cenas del hotel.

—La abuela Cutler, acompañada a veces por mi madre, recibía a los clientes en la puerta y luego los visitaba en sus mesas para hacer que todos se sintieran como en casa.

—Debe de ser una tirana —supuso Michael—, pero parece que conoce lo que hay que hacer para que el hotel tenga éxito. Tengo la impresión de que es una empresaria muy sagaz. No me importaría conocerla algún día.

—La odiarías. Te haría sentirte más pequeño que una hormiga por el solo hecho de ser un cantante. Ella sólo respeta la sangre pura, la riqueza de pura sangre —dije, escupiendo literalmente las palabras.

Le conté que había tratado de estropear mis días en la «Bernhardt» desde el comienzo, escribiendo a Agnes una carta llena de mentiras.

—Pronto te verás libre de todo eso —dijo, poniendo su mano sobre las mías y apretándome amorosamente los dedos—. Y las personas como ella no podrán seguir haciéndote daño.

—¡Oh, Michael, cómo espero ese día! —exclamé.

—Bueno —apuntó, con un furtivo parpadeo en los ojos—, puede que esté más cercano de lo que piensas.

—¡Michael! —grité, casi saltando de mi asiento—, ¿qué es lo que insinúas?

—No debería decírtelo —contestó, con una leve y apretada sonrisa en los labios—; existe una gran posibilidad de que pueda encontrarte sitio en el nuevo espectáculo de Broadway.

—¡Michael! —Pensé que iba a desmayarme allí mismo. Noté que el corazón empezaba a aporrear de júbilo, dificultando tanto mi respiración, que me causaba dolor en el tórax. ¡Yo, en Broadway! ¡Tan pronto!

—No hay nada concreto —me advirtió—. Es sólo una posibilidad. Tenemos que trabajar mucho con tu canto. Actuar en el escenario durante un musical es muy distinto a interpretar una tonada o dos en el concierto local de una escuela pública.

—Sí, lo comprendo. Por supuesto. Pero trabajaré duramente, muy duramente, Michael. De veras que lo haré.

—No lo dudo —dijo, tocándome otra vez la mano—. Lo llevas en la sangre. ¿No te lo he dicho desde el principio?

Cuando Michael pagó la cuenta y salimos del pequeño restaurante, no me molestó el largo camino que había de regreso a su apartamento. Lo hice en sus brazos, soñando con el escenario de Broadway y con estar a su lado en un próximo y feliz momento. Quién iba a pensar que llegaría a hacerse realidad lo que mamá Longchamp me había pronosticado hacía muchos años. Ahora me daba cuenta de que ella había estado intentando olvidar los hechos trágicos que condujeron a mi secuestro. Era como si mi nacimiento hubiera sido una fabulación. Ella no podía vivir

con aquello ni tampoco con su sensación de culpa y con el tiempo llegó a creerse la historia que había inventado acerca de que mi nacimiento se había producido al rayar el alba, con el canto de los pájaros.

«Ellos pusieron en tus labios un canto permanente —me había dicho—. Algún día, la gente te oirá cantar y se dará cuenta del milagro ocurrido cuando aquel pájaro canor te dio su voz para celebrar tu nacimiento».

«Ese día se está acercando mucho más de prisa de lo que tú podrías suponer, mamá —pensé—, y mi voz, habiendo amor en mi corazón, será más hermosa de lo que ni yo habré imaginado nunca».

El tiempo que Michael y yo estuvimos juntos pasó volando más fugazmente de lo que yo quería y cuando llegó la mañana del último día, me sentía reacia a abrir los ojos a la realidad. Trisha y yo lo teníamos todo previsto. Yo tomaría un taxi hasta la estación de autobuses y me reuniría con ella cuando saliera del autocar que la traía de su casa. A continuación, cogeríamos juntas un taxi hasta la residencia para que Agnes creyera que había estado con Trisha todas las vacaciones.

Me vestí, recogí mis cosas y me quedé en pie con la maleta en la mano mirando tristemente el apartamento de Michael. Por las ventanas entraban a raudales los rayos del sol esplendido de un día claro y vigorizante, que bañaban nuestro pequeño árbol navideño arrancándole destellos, haciendo que las hojas de helecho cobraran una fuerte tonalidad casi verdeamarilla. Hasta el papel de envolver los regalos, apilado junto a ellos, despedía sus reflejos en aquel remanso de luz cálida.

—Ha sido maravilloso —me dijo Michael en la puerta—. Hasta el último momento. Pero no lo tomes como un final —me tranquilizó al ver que mis ojos se llenaban de lágrimas ante la despedida—. Considéralo como un comienzo.

Me besó y me estrechó contra él. Yo tenía un nudo en la garganta que no me dejaba hablar.

—Ahora, descansa un poco, mi pequeña diva —me aconsejó—. Nos queda mucho trabajo que hacer en cuanto se reanuden las clases.

—Lo haré. Michael, te quiero —susurré. Cuando nos separamos, sus ojos fulguraban de gozo.

Llegué a la estación con tiempo de sobra y me senté en un banco a hojear una revista hasta que llegara el autocar de Trisha. Ésta bajó saltando por la escalerilla del autobús, con el largo pañuelo rojo flotando sobre sus hombros.

—¡Cuéntamelo todo! —gritó, después de abrazarnos—. ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde habéis ido? Apuesto a que te ha llevado cada día a los restaurantes y espectáculos de lujo.

—No. Hemos estado en su casa casi todo el tiempo —y le conté que había preparado la cena de Acción de Gracias. Se mostró muy decepcionada hasta que le

enseñé el relicario.

—¡Qué bonito! —exclamó, mirándolo con envidia—. Y que detalle el suyo grabar dentro un motivo musical. ¿Qué dicen esas notas?

—¡Oh, son simplemente notas! —repuse, pensando que Trisha podría conocer la canción de Michael—. Nada en concreto.

Encontramos un taxi a la salida de la estación y continuamos comentando nuestras vacaciones hasta llegar a la residencia. Trisha quería que supiera todo lo que ella había hecho para que no me pillaran en contradicciones.

—Si Agnes pregunta —dijo—, nos hemos reunido diez personas para la cena de Acción de Gracias y hemos comido pato y también pavo.

—Eso quiere decir que fue una cena estupenda —comenté. Ahora me tocaba a mí ser envidiosa, tener envidia de una familia adorable y feliz, reunida en torno a la mesa durante unas vacaciones.

Cuando llegamos nos sorprendió encontrar a Agnes en el corredor, al pie de la escalera. Obviamente, había estado esperándonos y se situó allí en cuanto oyó que llegábamos. Pero la expresión de su rostro me heló el corazón. Estaba vestida de negro y su cara estaba pálida, tenía los labios sin pintar y no llevaba colorete, nada. Tenía el pelo echado hacia atrás y recogido en un moño. Siempre resultaba difícil saber si Agnes estaba o no representando alguno de sus papeles, pero en aquel momento pensé que estaba desempeñando el de plañidera.

—¡Me has mentido! —me espetó sin darme tiempo a decir hola. Miré rápidamente a Trisha y luego a Agnes.

—¿Mentido?

—Tu madre te llamó hace dos días. No tenía ni idea de que te hubieras ido con Trisha. ¿Te fuiste sin pedir permiso a tu familia? Me sentí como una imbécil —añadió Agnes sin darme tiempo a responder. Retorcía con las manos su blanco pañuelo de seda—. Estoy al cargo de esta casa, sí, pero he confiado en ti, me he fiado de ti. Debí pensármelo mejor. ¡Debí suponerlo! —estalló—. Estoy esperando una llamada telefónica de tu abuela de un momento a otro. —Parecía absolutamente aterrada.

—No llamará —la tranquilicé—. Mi madre ya se habrá olvidado de esto. Debía estar bajo el efecto de alguna medicina cuando hablamos la última vez y, sencillamente, no lo recuerda. Le sucede a menudo —dije, clavando los ojos en Agnes. Me asombraba con qué facilidad salían las mentiras de mis labios. Vi que se quedaba pensativa, considerándolo.

—¡Oh, querida! —dijo; adoraba la tragedia—. No sé ni que pensar. ¿Entonces, no crees que haya problemas?

—No. —Me encogí de hombros—. Ya ha pasado otras veces. La abuela Cutler también está acostumbrada a ello.

—¡Oh, qué pena! —se lamentó Agnes—. Con lo bonita que es tu madre. No

puedo creer que esté tan enferma.

—Eso opinan todos —repuse secamente, sin que Agnes captara mi sarcasmo.

—¿Habéis tenido unas buenas fiestas? —preguntó, mirándome a mí y luego a Trisha.

—Lo hemos pasado bien —se apresuró Trisha a responder.

—Mrs. Liddy ha preparado algo especial para el regreso de todos —dijo, volviendo a retorcer el pañuelo entre sus manos—. Me sentía tan preocupada... —murmuró, empezando a retirarse.

—Cada vez está peor —comentó Trisha cuando se alejaba de nosotras—. Está preparando alguna terrible escena si se ha vestido de esa guisa. Cuando cruza por su mente algún nuevo pensamiento o disposición de ánimo, revuelve en el fondo de la cómoda de sus viejos vestidos hasta dar con algo que le cuadre bien.

—Lo siento por ella, pero no tiene por qué convertirse en la espía de la abuela Cutler. No me gusta mentir, aunque me he visto obligada a hacerlo —dije.

Trisha asintió y las dos continuamos escaleras arriba hacia nuestro cuarto para deshacer las maletas. Ni que decir tiene que Trisha estaba impaciente por saber cómo lo había pasado viviendo con un hombre en su apartamento durante aquellos días. Hizo toda suerte de preguntas y yo, al menos por dos veces, dije algo que estuvo a punto de delatar a Michael.

—Mi madre siempre dice que las noches están hechas para la fantasía y el romance, pero que, cuando despiertas por la mañana y el hombre que está a tu lado continúa roncando, la realidad salta en pedazos y hace estallar la burbuja —explicó Trisha—. ¿Te ha sucedido eso a ti?

—¡Oh, no! Mis mañanas han sido tan maravillosas como las noches. Yo preparaba un buen desayuno y charlábamos incesantemente con la misma excitación. El tiene mucho que decir; ha recorrido todo el mundo.

—¿Cómo es que ha viajado tanto? —preguntó rápidamente.

—¡Oh! Es por... sus negocios.

—¿A qué se dedica?

—Tiene algo que ver con la importación —informé en seguida.

—Eres muy afortunada —dijo—. Estás dotada de talento y belleza, y ahora tienes el amor de un hombre maduro.

—Tú también tienes talento y belleza, Trisha, y estoy segura de que muy pronto tendrás también amor —pronostiqué. Se quedó pensativa y luego se encogió de hombros con aquella leve sonrisa que la caracterizaba.

—Durante las vacaciones me ha llamado tres veces Erik Richards

—¿De veras?

—El próximo fin de semana me lleva a cenar. ¡Y al «Plaza»!

—¿Qué piensas hacer?

Formalizar un noviazgo me sonaba algo infantil, pero no quería decir nada que pudiera molestar a Trisha. Michael y yo estábamos hablando de hacer la vida juntos, una vida de trabajo y amor mientras que llevar alrededor del cuello el aro del novio estudiante era lo que parecían hacer las muchachas más jóvenes que yo. Pero Trisha no era más joven que yo.

—Es muy guapo —dijo—. Creo que podría decirle que sí —concluyó, con los ojos chispeando de picardía. Nos echamos a reír, abrazándonos, y bajamos a cenar.

Mrs. Liddy había preparado una cena que rivalizaba con cualquier banquete de Acción de Gracias. Agnes se había puesto un vestido blanco muy juvenil de amplias mangas afaroladas con cuello bordado de dobladillo, y un collar de perlas que hubiera estrangulado a un caballo. Pronunció uno de sus cortos y patéticos discursos expresando lo contenta que estaba de que todos hubiéramos regresado sanos y salvos de nuestras vacaciones.

—Y estamos juntos otra vez, como una familia unida y lista para hacer frente a lo que el cruel mundo nos depare.

Todos nos miramos. Evidentemente, era un discurso de uno de los melodramas que había interpretado en sus días más jóvenes. Trisha estaba convencida de que el vestido correspondía al vestuario de aquella misma obra.

Pero poco me importaba a mí ahora. Ni las excentricidades de Agnes, ni el mal genio de Madame Steichen, ni siquiera los actos odiosos de la abuela Cutler podían hacer nada para desvirtuar mis dorados días de felicidad. Me sentía segura. El amor entre Michael y yo me había hecho invencible. Era la fortaleza que me protegería contra lo que Agnes llamaba las «hondas y flechas de la atroz fortuna» que, como nos recordaba siempre, era una cita de Shakespeare.

Pero existían «hondas y flechas» que yo no había previsto, dispuestas a caer sobre mi burbuja de gozo y romántica felicidad exactamente igual que las descritas como posibles por la madre de Trisha. El peso de la realidad resultaría demasiado grande para ser soportado por la fantasía.

Comenzó la mañana del tercer día después de nuestro regreso de las vacaciones de Acción de Gracias. Me desperté terriblemente angustiada y vomité durante veinte minutos. Trisha, temiendo que hubiera cogido una gripe intestinal, estaba a punto de informar a Agnes y pedirle que prescribiera un tratamiento médico, cuando me hizo una pregunta que me heló el cuerpo y me clavó los pies al suelo.

—No habrás notado la falta de la regla, ¿verdad? —No tuve que responderle, vio la respuesta en mi cara—. ¡Oh, Dawn! ¿Cuánto tiempo hace que te falta?

—¡Cerca de seis semanas! —grité consternada—. Ni siquiera había pensado en ello. Suelo tener un período bastante irregular.

—Motivo por el cual deberías preocuparte y tener cuidado —dijo Trisha—. ¿No te habló nunca tu madre de estas cosas?

«¿Cuál de mis madres?», pensé. Mamá Longchamp me consideró siempre demasiado joven para hablarme del sexo y cuando fui lo bastante mayor para saberlo se encontraba demasiado enferma y atormentada por otras cosas. Estaba segura de que mi verdadera madre se habría puesto cianótica y habría perdido el conocimiento en cuanto hubiera sacado el tema a colación. Pensé que tampoco ella era una mujer a quien se lo debiera decir. Sacudí la cabeza y las lágrimas empezaron a rodarme por las mejillas.

—¡Oh, Trisha, no puedo quedarme embarazada! No puedo. ¡Ahora no! No lo estoy —dije con determinación—. No es más que una gripe abdominal. Ya lo verás —afirmé con la cabeza, forzándome a mí misma a creerlo.

Trisha me apretó la mano y sonrió.

—Puede que tengas razón; puede que no sea más que una ligera gripe abdominal —dijo—. No nos alarmemos todavía.

Asentí y dominé mis emociones. No tenía ganas de desayunar, pero esto podía ser por causa de mi nerviosismo, al que podía también achacarle mis náuseas anteriores. Todo el día estuve agobiada por el peso de mis preocupaciones. Como no me tocaba clase de vocalización, no me vio Michael, aunque tampoco yo quería que me viera sintiéndome de aquella forma.

Por la noche me encontraba muy cansada y me fui pronto a dormir. A la mañana siguiente desperté con la misma sensación de náuseas y volví a vomitar. Vi que Trisha estaba cada vez más inquieta y asustada por mí, de modo que traté de darle a entender que ya no me encontraba tan mal como el día antes.

—Me parece que es la gripe —le dije—. Y ya me voy sintiendo mejor.

Sin embargo, cuando Michael me vio en la clase general de música, me dijo que me encontraba algo pálida y cansada; yo sólo le contesté que no había dormido bien.

Antes de que pudiera preguntarme el motivo, se acercaron a nosotros otros estudiantes y nos fue imposible seguir hablando.

A última hora de la tarde, me fui a la biblioteca para informarme sobre el embarazo y saber lo que tenía que comprobar cuando llegara a casa. Me quité el suéter y el sostén y me miré al espejo con detenimiento. En seguida supe que lo que me estaba sucediendo no era, como yo pensaba, porque me hacía mujer, sino por otras razones. Mis pechos habían crecido y los pezones, además de ser más grandes, tenían el color más oscuro. Justamente debajo de la epidermis aparecían unos nuevos y diminutos vasos sanguíneos. La constatación de aquellos síntomas me heló la sangre. No podía negar lo que estaba viendo y lo que ello significaba.

Bajé la cabeza, derrotada. El amor me había vuelto tonta y despreocupada. ¿Por qué no había pensado en ello? El amor de Michael hacia mí y mi amor hacia él me habían convertido rápidamente en mujer. Había sentido la misma pasión que una mujer; le había besado y había hecho el amor con él igual que una mujer adulta y

había conquistado su corazón como sólo una mujer madura podía hacer. ¿Por qué no había comprendido que también podía sufrir las posibles consecuencias que una mujer, cuando me arrojé en sus brazos con abandono?

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Trisha cuando volví a nuestro dormitorio y le describí todos los síntomas y lo que seguramente significaban—. Quizá sería mejor que llamas a tu madre.

—¿Mi madre? Ya acudí a ella cuando la abuela Cutler insistía en que cambiara mi nombre por el de Eugenia.

—¿Eugenia?

—Era como se llamaba una hermana de la abuela Cutler, que murió de la viruela. Cuando fui a quejarme a mi madre, casi entra en coma. La menor tensión le produce pánico. Es una mujer inútil. Por supuesto —añadí con amargura—, lo hace de manera que todos la dejen en paz y se apiaden de ella.

—Bueno, se lo dirás a Allan, ¿no? Un hombre maduro hubiera debido pensar en las posibles consecuencias y hubiera debido tener más cuidado que tú misma. A fin de cuentas, él ha estado casado y todo eso.

Yo no dije nada. Tenía miedo de decírselo a Michael; tenía miedo de lo que esto iba a provocar en todos nuestros maravillosos planes... ¿Qué iba a ser de mi aparición en el escenario de Broadway, de nuestra unión permanente?

—Puede que él no quiera saber nada —apuntó Trisha, pero la dura expresión de su rostro se suavizó inmediatamente—. Siento haber sido tan brusca —se apresuró a añadir.

—No, no —dije—. No es que a él no le importara. Lo que pasó es que está muy enamorado de mí y el amor, cuando es tan fuerte, puede cegarnos. En el momento del éxtasis no pensamos en las consecuencias. Ya oyes lo que dicen las chicas en los vestuarios, los problemas que tienen para evitar que sus novios vayan demasiado lejos. Y eso que no son más que... romances de adolescentes.

—Bueno, no tienes elección; debes contárselo —decidió.

—Sí, sí, por supuesto. Se lo diré. Pero tengo miedo de cómo se pondrá cuando se lo diga.

—Tiene que cargar con su responsabilidad —afirmó Trisha—. Mi madre suele decir que «para bailar el tango hacen falta dos».

—Sí —asentí, moviendo nerviosamente los dedos en el bolsillo—. Lo sé.

No lo dije, pero aquél era un baile al que no me habían invitado.

UN FRUTO AMARGO

Cuando bajábamos a cenar me detuve al pie de la escalera.

—Trisha, dile a Agnes que ahora voy. —Vio que me dirigía al salón, donde teníamos un teléfono.

—¿Vas a llamar a Allan ahora para decírselo? —me preguntó, abriendo desmesuradamente los ojos, imaginándose.

—Sí. Tenías razón. Tiene que saberlo inmediatamente. —Trisha siguió adelante y se quedó rezagada en la puerta. Yo sabía que se estaba muriendo por oír lo que iba a decir, pero no podía dejarla escuchar para que no supiera que estaba hablando con Michael.

—Perdona —dije—. Me encuentro demasiado nerviosa para hablar con gente escuchando al lado.

Se marchó, decepcionada.

Descolgué el auricular lentamente. Hasta que empecé a marcar el número de Michael no me di cuenta de que no podía limitarme a decírselo por teléfono. Necesitaba verle la cara y dejar que me abrazase y me dijera que todo iría bien, que aún podíamos encontrar la manera de hacer las cosas tal y como habíamos planeado. El teléfono sonó varias veces y ya iba a colgar cuando él contestó. Parecía fatigado.

—Michael, soy yo —dije en seguida.

—¿Dawn?

—¿Te encuentras bien? Te noto jadeante.

—¡Oh, no, no! Estoy perfectamente. Es que oí sonar el teléfono cuando entraba y he corrido a contestar. ¿Va todo bien?

—Michael —dije—, yo... necesito ir a verte esta misma noche.

—¿Esta noche? No es un buen momento, Dawn. Tengo otra cena de reunión con los productores de ese espectáculo de Broadway, y ya sabes lo que se pueden prolongar estas cosas —dijo. Sus palabras fueron seguidas de una corta risa.

—No, Michael. Debo verte —insistí—. ¿Cuándo te vas a esa cena?

—Dentro de una hora o así. ¿Qué ocurre? ¿No puede esperar? ¿Por qué no me lo dices en la escuela?

—Ahora mismo voy para allá. Por favor, espérame —le rogué.

—¡Dawn! ¿Qué pasa? Dímelo por teléfono, no hay necesidad de...

—Sí que la hay. Tengo que verte. Es preciso, Michael, te lo ruego. Por favor —imploré.

Guardó silencio un momento.

De acuerdo. Ven, pero tengo que irme dentro de una hora —repuso—. Estas reuniones son muy importantes. Hay muchas personas confiando en mí.

Sentí ganas de decirle que también yo confiaba en él, pero, en vez de decírselo, colgué inmediatamente el aparato y corrí escaleras arriba para ponerme el abrigo. A continuación, sin decir nada a nadie, abandoné precipitadamente la casa y corrí hasta la esquina donde había mayor tráfico y donde me sería más fácil encontrar un taxi. Hacía un frío cortante y había empezado a llover ligeramente. Las gotas de lluvia me laceraban el rostro como si fueran de hielo. Debido al mal tiempo y a que era una hora punta, me costó cerca de quince minutos conseguir un taxi. El tráfico era tan horrible que, después de haber encontrado un taxi libre, teníamos que avanzar de una manzana a otra a paso de tortuga. Me daba miedo que Michael se marchara antes de que yo llegara.

—¿No hay forma de ir más de prisa? —le grité al taxista, pero se comportaba como si no entendiera mi lengua. Lo único que hacía era gruñir. Finalmente, la circulación se aclaró y recuperamos parte del tiempo perdido, pero llegamos ante el edificio del apartamento de Michael casi cuarenta y cinco minutos después de haberle telefoneado.

El conserje tenía un ascensor esperándome. Le di las gracias y apreté tan fuerte el botón que casi lo dejé hundido para siempre. La puerta se cerró y el ascensor empezó a elevarse. Cuando Michael me abrió la puerta de su apartamento yo me encontraba sin resuello, tenía el cabello empapado y hecho un desastre, y las greñas me tapaban la frente y las mejillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael, dando un paso atrás, obviamente sorprendido de verme—. ¿Qué puede ser tan urgente para hacerte venir con este tiempo?

—Oh, Michael. —Empecé a llorar.

Iba a abrazarme, pero se dio cuenta de que mi abrigo estaba empapado y le iba a estropear su chaqueta deportiva.

—Quítate el abrigo, vienes calada como una sopa. Permite que te traiga una toalla —dijo, marchando al baño.

Me quité el abrigo lentamente y miré en torno a lo que había sido el arco iris de nuestros sueños. El pequeño árbol de Navidad estaba apagado y aparecía deprimido y triste, aún con los paquetes envueltos en papel de regalo colocados debajo de él. Las paredes de mi corazón tiritaban. Contuve las lágrimas y ahogué los gritos que intentaban escapar por mi palpitante garganta. Cuando Michael volvió con la toalla me sequé con ella la cabeza y la cara. Él miró su reloj.

—Con este mal tiempo y como está el tráfico voy a llegar tarde. No importa —dijo cuando vio la forma en que me temblaban los labios y la barbilla. Me llevó hasta el sofá—. Toma asiento, relájate y dime cuál es el problema. Lo que quiera que sea,

lo solucionaremos entre los dos. ¿Tiene algo que ver con esa espantosa abuela?

—No, Michael —negué con la cabeza—. Ojalá fuera sólo eso. —Tuve que humedecerme los labios, que se me habían quedado secos. Mis piernas me traicionaron y empezaron a temblar. Ya no podía contener más tiempo las lágrimas y empecé a sollozar convulsamente sin poder controlarme. Michael se sentó a mi lado y me cogió mis manos. Me abrazó y besó en los ojos.

—Tranquilízate, todo se arreglará, te lo prometo. No será tan grave; todo tiene arreglo. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué ha ocurrido?

—Michael... —Tragué saliva—. Estoy embarazada.

Ni siquiera pestañeó ni miró hacia otra parte. Pero una expresión de curiosidad se dibujó en sus ojos.

—¿Estás segura? —preguntó. Su leve sonrisa se amplió como si fuera a echarse a reír—. Las chicas siempre están diciendo que se encuentran embarazadas.

—Sí. Yo lo estoy —dije, resueltamente. Me sorprendía su reacción. No se había inmutado ni le veía enfadado. Se quedó pensativo y se echó hacia atrás para contemplarme.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó, cruzando los brazos.

—Hace seis semanas que me falta la regla y tengo algunos síntomas.

—¿Entonces, no has ido a ningún médico?

—No, pero estoy segura. Carece de sentido querer ignorarlo. Ya hace semanas que tengo vómitos y... y hay otros cambios en mi cuerpo.

—Comprendo. Bueno, todavía podemos ocultarlo durante algún tiempo, no pareces embarazada. Apuesto a que no se te notará hasta al menos dentro de dos meses. Para entonces —dijo— ya habrá terminado mi curso como famoso profesor interino. ¿Lo sabe alguien más?

—Mi compañera de habitación —contesté.

—¡Oh! —Su cara se volvió sombría.

—Pero ella no sabe que eres tú. Cree que te llamas Allan que eres un hombre de negocios.

—Muy bien —aprobo. Dejemos que lo crea así.

—Pero, Michael, ¿qué ocurrirá después? —pregunté.

—¿Después? ¡Oh, después! Yo voy directamente a Miami desde aquí. Tengo una pequeña gira por Florida, pero no deberé regresar a Nueva York para los ensayos del espectáculo hasta el verano. Entonces, tendrás el niño en Florida —dijo, inmediatamente.

—¿En Florida? ¿Quieres decir que iré contigo?

—Claro. No estarás aquí cuando nazca. —Sonrió—. ¿Creías que iba a abandonarte? No después de haber invertido todo mi tiempo y energías en hacer de ti una estrella del canto.

—¡Oh, Michael! —Le abracé y él se echó a reír.

—Vamos, vamos, tómatelo con calma. No olvides que eres una mujer embarazada, cuidado con los movimientos que haces. —Me besó la punta de la nariz y me entró un hormigueo por los dedos, entrelazados con lo suyos.

—¡Pero, Michael —grité—, siendo madre no podré cantar y salir contigo al escenario como habíamos soñado!

—Claro que podrás —dijo—. ¿Crees acaso que un niño puede entorpecer tu carrera? Ni mucho menos. Podemos permitirnos el lujo de contratar a la mejor niñera de la ciudad. Sólo quiero lo mejor para mi esposa y mi hijo —añadió.

Oírle llamarme «esposa» hizo resplandecer mi corazón y alejó de mí toda la tristeza y las lágrimas. Los feos nubarrones que me habían perseguido a todas partes desaparecieron de mi horizonte.

—Llevaremos al niño con nosotros a donde vayamos. Sé de muchos compañeros que hacen lo mismo —me aseguró.

Pero me acordé de las cosas que me había contado Agnes acerca del matrimonio, la familia y el mundo del espectáculo.

—Michael, ¿no resulta demasiado duro criar una familia cuando uno trabaja en el espectáculo?

—Es duro, pero no imposible. Especialmente cuando dos personas se aman tanto como tú y yo. Así, pues —dijo, juntando sus manos de golpe y poniéndose en pie—, no más lágrimas. Vámonos ya. —Me tendió la mano para que la cogiera—. Camino de la reunión te llevaré en el taxi y te dejaré en la residencia.

Me ayudó a ponerme el abrigo y se puso el suyo.

—Y, ahora, recuerda —dijo después de besarme en la mejilla— que debes mantener esto en secreto hasta que yo haya terminado en la «Escuela Bernhardt». Aquí hay algunos profesores a quienes les gustaría verme envuelto en las furiosas olas del escándalo para que me expulsaran. Hasta podría dañar mi carrera como cantante.

—¡Oh, Michael, no te preocupes! Nadie sabrá nada. Antes moriría que decírselo a nadie.

—Pero ya se lo has contado... a tu compañera de habitación —me recordó.

—Sí, pero Trisha tampoco dirá nada a nadie. Es mi mejor amiga y puedo confiar en ella.

—Tampoco deberías hablarle de mí. Sigue como hasta ahora. Lo has hecho perfectamente. ¿Sabes que eres muy ingeniosa? —dijo y yo me llené de orgullo cuando me echó el brazo por los hombros y salimos.

A mi regreso a la residencia ya habían terminado de cenar. Como a Trisha le tocaba ayudar aquella semana, estaba todavía recogiendo la mesa cuando entré. Ya no quedaba nadie más en el comedor.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó. Bajó la voz y miró hacia el cuarto de Agnes—. Agnes está fuera de sí. Fue en tu busca y al no encontrarte por ninguna parte, se asustó mucho. Te olvidaste de firmar. Cada vez que alguno no está donde se supone que debe estar, teme que pueda haber huido lo mismo que hizo *el Huesos*. ¿Dónde has estado?

—Fui a su apartamento y le puse al corriente de todo —dije.

—¿Y qué te dijo?

—No se inmutó ni se enfadó. A decir verdad, le ha hecho feliz. ¡Oh, Trisha, vamos a casarnos!

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Dentro de un par de meses.

—¿Pero qué hay de la escuela y de tu carrera?

—Eso no será ningún inconveniente. Lo tiene todo previsto. Está muy contento y no le importa lo que pueda costar contratar a una niñera mientras yo continúo con mi carrera. Siempre ha deseado tener un hijo —proseguí, adornando aquella invención mía, que se había convertido para mí en un sueño romántico—. Sintió no haber tenido hijos con su primera esposa. Pero debo mantenerlo en secreto por algún tiempo, Trisha. Así que, por favor, no le digas a nadie nada de esto. ¿Me lo prometes?

—Desde luego, te lo prometo. Pero no podrás ocultarlo siempre —me recordó. Me miró fijamente durante un rato y luego meneó la cabeza, sonriendo—. ¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—¡Oh, sí! —afirmé—. Más de lo que podrías imaginarte. Al fin tendré una familia, mi propia familia y, aunque contemos con la ayuda de una niñera, jamás descuidaré a mi hijo ni permitiré que se sienta falto de cariño.

—Entonces, si tú eres feliz, yo también lo soy —dijo Trisha, cogiéndome la mano.

—Gracias.

Nos abrazamos.

—Pero será mejor que vayas a la habitación de Agnes y le digas que ya has vuelto —dijo Trisha—. Probablemente, a estas horas ya estará revolviendo su cómoda en busca de las ropas apropiadas para una nueva tragedia.

Fui al cuarto de Agnes, pero cuando me disponía a llamar a la puerta, oí voces dentro. Había alguien más con Agnes.

—Siempre has hecho lo mismo —decía otra voz de mujer—. Te las arreglas para ahuyentarlos. Tendrías que maquillar también tu mente; morirás como una solterona y no podrás culpar a nadie más que a ti misma.

—Eso es injusto —replicó Agnes—. Yo no he hecho nada para ahuyentarlo. Le has ahuyentado tú; has sido tú y tus malditos celos.

—¿Yo?

Me pregunté quién estaría allí. ¿De quién estarían hablando? No era de mí. Cuando me disponía a retirarme Mrs. Liddy salió de su cuarto.

—¡Oh, querida! ¿Dónde has estado? No sabes lo preocupada que estaba Agnes. Vas a contárselo, ¿verdad?

—Yo..., sí, pero está ocupada; tiene compañía —dije.

—¿Compañía? —Mrs. Liddy arqueó las cejas y luego se echó a reír—. ¡Oh, no! Puedes llamar a la puerta —me sugirió—. Adelante.

Hice lo que me dijo y Agnes abrió la puerta. Llevaba una bata de color granate y el pelo suelto. Tenía las mejillas bañadas de lágrimas. Cuando miré hacia dentro vi que no había nadie más en la habitación. Volví a mirar a Mrs. Liddy, que asintió ligeramente, con los ojos cerrados. Entonces comprendí que la otra voz la había producido Agnes creando su propio diálogo, ensayando alguna escena de una obra en la que había participado.

—Y, bien, jovencita, ¿adonde has ido? —preguntó cruzándose de brazos y echando los hombros hacia atrás—. No has firmado ni has dicho a nadie adonde ibas. Bien, ¿dónde has estado, Dawn? ¿Por qué no acudiste a la cena cuando dijiste que lo harías? —Tenía la mirada vidriosa y sus pálidas manos temblaban cuando se las llevé de la cintura a la garganta—. Agradece a Mrs. Liddy que no haya telefoneado a tu abuela.

—Lo siento, Agnes. Cuando bajaba a cenar me acordé de que tenía que llamar a una amiga que padece un grave problema personal. La noté tan abrumada que tuve que salir corriendo antes de que hiciera un disparate —dramaticé, abriendo exageradamente los ojos.

—¡Válgame Dios, querida! —exclamó Agnes, oprimiéndose el pecho con las manos crispadas. No me cabía duda de que el drama era su plato fuerte. Pero Mrs. Liddy ladeó la cabeza con aire escéptico mientras se succionaba un extremo de la boca.

—Lo siento —repetí, mirando inmediatamente a Agnes.

—Bien. ¿Y ya se ha solucionado todo?

—¡Oh, sí, sí! —respondí, pensando ahora en mi propio problema—. Todo está... solucionado.

Y lo estaba, en lo que a mí concernía. En las semanas que transcurrieron entre el día de Acción de Gracias y las vacaciones de Navidad, mis náuseas y vómitos matinales fueron cediendo gradualmente hasta que acabaron por desaparecer. De hecho, empecé a sentirme generalmente bien y con más energías que en toda mi vida. Al mirarme al espejo, me daba la sensación de estar más radiante que nunca. Mis ojos poseían un brillo que no habían tenido antes. Otras personas también notaron en mí estos cambios; especialmente Madame Steichen.

—Ahora es cuando tocas con pasión —me dijo una tarde—. Tus dedos no se

limitan a apretar las teclas; te has identificado con el piano —expuso, irguiendo orgullosamente la cabeza para indicar que ella era la responsable— y el piano se ha identificado contigo.

Yo cabalgaba sobre una nube suave y esponjosa, e iba flotando por los corredores. Los chicos que antes se limitaban a mirarme cuando nos cruzábamos en los pasillos, o sólo me decían «hola», ahora me sonreían generosamente o buscaban pretextos en el vestíbulo para que me parase a charlar con ellos. Por lo menos media docena de chicos diferentes me invitaron a salir y naturalmente me vi obligada a rehusar. Para que no me considerasen engreída, cuidé de ofrecerles unas excusas razonables y de mostrarme cortés y amigable con todos.

Me preguntaba si Michael advertiría aquellos cambios en mí, pues no los mencionaba. Exceptuando que algunas veces me preguntaba cómo me sentía, nunca aludía a la cuestión de mi embarazo. Si acaso, Michael se conducía más como un profesor y menos como un amante desde el día frío y lluvioso en que fui a su apartamento. Su trabajo en la organización del espectáculo de Broadway le tuvo muy ocupado todos los fines de semana a partir de entonces, y un fin de semana tuvo que ir a Washington con los productores para reunirse con algunos inversores. Yo le echaba de menos y se lo dije. Me prometió que, tan pronto como pudiera, me dedicaría cualquier momento de que dispusiera. Pero hacía tanto tiempo que no lo tenía, que yo estaba empezando a preocuparme.

—¿Va todo bien? —le pregunté una tarde en cuanto Richard Taylor nos dejó solos.

—¡Oh, sí, claro! —respondió en seguida—. ¿Por qué?

—Pareces tan distante estos días... Tenía miedo de que hubieras considerado las cosas y te hubieras arrepentido.

—¡Oh, no, no! Es que ahora tenemos muy poco tiempo para concluir lo que esperábamos hacer y quiero asegurarme de que estarás dispuesta para cosas más grandes. Siento haber sido demasiado duro contigo en la clase —dijo.

—No has sido demasiado duro conmigo. Además, me gusta trabajar duramente en mi música. ¿Lo voy haciendo mejor?

—Considerablemente mejor. Cuando hayas dado a luz, esperaremos un día más de lo necesario para que actúes en la audición. Por ahora, no obstante —recalcó—, lo único que tenemos que hacer los dos es trabajar sin descanso. Ahora voy a reunirme inmediatamente con la productora del espectáculo. Pero, por favor, no creas que te estoy olvidando. No pasa un momento sin que piense en ti y en las cosas tan maravillosas que nos esperan.

—¡Oh, Michael! —exclamé—, lo mismo me ocurre a mí. —Iba a rodearle con mis brazos cuando me recordó que todavía estábamos en la escuela y que podía entrar alguien en el auditorio. Nos separamos con un beso rápido, como hacíamos

habitualmente, y yo salí antes que él.

Yo disfrutaba volviendo a casa a pie incluso en los días fríos. Cuanto más frío hacía, más viva me sentía caminando por la acera. Al respirar, mis pequeñas exhalaciones de aire parecían bocanadas de humo. Trisha fue fiel a su palabra y no dijo nada a nadie de mi embarazo, pero le fascinaban los cambios físicos operados en mí y pasaban pocas noches sin que ella y yo cogiéramos la cinta para medirme la cintura. Cuando sobrepasó nueve centímetros lo que había medido antes, me compré una faja para disimular el abdomen. Entretanto, Trisha fue a una biblioteca pública y sacó un libro sobre embarazos, y por las noches nos sentábamos juntas y discutíamos sobre el bebé que llevaba dentro: en qué grado de desarrollo se encontraba, qué sucedería después... Inevitablemente, llegamos a la cuestión del nombre.

—Si es niño, creo que Andrew; significa fuerte y varonil.

—¿Y si es niña? —preguntó Trisha.

—Eso está decidido; Sally, como mamá Longchamp contesté.

—Yo no podré tener hijos por lo menos hasta que cumpla cuarenta años —declaró Trisha—. No puedo permitir que nada se interponga en mi carrera de danza. De todos modos, a los cuarenta, la carrera de una bailarina ya está en declive.

—Entonces tendrás que casarte con, un hombre muy comprensivo —le dije.

—Si no es comprensivo, no merece la pena que me case con él —respondió—. Además, eso no es imposible. Tú has encontrado un hombre así, ¿no?

—Sí —afirmé—. Es cierto.

Insistió en que le contara más cosas de Allan y yo continué inventando, y a veces olvidando, nuevos detalles. Trisha, por su parte, no olvidaba nada y me recordaba siempre mis contradicciones hasta que me di cuenta de que cada día se mostraba más suspicaz. Estuve varias veces tentada de confesarle la verdad. «Si me guardaba tan bien los secretos, ¿por qué no podía confiarle la verdad?», pensé. Pero me daba miedo que ocurriera algo y se perdieran las cosas entre Michael y yo. Y, después de todo, le había prometido a Michael no contárselo a ella.

Tanto a Trisha como a mí nos divertía la fase de mi embarazo relativa a los caprichos dietéticos. Algunas tardes estaba impaciente por llegar a casa para prepararme un plátano untado con mantequilla de cacahuete. Me escondía en la cocina, cuando Mrs. Liddy había salido a hacer algún recado, o en cualquier otro sitio de la casa y me comía los extraños pisolabis.

Sin embargo, una tarde que abrí el frigorífico vi que Mrs. Liddy nos había hecho jalea para el postre de la cena y de repente me asaltó el deseo de comer jalea con copos de maíz. Llené un tazón tan aprisa como pude y vertí encima un poco de jalea. Como no tuve paciencia para subírmelo a mi habitación a escondidas, empecé a comerlo allí mismo, y en aquel momento se presentó Mrs. Liddy.

—¡Oh, lo siento, Mrs. Liddy! —dije en seguida, tratando de ocultar el tazón a sus

ojos—. No pretendía tocar su postre de jalea antes de la cena, pero de repente sentí necesidad de comer algo.

Siguió mirándome fijamente, con unos ojos que me taladraban. Después de mirarme a mí miró al mostrador donde yo había dejado la caja de los copos de maíz y luego volvió a clavar sus ojos en mí, con una mirada escrutadora.

—¿Qué estás comiendo... jalea y cereales?

Sonreí imperceptiblemente y me encogí de hombros sacando a la luz el tazón, aunque bajé la cabeza. Pensé que debía extremar el cuidado para que mis ojos no revelaran nada.

—Sí, Mrs. Liddy.

—Con que eres tú quien hurga cada día en el tarro de la mantequilla de cacahuete, ¿eh? —afirmó con la cabeza—. Querida, ¿acaso no comes al mediodía en la escuela?

—A veces. Pero otras estoy demasiado ocupada, Mrs. Liddy.

Volvió a clavar en mí su mirada escrutadora, con sus ojos llenos de interrogantes.

—¿Te encuentras bien, querida?

—¡Oh, sí! Me encuentro perfectamente.

—¡Hummm! —exclamó, asintiendo. Aparté la vista rápidamente, engullí unas cuantas cucharadas más de copos de maíz con jalea y luego me retiré de prisa a mi cuarto. El corazón se me salía del pecho. «Oh, Michael —pensé—, no podré ocultar por más tiempo el fruto de nuestra pasión y de nuestro amor».

Pronto descubrí que él sentía lo mismo.

Estaba en mi cuarto haciendo los deberes de matemáticas, cuando oí a Trisha saltando por los peldaños de la escalera en la excitada forma en que los subía cuando iba de prisa. Sólo faltaban dos días para que empezaran las vacaciones de Navidad y todos nuestros profesores nos cargaban de trabajo, especialmente los de artes teatrales, deseosos de que sus alumnos de baile y canto alcanzaran ciertos niveles antes de la larga diáspora que se iba a producir durante el paréntesis vacacional. Trisha tenía tres días de danza aquella semana final, en vez de los dos fijados habitualmente y yo había llegado a casa casi dos horas antes que ella. Abrió la puerta de golpe e irrumpió en la habitación como impulsada por los fríos vientos invernales.

—¿Qué ocurre? —pregunté, inmediatamente. Estaba en la cama cubriendo con la manta mi abultado abdomen pues aprovechaba cualquier oportunidad para no llevar puesta la faja.

—¿Que qué ocurre? Creí que iba a encontrarte muy apurada. No me digas que no sabes nada. ¿O es que no lo sabes? —preguntó, cerrando la puerta al entrar y acercándose a mí. Dejó el montón de libros sobre la cama.

—¿Saber qué, Trisha? —exclamé, sonriendo—. ¿De qué estás hablando?

—Michael Sutton —declaró, poniéndose las manos en las caderas.

—¿Michael Sutton? —«Oh, no, pensé. ¿Se habría enterado de lo nuestro la dirección de la escuela? ¿Se habrían quejado de él aquellos envidiosos profesores y le habrían despedido?»—. ¿Qué pasa con Michael Sutton? —Cerré el libro lentamente.

—Que se marcha. ¡Se ha ido! —respondió, levantando las manos.

—¿Que se ha marchado? ¿Le han despedido?

—No. ¿Por qué le iban a despedir? No puedo creer que no te hayas enterado de ello hoy antes de venir a casa. En la escuela no se habla de otra cosa. Deben haberlo puesto en el tablón después de que te vinieras.

—¿En el tablón? ¿Qué han puesto?

—El aviso informando a sus alumnos. —Se sentó a mis pies y siguió—. Al parecer, le han ofrecido el papel principal de una importante producción en Londres. Ha sido una cosa que nadie esperaba. Se rumorea que ha estado algunas semanas celebrando reuniones para hacerlo y al final se ha concretado. Ha dejado una carta en la puerta de su clase de música disculpándose con la escuela y con sus alumnos, y explicando por qué ha tenido que irse tan de improviso. Por supuesto, la dirección de la escuela lo comprende. Al fin y al cabo, ésta es una escuela de artes teatrales. Es decir, del mundo del espectáculo —precisó, levantando las manos—. Pero sus alumnos no están muy contentos que digamos. Me gustaría que vieras a Ellie Parker. Se queja de que prometió presentarla este año en una audición de Broadway. He venido corriendo a casa porque sabía que te iba a afectar, y en este estado tuyo...

En alguna parte del fondo de mi mente podía escuchar el zumbido del trueno. Cuando cerré los ojos vi aquellas feas, enojadas y amenazantes nubes negras que se movían con el viento y corrían un telón oscuro sobre el azul claro del cielo, cubriendo de sombras todo lo que abajo era verde y brillante. Mi corazón me golpeaba como un ladrillo dentro del pecho.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Trisha, inclinándose sobre mí para cogerme la mano—. Te noto los dedos como el hielo.

Asentí, con los ojos todavía cerrados. Tenía la garganta demasiado rígida para intentar hablar.

«No temas —me dije a mí misma—. Mantén la calma. Todo esto forma parte del plan que Michael ha ideado para nosotros. No tardará en llamarme para comunicarme por qué ha tenido que hacer las cosas tan apresuradamente y sin, avisarme. Pero él había dicho que iría a Florida —pensé—, no a Londres. Tal vez les ha dicho a Londres para que no nos localicen. Tiene que existir una razón lógica para todo esto —me, dije a mí misma—. No temas».

Abrí los ojos y aspiré profundamente.

—¿Alguien le ha visto o ha hablado con él? —pregunté, luchando a brazo partido contra la histeria que quería apoderarse de mi voz.

—No. Richard Taylor dice que ya se ha ido.

—¿Ido? —Sacudí la cabeza como si no hubiera entendido la palabra.

—Sí, que ha abandonado el país —me aclaró Trisha—. Si vieras qué enfadado está Richard Taylor. Se queja de que se ha ido sin avisarle ni dejar rastro. Se siente como un imbécil porque le ha dejado solo con todo este asunto entre manos. Claro que la dirección de la escuela —continuó— nombrará a alguien para cuando volvamos de las vacaciones de Navidad, pero...

Al levantar la cabeza y verme temblando, dejó de hablar. Yo no podía evitar los temblores. Era casi como una convulsión. Unas lágrimas frías recorrían mis mejillas y me dolía tanto el pecho, que pensé que me iba a estallar. Un fuerte calor en las sienes empezó a extenderse por la frente. Parecía que me habían puesto una corona de hierro ardiendo.

—¡Oh, Dawn! Sabía que ibas a disgustarte. Con lo bien que te iba con ese profesor, ¿verdad? Y estoy segura de que también te había prometido buscarte audiciones. Pero no debes molestarte por ello. A Allan no le gustará verte triste.

Mi lengua se negó al principio a articular palabras pero, como el silencio se prolongaba y se hacía incómodamente opresivo, me tragué las lágrimas y grité:

—¡Nooo!

Me tapé la cara con las manos y sacudí la cabeza.

—Dawn.

Bajé lentamente las manos y clavé la vista en su rostro, lleno de compasión.

—No existe ningún Allan —expliqué en un áspero susurro.

—¿Qué? —Se puso a sonreír—. ¿Qué quieres decir con eso? Naturalmente que existe un Allan. No puedes negarme que estás embarazada.

—No, no —respondí lentamente, hablando como si me hubieran golpeado en la cabeza y estuviera aturdida—. Allan no ha existido nunca. Ha sido Michael —confesé—. Estoy embarazada de Michael.

—¿De Michael? ¿Michael Sutton? —Se quedó boquiabierta—. Pero... —Sus ojos se abrieron, exageradamente llenos de sorpresa—. Pero él se ha ido.

—No —rebatí parsimoniosamente, sonriendo—. Todo forma parte de un plan, parte del plan que ha ideado para nosotros. Esto no iba a suceder hasta final del curso, pero es evidente que se ha visto obligado a acelerar las cosas. Tendré que irme con él —dije, sacando las piernas de la cama y deslizándolo los pies dentro de las zapatillas—. Me está esperando, no me cabe duda.

Trisha se limitó a mirarme atentamente cuando me acerqué al armario y escogí uno de mis vestidos de lana más holgados. Me lo introduje rápidamente por la cabeza y me senté a cepillarme el cabello.

—Yo quería decirte la verdad, Trisha —proseguí—, pero le prometí a Michael guardar el secreto. Le preocupaba su trabajo. Lo comprendes, ¿verdad? —le pregunté. Asintió en seguida, pero su rostro seguía muy confuso—Hay mucha gente

envidiosa que querría destruirle porque le sobra talento. El año que viene va a actuar en un espectáculo en Broadway, ¿sabes? Y hay muchas posibilidades de que actúe yo también. No pongas esa cara tan sombría, Trisha —dije, volviéndome hacia ella—. Estoy segura de que todo va bien.

Sonrió, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—De veras —insistí—. Resultará bien. Yo me iré ahora con él y él me explicará los detalles. ¿Sabes?, vamos a pasar juntos las fiestas de Navidad. —Me miré al espejo y continué cepillándome el pelo mientras hablaba, recordando cosas—. Compré un arbolito precioso sólo para mí. Debías haber visto qué montón de regalos me llevó. Todos para mí. Es escandaloso cuánto dinero se ha gastado conmigo. ¿Te imaginas que para Nochevieja seré la esposa de Michael Sutton? —dije, volviéndome hacia ella—. ¿Verdad que suena maravillosamente bien? Tienes que darme el teléfono de dónde estarás celebrándolo para llamarte a las doce en punto desde nuestro apartamento, deseándote un feliz Año Nuevo. Estaremos los dos abrazados delante del fuego. Como ves —acabé, mirándome en el espejo—, lo tenemos todo planeado.

Me levanté para elegir un par de zapatos.

—¿Por qué no te ha llamado todavía? —me preguntó.

—Estará esperándome en su apartamento —contesté—. ¿Por qué si no?

—¿Quieres que vaya contigo? Déjame acompañarte —se apresuró a decir.

—No, no seas boba. Además, ¿qué iba a parecer si me presentara contigo al lado? No puedes venir conmigo. Le prometí no contárselo a nadie hasta que él lo creyera conveniente. No. Puedo ir yo sola.

—Está empezando a nevar —dijo ella—. Tenemos otra tormenta.

—Trisha, no pienso ir andando a su apartamento. Te estás comportando como una madre nerviosa. Te aseguro que estaré bien.

Me puse el abrigo.

—Dile a Agnes... dile...

—¿Qué? —preguntó Trisha.

—Dile que me he fugado con el novio —contesté, con una sonrisita parecida a la suya.

—Dawn —dijo Trisha, poniéndose en pie.

—¿Qué tiene eso de malo? Cuando dos personas se aman como nosotros, no importa nada más. Deberías oírnos cantar juntos. ¿Qué estoy diciendo? Dentro de poco, nos oirás—añadí, volviendo a reírme.

Salí apresuradamente del dormitorio y bajé de prisa la escalera. Trisha me llamó, pero no me detuve y crucé la puerta principal antes de que pudieran verme. Trisha tenía razón; había empezado una tormenta de nieve y caían unos copos tan grandes que resultaba difícil ver a más de metro y medio de distancia. Corrí hasta la esquina y empecé a levantar la mano a todos los taxis que pasaban, sin ver si llevaban o no

pasajeros dentro. Por último, se detuvo uno delante de mí y me lancé literalmente en picado sobre el asiento posterior. Di al taxista la dirección del apartamento de Michael y me acomodé en el asiento pensando en las cosas que iba a decirle cuando abriera aquella puerta y me abrazara.

Iba a ser igual que un musical maravilloso en el momento en que sus dos protagonistas vencen finalmente los obstáculos que los separan y se encuentran en el escenario para cantar el uno en brazos del otro.

—Aquí estoy, Michael —susurré—. He venido, amor mío, a quedarme contigo para siempre. Basta de secretos, de escondernos, de reunimos clandestinamente; no más besos fugaces y robados. A partir de ahora caminaremos de la mano en público y todo el mundo podrá ver lo mucho que nos queremos y cómo nuestro talento hace de nosotros algo muy especial.

—Parece que se pone mal la cosa —dijo el taxista—. En las ciudades, en cuanto cae un palmo de nieve se desatan los demonios y se paraliza todo. ¡Vaya desbarajuste!

«¡Oh, no! —pensé al mirar por la ventanilla—. Esta nieve es maravillosa. Me hace feliz que esté nevando. Tal vez tengamos unas Navidades blancas». Me parecía estar oyendo el sonido de las campanas y los villancicos de Navidad. Me hacía a la idea de que Michael y yo estábamos detrás de la ventana, viendo pasar a los juguistas por la calle, Michael con el brazo alrededor de mis hombros y los dos bien calientes, bebiendo ponche de huevo. Tal vez acabáramos de hacer el amor.

«Feliz Navidad, amor mío», me diría Michael, besándome.

—¿Qué dice? —preguntó el taxista.

—Nada —respondí, sonriendo—. Soñaba en voz alta.

Me miró por el espejo retrovisor y luego meneó la cabeza. «Es comprensible —pensé—. ¿Cómo iba a esperar que nadie entendiera lo especialmente dichosa que me sentía?

Iba tan entusiasmada, que cuando llegamos estuve a punto de irme corriendo sin pagar el viaje. Al oír que me llamaba el taxista, regresé y le di todo el dinero que tenía, el doble de lo que marcaba el taxímetro.

—¡Felices Pascuas! —le deseé con voz cantarina cuando me miró, lleno de sorpresa—. ¡Todo el mundo debería ser tan feliz como yo!

Se encogió de hombros y se fue. Cuando entré en el vestíbulo, el conserje, que ya me conocía más que de sobra, me miró con cara de extrañeza al verme dirigirme al ascensor. Le dirigí una sonrisa y entré en el ascensor en cuanto se abrieron las puertas. En el instante en que volvieron a abrirse al llegar arriba, corrí a la puerta de Michael y pulsé el timbre. Por un momento pensé que no estaba en casa pues no se oía ningún ruido dentro ni a nadie que se acercara a la puerta. Volví a llamar y entonces escuché pasos.

«Mi amor», pensé.

Entonces se abrió la puerta y apareció un hombre mucho más viejo que Michael, con el pelo gris ensortijado y la cara redonda. Tenía unas mejillas rosáceas, unas cejas muy pobladas y llevaba un recio batín de lana con una toalla al cuello.

—Hola —saludó—. Casi me pilla en la ducha.

Miré por encima de él hacia dentro, pero no vi a nadie más.

—Pregunto por Michael —dije.

—¿Michael? ¡Ah! ¿Michael Sutton? —asentí, pero él negó con la cabeza—. Verá, se ha ido. Me imagino que a estas horas estará sobre el Atlántico. ¿Tenía usted alguna cita con él, Miss...?

—¡No —exclamé—, no puede haberse ido! Siguen aquí todas sus cosas. — Señalé los cuadros, los muebles...

—Estas cosas no son de Michael, señorita. Michael tenía subarrendado el apartamento. Estoy seguro de que existe alguna confusión. Aquí tengo su dirección prevista en Londres, pero...

—¡No, tiene que estar aquí! —insistí, pasando por delante de él, que no me impidió la entrada. Recorrí todo el apartamento—. ¡Michael, Michael!

Un vistazo al dormitorio me confirmó que realmente se había ido. Ya no estaban allí las cosas que yo conocía como tuyas y en el armario estaban colgadas otras prendas diferentes. Hasta la colcha de la cama era distinta. El hombre que me había permitido entrar estaba detrás mío, ahora con una expresión de enojo en el rostro.

—Escuche, señorita, ya le he dicho que Michael Sutton se ha ido. ¿Quiere que le dé su nueva dirección o no?

—No puede haberse ido —repetí, ahora con voz casi inaudible. Cuando abandonaba el apartamento me detuve a mirar nuestro arbolito de Navidad—. Todos aquellos regalos son para mí —dije en voz baja. El hombre se echó a reír al oírme.

—¿De veras? Pues son unos regalos muy baratos. Todas las cajas están vacías. Las puso sólo con fines decorativos —añadió—. Lo siento. Veo que está usted muy contrariada, pero...

—¡No! Me está esperando en algún sitio. Tiene que ser así. Puede que me haya llamado. ¡Oh, no! Me estará telefoneando y yo no estoy allí.

—Si la está telefoneando, será desde un avión sobre el océano —arguyó el hombre secamente—. Créame, le digo la verdad. Le he llevado yo mismo al aeropuerto.

Le miré fijamente un momento y luego sacudí la cabeza.

—¡No, me está esperando en alguna parte! Tiene que ser así. Gracias, gracias. ¡Ah! —dije, parándome, al llegar a la puerta—. Que tenga buenas Navidades.

—Gracias, igualmente —correspondió y cerró la puerta en cuanto salí al rellano.

Eché a andar despacio hacia el ascensor. Me pareció oír a Michael cantando en

alguna parte. Entonaba la misma canción de amor que había interpretado cuando dimos nuestra primera clase particular. Empecé a tararearla bajito. Entré en el ascensor y bajé al vestíbulo. La voz de Michael sonaba todavía más fuerte. El conserje me abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme paso.

—¿Le oye usted? —pregunté—. ¿Verdad que es una canción muy bella?

—¿Eh? ¿Oír, a quién?

Se quedó mirando cómo me perdía entre la nieve. Los copos me azotaban las mejillas y los ojos, pero yo recibía aquel frescor como si de los besos suaves de Michael se tratara. El estaba al otro lado de la esquina, cantando. ¡Qué romántico! Sonreí y continué avanzando; me arrastraba su voz, sus promesas de amor, que iban cobrando mayor fuerza a medida que caminaba. Pero, cuando alcancé la esquina, descubrí que estaba cantando en la de más allá, y así sucesivamente según avanzaba. A lo largo de mi caminar sonaba el clamoreo de las bocinas de los coches, pero yo sólo tenía oídos para Michael.

—«Ya voy, amor mío», susurré, y empecé a cantar también, igual que había hecho el primer día. Pronto volvería a tenerme entre sus brazos como antes y me besaría de nuevo.

Me cegaba la nieve, pero no necesitaba ver para saber dónde iba. La voz de Michael me guiaba por la dirección verdadera. Apenas podía distinguir las luces del tráfico. ¿Eran rojas o verdes? No importaba. Ahora nos estaba observando todo el mundo; todos se paraban a contemplarnos. El mundo entero era nuestro público. De un momento a otro llegarían los aplausos, como yo siempre había esperado.

Levanté la voz y empecé a cantar más alto. El estaba ahora a poca distancia. Podía verle allí de pie, extendiendo los brazos hacia mí.

—¡Oh, Michael! —grité.

Y entonces oí que sonaba la bocina de un coche que parecía estar precisamente encima de mí. Oí los chirridos de los frenos y algo que me rozaba la pierna derecha. Me hizo dar vueltas pero yo sentía como si me estuviera elevando, como si flotara envuelta por la tormenta de nieve, en un incesante torbellino que cada vez me elevaba más alto. Hasta que cesó todo.

SIN UN SITIO DONDE IR

Caía por un gran túnel blanco y, en mi caída, no paraba de girar. Cada vez que miraba hacia un sitio veía una cara conocida. Allí estaba mamá Longchamp, con la cara triste y cansada; papá Longchamp con la mirada gacha, que parecía avergonzada; Jimmy, aguantándose las lágrimas lleno de rabia, y también la pequeña Fern, sonriente y extendiendo los brazos hacia mí.

Seguí cayendo por el túnel y pasé por delante de la abuela Cutler, que me miraba, ceñuda. Vi a Randolph, que parecía distraído y muy ocupado, y a mi madre, con la cara toda rosada y la cabeza reposando confortablemente sobre un almohadón de seda blanca. Más abajo de ella estaba Clara Sue, que se reía jubilosamente ante mi irremediable descenso. Luego emergió Philip, con los ojos llenos de lujuria. Finalmente, estaba Michael, sonriendo al principio. Luego su sonrisa se fue evaporando y él se fue haciendo cada vez más pequeño, según caía por debajo de mí, hasta desaparecer.

—¡Michael! —grité—. ¡Michael, no me dejes! ¡Michael! Oí unas voces a mi alrededor.

—Mira el monitor, está sucediendo algo.

—Está volviendo en sí.

—Hay que llamar al doctor Stevens.

—Dawn —oí que decía alguien—. Dawn, abra los ojos. Vamos, Dawn. Abra los ojos.

Mis párpados aletearon.

—Dawn.

La claridad que me envolvía empezó lentamente a tomar forma y vi una pared de color blanco lechoso y una gran ventana con la cortina corrida. Mis ojos se movieron hacia lo que tenía más cerca y descubrieron un poste metálico sujetando una botella intravenosa. Fui siguiendo el tubo que salía de ella y terminaba en mi brazo. Al volver la cabeza vi a una enfermera que me miraba desde arriba. Me sonrió. Tenía los ojos azules y el pelo castaño claro. No parecía mayor de veinticinco años.

—Hola —saludó—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Dónde estoy? —pregunté—. ¿Cómo he venido aquí?

—Está en un hospital, Dawn. Ha sufrido un accidente —respondió, con calma.

—¿Un accidente? No recuerdo ningún accidente —dije. Traté de moverme y me sentí muy envarada.

—Procure tranquilizarse —aconsejó—. Dentro de un rato vendrá el médico y le

explicará algo más. —Me atusó el pelo y me arregló la almohada para que estuviera más cómoda.

—¿Pero qué clase de accidente he tenido? —pregunté.

—Le atropelló un coche. Afortunadamente, el coche no iba muy de prisa en aquel momento y, en realidad, no hizo más que rozarla. Pero la derribó y perdió usted el conocimiento por el golpe de la caída. Ha estado en coma.

—¿En coma? —Miré otra vez a mi alrededor. Oía a otras enfermeras y doctores hablando en el pasillo, al otro lado de la habitación—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Hoy es el cuarto día —respondió.

—¡Cuatro días! —Quise incorporarme, pero sentí vértigos inmediatamente y apoyé la cabeza en la almohada.

—Bueno, bueno, bueno —habló el doctor, entrando con otra enfermera que parecía mayor que ésta y menos amable—. Bienvenida otra vez al mundo —dijo, poniéndose a mi lado—. Soy el doctor Stevens.

—Hola —dije en voz baja.

—Hola —respondió.

Parecía un hombre en la recta final de los cincuenta años. Tenía el cabello de color castaño oscuro y unas sienes grises que le daban un aire distinguido. Pero sus ojos de color almendra parpadeaban con la agilidad de un hombre mucho más joven. Su cara era redonda, algo mofletuda, y tenía un hoyuelo en el mentón. Era fornido, con el cuello de luchador, y probablemente no medía más de uno setenta o uno setenta y cinco. Me tocó con ternura y me sonrió cariñosamente.

—¿Qué me ha pasado? —le pregunté.

—Ya le he explicado lo de su accidente —le informó la enfermera más joven.

—Se vio envuelta en una tormenta de nieve y un coche la golpeó con fuerza suficiente para hacerle dar varias vueltas y caer de espaldas. Debió darse un golpe en la cabeza con un trozo de nieve dura y el golpe bastó para dejarla inconsciente. Desde entonces no ha sentido deseos de recuperar el conocimiento —dijo, afinando más la perspicacia y curiosidad de sus ojos según me miraba ahora desde arriba—. Todos sus signos vitales son buenos y carece de fracturas. Sin embargo —continuó, ahora con una voz más baja y más suave según acercó su cara a la mía y me cogió la mano, estoy seguro de que sabe usted que está embarazada.

Aquellas palabras trajeron las lágrimas a mis ojos, pues me recordaron inmediatamente a Michael y su abandono. Me tragué las lágrimas y asentí.

—¿Trataba usted de ocultarlo —me preguntó— y por eso no lo sabía su familia?

—Sí —contesté, sin que apenas se me pudiera oír. Esperaba que torciera el gesto y me echara una reprimenda, pero se limitó a cerrar y abrir apaciblemente los ojos y a sonreírme.

—Estoy seguro de que su hijo es muy fuerte —dijo—. Por regla general, un

accidente como el suyo conlleva el peligro de perder al niño, pero todo marcha bien por ahí dentro.

Se me hizo un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Empezaremos dándole de comer cosas normales y le quitaremos el gotero intravenoso. En un día o dos podrá levantarse y andar. Después de eso, habrá acabado la observación y podrá irse. Lo que no puedo prever es si surgirán otras complicaciones —añadió, sonriendo—. ¿Alguna pregunta?

—¿Sabe alguien que estoy aquí? —me apresuré a preguntar.

—Oh, sí. En efecto, hay una joven en el pasillo. Ha pasado horas y horas esperando y viniendo cada día a ver cómo se encuentra. Es realmente una buena amiga suya y ha estado muy preocupada por usted. ¿Le apetece un poco de compañía? —preguntó.

—¡Oh, sí, por favor! Debo ver a Trisha —contesté.

—De acuerdo. Le quitaremos el gotero y ordenaré que le traigan algunos alimentos y líquidos suaves. Hasta que recupere el equilibrio y las fuerzas, se sentirá un poco mareada, pero eso desaparecerá. El muslo derecho le seguirá doliendo durante una semana o más. Es donde la golpeó el coche. Lo importante es que se coma todo lo que le traigan y que por el momento no trate de hacer demasiado. ¿De acuerdo? —dijo, dándome un golpecito en la mano.

—Sí. Gracias.

Hizo una señal a la enfermera y ésta empezó a quitarme el gotero. El doctor apuntó algo en la gráfica de los pies de la cama y luego me sonrió de nuevo y salió con la enfermera de mayor edad. La más joven manipuló una palanca y levantó mi cama dejándome más bien en posición sedente, pero sólo aquel leve movimiento me hizo sentirme mareada durante un rato y me obligó a cerrar los ojos hasta que terminó.

—Volveré con algo de comer y beber para usted —dijo—. Y haré pasar a su amiga.

—Gracias.

Respiré profundamente varias veces y traté de recordar lo que había sucedido, pero lo tenía todo confuso. Ni siquiera recordaba haber ido al apartamento de Michael. Lo único que podía reunir eran imágenes inconexas: la cara de un hombre mayor, el dormitorio de Michael con un aspecto diferente y el arbolito de Navidad en el rincón del salón. Estos recuerdos devolvieron las lágrimas a mis ojos.

—Hola —saludó Trisha, cruzando el umbral de la puerta. Traía abierta su chaqueta de lana azul oscura y llevaba una bufanda blanca. En la mano izquierda sostenía una cajita envuelta en papel de regalo. Se había cepillado el pelo hacia atrás y lo llevaba sujeto en cola de caballo. Sus mejillas todavía estaban castigadas por el frío inclemente, pero ofrecía un aspecto tan fresco y radiante que resultaba grato verla

en aquel blanco y apacible rincón hospitalario.

—Hola —le respondí, tendiéndole la mano. Ella la cogió inmediatamente.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó.

—Cansada, confusa y algo dolorida. En cuanto levanto la cabeza de la almohada me mareo, pero el doctor acaba de decirme que esto desaparecerá pronto según vaya comiendo y recuperando fuerzas.

—Te he traído unos dulces —dijo, depositando la caja sobre mi mesilla de noche—. Así podrás ponerte gorda y fea.

—Gracias. —Mi sonrisa se desvaneció cuando nos miramos mutuamente—. ¿Sabes lo que me ocurrió? —le pregunté. Trisha asintió y bajó la cabeza, sin soltarme la mano—. Fui a su apartamento; pero no estaba allí; me ha abandonado.

Levantó la vista de golpe.

—Es una persona horrible si hace eso, horrible. Ojalá hubiera sabido yo todo este tiempo que se trataba de Michael Sutton. Te hubiera advertido para que te alejaras de él, aunque no creo que me hubieras hecho caso —agregó.

—Tal vez ha tenido miedo de estropear su carrera —apunté.

—No. Lo que pasa es que es un egoísta. —Miró hacia la puerta y luego se acercó a mí—. ¿Se encuentra bien el niño?

—Sí. —Usando las mismas palabras que el doctor, dije—: Todo marcha bien por aquí dentro.

—¿Qué vas a hacer ahora? —se apresuró a preguntarme.

—No lo sé. A estas alturas no puedo hacer otra cosa que tener el niño. De todos modos, quiero tenerlo —dije, firmemente.

—¿De veras?

—Ahora no me importa lo que sea de Michael. Le quise y él debió de quererme un poco. El niño es el resultado de las cosas buenas, de las cosas bellas —añadí, recordando el pasado—. El árbol de Navidad está todavía allí. Pensábamos pasar juntos unos maravillosos días de Navidad y Año Nuevo —gemí.

—No —dijo Trisha severamente—. Te encontrarás muy mal. Seguirás aquí más tiempo.

Me mordí el labio inferior y asentí con la cabeza. La enfermera regresó portando una bandeja con zumo y jalea.

—Empiece por esto —dijo, poniendo la mesita sobre la cama y depositando encima la bandeja. Luego metió una paja en el recipiente del zumo. Cuando me llevé la paja a los labios me temblaban los dedos.

—Yo la ayudaré —se ofreció Trisha.

—Gracias —dijo sonriendo la enfermera, y nos dejó solas. Trisha me sujetaba la paja mientras yo bebía. En vez de tres o cuatro días, tenía la sensación de que habían pasado siglos sin que mi boca y mi garganta hubieran tragado alimento alguno. Jamás

hubiera pensado que habría que hacer un esfuerzo tan grande para sorber un líquido.

—¿Qué hay de nuevo por la casa? —pregunté, después de tomarme un respiro—. Agnes debe de estar a punto de volverse loca.

—¡Oh, no te lo puedes imaginar! Cuando fue la Policía y se lo contó, se puso a dar vueltas por toda la casa con las manos crispadas diciendo a todo el mundo que estábamos en un barco que se iba a pique. Mrs. Liddy se las veía y deseaba para aplacarla. No paraba de decir: «Jamás había sucedido aquí nada igual. No es culpa mía». Finalmente, dio paso a una de sus representaciones plañideras y se mostró como una persona afligida. Aquello crispó mis nervios, porque parecía que hubieras muerto. Siempre que hablaba de ti lo hacía en pasado, diciéndonos que era una vergüenza. Decía que tenías mucho talento y que habías sido muy bella, pero que estabas muy mal criada. Al final, perdí el control de los nervios y la increpé: «¡No está muerta, Agnes! ¡Deje de hablar así!», le grité. Pero sirvió de muy poco. Me miró tristemente y meneó la cabeza como si fuera yo la loca y no ella. Todo lo que pude hacer fue dejarla sola. Cada momento libre que he tenido he venido aquí y he estado esperando a ver si despertabas.

—Lo sé, me lo han dicho. Gracias por tomarte tanto interés por mí, Trisha —le dije.

—No tienes que darme las gracias, so boba. Mira cómo te encuentras. Lo que tienes que hacer es curarte, recuperar fuerzas y salir de aquí. No me gustan los hospitales. Están demasiado llenos de gente enferma —dijo, y nos echamos a reír. Tenía los músculos abdominales muy doloridos y la risa me causaba dolor. Pero no me importaba.

—Estoy segura de que habrá avisado a mi familia —dije—. Ya ves lo que se interesan por mí. No ha venido nadie.

Trisha asintió.

—Pero me importa poco —añadí.

—Ahora toma un poco de jalea —me aconsejó Trisha. Y empezó a darme cucharadas.

Sólo de tomar aquella pequeña cantidad me quedé agotada. Me costaba trabajo mantener los ojos abiertos para seguir escuchando el relato de Trisha sobre lo que pasaba en la escuela. Finalmente, la enfermera regresó para llevarse la bandeja y le aconsejó que se marchara.

—La próxima vez que venga su amiga estará más despierta —prometí—. Ahora, necesita descansar. Eso es todo.

—Volveré mañana —prometió Trisha, apretándome la mano—. Le diré a Agnes lo bien que te vas encontrando y tal vez cambie su vestido negro por otro azul y se ponga algo de maquillaje.

Me encontraba demasiado débil, pero traté de reír y apenas me salió una sonrisa.

Trisha me besó en la mejilla y ni siquiera la oí ni la vi marcharse. Me encontraba ya otra vez sumida en un profundo sueño. Cuando desperté al final de la tarde me dieron cereales calientes y té. Traté de mantenerme despierta el mayor tiempo posible y de escuchar los sonidos que llegaban del corredor al paso de las enfermeras y los doctores que iban pasando visita a otros pacientes, pero volví a quedarme medio dormida. A la mañana siguiente me sentía más fuerte y con mucho más apetito. Me dieron un huevo pasado por agua y una tostada. El doctor Stevens se detuvo a visitarme y me tomó el pulso, me auscultó y examinó mis ojos.

—Ahora se está recuperando aprisa —dijo—. Le conviene seguir aquí un día o dos más.

Almorcé bien e incluso abrí la caja que me había regalado Trisha y tomé un par de dulces. A las enfermeras también les di algunos. Una enfermera auxiliar me trajo algunas revistas y pude leer alrededor de una hora. Avanzada la tarde se presentó Trisha con las noticias de la escuela y me contó lo que estaba sucediendo en la residencia.

—¡Qué extraño! —dijo—. Le conté a Agnes lo bien que te encontrabas y pareció no oír una palabra de lo que le dije. Habla de ti como si te hubieras ido, como si formarás parte de sus recuerdos. Al menos lleva maquillaje, se pone ropas de color y ha vuelto a su dramático estilo.

—Voy a intentar terminar mi carrera —dije—. Para mí sigue siendo muy importante.

Asintió y me contó cómo era el sustituto de Michael.

—Es alto y delgado, y lleva esas gafas que están siempre deslizándose por el caballete de la nariz. Las chicas me han dicho que es muy mecánico. Ya andan imitándole por la escuela: «Y uno y dos, y uno y dos, y...»

Me eché a reír.

—Todo un cambio en comparación con el fascinante Michael Sutton, ¿eh? —dije.

—¿Fascinante? —repitió, con tono despectivo—. Debo irme disparada. Tengo práctica de danza. ¡Oh, casi se me olvidaba! —dijo llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta y sacando una carta—. Esto llegó ayer para ti y pude cogerlo antes de que lo hiciera Agnes. Ha estado devolviendo todas tus cartas.

—¿Por qué?

Trisha se encogió de hombros.

—¿Quién puede explicar por qué Agnes hace lo que hace? Pensé que te interesaría esta carta. Es de Jimmy.

—¡Jimmy! —Se la arrebaté de las manos—. ¡Oh, gracias, Trisha!

—No tiene importancia. Bueno, espero que el médico te dé de alta mañana, pero, si no lo hace, estaré aquí por la tarde. —Me besó en la mejilla.

—Gracias, Trisha. Gracias por ser la mejor amiga que tengo en todo el mundo —

dije, con los ojos anegados de lágrimas.

—Estate tranquila —replicó—. Ya te lo haré pagar de alguna forma. Puede que te pases el resto del curso haciendo mi turno de servir la mesa y fregándome los platos de la cena.

—Con mucho gusto —afirmé.

—¡Nos veremos! —gritó, saliendo. Me quedé un momento mirando detrás de ella. Resultaba maravilloso tener una amiga como Trisha en aquellos difíciles y horribles momentos. Pero era en esos momentos cuando descubrías quiénes eran tus verdaderas amigas. De entre todas las cosas buenas que me habían sucedido en Nueva York (mi trabajo con Madame Steichen, mi selección para la clase de Michael, las felicitaciones que había recibido de los otros profesores, los espectáculos, los viajes y todo aquel entusiasmo), lo más importante era mi amistad con Trisha. Ahora me daba cuenta de ello y esperaba y rezaba para que continuáramos siendo siempre así de amigas.

Me limpié las lágrimas con los puños y dirigí mi atención hacia la carta de Jimmy. Pensé cuán hermoso era haber recibido aquella carta, aunque no me la merecía. Sobre todo, después de haberle traicionado de aquella forma a él y a su amor. Pensé que ahora tendría que decírselo pronto, y que ésta sería una de las cosas más difíciles que tendría que hacer en toda mi vida. Rompí suavemente el sobre y saqué la carta. Luego me senté en la cama y empecé a leerla.

Querida Dawn:

El invierno ha sido aquí muy duro, hemos tenido una ventisca tras otra. Pero el Ejército no presta mucha atención al mal tiempo. A pesar de ello, hemos tenido que salir y hacerlo que se esperaba que hiciéramos.

Te alegrará saber que he sido ascendido a especialista de primera clase y formo parte de un grupo mecanizado de carros de combate. Muy impresionante, ¿verdad?

Sin embargo, no he podido dejar de notar que tus cartas son cada vez más cortas y distanciadas entre sí. Supongo que se debe a que estás muy ocupada con tus estudios, y eso me alegra por ti. A todo el mundo le digo que mi novia está estudiando para ser una estrella del canto.

He tenido noticias del frente de casa. La flamante esposa de papá está encinta. Me está costando trabajo hacerme a la idea de tener un nuevo hermano o hermana, especialmente ahora que mamá se ha ido. Resulta todo tan extraño. Pero él parece muy feliz. Creo que espera tener otra hija, que sea como tú.

No se lo dije, pero sólo puede haber una como tú.

Te quiero,

Dejé la carta a un lado y cerré los ojos. Cómo me dolía el corazón. «Pobre Jimmy —pensé—. Tan lejos, tan confiado y tan tierno. ¿Cómo empezaré yo a contarle lo que he hecho y lo que me ha ocurrido?»

Cuando la enfermera volvió para ver cómo me encontraba, le pedí papel y pluma para escribir una carta, pero nunca llegué a escribirla. Antes de tener ocasión de hacerlo, oí el sonido de unos pasos enérgicos en el pasillo, acompañados por el taconeo de un bastón. Miré llena de curiosidad hacia la puerta y a los pocos instantes apareció la abuela Cutler.

Mi corazón pareció dar una vuelta de campana. Se quedó parada un momento, apoyándose en su bastón y mirándome con ojos de piedra granítica. Parecía más vieja y más delgada. Seguía llevando su acerado cabello gris cortado perfectamente por debajo de las orejas, hasta la base del cuello, con cada rizo puesto en su sitio. Como de costumbre, iba elegantemente vestida, sin una sola arruga. Bajo su estola de armiño, llevaba una chaqueta azul oscura y una blusa con cuello de volantes blancos, así como una falda azul, haciendo juego, que le llegaba a los tobillos, y unas botas de color azul oscuro. De los lóbulos de sus orejas colgaban sendos pendientes de oro, con un pequeño diamante lanzando destellos en el centro de cada uno. En los labios llevaba un toque de lápiz rojo, como tenía por costumbre, pero el colorete de sus mejillas parecía más subido y extenso de lo que yo recordaba. Se me antojó que sería una forma de intentar compensar el color más pálido y ceroso de su tez.

Su boca no parecía tan firme. Le temblaba el labio inferior, ya fuera de rabia o de perlesía, pero todavía conservaba el orgullo y la arrogancia que habían puesto una varilla de acero en su espina dorsal y echado hacia atrás sus hombros. Pese a la embestida de los años, seguía siendo tan formidable como antes.

Al haber estado tanto tiempo lejos de ella, había olvidado lo mucho que la despreciaba y cómo se me helaba la sangre cuando dirigía hacia mí aquellos ojos que parecían hechos de sílex. Mi corazón se disparó de antemano. Empezó a menear la cabeza lentamente, frunciendo la boca en un gesto de disgusto y aborrecimiento. Sentí ganas de incorporarme y decirle a gritos que la odiaba el doble que ella a mí, pero no lo hice; no proferí ni un solo sonido, por miedo a no encontrar una voz que no temblara.

—No me sorprende un ápice —dijo, cerrando la puerta al entrar y recorriendo un buen trecho de mi habitación— encontrarte en un lugar como éste en estas condiciones. No hace muchas semanas, le dije a tu madre que tú y ella estabais hechas con el mismo molde, que acabarían manifestándose tu egoísmo y tu lascivia, y

que, donde quiera que te enviásemos y por muchas cosas buenas y costosas que hiciéramos por ti, acabarías siendo la causa de alguna vergüenza para la familia.

Esbozó una sonrisa amarga y perversa.

—Agnes Morris me ha tenido bien informada de tu conducta. Yo sabía que iba a seguir empeorando hasta desembocar en algo como esto y ya ha ocurrido —concluyó, sin disimular su satisfacción.

—No me importa lo que usted piense —dije inmediatamente, pero tuve que dejar de mirarla a los ojos, pues éstos abrasaban mi cuerpo con más fuego.

Me miró con dureza y luego se echó a reír y miró en torno a la habitación.

—Has hecho todo lo posible para materializar mis presagios —replicó.

Levantó el bastón y golpeó severamente con él la pata de la cama.

—¡Mírame cuando te hablo! —me reprendió. Levanté la cabeza y quise replicar, pero me aturdió tanto la crueldad de sus ojos, que me quedé sin palabras.

En sus labios, que parecían haber olvidado lo que era sonreír, venía y se iba una sonrisa.

—Te advierto que nunca esperé que hicieras nada bueno aquí, pese a los frecuentes informes que recibíamos relativos a tu supuesto talento para la música y el canto. Yo sabía cómo habías sido criada y cómo ibas a terminar. Preveía la posibilidad de que causaras más problemas, lo que no sospechaba que sucedieran tan pronto. En ese aspecto me has sorprendido.

Me cubrí la cara con las manos. Sentí como si el Destino me hubiera vuelto a pasar por el agujero que deja el nudo de la madera y mi cuerpo hubiera quedado estirado, liso y flaco. Temblaba y tenía dificultades para pensar. Era como si hubiera perdido la voz y todo estuviese agarrotado en mi interior, incluso las lágrimas.

—Ya no tiene sentido que intentes ocultar tu vergüenza. Pronto estará a la vista de todos. Por fortuna —añadió—, has tenido la suerte de haber sufrido un accidente.

—¿Qué? —Me aparté las manos de la cara—. ¿Cómo puede usted llamar suerte a que me atropelle un coche? —demandé. Una pequeña sonrisa, tensa y fría, acogió mi pregunta. No, no era una sonrisa; se parecía más a una burla.

—El accidente nos ha proporcionado una buena excusa para sacarte de la escuela —repuso, y su burla se transformó en una sonrisa de triunfo. Ahora, cuando me miraba, se fijaba en una parte determinada de mí. No me veía como si fuera una persona en su conjunto, sino por secciones que parecían suscitar su enojo..., y ella iba a destruir todo lo que la enojara.

—¡Sacarme de la escuela!

—Por supuesto. —Volvió a lanzarme aquella severa mirada de odio, con unos ojos parecidos a dos gotas brillantes—. ¿Creías que iba a seguir costeando tus clases en este estado? ¿Creías que iba a tolerar que anduvieras por los pasillos y asistieras a clase con tu abultada barriga? Tú estás aquí como una Cutler. Todo lo que hagas, lo

quieras o no, se refleja en el nombre Cutler. Tengo buenas amistades en la dirección de esta escuela. Tengo una reputación que preservar.

Aquella detestable mujer clavó en mí sus rencorosos ojos, como si notara lo que yo sentía. Le devolví la mirada de manera desafiante, deseando que se diera cuenta de lo mucho que aborrecía la simple idea de ser considerada pariente suya. Tal vez mis ojos estuvieran demasiado empañados y no revelaban todas las vueltas que daba dentro de mí la rueda de la venganza, a la que juraba dar rienda suelta algún día. Si lo notó, supo ignorarlo muy bien. Nada la intimidaba.

—¿Quién es el padre del niño? —exigió. Yo desvié la vista. Golpeó severamente el bastón contra el suelo—. ¿Quién es él? —repitió.

—¿Qué más da eso ahora? —dije, con las lágrimas abrasándome los párpados, pues trataba de contenerlas por todos los medios a mi alcance. No quería darle la satisfacción de verme llorar.

Distendió los hombros y asintió.

—Tienes razón. ¿Qué importa eso ahora? Probablemente ni siquiera sepas quién es el verdadero padre —añadió.

—¡Eso no es cierto! —grité—. Yo no soy de esa clase de chicas.

—No —dijo, levantando tanto el labio superior que reveló por completo sus descoloridos dientes blancos en un gesto desdeñoso—. Tú no eres de esas chicas. Estás en la cama de un hospital, preñada, por ser una buena chica, un tesoro para tu familia.

Volví a cubrirme la cara con las manos y ella guardó silencio durante un rato. Esperaba que se marchara de allí y me dejara sola, pero había venido a controlar mi vida. No me cabía duda de que se deleitaba manipulando mi futuro, como manipulaba el de toda la familia, pese a que me despreciaba y no quería considerarme un miembro de la misma.

—No puedes volver a la escuela —empezó a decir—, ni a la residencia de Agnes Morris. Ciertamente, tampoco te quiero en el hotel. ¿Te imaginas la vergüenza que echarías sobre nosotros si te vieran paseando en torno al edificio y sus jardines con una barriga que se detectaría a un kilómetro de distancia?

—¿Qué quiere de mí? —pregunté finalmente, bajando las manos, derrotada.

—Lo que quiero de ti no es posible, de modo que ordenaré lo que hay que hacer. Diremos que tus lesiones han sido más graves de lo que se pensaba realmente y que has sido internada en un centro de rehabilitación. Esto será lo bastante dramático como para satisfacer la curiosidad en tu escuela. En realidad, saldrás de aquí mañana mismo e irás a vivir con mis hermanas, Emily y Charlotte, Booth, hasta que tengas el niño. Después, ya veremos—dijo.

—¿Dónde viven sus hermanas? —pregunté.

—Eso no debería importante, pero viven en Virginia, a unos treinta kilómetros al

este de Lynchburg, en lo que fue la casa de mi padre y una vieja plantación llamada «Los Prados». Mis hermanas ya están avisadas de tu llegada y de tu estado. He dispuesto un coche para que te lleve al aeropuerto. Cuando llegues a Lynchburg, habrá un conductor esperando para llevarte a «Los Prados».

—¿Pero y las cosas que tengo en casa de Agnes? —grité.

—Ella se encargará de recogerlas y enviarlas. No sabes las ganas que tiene de desprenderse de cualquier rastro tuyo.

—¡No me extraña, del modo en que la envenenó usted contra mí con su carta llena de embustes! —escupí con vehemencia.

—Al parecer, esa carta llena de embustes, como la llamas, fue muy profética —replicó, orgullosamente—. De cualquier manera, tu aventura amorosa aquí ha terminado.

—Pero hay personas de las que quiero despedirme... Mrs. Liddy...

—Estamos tratando de salvar algo de dignidad de esta situación —espetó—. No quiero que te vean por ahí cuando se supone que estás lesionada y partes para un centro de rehabilitación.

—¡La gente sabrá que no es cierto! —protesté.

—Las personas decentes no pondrán en duda la versión que yo dé —replicó, con una seguridad aplastante—. La dirección de la escuela ya ha sido informada —añadió, demostrando cuán rápida y eficientemente podía ejercer el control de mi vida.

¿Pero qué podía hacer yo? ¿Adonde podía ir? Me encontraba encinta y prácticamente sin un centavo. No podía irme con papá Longchamp, ahora que tenía una nueva esposa y estaban esperando un hijo.

—Tu madre —siguió, pronunciando la palabra «madre» como si fuera una blasfemia— ha sido informada de tu hazaña. Naturalmente, eso la ha llevado a una de sus crisis histéricas. —Se echó a reír—. Ha hecho incluso que su médico, el décimo o undécimo, ya he perdido la cuenta, le ponga en los brazos uno de esos chismes —dijo, señalando el pedestal del gotero que había en un rincón de mi sala—. Dice que no puede comer, ni tragar. Tiene una enfermera con ella las veinticuatro horas del día. Y todo por culpa tuya. Así que yo en tu lugar no me molestaría en pedirle ayuda. No puede ayudarse ni ella misma. Pero —añadió la abuela Cutler—, no hay nada realmente nuevo en todo ello.

Vi una sonrisa de satisfacción en torno a sus ojos grises.

—¿Por qué la odia usted tanto? —pregunté. De alguna manera pensé que aquel odio se debía a algo más que a su aventura amorosa con un cantante de paso. De todos modos, hacía mucho tiempo que aquello había terminado y mi madre continuaba casada con el hijo de la abuela Cutler, y había dado a luz a dos de sus nietos.

—Odio a todo el que es así de débil y comodón —contestó muy tranquila, con

aire de desprecio—. Tu madre ha sido siempre una dura carga, a pesar de su belleza. De hecho, su belleza es un fraude. El memo de mi hijo, como cualquier otro hombre, no se dio cuenta de ello a tiempo para poder salvarse, y continúa igual. Estoy segura de que algún día —añadió— encontrarás a un tonto cariñoso que te mire con los mismos ojos que Randolph mira a tu madre, pero hasta entonces harás lo que yo diga. El médico te dará de alta mañana después del desayuno. Ya he hablado con él. Habrás de estar lista para la marcha. Todos los preparativos están hechos y no tienes que hacer esperar a nadie. ¿Has comprendido?

—He comprendido quién es usted —dije, mirándola por último firmemente a los ojos—; he comprendido lo desgraciada que debe ser y habrá sido la mayor parte de su vida.

Sus ojos lanzaban llamas y se irguió en su habitual y majestuosa postura.

—¿Cómo te atreves..., cómo te atreves a pensar que puedes sentir pena por nadie, y menos por mi?

—Claro que me atrevo —repliqué, con tanta calma que me sorprendí a mí misma—. Me causa usted más lástima que odio, y aborrezco las cosas que la hacen ser como es.

—Guárdate tu lástima para ti misma —espetó—. La vas a necesitar —añadió, girando sobre sus talones con tanta rapidez que estuvo a punto de perder el equilibrio. Luego salió con paso majestuoso de mi habitación, martilleando con el bastón encima de las baldosas y desapareciendo a lo largo del pasillo.

Me dejé caer sobre la almohada, demasiado débil y vencida para preocuparme de las lágrimas. «¿De cualquier manera, qué más da?», pensé. Michael se había ido, estaba segura de que Jimmy me odiaría en cuanto supiera la verdad; papá Longchamp tenía una nueva vida e incluso esperaba otro hijo. Todas las personas que yo quería y amaba estaban lejos. La abuela Cutler podía hacer lo que quisiera conmigo y yo no podía culpar de ello más que a mí misma. Adiós a los sueños de ser cantante y convertirme en una estrella del escenario. Adiós a la magia del amor y al romance, y a creer que los cuentos de hadas pueden a veces ser ciertos. Adiós a las alegrías, a la juventud, a la esperanza y a la vitalidad.

Veía que las nubes iban cubriendo el sol y proyectaban sombras igual que torrentes de lluvia sobre la ciudad. Una tétrica negrura se iba apoderando de mi habitación y me dejaba helada. Me cubrí con la manta y me refugié en el calor que había dentro. Mañana sería desterrada de la ciudad de mis sueños. Desaparecería de ella como si no hubiera existido. «Pobre Madame Steichen —pensé—. Qué decepcionada debe estar de mí. Todo el esfuerzo y la fe que ha puesto en mí se han desperdiciado».

La primera vez que hablamos Michael y yo, éste me había dicho que la pasión nos hacía desaparecer, pero no me había dicho nunca que también nos dejaba solos y

vacíos. No quería que conociera el peligro de entregarme a su amor. ¿Habría ocurrido lo propio con mi madre? ¿Sería eso lo que la había convertido en una persona tan débil? ¿Tenía razón la abuela Cutler al decir que yo era igual que mi madre? ¿Acabaría yo siendo algún día la misma clase de persona?

Sólo de pensar en esas cosas me quedaba exhausta. No podía mantener los ojos abiertos ni quería hacerlo, pues sólo en el sueño encontraba algún alivio de la acerba realidad que me envolvía y atrapaba. Una vez más me hallaba prisionera del Destino y, una vez más, la abuela Cutler era mi guardián.

El doctor Stevens se presentó a primera hora de la mañana para hacerme el último reconocimiento y decir que me encontraba lo suficientemente bien para irme. Firmó el alta y la enfermera vino para ayudarme a vestirme y preparar mi salida después del desayuno. Sospeché que cuando se presentara Trisha yo ya no estaría allí, de modo que requerí el uso de un teléfono. Contestó Agnes.

—¡Agnes —grité—, soy yo, Dawn!

—¿Dawn? —Hubo un silencio.

—Sí. Estoy llamando desde el hospital.

—¿Dawn? Me temo que se ha equivocado usted de número —dijo, fríamente—.

No conozco a ninguna Dawn.

—Agnes, por favor —rogué—, no me haga esto. Tengo que hablar con Trisha.

—Trisha ya se ha ido a la escuela —respondió, pero yo conocía los horarios de Trisha. No podía haberse ido tan pronto.

—Agnes, por favor —rogué—. Me marchó dentro de poco y no voy a tener otra oportunidad de hablar con Trisha. Va a hacer el viaje en balde, porque cuando llegue aquí ya me habré ido. Por favor, ¿quiere avisarla para que se ponga al teléfono?

—¡Oh, querido! —exclamó, elevando de pronto el tono de su voz—. Me gustaría considerar tu oferta, pero ya estoy comprometida con otra.

—¡Agnes!

—Tal vez puedas cambiar la fecha de la producción. —Se echó a reír—. Otros productores lo han hecho para acomodarlas a mi tiempo.

Vi que era inútil. Me pregunté si estaría actuando así porque Trisha se encontraba cerca y no deseara que supiera que estaba hablando conmigo, o bien porque se estaba deleitando con alguno de sus recuerdos, ajena a todo lo demás.

—Agnes —dije, entre lágrimas—, ¿no quiere dejarme hablar con Trisha?

—Lo siento, pero estoy muy ocupada —replicó, colgando.

—¡Agnes! —grité al auricular, ya sin comunicación. Colgué y rompí a llorar. ¿Cómo iba Trisha a saber adonde me llevaban o lo que me había sucedido?

Al preguntarme la enfermera qué me ocurría, le dije que esperaba que fuera a verme una amiga más tarde y, cuando ella llegara, yo ya no estaría allí.

—Déjele una nota —sugirió— y yo me encargaré de que la reciba.

—¡Oh!, ¿de veras? Gracias.

Cogí el trozo de papel en el que había intentado escribir la carta a Jimmy y empecé a redactar una nota de despedida para Trisha.

Querida Trisha:

Cuando lees estas líneas, hará tiempo que me habré ido de aquí. Ha venido la abuela Cutler y se ha hecho cargo del control de mi vida. Voy a vivir con sus hermanas de Virginia hasta que nazca el niño. De esta forma, desapareceré de la circulación y el precioso nombre de los Cutler quedará a salvo. No sé exactamente el sitio adonde voy, ni realmente me importa mucho. Sé que tú eres la única persona que voy a echar de menos. Te escribiré en cualquier oportunidad que tenga. Haz el favor de despedirme de Mrs. Liddy y de las gemelas, e incluso del chiflado de Donald.

Y gracias, gracias de todo corazón por ser mi única y verdadera amiga en este mundo.

Te quiero,

DAWN

Doblé el papel y se lo di a la enfermera. Al poco rato se presentó un chófer de una empresa de la ciudad, alquilado por la abuela Cutler para que me llevara al aeropuerto. Me di cuenta de que, para él, yo era como un paquete de envío. Puesto que ya me habían dado de alta y la abuela Cutler se había encargado de todo lo demás, no me quedaba más remedio que irme con él. Las enfermeras me dijeron adiós y me desearon suerte. Lo único que portaba conmigo era lo que llevaba puesto el día de mi accidente y el chófer se quedó sorprendido.

—¿No lleva equipaje? —preguntó, haciéndose el remolón en la puerta.

—No, señor. Todo está siendo facturado o lo ha sido ya —respondí.

—Estupendo —dijo, sin duda satisfecho de que las cosas fueran más fáciles para él.

Era una lujosa limusina y me extrañó que la abuela Cutler hubiera gastado tanto, pero luego pensé que probablemente estaba tratando de impresionar a la gente dando a entender que sabía cuidar bien a su familia. Me acomodé en un extremo del largo asiento de piel negra y fui mirando fijamente por la ventanilla mientras cruzábamos la ciudad en dirección al aeropuerto. Los recuerdos de mi llegada volvieron a mi mente.

Qué llena de esperanzas y emociones me sentía entonces. Ciertamente también sentía miedo, pero cuando puse los ojos por primera vez en aquellos elevados edificios y vi tantas personas moviéndose apresuradamente, había pensado que podría llegar a ser una cantante famosa y vivir en un ático de lujo. Ahora, con la gente

corriendo arriba y abajo por las aceras para entrar en calor y el tráfico avanzando a paso lento por las calles llenas de nieve a medio derretir, la brillante imagen se había esfumado. La gente parecía inquieta, frenética; incluso me aburría verla. Y la ciudad tenía un aspecto oscuro y sucio.

Sólo los adornos navideños de los escaparates me transmitían un sentimiento de calor y felicidad. Cuán maravilloso hubiera sido que Michael y yo paseáramos por la Quinta Avenida, con mis manos dentro de un manguito de piel. Habríamos escuchado los cánticos de Navidad y contemplado los adornos luminosos, y él me habría abrazado contra su pecho. Después, habríamos yacido juntos debajo de nuestro arbolito navideño haciendo planes para nuestro futuro.

Según avanzaba la limusina por la avenida, veía las caras felices de las gentes paseando cogidas de la mano, igual que había soñado que haríamos Michael y yo. Vi a una chica con el rostro lleno de felicidad y vida, con las mejillas rosadas y los ojos rebosantes de promesas. El joven que iba con ella gesticulaba exageradamente y decía cosas que provocaban sus risas. Podía ver que las felices exhalaciones de su aliento, al salir de sus bocas, se mezclaban con el aire delante de ellos.

La limusina empezó a doblar una esquina. Volví la cabeza y permanecí mirándolos mientras pude. Luego, la limusina aceleró la marcha y los dejó atrás, exactamente igual que todos mis sueños.

«LOS PRADOS»

En cuanto subí al avión me quedé dormida y no desperté hasta poco antes de que la azafata anunciara que íbamos a tomar tierra. Cuando llegamos no estaba muy lleno el aeropuerto, así que pensé que no tendría dificultades para encontrar al conductor que habría de llevarme a «Los Prados», la casa donde vivían las hermanas de la abuela Cutler. Pero cuando crucé la puerta y miré a mi alrededor, no vi a nadie sosteniendo ningún cartel que llevara escrito mi nombre. A los pocos instantes se fueron de allí todas las personas que esperaban la llegada de los pasajeros, que ya habían salido del avión, y yo me quedé prácticamente sola en el vestíbulo. Me senté a esperar.

Cuando transcurrió la primera hora ya no supe qué hacer. La gente corría presurosa hacia otras puertas y vuelos de salida, y nadie parecía estar buscándome a mí. Me crucé de brazos y me apoyé en el respaldo del asiento cerrando los ojos. Todavía me encontraba muy cansada. Empezar un viaje nada más darme de alta en el hospital resultaba agotador y más aún después de aquella espera. Crucé las piernas sobre el asiento, me acurruqué lo mejor que pude y, antes de que me diera cuenta, me quedé traspuesta. Soñé que estaba dormida en el asiento trasero del coche de papá Longchamp, con la cabeza apoyada en el hombro de Jimmy. Me sentí muy cómoda y segura. De pronto me sobresaltó alguien que me tocaba bruscamente en el hombro.

Levanté la cara, parpadeando, y vi ante mí a un hombre alto y magro, con el cabello castaño y sucio formando unas melenas alborotadas por toda la cabeza y con unas profundas arrugas en la frente. Tenía la nariz larga y aguileña, unos ojos castaños muy hundidos y apagados, rodeados por pequeñas patas de gallo en los extremos. Precisaba un buen afeitado, pues su áspera barba de tres días crecía a parches por su cara paliducha, como un rastrojo de color gris pajizo. El pelo le crecía por todas partes; por el cuello, en torno a la nuez y en mechones que asomaban desde dentro de las orejas. Vi que tenía caído el labio inferior, dejando al descubierto unos dientes manchados de tanto mascar tabaco. Desde la comisura de la boca a la barbilla se le notaba un chafarrinón seco amarillento por donde había babeado el jugo del tabaco. Vestía un mono de color azul desvaído y debajo llevaba una vetusta camisa de franela. Sus botas estaban llenas de barro y todavía apestaban. No quise ni pensar por dónde habría estado pisando antes de venir allí.

—¿Usted la chica? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—¿Usted la chica? —repitió bruscamente, hablando como si tuviera la garganta llena de arena.

—Me llamo Dawn —respondí—. ¿Ha venido para llevarme a «Los Prados?»

—Venga —indicó, volviéndose bruscamente. Echó a andar antes de que me levantara y tuve que correr para alcanzarle.

—Llevo esperando un buen rato —dije, cuando logré ponerme a su lado. Ni siquiera me miró. Avanzaba a grandes zancadas, con la vista puesta al frente y los pulgares enganchados en los bolsillos del mono. Vi que tenía las manos cubiertas de suciedad y las uñas largas y mugrientas.

—Toda la mañana matando cerdos y luego esperan que vaya al aeropuerto —murmuró.

—¿Sabe si han llegado mis cosas? —le pregunté cuando nos dirigíamos hacia la salida—. Fueron facturadas en Nueva York —añadí sin esperar que me contestara. Siguió caminando y murmurando y luego echó mano al pomo de la puerta.

—No lo sé —respondió por último. Le seguí, literalmente corriendo para mantenerme a su paso, mientras cruzaba la calle y se dirigía al aparcamiento. No prestaba atención al tráfico y los coches se paraban en seco, mientras sus conductores nos increpaban. Pero poco le importaba a él. Seguía con la mirada puesta al frente y la cabeza ligeramente baja prosiguiendo con sus largas y rápidas zancadas.

Cuando llegamos al aparcamiento, cambió de dirección de repente y me llevó hasta una maltrecha y herrumbrosa camioneta negra. Antes de acercarnos a ella me llegó ya su mal olor, lo suficiente para provocar mis náuseas. Me puse la mano en la boca y volví la cabeza un momento hacia otra parte. El se paró después de abrir la puerta de su lado y se volvió a mirarme.

—Entre —me ordenó—. Tengo que volver pronto para sacar el estiércol de las vacas y arreglar una rueda del tractor.

Contuve el aliento y me acerqué a la camioneta. Cuando abrí la puerta, vi que tenía el asiento roto y sus muelles asomaban por todas partes. ¿Tendría que sentarme allí? El entró y se quedó mirándome. Luego comprendió el motivo de mis dudas y alargó la mano detrás del asiento para sacar lo que parecía una gastada y sucia manta de color marrón, que puso encima del asiento para que me sentara. Subí a bordo lentamente y me dejé caer sobre el asiento, colocándome lo más cómodamente que pude. Al instante, el hombre puso el motor en marcha y la camioneta empezó a resoplar trabajosamente. Metió la marcha atrás y salimos del aparcamiento. Traté de bajar el manchado cristal de la ventanilla para obtener algo de ventilación, pero el vidrio no se movió por muchas vueltas que di a la manivela.

—Está estropeada —informó el hombre sin apartar los ojos de la carretera—. No he tenido tiempo de arreglarla. Ni lo tendré mientras Emily ande detrás de mí para que haga esto y lo otro.

—¿Está muy lejos donde tenemos que ir? —pregunté, no queriendo ni pensar lo que sería un viaje largo en aquel sofocante y apestoso vehículo que parecía tropezar

con todos los baches del camino y anunciarlos ruidosamente. Cada momento que transcurría me acosaban más las náuseas y tenía que hacer serios esfuerzos para no vomitar lo que quiera que llevase dentro de mi estómago.

—Cerca de ochenta kilómetros —respondió—. No es ninguna excursión dominguera —añadió. Cambió de marcha para que la camioneta aumentara su velocidad y finalmente tomamos una carretera suave.

—¿Cómo se llama? —le pregunté finalmente, al ver que él no se brindaba a decírmelo.

—Mi nombre es Luther.

—¿Lleva mucho trabajando en «Los Prados»? —inquirí. Considerando que quizá la conversación podría apartar de mi mente el horrible viaje.

—Desde que pude levantar una bala de heno para cargar una camioneta —respondió—. No he trabajado en ninguna otra parte. —Por último se volvió a mirarme—. Su piel es como la de Lillian, ¿verdad?

—Sí —contesté, de mala gana.

—Hace muchos años que no la veo. No ha vuelto por aquí. Pero he oído decir que ahora es una señora muy rica. Fue siempre la más lista. Bueno, no hace falta mucho para ser más lista que Charlotte. ¡Qué diablos!, tengo yo perros podencos que saben más que ella —dijo, y pareció sonreír por primera vez.

—¿Cómo son «Los Prados»? —pregunté.

—Como la mayoría de las viejas plantaciones. Ya no es lo que era, eso es un hecho. Pero —explicó volviéndose hacia mí nada es lo que era antes... la gente, el Gobierno, la tierra, las casas; nada.

—¿Cómo son mis tías? —inquirí.

Me echó la mirada más larga que me había lanzado hasta entonces y luego volvió a clavar la vista en la carretera.

—¿No lo sabe usted? —replicó.

—No —contesté.

—Bueno, es mejor que lo averigüe usted misma. Sí —dijo, asintiendo—, es mejor que lo averigüe usted.

Durante el resto del viaje se mantuvo callado, murmurando para sí mismo acerca de algún otro conductor o de algo que veía y le incomodaba, por razones que yo no comprendía. Yo trataba de ver el paisaje, pero la suciedad del cristal de la ventanilla era tan grande que todo parecía gris y tenebroso pese a que el sol lucía la mayor parte del tiempo. Al cabo de un poco más de media hora de haber dejado el aeropuerto, el cielo se puso más encapotado, y lo que antes era nublado y brumoso se volvió lóbrego, especialmente bajo el techo de las frondosas magnolias. Por doquier, las casas y los campos iban siendo envueltos por unas turbias sombras purpúreas.

Al cabo de poco tiempo, las bellas casitas de campo y las aldeas empezaron a ser

menos numerosas y a estar más separadas entre sí. Después de cruzar largos y secos terrenos desiertos de monótono color amarillo, cuando aparecía alguna casa era generalmente de aspecto enfermizo, mostrando sus tablas costaneras descoloridas y sus porches ladeados, con las barandillas rotas o sin ellas. Delante de muchas de estas casas aparecían a mi vista unos pobres niños negros jugando; sus prados estaban llenos de coches despiezados o de sillas de madera rotas. Los niños detenían sus imaginarios juegos y fijaban en nosotros una mirada vacía que no pasaba de ser de simple curiosidad.

Finalmente, un indicador de carreteras apareció anunciando nuestra llegada a Upland Station. Recordé que la abuela Cutler me había dicho que ésta era la ciudad más cercana a la plantación. Cuando entramos en ella me di cuenta de que no era gran cosa: una tienda de artículos variados, que también servía como estafeta de correos, una gasolinera, un pequeño restaurante que parecía formar parte de la gasolinera, una barbería y un enorme edificio de piedra y madera con un rótulo delante que lo acreditaba como la funeraria. Al otro extremo había una estación de ferrocarril que parecía llevar mucho tiempo cerrada. Todas las ventanas estaban entabladas y por todas partes había letreros de PROHIBIDO EL PASO. En Upland Station no existían aceras, ni se veía un alma viviente por las calles; sólo un par de perros de caza estaban tumbados en el barro. Era uno de los lugares más deprimentes que había visto en mi vida, pese a que había visitado muchas aldeas y pueblos cuando papá y mamá Longchamp nos llevaban de un sitio a otro.

Luther cambió de dirección tan pronto como dejamos atrás la vieja estación de ferrocarril y tomó una carretera más estrecha que sólo presentaba a nuestra vista alguna que otra casa, todas con aspecto de míseras granjas donde las personas apenas podían ganarse el sustento. La carretera cada vez se hacía más vieja y mal cuidada, con el asfalto agrietado y roto, y la camioneta se bamboleaba de un lado a otro según Luther trataba de conducirla por los puntos más sólidos. Aflojó la marcha y giró a la derecha, adentrándose por lo que no era más que un sucio camino con un caballete de maleza amarilla que crecía por el centro. Aunque conducía despacio, ello no impedía que el fuerte traqueteo de la camioneta volviera a provocarme náuseas.

—Todas estas tierras pertenecen a «Los Prados» —informó cuando llegamos a una valla de madera rota. Vi que los tramos del vallado se extendían considerablemente a derecha e izquierda a ambos lados del camino. Los campos estaban poblados de arbustos y hierba seca, pero parecían muy extensos.

—¿Son ellas las dueñas de todo esto? —pregunté. Luther se aclaró la garganta.

—Maldito lo que ganan ahora con esto —replicó.

Me pregunté cómo era posible que no ganaran mucho poseyendo tanta tierra. Debía ser gente muy rica. Me recliné contra el respaldo del asiento y extendí la vista al frente sobre lo que parecía una próspera plantación sureña. Yo sabía cómo eran

algunos de estos lugares, cómo algunas de las viejas familias del Sur se habían agarrado a su riqueza y a su herencia. «Tal vez no se esté tan mal aquí —pensé—. Aquí podría descansar, disponer de comida sana y de aire fresco del campo. Eso sería bueno para el niño».

Luther aflojó la marcha todavía más y yo me, incliné hacia delante. Por encima de las copas de los árboles podía divisar las puntas de las chimeneas de ladrillo y el largo tejado de dos aguas de la casa de la plantación. Me parecía enorme. Dos columnas de piedra coronadas con sendas bolas de granito flanqueaban la entrada del paseo, pero el paseo propiamente dicho no era más que un camino de piedra machacada y de tierra. Cuando Luther entró por él con la camioneta, miré al frente y vi lo que muy bien podría describirse como un cadáver, como los restos de lo que otrora había sido una eclosión floral del Sur y que ahora no era más que un fantasma de sí mismo.

Vi las fuentes de mármol, secas y rotas, algunas inclinadas y a punto de caerse. Vi los setos muertos y escuálidos, los macizos de flores picados por la enfermedad con rodales secos como calvas, las desportilladas y maltrechadas paredes de piedra, y el extenso pero feo césped que sólo podía identificarse por algún que otro parche de hierba amarillenta aquí y allá. Las sombras caídas del atardecer parecían permanentemente asociadas a la gigantesca estructura de madera de dos plantas.

En torno a las grandes columnas cilíndricas del porche, que ocupaba toda la fachada, se enroscaban unos tallos de vides sin hojas que más bien parecían maromas podridas. Algunas ventanas del frontispicio, de múltiples hojas, tenían unas contraventanas negras y unas coronas decorativas; otras habían perdido sus contraventanas y parecían desnudas. Sólo se veía un tenue resplandor surgiendo de las ventanas de abajo.

Luther giró hacia la parte derecha de la casa y pude ver que detrás de ésta se encontraban el granero y los establos, que se tambaleaban y necesitaban una mano de pintura. Por todas partes había aperos de labranza herrumbrosos y destartalados y gallinas que corrían a sus anchas por el paseo, algunas paseándose arrogantemente por encima del pórtico. Creí ver incluso una cerda anadeando junto a una esquina de la casa principal.

Luther se detuvo en seco.

—Es mejor que se baje aquí —indicó. Yo tengo que volver al granero.

Abrí la puerta y descendí despacio. Luther se alejó con la camioneta, levantando una polvareda en el paseo que casi me ahogó. Empecé a abanicarme y, cuando el aire se hubo aclarado, miré la elevada casa de la plantación. Las ventanas de la buhardilla del tejado de dos aguas parecían espejos que reflejaban la oscuridad del rápido crepúsculo vespertino que enviaba el cielo, encapotado con feas nubes. Por el momento, las ventanas parecían unos ojos negros que me miraban desde arriba llenos

de enojo. Encima de ellas, el caballete del tejado parecía estar tocando el cielo oscuro. Me abracé a mí misma. A mi alrededor silbaba un viento helado que no tardó en enrojecer mis mejillas.

Me apresuré a subir los deteriorados peldaños de la enorme entrada. Mis zapatos castañetearon sobre las tablas sueltas del suelo del porche y los mirlos que habían buscado refugio del viento entre las columnas se elevaron como una salpicadura de ébano y se perdieron en la noche, protestando ruidosamente por mi intrusión.

Busqué la aldaba de bronce de la soberbia puerta, adornada de cuarterones, y golpeé su placa metálica. Al otro lado de la puerta reverberó un eco cavernoso y profundo. Esperé y al ver que nadie respondía volví a llamar dos veces más. De pronto, la puerta se abrió a sacudidas, haciendo chirriar sus herrumbrosos goznes. Al principio no vi a nadie. Dentro había un largo vestíbulo, escasamente iluminado, que conducía a una escalera circular situada al final de un oscuro corredor. Entonces, una indefinida figura, más parecida a una silueta, surgió de un lado y se puso delante de mí, sosteniendo en las manos una lámpara de petróleo. Su aparición fue tan brusca y silenciosa, que sentí como si me hubiera salido al encuentro un espíritu de aquella casa moribunda. No pude por menos que abrir la boca, sobresaltada, y dar un paso atrás.

—¿Por qué eres tan impaciente? —me espetó la figura. Se acercó más a mí y pude ver su cara a la mortecina luz de la lámpara que proyectaba un resplandor ambarino sobre el alargado y pálido semblante, convirtiendo los ojos en dos profundas cuencas oscuras. La boca era una delgada línea tortuosa trazada a lápiz a través de un rostro chupado. La mujer llevaba su largo y fino cabello gris recogido en un gran moño detrás de la cabeza.

—Lo siento —me disculpé—. Creí que no me habían oído.

—Entra para que pueda cerrar la puerta —ordenó y yo obedecí rápidamente. Luego levantó la lámpara y pasó la luz por encima de mí—. ¡Hummm! —exclamó, confirmando algún prejuicio. Volvió a acercarse la lámpara y pude ver algo más de su cara. Tenía algunas semejanzas con la abuela Cutler, especialmente en el gris acerado de sus ojos, que me miraban con similar frialdad. El rostro de la abuela Cutler era ahora así de delgado y sus pómulos igual de prominentes. Esta mujer tal vez era un poco más alta y tenía más anchos los hombros. De lo que no cabían dudas era de que tenía el mismo porte de arrogante orgullo según me miraba de arriba abajo con los hombros erguidos.

—Mi nombre es Miss Emily —se presentó. Habrás de llamarme siempre Miss Emily. ¿Está claro?

—Sí, señora —asentí.

—Nada de señora; Miss Emily —recalcó.

—Sí, Miss Emily.

—Llegas demasiado tarde y no queda nada de cena —dijo—. Aquí cenamos temprano y quien llega tarde se acuesta sin cenar.

—De todos modos, no tengo mucho apetito —repuse. Se había encargado de quitármelo el viaje en la apestosa camioneta.

—Está bien. Ahora, sube por esa escalera y te enseñaré tu aposento. —Eché a andar delante de mí, manteniendo en alto la lámpara de petróleo para alumbrar por donde íbamos. Las paredes de la entrada estaban desnudas exceptuando el retrato de un caballero sureño de aspecto grave, con el cabello tan blanco como la leche. Sólo percibí un vislumbre de él cuando la luz despejó un momento las sombras, pero creí descubrir algún parecido con la abuela Cutler y con Miss Emily, sobre todo en la frente y los ojos. Pensé que sería un retrato de su padre, o tal vez de su abuelo. Los parches de color más claro que se veían en ambos lados de las paredes indicaban que allí, en otro tiempo, había habido colgados más cuadros.

—Miss Emily, ¿han llegado ya mis cosas de Nueva York? —pregunté.

—No —respondió secamente sin volverse siquiera. Su voz fue reverberando a lo largo del vacío corredor y dejó en el aire como un eco de «noes».

—¿No? ¿Pero, por qué? ¿Qué voy a hacer? ¡No tengo más que lo puesto! —grité. Miss Emily se detuvo y me miró.

—¿De veras? —dijo—. ¡Qué más da! No estás aquí para divertirte. Has venido para dar a luz y luego irte inmediatamente.

—Pero...

—No te preocupes, tengo lo que debes ponerte. Dispondrás de cama limpia y toallas limpias. Si las mantienes limpias —añadió.

—Pero deberíamos telefonar a ver qué ha sido de mis cosas —insistí.

—¿Telefonar? Aquí no tenemos teléfono —replicó con mucha calma.

—¿Qué no hay teléfono? —«¿No había teléfono en una casa tan grande, alejada de todas partes?», pensé—. ¿Pero... cómo se las arregla usted para recibir los mensajes importantes?

—El que quiere decirnos algo nos llama a la tienda de Upland y cuando Mr. Nelson dispone de un momento libre o tiene que venir en esta dirección nos trae el recado. Nosotros no tenemos ninguna necesidad de llamar a nadie. Ya no nos queda nadie a quien llamar —dijo secamente.

—Pero hay algunas personas que quieren llamarme y...

—Escúchame ahora, jovencita —espetó, dando unos pasos hacia mí—. Se supone que esto no son unas vacaciones. Estás aquí porque te has deshonrado a ti misma y mi hermana quiere que estés aquí. Afortunadamente, yo tengo experiencia como comadrona —manifestó, echando a andar otra vez hacia la escalera.

—¿Cómo comadrona? ¿Quiere decir que no me va a asistir un médico? —pregunté.

—Los médicos cuestan dinero y no son necesarios cuando se trata de un parto. Y, ahora, ¿tendrías la bondad de seguirme? Además de colocarte en tu habitación, esta noche tengo que hacer otras muchas cosas.

Volví a mirar hacia la entrada. Como llevaba la lámpara de petróleo en las manos, delante de mí sólo se veía una profunda sombra negra y tuve la sensación de haber entrado en un túnel al que hubieran tapado la boca. Sentí ganas de volverme y escapar corriendo, ¿pero adonde podía ir? Nos encontrábamos a muchos kilómetros de la casa más cercana y a cada minuto que transcurría se hacía más de noche. Pensé que tal vez a la luz del día se vieran mejor las cosas. Probablemente conseguiría que Luther me llevara con la camioneta al pueblo cuando quisiera telefonar a Trisha. Además, quedaba el recurso del correo.

—Aquí reciben correo, ¿verdad?

—Lo recibimos —contestó—. Pero no mucho.

—Bueno, yo espero algunas cartas —repliqué.

—¡Hummm! —exclamó de nuevo, y levantó la lámpara con el fin de que la luz cayera sobre los peldaños de la escalera circular.

—¿No hay electricidad en la casa? —pregunté, echando a andar tras ella y abrazándome a mí misma. Hacía un frío espantoso y no había ningún fuego encendido, ni se notaba el olor de la madera o el carbón; sólo se percibía el tufo mohoso de la humedad.

—La usamos con moderación —explicó—. Es demasiado cara.

—¿Demasiado cara? —«Que curioso, pensé, sobre todo, teniendo en cuenta la enorme fortuna personal de la abuela Cutler. ¿Por qué no enviaría algún dinero para ayudar a estas hermanas? ¿Dónde estaría la otra hermana?» Estaba a punto de hacerle esta pregunta, cuando oí una extraña carcajada por encima de mí. Más que la risa de una niña pequeña, parecía la de una señora mayor.

—¡Cállate, necia! —gritó Miss Emily. Cuando la luz llegó al rellano de la primera planta, vi a una mujer de edad, más pequeña y regordeta que Miss Emily, apoyada en el pasamanos. Se sujetaba el cabello gris con unas cintas amarillas formando dos gruesas coletas. Aquello, más el camisón de color rosa desvaído atado holgadamente con un cinturón de tela amarilla alrededor de su talle, la hacía parecer una mujer adulta disfrazada de niña. Aplaudió y a continuación se pasó las manos por encima de sus abundantes senos para alisarse el camisón.

—Hola —saludó cuando llegamos al rellano.

—Hola —respondí yo, mirando a Miss Emily en espera de que nos presentara. Se mostraba reacia a hacerlo, pero apretó las comisuras de la boca y me la presentó.

—Ésta es mi hermana Charlotte —dijo—. Puedes llamarla simplemente Charlotte. Charlotte, ¿no te dije que te quedaras en tu cuarto? —la increpó Miss Emily.

—Pero yo quería saludar a nuestra sobrina —gimoteó Charlotte.

Cuando estuvo más cerca, vi que tenía el semblante mucho más suave y los ojos más azules que su hermana. Aunque se le notaban algunas arrugas en la frente y en las comisuras de los ojos, parecía considerablemente más joven que Miss Emily y que la abuela Cutler. Su sonrisa era mucho más amable y sencilla, y parecía la de una colegiala ilusionada. Vi que tenía desgastado y roto el dobladillo del camisón y que iba calzada con lo que parecían unas chinelas masculinas de piel, sin medias ni calcetines. Tenía los tobillos bastante gruesos, incluso hinchados, y en ellos se veían pequeñas señales rosadas de haber recibido golpes.

—Bueno, ahora que la has conocido, ya puedes volver a tus labores —ordenó Miss Emily.

—Hago labores de aguja —explicó con orgullo Charlotte—. He bordado todas las toallas y las mantelerías, y Emily ha enmarcado y colgado algunas en el despacho de papá, ¿verdad, Emily?

—Por el amor de Dios, Charlotte, no hagas el ridículo en la primera ocasión que tienes. Éste no es el momento de hablar de tus labores. Ya puedes marcharte.

—Me gustaría mucho ver esas labores cualquier otro día—le sugerí. Sus ojos se llenaron de luz y me sonrió más intensamente. Nuevamente aplaudió.

—¡Tomaremos té con julepe de menta! —dijo, entusiasmada.

—Esta noche, no —replicó Miss Emily, prácticamente gritando ahora—. Es demasiado tarde. Voy a enseñar a Eugenia su cuarto para que pueda ir a dormir. Está cansada.

—¿Eugenia? —exclamé—. No me llamo Eugenia. Mi nombre es Dawn.

—Mi hermana me dijo que te llamabas Eugenia. ¿Qué importa eso de todos modos? —replicó, echando otra vez a andar.

—A mí sí que me importa —declaré. Durante el tiempo que había estado en el hotel, la abuela Cutler había tratado de forzarme a aceptar el nombre de Eugenia, como se llamaba una de sus hermanas que había muerto de viruela. Había llegado hasta a no darme de comer mientras no aceptara el nombre, pero yo me negué en redondo y tuvo que ceder cuando yo descubrí que ella había sido la inductora de mi secuestro. Ahora que me encontraba con problemas y desesperada, quería someterme otra vez.

—Vamos —ordenó Miss Emily.

—Buenas noches, Charlotte —dije—. Ya nos veremos mañana.

—Nos veremos mañana —asintió ella, y se rió otra vez. Levantó un poco la falda con la punta de los dedos y giró sobre sus talones—. Llevo las zapatillas de papá —anunció a voces.

—¡Charlotte! —exclamó Miss Emily.

Charlotte dejó caer la falda, miró asustada a su hermana y se alejó de prisa en

dirección opuesta, dejando tras ella el eco de su risa infantil.

—Vamos —me repitió Miss Emily, mirando con enojo durante un rato hacia donde se había ido Charlotte. Luego se volvió bruscamente hacia mí, echamos a andar hacia la derecha, a lo largo de un pasillo, y doblamos una esquina para coger otro pasillo que nos condujo hacia la parte posterior del edificio. Era una casa realmente enorme. Sin embargo, en sus largos y anchos corredores en penumbra, yo no podía apreciar el valor de sus viejas piezas de arte, los espejos antiguos y las mesas. Sobre nuestras cabezas pendían sucesivas arañas apagadas, cuyas bombillas de cristal semejabán carámbanos de hielo a la luz lánguida de la lámpara de petróleo. Según caminábamos, me di cuenta de que las puertas de todas las habitaciones, que parecían existir en número interminable, estaban herméticamente cerradas. Las telarañas tejidas en las jambas de algunas me hicieron suponer que llevaban mucho tiempo cerradas. Finalmente, Miss Emily se detuvo delante de una puerta abierta y aguardó a que me acercara.

—Éste será tu aposento —señaló, levantando la luz para que yo pudiera ver dentro de la habitación.

Pensé que sería uno de los cuartos más pequeños. A la izquierda, pegado a la pared, se veía una especie de camastro sin cabecera que consistía solamente en un colchón sobre una estructura metálica. Al lado había una mesilla de noche, desnuda, con una lámpara de petróleo. El suelo estaba formado por tablones de madera cubiertos por una pequeña esterilla oval de color azul oscuro al pie de la cama. Las paredes eran de color plomizo. El resto del mobiliario era muy simple; una cómoda sencilla sin nada encima y una pequeña mesa con dos sillas. No había espejos. A la derecha vi un armario con dos perchas vacías colgando en su interior. Más a la derecha había otra puerta.

—Este es tu cuarto de baño —dijo Miss Emily, dirigiendo la luz de la lámpara de petróleo hacia aquella puerta—. Bien, ya puedes entrar —ordenó.

Entré lentamente delante de ella, pensando que incluso mi pequeño cuarto del hotel «Cutler's Cove», alejado de las habitaciones de la familia, era un palacio comparado con aquello. Y entonces descubrí cuál era la causa que confería a la habitación un aspecto tan deprimente. No tenía ventanas. ¿Cómo podía haber una habitación sin ninguna ventana?

—¿Por qué no hay ventana? —pregunté. No me respondió. Lo que hizo fue acercarse a la cómoda, poner la lámpara encima y abrir el cajón de arriba. Metió la mano y sacó una modesta bata gris de algodón que me recordó la bata del hospital. La arrojó sobre la cama.

—Póntela cuando hayamos terminado —dijo.

—¿Terminado?

—Ésta es tu luz —dijo, señalando la pequeña lámpara que había en la mesilla de

noche—. Aquí tienes las cerillas —añadió, cogiéndolas y volviendo a dejarlas—. Tienes petróleo suficiente para la semana, así que no lo despilfarres.

—¿No hay otra habitación mejor? —pregunté—. Esta no tiene ventanas.

—Aquí no puedes elegir habitación —replicó con aspereza—. No estás en un hotel.

—¿Pero por qué hicieron una habitación sin ventana? —insistí.

Se puso en jarras y me miró fijamente.

—Debes saber que esta habitación se hizo después de terminar la casa y fue hecha especialmente para los enfermos, para mantenerlos aislados de los demás —explicó. Sobre todo, durante las terribles epidemias de viruela y de gripe española.

—Pero yo no estoy enferma; estoy embarazada. Esto no es una enfermedad —protesté, haciendo esfuerzos para contener las lágrimas.

—Estar embarazada sin marido, como tú, es igual que estar enferma —replicó—. Hay muchas clases de enfermedades; las del alma y las del cuerpo. La desgracia puede, debilitar y matar a una persona tan rápidamente como cualquier enfermedad. Y, ahora, quítate la ropa para que yo pueda ver lo adelantada que estás.

—¿Qué? —Di un paso atrás.

—Ya te lo he dicho; he trabajado de comadrona. En muchos kilómetros a la redonda me llaman a mí en vez de llamar al médico. He traído al mundo a docenas de niños, y todos perfectamente bien, excepto aquellos que estaban enfermos en el vientre de su madre. Date prisa —me apremió—. Todavía tengo otras cosas que hacer.

—Pero aquí hace mucho frío —protesté—. ¿Dónde está la calefacción?

—Debajo de la cama tienes una manta más, por si la necesitas. Antes de acostarme —añadió, con voz más suave— te traeré una botella de agua caliente. Así es como dormimos siempre todos aquí. La leña y el carbón los reservamos para el fuego de la cocina. Ahora, sólo dispongo de Luther y no puedo tenerle todo el día cortando leña para calentar la casa. Y el carbón cuesta dinero.

Encendió la lámpara de petróleo de la mesilla de noche y se volvió, expectante, hacia mí.

—Yo creía que tendría un médico —dije— y me llevarían a un hospital en el momento oportuno. Hace poco tuve un accidente. Me atropelló un coche y acabo de salir del hospital —añadí, pero ella se limitó a seguir mirándome fijamente y a esperar, con los ojos clavados en mí y la misma mirada fría y vidriosa de la abuela Cutler.

—No podré hacer lo que hay que hacer contigo si no sé cuáles son tus necesidades —dijo, finalmente.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté.

—Quítate la ropa y ponte de pie a mi lado, a la luz —me ordenó.

Cruzó los brazos, echó hacia atrás los hombros y volvió a erguir la cabeza con arrogancia. Lentamente, de mala gana, me quité el abrigo y empecé a desabrocharme la blusa.

—Ya te he dicho que aún me quedan muchas cosas que hacer —me espetó—. ¿No puedes ir más de prisa?

—Tengo los dedos ateridos de frío —dije.

—¡Hummm! —Se acercó a mí, me apartó las manos de los botones y ella misma empezó a desnudarme. Faltó poco para que me despellejara los brazos cuando me desabrochó el sostén y me sacó las tiras por los hombros a través de los codos. En cuanto me desató la falda me dio un ligero empujón para que sacara los pies por encima. Me quedé de pie delante de ella, al resplandor de las lámparas de petróleo, con los brazos cruzados por encima de mis senos desnudos, tiritando. Lo único que me quedaba puesto eran las bragas, las botas y los calcetines.

Miss Emily me rodeó entonces lentamente, pellizcándose la delgada barbilla con los dedos índice y pulgar. Cuando se acercó más a mí, vi en sus mejillas y en su frente las picaduras de la viruela. Su epidermis era tan seca como si estuviera hecha de papel abrasivo. Tenía las cejas muy pobladas y sin depilar, y por encima del labio superior le crecía libremente un ligero vello oscuro.

De pronto, cuando estaba detrás de mí, sentí en los costados sus dedos fríos y callosos. Me eché hacia delante, pero ella me oprimió con fuerza para inmovilizarme. Lancé un gemido de dolor.

—Estate quieta —me ordenó. Abrió las manos y empezó a palparme el bajo vientre con sus fríos y huesudos dedos de alambre. Sus continuos apretones y estrujones empezaron a provocarme náuseas. Colegí que me estaba midiendo el tamaño del abdomen. Luego retiró las manos y se puso delante de mí.

Sin decir palabra, me agarró por las muñecas y me apartó los brazos del pecho, sosteniéndolos en el aire mientras me miraba detenidamente los senos. Vi cómo sus acerados ojos se achicaban al inclinarse hacia delante para examinarme de cerca. Asintió con la cabeza y soltó la presa de mis muñecas. Mis brazos, se agitaron instintivamente como las alas rotas de un pájaro y me llevé las manos a la garganta, apretándomelas mientras miraba fijamente el severo rostro de Miss Emily.

Sus facciones, vistas más de cerca, parecían cinceladas en piedra: la nariz, finamente aguzada, los delgados labios, cortados en un semblante de granito. Un helado escalofrío me recorrió la espalda y tuve ganas de echar a correr y desaparecer.

—Quítate esas ridículas calzas —me ordenó. Supe que se estaba refiriendo a las cintas de encaje.

—Tengo frío —protesté.

—Cuanto más lo demores, más tiempo estarás desnuda.

De mala gana, demasiado cansada y débil para ofrecer resistencia, hice lo que me

mandaba. Me dijo que me tendiera boca arriba y entonces puso la lámpara de petróleo a los pies de la cama para que la luz cayera sobre mi cuerpo desnudo. Me agarró firmemente por los tobillos con sus poderosas manos y me separó las piernas. Cerré los ojos y pedí a Dios que el reconocimiento terminase pronto.

—Como suponía, va a ser un parto difícil —declaró—. El primer parto siempre es difícil, pero cuando se es joven, lo resulta todavía más. ¿Sabes por qué? —preguntó, dejando caer mis pies sobre la cama y poniéndose a un lado para mirarme. Negué con la cabeza—. Porque Eva pecó en el Paraíso. A causa de ello, todas las mujeres fueron maldecidas con el dolor del trabajo. Tú pagarás muy caros tus efímeros momentos de inicuo placer.

Cogió la lámpara de petróleo y la alzó por encima de mí. Su rostro plenamente bañado de luz parecía también estar ardiendo y sus ojos despedían fuego. Tuve que protegerme los míos con la mano.

—Y cuando concibes fuera del matrimonio —continuó—, ese dolor y ese trabajo son todavía más horribles.

—No me importa —grité—. No tengo miedo.

Asintió y frunció las comisuras de sus delgados labios al tiempo que bajaba lentamente la luz.

—Bien, ya veremos lo valiente que eres cuando llegue tu hora, Eugenia —me espetó.

—No me llame Eugenia. Mi nombre es Dawn.

Dejó de sonreír.

—Ponte el camisón y métete en la cama —me ordenó—. Estamos malgastando el petróleo. Te traeré la botella de agua caliente.

Recogió apresuradamente mis ropas.

—¿Qué está haciendo con mi ropa? Es lo único que tengo aquí.

—Hay que lavarlas, purificarlas. No te preocupes, las guardaré bien —dijo, haciendo un brazado con ellas.

—Pero... yo quiero mis cosas. Tenemos que hacer algo para encontrarlas —demandé.

—¡Ya está bien de quejas! —exclamó, con los ojos llameando de furia—. Eres como todas las jóvenes de hoy... ¡Quiero, *quiero, quiero!* Bueno, ¡mira lo que quiero yo que hagas tú! —exclamó—. Ponte el camisón —repitió, dándose media vuelta y echando a andar hacia la puerta.

Tenía tanto frío, que no me quedó más remedio que introducirme rápidamente por la cabeza aquel horrible camisón. Oía a bolas de naftalina y me rozaba ásperamente la piel. Me arrodillé y busqué debajo de la cama la manta que me había mencionado. Tiré de ella, la sacudí y el polvo saltó por todas partes. Luego retiré la colcha. Las sábanas parecían limpias, pero estaban heladas y eran ásperas al tacto. Tiritaba

demasiado para importarme todo aquello. Me metí rápidamente en la cama y eché la manta encima.

Parecía que Miss Emily no iba a volver nunca. Ya estaba empezando a pensar que no regresaría, cuando, finalmente, se presentó con una botella de agua caliente envuelta en una toalla blanca. Me la arrojó y yo la cogí, agradecida, y me la puse pegada al cuerpo, que no paraba de tiritar. El calor surtía el efecto de un par de manos suaves y rápidas quitándome el frío a fuerza de frotar.

—Aquí hace tanto frío —dije—, que acabaré enfermando.

—Ni mucho menos. Si acaso, te fortalecerás. Las dificultades y las privaciones nos endurecen y nos permiten combatir al demonio y sus secuaces. Has tenido una vida demasiado blanda y fácil; por eso te han sobrevenido los problemas —apostilló.

—Mi vida ha distado mucho de ser fácil. Usted no sabe nada de mí —exclamé, pero me encontraba demasiado débil y agotada por el viaje, el frío y la dura prueba, y mis palabras no tenían fuego. Sonaban terriblemente patéticas, incluso a mí misma.

—Sé bastante acerca de ti —dijo—. Si te portas bien y cooperas, todo saldrá bien y dispondrás de una segunda oportunidad. Pero si persistes en ser una niña mal criada, harás que las cosas sean más duras para ambas y, con el tiempo, imposibles para ti. ¿He hablado lo suficientemente claro? —Esperó mi respuesta—. ¿Y bien?

—Sí —contesté—, pero mañana por la mañana quiero ir al pueblo y telefonar para averiguar qué ha sido de mis cosas. Las necesito —insistí—. Luther me llevará en la camioneta.

—Luther no puede perder el tiempo en tonterías, tiene sus obligaciones. Ya ha sido bastante trabajoso para él ir a buscarte. A causa de ello, ahora tendrá que trabajar hasta bien entrada la noche. Una última advertencia —dijo, acercándose a la cama. Yo no podía hacer más que seguir allí tendida, acurrucada en torno a la botella de agua, extrayéndole su calor—. No quiero que te relaciones demasiado con Charlotte, ni que la animes a decir o hacer esas estupideces tuyas. No le prestes atención —me advirtió—. No escuches ninguna de sus estupideces.

—¿Qué le pasa a Charlotte? —pregunté.

—Lo que probablemente le ocurrirá a tu hijo —contestó.

—¿Por qué?

—También ella nació fuera del matrimonio, como fruto de una indiscreción sexual de mi padre. El resultado es que salió oligofrénica —estalló Miss Emily—. Si la tengo aquí es sólo porque... no tiene otro sitio donde ir. Además, sería una desgracia meterla en algún sitio, puesto que sigue llevando el apellido Booth. De cualquier modo —siguió, haciendo su característico gesto de burla—, ahora ya sabes lo que te espera. —Y, sin darme tiempo a responder, se inclinó sobre la lámpara de petróleo que había al lado de la cama y la apagó de un soplido. Seguidamente se alejó con su propia lámpara, cerró la puerta y me dejó sumida en la oscuridad. Empecé a

sollozar.

«Quizá Miss Emily tenga razón —pensé—; quizá yo sea una terrible pecadora».

Lo cierto es que ahora me encontraba en el lugar de la tierra más parecido al infierno.

FEAS REALIDADES

«Levanta, levanta, levántate de la cama, estúpida, dormilona estúpida», oí que cantaba alguien.

Me estiré lentamente. Había dormido hecha un ovillo, acurrucada alrededor de la botella de agua caliente. Al estirarme, noté que me dolían los músculos. Saqué la cabeza de debajo la manta y miré la puerta. Estaba abierta, pero no vi a nadie. ¿Lo habría soñado? Alguien se rió entre dientes.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, incorporándome abrazada a mí misma. Sin ninguna ventana que dejara entrar la luz del día, el cuarto seguía estando totalmente oscuro, pero por una ventana del pasillo entraba algo de luz.

—¿Quién es? —Al volver a reírse entre dientes, reconocí su tono infantil—. ¿Charlotte?

Se puso delante de la puerta. Todavía llevaba las recias coletas y el camisón rosa con la cinta amarilla en la cintura, y vi que también calzaba las viejas chinelas de su padre.

—Emily me ha enviado a buscarte. Dice que ya tenías que haber bajado a desayunar —añadió, dando a su cara la mayor seriedad que pudo—. Además —dijo, cambiando rápidamente su expresión por una sonrisa—, hoy es mi cumpleaños.

—¿De veras? Qué estupendo. Feliz cumpleaños —deseé bostezando. Me dolían todas las partes del cuerpo, desde la nuca a los tobillos, y estaba tan rígida como una blusa húmeda puesta a tender en medio de una gran helada invernal.

Moví las piernas fuera de la cama hasta dar con las botas y al meter los pies sentí más frío que si los hubiera introducido en un charco de agua helada. Empecé a frotarme los brazos. Charlotte estaba delante de mí, mirándome fijamente y sonriendo.

—¿Cuántos años haces hoy? —le pregunté. Su sonrisa se evaporó rápidamente.

—¡Oh, eso no está bien! A una dama no se le pregunta la edad que tiene —me reprendió. Sus palabras tenían todo el sello de Miss Emily—. No es de buena crianza —recitó.

—Lo siento.

—Pero tomaremos pastel y tú podrás cantar para mí *Feliz cumpleaños*. También tendremos invitados —añadió—. Todos los vecinos y primos. Vendrá gente de tan lejos como Hadleyville. ¡Hasta de Lynchburg!

—Eso es estupendo, me apetece mucho —dije. Encendí la lámpara de petróleo para que hubiera un poco más de luz y me dirigí con ella al cuarto de baño—. En

seguida salgo.

La puerta estaba atascada y tuve que empujar varias veces. Cuando se abrió y asomé la cabeza, pensé que más me hubiera valido no abrirla. El cuarto de baño consistía en una pequeña pila manchada de herrumbre y un inodoro con la tapa agrietada. Al borde de la pila había un pedazo de jabón más duro que una piedra y sobre un colgadero de madera situado encima descansaban una toalla y un paño para lavarse, ambos de color gris oscuro; pero no había ningún espejo, ni bañera, ni ducha. El suelo estaba recubierto de un linóleo amarillento, que en los rincones y alrededor del inodoro aparecía cuarteado y raído.

Entré y cerré la puerta. Giré el grifo del agua caliente, pero no salió nada por él. Sólo funcionaba el grifo del agua fría y la que manaba era de color oscuro. Lo dejé abierto un rato, pero el agua no se aclaró. Finalmente, en vista de que no me quedaba dónde elegir, humedecí el paño y me lavé la cara, usando aquel horrible jabón. Me di cuenta de que no había cepillo para el pelo. En mi bolso tenía uno, pero Miss Emily se lo había llevado todo la noche antes. Me pasé los dedos por el cabello, que aún tenía sucio y desarreglado, y salí del cuarto de baño.

Charlotte estaba sentada en la cama, con las manos dobladas sobre las rodillas y sonrió al verme. Su tez era mucho más suave que la de Miss Emily, y en sus regordetas mejillas había incluso un tono un poco más rosáceo.

—Procura no malgastar tu petróleo, o Emily se enfadará y ya no te dará más — me advirtió.

—¡Es horrible! —exclamé—. ¡Me obliga a estar en una habitación sin ventanas, sin más luz que la de este pequeño quinqué y encima me raciona el petróleo!

Charlotte, al ver mi estallido de enojo, se quedó mirándome llena de asombro y confusión. Luego se mordió el labio inferior y sacudió enfáticamente la cabeza de un lado a otro.

—Emily dice que se despilfarra mucho y que es obra del diablo el que no sepamos cuidar lo que tenemos y lo malgastemos. Emily no quiere despilfarros. Eso es lo que dice Emily —concluyó.

—Bueno, pues Emily no tiene razón. Quiero decir, Miss Emily —me apresuré a rectificar.

Charlotte me miró otra vez, asombrada. Por la cara que ponía me di cuenta de que no comprendía mi enojo o no quería entenderlo. De repente, cambió de expresión y puso la cara de una niña que está a punto de confesar un secreto. Se acercó a mí, mirando primero hacia la puerta para asegurarse de que no había allí nadie más.

—¿Te ha hecho el bebé estar levantada toda la noche? —me preguntó.

—¿El bebé? ¿Que bebé?

—El bebé —insistió, sonriendo—. Le oí llorar, pero cuando fui a darle la leche ya se había ido —dijo, extendiendo las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Ido? ¿Qué bebé? Yo no he oído a ninguno.

—Será mejor que bajemos —dijo, poniéndose inmediatamente de pie—. Emily nos ha preparado avena y si se enfría será, culpa nuestra.

Eché a andar hacia la puerta y yo lancé un suspiro y apagué el quinqué de petróleo. Pensé que si lo dejaba encendido se organizaría una pequeña tragedia.

Seguí a Charlotte. Caminaba con paso corto y rápido, arrastrando las zapatillas por el suelo, y mantenía las manos pegadas al cuerpo y la cabeza baja como si fuera una geisha. Ahora que penetraba algo de luz por las ventanas en algunos puntos, pude ver más de la casa. Al llegar la noche anterior entre tanta oscuridad, no me había percatado de lo ruinoso que estaba, lo mismo por dentro que por fuera. Aquella parte, el ala de mi cuarto, parecía llevar muchos años sin ser habitada. De los rincones del techo y de las lámparas, se veían colgar grandes telarañas y las mismas paredes parecían incrustadas de polvo.

En el corredor había algunos muebles: un arca oscura de roble, bancos de madera dura que parecían demasiado incómodos para sentarse y unas sillas tapizadas semejantes a grandes colectores de polvo. A cada diez o doce metros, un viejo cuadro representaba, en su mayor parte, clásicas escenas sureñas: esclavos recolectando algodón, el dueño de una plantación contemplando sus extensos campos de cosecha; y estampas de señoritas provistas de parasoles charlando con sus guapos pretendientes en grandes y verdes prados o delante de unas glorietas.

Cuando cambiamos de dirección y nos dirigimos hacia la escalera, los cuadros de las paredes eran ahora retratos de antepasados: señoras de pálido rostro vestidas de oscuro, con sombreros firmemente sujetos hacia atrás con agujas, hombres sonrientes y severos, y algún que otro retrato de niño al que obviamente habían obligado a permanecer inmóvil mientras posaba. Al final del corredor y poco antes de llegar a la escalera, había un reloj de caja grande, averiado, al que faltaba la aguja del minuterero.

Cuando alcanzamos las escaleras, extendí la vista hacia el corredor opuesto, correspondiente al ala oeste del caserón, donde Miss Emily y Charlotte tenían sus dormitorios. Aquella zona estaba más limpia e iluminada y contenía muchos más cuadros. Pensé que aquel lado recibía casi toda la luz diurna. ¿Por qué no me buscaría un sitio allí?

Charlotte alzó la vista hacia la escalera para asegurarse de que la seguía y luego continuó su paso. Me sentía ridícula con las botas y aquel camisón, parecido a una bata de hospital, ¿pero qué otra cosa podía hacer? Miss Emily se había quedado con mis ropas. Apresuré el paso para alcanzar a Charlotte y al llegar al pie de la escalera ésta cambió de dirección. La seguí a través de un portal muy ancho.

La primera habitación correspondía a un gran comedor con una larga mesa de roble oscuro y diez sillas. Tenía una alfombra clara y una pared con ventanales, que hacían de ella la habitación más iluminada que yo había visto. Encima de la mesa

pendía una gran araña. En un rincón, había un mueble de roble oscuro, haciendo juego con la mesa, que contenía platos y unas estatuillas de cerámica. Pensé que todavía conservaban algunas cosas buenas en aquella casa.

—Date prisa —me apremió Charlotte desde la puerta. La seguí hacia la cocina.

Esta parecía haber cambiado poco desde que habían construido la casa. Al lado del fregadero, en lugar del grifo, había una bomba manual de sacar agua. Para calentar el agua y cocinar había un fogón de hierro colado, había también una mesa de roble blanco y seis sillas en un rincón, así como un mostrador al lado del fregadero, con varias sartenes y cazos de hierro colados de unos ganchos. Las ventanas estaban cubiertas por unas delgadas cortinas blancas de algodón, y por frigorífico tenían una vieja nevera de hielo. Encima de la mesa había tres tazones de avena caliente y, al lado de cada uno, un trozo de pan y una naranja. El cubierto consistía en un solo cucharón de sopa y una servilleta.

Miss Emily salió de la despensa que estaba al fondo de la cocina. La ventana que había al lado de la puerta me permitía ver la parte posterior de la casa: un campo desierto con un viejo carro en el centro y la esquina de un granero.

—¡Ya era hora! —exclamó Miss Emily. Llevaba una bata de color gris oscuro con un gran cuello blanco y unos zapatos altos de cuero negro. A la luz del día, su cara parecía aún más pálida y cetrina. La delgadez y palidez de sus labios me recordaban dos largas y estiradas lombrices muertas. Era cierto que sus ojos grises se parecían a los de la abuela Cutler, pero implantados en aquel rostro macilento resultaban taimados, malévolos y conspiradores. La línea de vello que le crecía encima del labio superior era más pronunciada a la luz diurna, e incluso también se le notaban algunos matojos aislados de vello gris por debajo del mentón.

—Como no hay ventana, no sabía que ya era de día —repliqué.

Eché los hombros hacia atrás, como si la hubiera abofeteado.

—¡Ah! —exclamó, asintiendo—. Pondré un reloj en tu dormitorio y así el desconocimiento de la hora no te será excusa para eludir tus obligaciones.

—¿Obligaciones?

—Naturalmente. ¿Creías que esto iba a ser una especie de excursión gratuita? ¿Pensabas que íbamos a ser servidores tuyos?

—No me importa trabajar —dije—. Yo...

—Siéntate y desayuna antes de que se te enfríe —ordenó.

Charlotte corrió a ocupar su asiento y bajó la cabeza. Yo me senté frente a ella y Miss Emily lo hizo en su sitio.

—Yo...

—¡Silencio! —estalló. Juntó las manos y bajó la vista hacia la mesa—. Señor, te damos las gracias por éstos y por todos los beneficios que nos concedes. Amén.

—Amén —coreó Charlotte, levantando la vista hacia mi.

—Amén —repetí yo.

—Comed, —ordenó Miss Emily. Charlotte empezó a tomar sus cereales, agarrando la cuchara torpemente entre sus gruesos dedos, como una niña que aprendiera a comer sola por primera vez.

Cuando me llevé a la boca la primera cucharada de avena, estuve a punto de atragantarme. No solamente estaba blanda, sino también amarga. Jamás había tomado unos cereales calientes tan malos. Charlotte y Miss Emily parecían no notarlo ni importarles. Miré alrededor en busca de un tarro de miel o de azúcar, pero no había nada.

—¿Qué pasa? —se apresuró a preguntarme Miss Emily.

Yo había cocinado con frecuencia para mi familia cuando vivía con papá y mamá Longchamp, y sabía de ingredientes y condimentos. Aquella avena tenía sabor a vinagre.

—¿Ha puesto usted vinagre? —pregunté.

—Sí —contestó. Echo vinagre en todo lo que hago.

—¿Por qué? —pregunté, estupefacta.

—Para que recordemos la amargura que debemos soportar por los pecados de nuestros padres —respondió—. No te vendrá mal recordarlos.

—Pero...

—Esto es todo lo que hay —atajó, sonriendo—. Si no te lo quieres comer, allá tú. Para tener un hijo sano necesitas alimentarte. Que Dios le ayude —añadió, levantando la vista hacia el techo.

Respiré profundamente y cerré los ojos, deseosa de que los cereales tuvieran mejor sabor. Cualquier anciana en su lecho de muerte tendría más apetito que yo.

—¿Cuándo me devolverá usted mis cosas? —pregunté—. En el bolso no tengo cepillo, pero sí un peine.

—Aquí no vas a tener motivos para ponerte guapa —dijo con voz alta, fría y tajante, desafiándome con los ojos. Tragué saliva, sintiendo que el miedo me erizaba los pelos de la nuca.

—¿Pero por qué me ha cogido usted el bolso? —pregunté, en voz baja.

—Todo debe ser purificado —respondió, y empezó a comerse la avena como si fuera el manjar más delicioso del mundo.

—¿Purificado? No lo entiendo.

Dejó de comer, cerró los ojos como dándome a entender que mi comportamiento era muy estúpido y cargante, y se volvió hacia mí.

—El mal es una enfermedad; se agarra a nosotros y a todo lo que está relacionado con nosotros. Lo has traído contigo a esta casa y debo desterrarlo de aquí. Ahora, sigue comiendo y deja de hacer tantas preguntas.

Miré a Charlotte, que seguía sentada, sonriendo estúpidamente.

—Pero Charlotte me ha dicho que hoy es su cumpleaños y que usted daba una fiesta en honor de ella —expliqué—. Necesito que me devuelva mis ropas si he de saludar a alguien.

Miss Emily echó la cabeza hacia atrás y soltó la carcajada más espantosa y estridente que yo había oído en mi vida. Luego volvió a mirarme fríamente con sus ojos, empequeñecidos.

—¿No te he advertido que no hagas caso de lo que diga? Cada día es su estúpido cumpleaños —añadió, clavando la mirada en Charlotte, sentada en el otro lado de la mesa—. Ya no recuerda ni el día en que vive, ha perdido la noción del tiempo. Pregúntale qué año, qué mes o qué día es hoy. Díselo, Charlotte —la apremió, cruelmente—. ¿Es hoy lunes o domingo? ¿Qué días es hoy?

—Hoy no es domingo —respondió—. Porque no tenemos misa en la capilla —añadió, sonriendo, orgullosa de su deducción.

—¿Te das cuenta? —exclamó Miss Emily—. Lo único que sabe decirte es que no es domingo.

Me costaba trabajo creer que pudiera ser tan cruel con su hermana. Pero decidí tragarme mis pensamientos junto con aquella horrible avena. El pan, por lo menos, sabía bien y la naranja era naranja. Ella no podía hacer nada para que tuviera mal sabor.

—Ahora que has terminado de desayunar —me dijo Miss Emily, con los dedos apoyados en la mesa y las manos plegadas—, te enseñaré algunas de nuestras reglas. Primera, no entrarás nunca en el ala oeste de esta casa, donde Charlotte y yo tenemos nuestras habitaciones. Esa parte está prohibida para ti. ¿Has comprendido? —No me dio tiempo para responder—. De hecho, quedas limitada a tu cuarto, a la biblioteca, al comedor y a la cocina. Segunda, no debes molestar a Luther. No vayas a los establos, corrales o gallineros a importunarle con preguntas estúpidas.

A él no le gusta y le distrae de sus quehaceres. El tiempo es el don más precioso que tenemos y no debemos gastarlo pródigamente. Tercera, de hoy en adelante, cuando haya puesto el reloj en tu cuarto, estarás aquí a las seis, naturalmente después de haber hecho tu cama, y encenderás el fuego de la cocina. Pon solamente tres maderos de leña. Luther tiene la leña en la recocina. Después de eso, prepara la mesa para el desayuno; un tazón de cereales, una cuchara y una servilleta, igual que yo he hecho hoy. Los domingos también tomamos un huevo cada una, así que pondrás un plato pequeño. Ya te enseñaré dónde están todas las cosas y dónde debes ponerlas cuando las hayas lavado. Y llegamos a la cuarta. Tu primera obligación consiste en fregar y secar todos los platos y sacar brillo a la vajilla diariamente. Quiero que se frieguen bien todas las sartenes y los cazos. Hasta los que no se usan, que cogen polvo. Quinta, después de lavar los platos y la vajilla del desayuno, así como todas las sartenes y cazos, fregarás el suelo. En la recocina tienes un cubo, cepillo y jabón.

Empieza en la puerta y acaba en la recocina. Tira el agua sucia en los escalones de atrás y luego vuelve a dejar el cubo donde puedas encontrarlo. Quiero cada cosa en su sitio. Sexta, cada tres días recogerás la ropa blanca que yo deje en un montón, a la entrada del ala oeste y, junto con la tuya, la lavas y la tiendes a secar. Lávala toda ella a mano en la tina del porche de atrás y luego métela en la escurridora. En el porche encontrarás la tina y la tabla de lavar. El resto de la ropa lo hacemos una vez a la semana. Encontrarás el montón en el mismo sitio. Verás que en el cajón de arriba de tu cómoda tienes otro camisón.

—¿Pero, qué hay de mis cosas? —exclamé.

—No me hables de tus cosas. Sólo sé lo que tenemos aquí y eso es lo que hay que hacer —respondió en el acto—. Séptima, esta misma tarde empezarás a limpiar tu ala. Como actualmente no la usa nadie más que tú, te hago responsable única de su conservación. Quiero bien limpios los suelos y las paredes de los pasillos. Usa el mismo cubo y cepillo que en el suelo de la cocina, pero no olvides volver a dejarlos en su debido sitio —repitió—. No quiero ver una sola mota de polvo en todo el mobiliario ni en los cuadros. Extrema el cuidado cuando toques los cuadros; algunos tienen cien años. Octava, los sábados haremos las ventanas de la planta baja. Como ello te llevará casi todo el día de cada sábado, empezarás inmediatamente en cuanto termines con la cocina, después del desayuno. La limpieza del polvo y el lavado del mobiliario y de otras cosas se realizará casi a diario por la tarde. Encima de la mesa te dejaré una manzana para que meriendes. ¿Lo has entendido todo? —preguntó.

Claro que lo había comprendido: había comprendido que estaba haciendo de mí una esclava de la casa. A la vista de las miserables y exiguas cosas que me daba para comer y vestir, además de mis horribles condiciones de vida, comprendí que iba a hacer muchísimo más de lo necesario para ganarme el sustento.

—¿Cuándo me quedará tiempo para hacer algo que no sea trabajar? —pregunté, inocentemente. Sus ojos echaron chispas.

—¡El tiempo carece de significado fuera del trabajo! —declaró—. Manos ociosas son perniciosas. Además, en tu estado actual, el trabajo es lo más indicado para ti. Te fortalecerá y, así, cuando llegue el momento, sabrás enfrentarte a tu dura prueba —añadió, expresándose como si me estuviera haciendo un favor al convertirme en una esclava—. Siempre que tengas un momento libre, debes llenarlo con actividades juiciosas. Por consiguiente, te autorizo a que entres en la biblioteca y elijas un libro o dos para leer. Sin embargo, deberás hacerlo siempre a la luz del día para no despilfarrar tu ración de petróleo. No quiero verte levantada toda la noche leyendo alguna novela romántica y quemando petróleo —me advirtió.

—¿Cuándo podrá ver mis labores? —interrumpió Charlotte. Miss Emily se quedó mirándola fijamente durante un rato, apretando tanto sus delgados labios, que en las comisuras de la boca se le dibujaron dos parches blancos.

—¿Qué te dije anoche, Charlotte? ¿No te dije que Eugenia estaría demasiado ocupada para que anduvieras todo el día a su alrededor diciéndole bobadas? ¿Qué te dije que hicieras?

Charlotte se volvió hacia mí como si esperase que yo le facilitara la respuesta.

—Me dijiste que me lavara el pelo —respondió.

—¡Oh, Señor, dame fuerzas! —exclamó Miss Emily—. Eso fue la semana pasada, Charlotte. —Se volvió hacia a mí—. ¿Comprendes la carga que me ha tocado llevar? Mi rica y querida hermana no tiene que luchar con nada de esto, ¿verdad? Ni una sola vez ha sugerido a Charlotte que vaya a visitarla. ¡Oh, no! Por el contrario, te envía a ti aquí... ¡Otra carga!

—Yo no soy ninguna carga para usted —dije, desafiante—. Ni tampoco para ella.

Miss Emily me fusiló con la mirada. Luego apoyó las palmas de la mano en la mesa y se ayudó de ellas a ponerse en pie, alzándose lentamente todo lo alta que era.

—No espero tu gratitud. Sería pedir demasiado a las de tu clase. Sin embargo, espero que cumplas con tus obligaciones mientras estés bajo mi techo y encomendada a mis cuidados. ¿Está claro? —exigió. Yo desvié la vista—. ¿Lo está? —insistió.

—Sí —contesté después de dar un hondo suspiro—. Está claro.

—Bien. Comienza tus obligaciones —ordenó—. Charlotte, ve arriba y limpia tu cuarto.

—Si es mi cumpleaños —protestó Charlotte.

—Pues límpialo y así les gustará más a todos tus invitados —declaró Miss Emily, con una leve y apretada sonrisa en el rostro. Aquello pareció agrandar a Charlotte; se levantó y se dispuso a salir. Al llegar a la puerta se volvió hacia mí.

—Gracias por ese regalo tan bonito —dijo antes de salir.

—Idiota —murmuró Miss Emily entre dientes. Acto seguido se marchó también ella y me dejó sola con mi trabajo.

En la cocina no había agua caliente. Había que lavarlo todo en frío y el agua estaba helada, pues era sacada de un profundo pozo. Se me quedaban los dedos tan entumecidos que me veía obligada a sacudirlos de vez en cuando y a frotármelos con la bayeta de secar los platos. Miss Emily había sacado el material para dar lustre a la vajilla y había puesto las piezas sobre el mostrador. Eran viejas y estaban muy sucias. Se notaba que no las había limpiado con frecuencia, pero que ahora que me tenía a mí había decidido hacerlo. Me llevó casi una hora adecentarlas un poco. De repente, la puerta de atrás se abrió y Luther entró con un brazado de leña para el fuego que apenas le dejaba verme.

—Buenos días —saludé cuando se metía en la recocina, pero no me contestó. Le oí amontonar la leña y me acerqué a la puerta de la recocina—. Luther.

Se detuvo y se volvió a mirarme por encima del hombro. Su cara era casi un

reflejo de Miss Emily; en sus ojos había el mismo destello frío.

—¿Qué quiere? —inquirió.

—Me preguntaba si tendría usted que ir hoy a Upland Station. Necesito llamar por teléfono para preguntar dónde están mis cosas.

Lanzó un gruñido y se volvió a su leña, sin contestarme. Yo continué en la puerta, esperando. Finalmente, cuando terminó de apilar la leña en un montón perfecto, irguió el cuerpo.

—Hoy no tengo que ir a Upland Station —respondió malhumorado.

—¿Y mañana? —insistí.

—Quién sabe. No, mañana no —contestó, emprendiendo la salida decididamente. Comprendí que si no me apartaba me arrollaría a su paso y decidí que, en cuanto Miss Emily me devolviera la ropa, me iría andando a Upland Station. «Pero, ¿dónde tendría escondida mi ropa?», me pregunté.

Terminé de abrillantar la vajilla y lavé y fregué los cazos y las sartenes. Después de dejar cada cosa en su sitio, entré en la recocina y cogí el cubo, el cepillo y el jabón. Tenía que arrodillarme a fregar el suelo con las manos y no era la primera vez que lo hacía. Pero ahora, con mi vientre en expansión, me resultaba más duro inclinarme para fregar. La región lumbar empezaba a dolerme con bastante frecuencia y eso me obligaba continuamente a enderezarme y frotármela.

Se notaba perfectamente que Miss Emily no fregaba el suelo ni abrillantaba la vajilla a menudo. El suelo estaba tan mugriento que a la mitad de la faena tuve que parar y salir a vaciar el cubo de agua sucia. Nada más abrir la puerta, me saludó un día de diciembre tan gélido que me castañetearon los dientes, pues el viento invernal traspasaba fácilmente el endeble tejido de mi bata de hospital, debajo de la cual no llevaba ninguna otra prenda; ni siquiera unos calcetines. Me apresuré a salir al pequeño porche posterior para verter a un lado el agua sucia y entonces lo vi.

A la derecha, justamente detrás del edificio, un caldero colgaba sobre un abundante fuego hecho en un círculo de piedras. Aunque el agua del caldero hervía a borbotones, tuve la certeza en seguida de que mi ropa estaba allí dentro. Dejé el cubo en el suelo y bajé corriendo los crujientes peldaños de madera con el presentimiento de que mis ropas llevaban hirviendo allí desde que me las habían quitado la noche antes. Busqué desesperadamente algo para poder sacarlas, pero el vapor que surgía del enorme caldero negro y la fuerza del crepitante fuego me impedían acercarme a rescatar cualquier prenda.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Miss Emily, desde la puerta de atrás.

—¿Qué ha hecho usted con mi ropa? —repliqué—. Me la está estropeando.

—Ya te lo he dicho —me respondió, cruzando enérgicamente los brazos—. La estoy purificando. ¡Ahora, vuelve a tus quehaceres! —estalló.

—¡Quiero mis cosas! —grité.

—No estás en condiciones de exigirme nada —replicó—. Se te devolverán cuando hayan sido purificadas. Ahora, vuelve al trabajo —atajó, girando sobre sus talones y volviendo a entrar en la casa. Observé cómo desaparecía dentro y miré impotentemente mis ropas. Mi bolso aún no era visible.

«Qué acción tan vil», pensé. Volví al porche, cogí el cubo de agua sucia y lo vertí en el fuego. Las ascuas soltaron un chirrido al mojarse y llenaron el aire de humos y vapores. Me aparté un poco y aguardé. El agua del caldero seguía hirviendo y calculé que tardaría un rato en enfriarse. Pero recuperaría mis cosas. Volví a la cocina y fregué lo que quedaba del suelo. Cuando volví a salir al porche supe que llevaba horas trabajando en la cocina, pues el sol andaba cerca del mediodía. Vertí el agua sucia y me dirigí a rescatar mis cosas hervidas.

¡Pero el caldero había desaparecido! Allí sólo quedaban las ascuas humeantes del fuego, a punto de extinguirse. Crucé corriendo las escaleras y me puse a buscar por todas partes algún rastro del caldero, pero sólo vi a Luther en la apartada esquina de los establos con una pala al hombro, como si fuera un soldado portando un rifle. Le llamé a gritos, pero él entró en los establos y cerró firmemente la puerta. Furiosa, volví decididamente a la cocina y entré en el comedor, pero allí no había nadie.

—¡Miss Emily! —grité al pie de la escalera. Escuché pero no respondió. La llamé otra vez y luego me asomé a la biblioteca, que estaba justo al otro lado del vestíbulo.

Las cortinas de los ventanales estaban descorridas, de modo que pude ver los estantes de libros, el gran escritorio, los muebles archivadores de madera, una mesa alargada y las sillas. Había cuadros en las paredes y uno de ellos estaba colgado detrás del escritorio. Era un retrato de Emily, Charlotte y el padre de la abuela Cutler. Descubrí claras semejanzas en los ojos y la frente. Él miraba con el mismo aire de arrogancia, los hombros firmes y la cabeza alta y ligeramente ladeada en un gesto de condescendencia. A mí me miraba violentamente enojado. Retrocedí, intimidada, hasta la puerta y fui a toparme con Miss Emily, que esperaba en silencio. Me estremecí y lancé un grito antes de saber que era ella.

—¿Qué estás haciendo? ¿A qué vienen esas voces? Ya deberías haber empezado a limpiar el ala de tu cuarto, en vez de andar vagando por aquí —me amonestó.

—¿Qué ha hecho usted con mis ropas? —pregunté—. Ha desaparecido el caldero.

—¿Necesitas que te lo repita? Ya te dije que estaban siendo purificadas. Ahora han de pasar por la segunda fase.

—¿Por la segunda fase? ¿Qué significa eso?

—Que han sido enterradas —respondió, fríamente.

—¡Enterradas! —Deduje que por eso iba Luther con la pala al hombro—. ¿Ha enterrado usted mis ropas? ¿Dónde? ¿Por qué? ¡Esto es una locura!

—¿Cómo te atreves? —estalló, irguiendo los hombros. A pesar de su delgado tórax, resultaba tan formidable y arisca como un águila ratonera. Tuve que retroceder

un paso—. ¡Me estás criticando! —exclamó, al tiempo que levantaba su largo brazo y me apuntaba al rostro con su ganchoso dedo de bruja—. ¿Cómo te atreves a reprenderme y reprocharme nada? ¡Tú, que has caído en la desgracia de ir mostrando a los cuatro vientos las consecuencias de tu pecado! ¿No sabes que sólo el que esté libre de lo puede arrojar la primera piedra?

—Yo no estoy diciendo que sea pura y buena —grité, entre mis primeras lágrimas—, pero eso no le da derecho a torturarme.

—¿Torturarte? —Parecía que iba a soltar una carcajada—. Eres tú quien me está atormentando a mí y al resto de la familia. Durante este tiempo he deseado ayudarte. Te he abierto las puertas de mi casa y he asegurado a mi hermana que te daría lo que necesitaras. ¿Y ahora me acusas de torturarte?

—¡Usted no me da lo que necesito! —exclamé, sin poder evitar los sollozos—. Quiero que me devuelva mis cosas.

—No sabes lo ridícula que te pones —dijo—. Está bien —añadió, tras una larga pausa—. Cuando la tierra haya absorbido la mancha del mal, me encargaré de que Luther te devuelva esas ropas. Ahora, vuelve a tu trabajo. Necesitas trabajar, construir tus propósitos; tienes que fortificar el castillo de tus virtudes contra las incursiones del demonio.

Iba ya a retirarse.

—Pero mis cosas de Nueva York... Tengo que telefonar a ver qué ha sido de ellas. Aquí no tengo ni siquiera un peine para el pelo —dije, tocándome mis apelmazadas greñas.

—No tiene sentido telefonar —replicó, con una alarmante tranquilidad en la voz.

—¿Por qué no?

—Porque ya he dado instrucciones para que no envíen esas cosas hasta que no des a luz y te marches. Ya he tenido bastante con lo que has traído encima.

—¿Pero cómo pudo usted mentirme? Todos me han mentido —añadí, dándome cuenta de la verdad.

—¿Que todos te han mentido? —Se echó a reír—. ¿Cómo llamarías tú a lo que has estado haciendo? Deja de lamentarte y haz lo que hay que hacer. Debes demostrar un poco de paciencia. Seguramente, no te falta valor. Por lo que me ha contado mi hermana, todos los Cutler vienen de una raza fuerte.

—Yo no tengo sangre Cutler —murmuré. Pero tan pronto como estas palabras salieron de mi boca, comprendí que había cometido un grave error. Sus ojos empezaron a salirse de las órbitas.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —exigió, acercándose hacia mí otra vez.

Sentí un escalofrío. Jamás había visto una cara tan poseída de fuego y hielo. Sus ojos despedían llamas, pero la expresión de su rostro era glacial. «¡Quién sabe qué otros horrores ideará para mí si sabe la verdad de mi nacimiento!», pensé.

—Nada —me apresuré a responder.

Clavó los ojos en mí con una mirada tan intensa y penetrante, que tuve que volver la cabeza hacia otra parte. Cada segundo que transcurría resonaba como un trueno y el corazón me aporreaba dentro del pecho.

—Termina tus quehaceres —dijo, finalmente, disponiéndose a marchar. Los fuertes latidos de mi corazón se apaciguaron aunque continuaba sintiendo fría la piel y erizados los cabellos de la nuca. Pensé en abandonar aquella casa, ¿pero adonde iba a ir sin un penique ni otra ropa que la bata de hospital que llevaba puesta? Lo mejor sería esperar la oportunidad de marcharme. Tan pronto como me devolviera mis cosas, encontraría la forma de llegar a Upland Station y trataría de telefonar a papá Longchamp. Él seguramente encontraría la manera de ayudarme.

Abatida y derrotada, regresé a la cocina, cogí el cubo del agua, el jabón y el cepillo, y subí las escaleras para limpiar la sucia y polvorienta ala del caserón.

Mientras limpiaba los muebles que había cerca de la escalera, sentí como si todos aquellos hoscos antepasados, con sus torvos y fieros semblantes, me mirasen llenos de odio. Pensé que el retrato de Miss Emily ocuparía su merecido lugar a lo largo de aquellas paredes. ¡Qué familia tan desdichada, que se pasaba la vida sospechando y temiendo ver la presencia del diablo en todas las personas y en todas las cosas! Ahora resultaba fácil comprender por qué la abuela Cutler era como era. De hecho, tenía todo el aspecto de una mujer amargada. Cada quince minutos, aproximadamente, tenía que vaciar el cubo del agua sucia en mi cuarto de baño y volverlo a llenar. Cada vez me pesaba más y estaba empezando a sentir un dolor en un pequeño punto de la región lumbar, que se iba ensanchando como un círculo de fuego. Cada vez tenía que descansar más a menudo y respirar profundamente. El trabajo me hacía sentir como si tuviese atado un gran peso en torno a la cintura. Cuando casi había limpiado el polvo de uno de los bancos oí unos pasos detrás de mí. Me volví y vi a Charlotte, que traía una manzana en la mano.

—Has olvidado tomar tu merienda —me dijo, ofreciéndome la manzana. Dejé de trabajar y me apoyé de espaldas contra la pared, exhausta.

—Gracias —dije, cogiendo la fruta. Se quedó delante de mí, sonriendo, viéndome morder la manzana.

—Una manzana cada día aleja al doctor de esta casa, dice siempre Emily —recitó.

—De cualquier modo, estoy segura de que ningún médico querría venir por aquí —murmuré—. Charlotte —dije, pensando repentinamente en una posibilidad—, ¿no vas nunca a Upland Station?

—Emily me lleva algunas veces a la tienda y me compra dulces de fruta ácida —respondió.

—Entonces, no sueles alejarte mucho de la casa, ¿verdad? —le pregunté.

—Cuando hace buen tiempo voy a la glorieta y doy de comer a los pájaros. ¿Te gustaría alimentar a los pájaros?

—El primer día que tenga libre —dije, secamente, pero ella no lo comprendió y sonrió, contenta. Di otro bocado a la manzana y traté de incorporarme, pero sentí una punzada de dolor tan fuerte y fulminante en la región lumbar, que me quedé sin respiración y tuve que volver a sentarme un rato.

—Tú llevas un bebé dentro —dijo Charlotte— y puede tener las orejas puntiagudas.

—No tiene las orejas puntiagudas —respondí, jadeando—. Qué cosa tan horrible. ¿Te lo ha dicho Emily?

—Emily lo sabe —insistió Charlotte, asintiendo—. Ella puede ver tu vientre con los dedos y lo sabe.

—Eso es una bobada, Charlotte. Nadie puede ver con los dedos lo que hay en el vientre. No hagas caso.

—Ella lo vio dentro del mío —dijo—. Y vio las orejas puntiagudas.

—¿Qué?

Se oyó un portazo en el corredor de la parte este y los tacones de Miss Emily dejaron por toda la casa un tableteo semejante a las detonaciones de un arma de fuego que puso en el rostro de Charlotte un sello de terror.

—Emily dice que no debo molestarte mientras estés trabajando —declaró, apartándose de mí.

—Charlotte, espera... —Me levanté del banco.

—Debo terminar un dibujo —dijo, alejándose de prisa arrastrando los pies.

Unos instantes después, apareció Miss Emily. Me miró y se puso a supervisar algunos de los muebles y cuadros a los que había limpiado y quitado el polvo. Al parecer, quedó satisfecha.

—He puesto un reloj en tu habitación —dijo—. Procura darle cuerda, no vaya a ser que se pare a medianoche y no sepas qué hora es por la mañana. La cena será a las cinco en punto —añadió—. Espero que te presentes limpia ante la mesa.

—¿Pero dónde me lavo? En mi cuarto de baño sólo hay agua fría y no sé de ningún otro sitio donde pueda ducharme o bañarme —me lamenté.

—Nosotras no nos duchamos —dijo—. Nos bañamos una vez a la semana en la recocina. Luther traerá la tina y la llenará con agua caliente del fuego.

—¿Una vez a la semana? ¿En la recocina? La gente ya no vive así —protesté—. Tiene agua corriente, caliente y fría, jabón de olor y se baña más de una vez a la semana.

—¡Oh, ya sé cómo vive hoy la gente! —rebatí, con su fría sonrisa tan característica—. Especialmente las mujeres de caros perfumes y seductores vestidos.

¿Sabes que el demonio se ganó la confianza de Eva apelando a su vanidad y que desde aquel día maldito nuestra vanidad es la puerta por donde el diablo penetra en nuestras almas? La barra de labios y el maquillaje, los peines bonitos, los vestidos de puntilla, las joyas... Todas esas estratagemas excitan las pasiones e impulsan a los hombres hacia el promontorio de la lascivia. Y caen —salmodió—, ¡oh, cómo caen y nos arrastran con ellos al fuego del infierno y la condenación! Tú has sido chamuscada por el diablo. Percibo el olor del humo negro. Cuanto antes lo comprendas, antes encontrarás la redención.

—¡Eso no es cierto! —grité—. ¡Yo no huelo como el diablo y mi hijo no tendrá las orejas puntiagudas!

Bajó la vista hacia mí un momento y asintió.

—Ruega a Dios que no sea así —dijo—. Ruega para que Dios no lance su venganza contra un bebé inocente. Pero tú has provocado Su ira y esa ira es tan grande que recorre los confines del cielo.

Aspiró una profunda bocanada de aire, cerró los ojos, y se llevó las manos al pecho.

—Trabaja —dijo—, reza, sé obediente, ten esperanza y hallarás Su perdón.

Dio media vuelta y se fue, pero al llegar a la escalera, se detuvo y volvió la cabeza hacia mí.

—No lo olvides, a las cinco en punto y preséntate lo más limpia que puedas —añadió, y bajó la escalera. Llevaba la cabeza tan alta y la espalda tan recta que parecía una estatua descendiendo lentamente.

Me apreté las manos contra el vientre y me tragué el nudo que tenía en la garganta. Mi hijo era lo único bueno que me quedaba, me dije a mí misma. No importaba lo mucho que Michael me había decepcionado, el bebé estaba dentro de mí y me hacía sentir la fuerza de mi amor, una fuerza que era algo precioso y divino, y no la obra del demonio. Miss Emily no había conocido nunca la fuerza del amor y en ese momento la consideré más digna de compasión que de odio. Vivía en un mundo frío y oscuro, poblado de demonios y seres malignos, y eso la obligaba a ver el mal y el peligro en cada rincón y grieta de su casa y de su vida. Consideré que raras veces reía, e incluso raras veces sonreía y pensé que sin ella saberlo el demonio ya la había derrotado.

Me lavé las manos, los brazos y la cara lo mejor que pude. Como no disponía de espejo, sólo podía imaginarme lo sucio y deslucido que tendría el cabello, pero a Miss Emily no le importaban las apariencias. A decir verdad, cuanto menos atractiva me viera, más le gustaría. Tuve que cambiarme la bata sucia por la que había en la cómoda. Eran las dos únicas cosas que había en ella. Me había recordado que lo hiciera así cuando bajara a cenar.

—Recuerda lo que te dije de la ropa; la lavamos una vez por semana. De manera

que, si ensucias tus dos batas, tendrás que llevarlas así hasta la semana siguiente.

—¿Por qué no lavamos la ropa más de una vez por semana? —pregunté.

—No hay que exagerar las cosas. Si tienes cuidado con lo que llevas puesto, bastará con hacerlo una vez a la semana —recalcó.

—Pero yo no tengo nada; sólo dos feas batas —repliqué.

—Las cosas, por ser sencillas, no son feas. El que tú estés acostumbrada a las ropas caras no significa que todo lo demás sea feo.

—Yo no estoy acostumbrada a llevar vestidos caros, pero necesito ropas que me sienten bien. Necesito ropa interior, calcetines...

—Necesito, necesito, necesito. ¿Es ésa la única palabra que sabéis emplear la juventud de hoy? —recriminó. Destapó el cazo de las patatas y añadió las verduras. Esto, más un vaso de agua y un pedazo de pan, iba a ser nuestro alimento. Mi comida había sido mejor cuando vivía con mamá y papá Longchamp y teníamos que pedir prestado para comer porque papá estaba sin trabajo. Pero Miss Emily opinaba que la frugalidad era buena para el alma y que alimentos como el pollo o los huevos sólo debían comerse en domingo.

Después de bendecir la cena no volvió a pronunciar palabra. Charlotte parecía diferente, asustada. Sospeché que Miss Emily la habría castigado severamente por las cosas que me había dicho antes y, probablemente, la habría prohibido hablar. De vez en cuando levantaba la vista del plato y me miraba como si fuésemos dos conspiradoras. Resultaba curioso, pero no supe de qué se trataba hasta que terminé de fregar los platos y los cacharros después de la cena. La encontré esperándome en la oscuridad del pasillo, a la salida del comedor, donde al parecer había estado escondida hasta que yo salí. Se plantó literalmente delante de mí en cuanto traspasé el umbral. Yo no tenía deseos de irme tan pronto a la cama, pero estaba tan cansada de trabajar y tan llena de dolores y achaques, que hasta la oscuridad y la sordidez de mi habitación me parecían agradables. Llevaba la botella de agua caliente envuelta en una bayeta, debajo del brazo.

—¡Charlotte! —exclamé—. ¿Qué ocurre? —Miré a mi alrededor, pero no vi a Miss Emily por ninguna parte.

—Te he hecho un regalo —susurró—. Está encima de tu cama —añadió, y se alejó rápidamente arrastrando los pies sin darme tiempo a responderle.

Yo no sabía qué pensar. ¿Qué podía haberme regalado? Probablemente sería alguna de sus labores, o tal vez hubiera sentido lástima de mí y me hubiese dado alguna de sus prendas interiores. Subí lentamente la escalera, pues cada peldaño me exigía ahora un esfuerzo, y avancé por el oscuro corredor hasta mi horrible habitación. Me acerqué a la lámpara de petróleo y la encendí sin perder un segundo. La luz alejó la cortina de sombras y dejó algo al descubierto sobre mi cama.

Lo cogí lentamente, y le di vueltas en la mano. Era un sonajero de niño y parecía

totalmente nuevo. Miss Emily se había mofado de mí cuando le conté lo del cumpleaños de Charlotte, recordándome que a su hermana no había que creerla. Por ello yo no le había preguntado por qué Charlotte había inquirido si el niño no me había dejado dormir o qué había querido decir con lo de que Miss Emily había visto en su vientre un niño con las orejas puntiagudas. ¿Pero por qué tenía en su poder un sonajero que parecía recién comprado? Charlotte era, sin duda, demasiado mayor para haber tenido recientemente un bebé.

Me acordé de que Miss Emily me había prohibido entrar en el ala que ocupaban ellas en la casa y pensé que tal vez fuera ésa la única forma de averiguar algún día qué significaba todo aquello.

Pero ahora me encontraba demasiado cansada y confusa para pensarlo. Alcé la ropa de la cama, me deslicé dentro y puse la botella de agua caliente al abrigo de mi abdomen, pensando que también calentaba a mi bebé.

Aquella noche no me parecía tan fría y me sentí agradecida. Una de las pocas cosas que Miss Emily había dicho durante la cena era que el aire caliente presagiaba un cambio de tiempo y que probablemente caería una nevada.

«Una nevada», pensé. ¿En qué fecha estábamos? Sumé los días que había permanecido en el hospital al último día que recordaba, más los dos que llevaba allí y cuando caí en la cuenta del día y la noche en que estábamos me incorporé de un salto, llena de tristeza y de horror.

¡Era Nochebuena! Y nadie se había preocupado siquiera de mencionarlo. Me acordé de Jimmy, que estaba en Europa, probablemente celebrándolo y cantando villancicos navideños con sus camaradas de armas; me imaginé a Trisha reunida con su familia en torno al calor del árbol de Navidad; pensé incluso en papá Longchamp acompañado por su nueva esposa y la promesa de un nuevo hijo.

Al acordarme de las promesas amorosas de Michael, las lágrimas me rodaron por las mejillas. ¡Qué Nochebuena tan maravillosa y romántica habíamos planeado juntos! Nos hubiéramos sentado al calor del fuego, después de abrir nuestros mutuos regalos de Navidad, mientras sonaba una bella música festiva. Después, hubiéramos yacido el uno en brazos del otro, hasta quedarnos dormidos besándonos suavemente en los labios. Recordé el día que trajo el bello arbolito. ¿Seguiría allí el árbol y se sentiría tan abandonado y solo como lo estaba yo?

UNA CARTA A TRISHA

A pesar de lo duro y penoso que era el trabajo que tenía que hacer en «Los Prados», lo acogía de buen grado porque, mientras fregaba, limpiaba el polvo, lavaba y sacaba brillo a los muebles, olvidaba lo largo que era el día y lo lento que era el tiempo. Era realmente como si estuviera cumpliendo una sentencia y Miss Emily no dudara en tratarme como a una criminal. Prisionera de mis quehaceres dentro de aquel caserón regido por aquel horrible y deprimente ogro, un día daba paso al otro y cada mañana, tarde y noche eran para mí tan anodinas e inmutables como las anteriores. Al igual que Charlotte, empezaba a perder el sentido del tiempo e ignoraba si era lunes o domingo. Exactamente igual que ella, me valía del domingo como punto de referencia.

De hecho, las hermanas Booth no acudían los domingos a la iglesia para practicar el culto a Dios. Yo había abrigado la esperanza de que aquella hora me diera ocasión de acudir a algún teléfono o enviar una carta por correo, pero Miss Emily decía que las iglesias se habían convertido en santuarios del demonio.

—La gente no va a ellas a rezar y confesarse; va como a un acto social y para que la vean. Imagínate, se engalanan para ir a rezar sus oraciones. Como si al buen Dios se le pudiera conquistar con vestidos caros, modas recientísimas y ricas joyas. Ni tampoco con ese maquillaje con que embadurnan sus caras algunas creyentes. ¡Cómo!, un sacrilegio, eso es lo que es. Dentro de ellas está el diablo y no para de reírse porque ha invadido la casa de Dios. Por eso rezamos en casa los domingos — concluyó.

Las hermanas Booth habían habilitado una capilla en la antesala adyacente a la biblioteca. Miss Emily incluso había puesto allí un banco largo y muy incómodo, cuyo respaldo estaba doblado hacia delante y nos obligaba a adoptar una postura muy sumisa, puesto que, si nos encontráramos a gusto y relajadas, olvidaríamos el propósito que nos había llevado allí. El banco se hallaba frente a una gran cruz de madera, y no había nada más en ninguna de las paredes. Miss Emily encendía unas largas velas en una mesa situada delante de nosotras y una lámpara de petróleo en cada una de las pequeñas mesas que había a nuestro alrededor. En cuanto terminaba el oficio, se apresuraba a apagar las velas para ahorrar cera.

Naturalmente, me requirió para asistir al oficio, que consistía en la lectura de la Biblia en voz alta por Miss Emily, y en la oración del Padrenuestro que recitábamos todas a coro. Luther, acudió también y permaneció de pie, atrás, junto a la puerta, con las manos plegadas. La lectura de Miss Emily duró más de una hora. Charlotte

empezó a moverse nerviosamente, pero a Miss Emily le bastó detener su lectura y mirarla fijamente para que recobrase su compostura y pusiera cara de arrepentimiento. A continuación, Miss Emily lanzó una fría mirada hacia mí para asegurarse de que también yo había comprendido. Me escoció tanto y sentí tanto frío como si alguien me hubiera arrojado un balde lleno de cubitos de hielo.

La recompensa por nuestro buen comportamiento fue un desayuno especial: huevos cocinados a nuestro gusto, cereales molidos con mantequilla y mojicones de arándano. Los mojicones eran el único alimento al que Miss Emily permitía poner azúcar, y en cantidad muy escasa.

Para ella, el azúcar era semejante al alcohol o las drogas, algo que podía tentarnos y hacernos vulnerables al mal. La abnegación nos hacía fuertes y nos mantenía debidamente defendidas.

Otro acontecimiento dominguero para nosotras era el baño. Tal y como había anunciado Miss Emily, Luther cargaba con una gran tina de madera y la ponía en el centro del suelo de la recocina. Usábamos la recocina porque estaba más cerca de la puerta trasera, que conducía hasta donde estaba el caldero con el agua caliente. En cuanto terminaba el oficio religioso, Luther empezaba a calentar el agua y después del desayuno lo acarrea cubo a cubo. Al agua caliente se le añadía agua fría en la justa proporción para que quedara tibia.

Miss Emily era la primera en bañarse y Charlotte y yo teníamos que esperar fuera de la recocina hasta que ella terminara. Luego Luther tenía instrucciones de entrar otra media docena de cubos de agua caliente. Charlotte era la siguiente. A mí me parecía horrible que nos bañáramos en el mismo agua, siendo Miss Emily la única que lo había hecho con agua totalmente limpia. Aducía que ella era la más limpia de las tres y, por lo tanto, dejaba menos suciedad. Cuando llegaba mi turno, Luther tenía que sacar parte del agua de la tina y remplazaría con otros seis cubos de agua caliente. La primera vez que tomé un baño de este tipo, Miss Emily entró apresuradamente e introdujo los dedos en el agua para comprobar su temperatura. Dedujo que no estaba bastante caliente y ordenó a Luther traer un par de cubos más.

—Ya está bastante caliente —protesté.

—Bobadas —replicó—. Si el agua no está bien caliente, no podrás sacarte la suciedad que llevas metida dentro de la piel —insistió.

Tuve que sentarme, desnuda, en la tina mientras Luther entraba con el agua y la vertía alrededor de mí. Tapé mi desnudez lo mejor que pude, pero vi que los ojos de Luther miraban con interés aunque su cara no lo demostró. Sospeché que Luther se tomaba algún trago que otro de algo, especialmente durante los fríos días de enero y febrero. A veces, cuando me encontraba terminando el trabajo de la cocina y le veía entrar portando leña o agua caliente, percibía en él olor a whisky. Si Miss Emily lo había notado, no lo decía. No le tenía miedo, pues no dudaba en reprenderle o darle

órdenes con un áspero tono de voz, pero parecía saber muy bien hasta dónde podía atosigarle.

Para mí era un misterio el que Luther trabajara tan duramente para aquellas dos mujeres; estaba segura de que no recibía a cambio mucho más que alojamiento y manutención. Dormía en algún lugar de la planta baja, en la parte posterior de la casa, en otro sitio que me estaba prohibido. Pero yo no podía evitar vagar a su alrededor y hacerle preguntas cuando se me presentaba la ocasión. Esto ocurría únicamente si él y yo nos encontrábamos solos, porque cuando Miss Emily estaba presente se limitaba a mirarme.

—¿Hace mucho tiempo que «Los Prados» empezaron a estropearse de esta manera? —le pregunté una mañana, cuando entraba con la leña. Había observado que su tema favorito de conversación era la plantación y que le gustaba hablar de ella más que de ninguna otra cosa.

—Al poco tiempo de fallecer Mr. Booth —respondió. Había algunas deudas y hubo que vender casi todo el ganado y parte de los aperos.

—¿Y que pasó con la señora Booth?

—Murió años antes que él... de una enfermedad en el vientre —explicó.

—Luther, trabaja usted mucho. No me cabe duda de que usted ha hecho cuanto ha podido para levantar esto —opiné. Por el brillo de sus ojos, supe que le agradaban mis palabras.

—Yo se lo dije; le expliqué lo que había que hacer para arreglar esto, pero a ella no le importan las apariencias. Sólo dice que las cosas bonitas atraen al diablo. Yo quería comprar pintura, pero ella dice que ni hablar. Por eso está todo como está. Hago cuanto puedo para que la maquinaria funcione y la estructura de la casa todavía es robusta.

—Está usted haciendo maravillas con lo poco que tiene —dije. Dio un gruñido de agradecimiento.

Un día me atreví a preguntarle por qué seguía trabajando allí.

—Hay muchas clases de propiedad —contestó—. La que está escrita en un papel legal y la que viene de años y años de trabajo y vivir en un sitio. Yo soy una parte de «Los Prados» como cualquiera —añadió ufano—. Si quiere saber la verdad —siguió, con lo que más se parecía a una sonrisa—. «Los Prados» me poseen a mí. No conozco ningún otro sitio.

Traté de que me contara más sobre Miss Emily y la familia, pero casi todas las veces que sacaba a colación siquiera remotamente este tema, él actuaba como si no me hubiera oído. No me parecía que respetara a Miss Emily ni siquiera que la quisiera mucho, pero había algo en ella que le mantenía obediente. Siempre que le pedí que me llevara a Upland Station encontró alguna excusa para no hacerlo y la mayoría de las veces iba sin haberme dicho nada.

A mediados de enero llegué a la conclusión de que Miss Emily le había prohibido llevarme, así que esperé encontrarnos solos para pedirle que me echara una carta dirigida a Trisha. No me dijo que sí ni que no, pero tampoco, la cogió de mis manos.

—La dejaré en el mostrador de la cocina. ¿Querrá llevársela la próxima vez que vaya al pueblo? —le pregunté. Se quedó mirando donde la dejaba, sin responder. Al día siguiente, la carta ya no estaba allí. Pasé algunas semanas esperando contestación de Trisha. Yo sabía que Trisha me contestaría en cuanto recibiera mi carta, pero cuando se presentaba Luther con el correo nunca traía nada para mí. Una mañana, cuando Luther entró con la leña, le pregunté por la carta.

—¿Qué carta? —inquirió.

—La que le dejé en el mostrador. La que me vio dejar aquel día —insistí.

—La vi —dijo—, pero cuando fui a buscarla ya no estaba.

—¿Que no estaba? —No añadió ni una palabra más, pero no era necesario. Yo sabía dónde había ido a parar la carta. La tenía Miss Emily. Una oleada de rabia me recorrió la columna y el orgullo que aún me quedaba se manifestó con todas sus fuerzas. Giré sobre mis talones y corrí a enfrentarme con ella.

Miss Emily se pasaba la mayor parte del día leyendo la Biblia, cocinando nuestra miserable comida, supervisando el trabajo de Luther y cuadrando al céntimo sus libros de contabilidad. Estas labores contables las efectuaba en la oficina-biblioteca, sentada tras el enorme escritorio de roble oscuro, bajo el imponente retrato de su padre, colgado en la pared, que miraba hacia abajo con cara torva desde detrás de ella. Tuve la sensación de que Miss Emily estaba obsesionada con su padre y temía que, si no hacía las cosas como él hubiera querido, bajaría a castigarla.

Estaba volcada sobre las cuentas haciendo cálculos y pequeñas anotaciones en el papel. Sus huesudos hombros semejabán una estructura de hierro con la cabeza oscilando en el medio. Un reloj de caja grande marcaba el tiempo ruidosamente desde un rincón. Como el cielo estaba recientemente encapotado y entraba poca luz, tenía encendida una sola lámpara de petróleo. La lámpara proyectaba un foco de luz amarilla sobre su cara y sus manos. Cuando me oyó entrar, levantó la cabeza y se echó hacia atrás de modo que sus ojos y frente quedaron en la penumbra. En la delgada línea de su boca se dibujó una afectada sonrisa y sus labios apenas se separaron al hablar.

—¿Qué quieres? ¿No ves que estoy ocupada? —exclamó, con brusquedad.

—Sólo quería saber por qué cogió usted la carta que escribí a mi amiga Trisha —dije, audazmente.

—¿Qué carta? —preguntó, sin mover la cabeza. Tenía una postura tan recta, que creí estar delante de un maniquí. Mis ojos se desviaron un instante hacia los del retrato de su padre, que me miraba ceñudamente desde arriba.

—La carta que dejé hace cosa de un mes sobre el mostrador de la cocina —

repliqué, sin ceder un milímetro. Pensé que no me iba a responder pero finalmente se inclinó hacia delante. Sus ojos traspasaron el perímetro del círculo luminoso y centellearon como los de un gato callejero.

—Lo que se deja en el mostrador es basura —dijo—, y eso es lo que sería cualquier carta tuya para esa amiga de la ciudad, que seguramente es tan depravada como tú.

Por un momento que pareció no tener fin se me atascó el resuello en la garganta. ¿Cómo tenía la desfachatez de justificar lo que había hecho? ¿Y qué derecho tenía a decir algo tan terrible sobre Trisha, a la que ni siquiera conocía? ¿Se consideraría Emily la única persona buena sobre la tierra?

—¿Cómo se atreve usted a decir eso? Ni siquiera conoce a mis amigas. ¡No tenía ningún derecho a tirar mi carta! —exclamé.

—¿Que no? —dijo, lanzando una estridente carcajada—. Claro que lo tenía, y lo tengo —aseguró, severamente—. Tengo todo el derecho a impedir que el demonio entre en mi casa. Y no dejaré que Luther malgaste su tiempo con tu correspondencia —insistió.

—¡Pero si sólo era una carta!

—Basta con una palabra para que el demonio entre en tu corazón. ¿Es qué no has prestado atención a todo lo que te he estado diciendo? Y, ahora, déjame. Tengo importante trabajo que hacer y tú tienes tus obligaciones.

—¡Me está usted tratando como a una prisionera, como a una delincuente común! —grité.

—Será porque eres una delincuente común —repuso, con calma—. Has cometido el delito más común de lujuria y ahora estás pagando por ello. —Plegó las manos y se adelantó aún más sobre la mesa, de modo que todo su rostro quedó ahora bañado por la luz—. Y por qué te han enviado aquí, bajo mis cuidados, ¿eh? No tienes ningún sitio donde ir; no te quiere nadie. Eres un estorbo, una carga. Mi hermana me lo dijo bien claro y, además, me pidió que te tratara como lo que eres, una pecadora y una ignominia; aunque no hacía falta que me lo dijera —añadió, fríamente. A continuación se echó hacia atrás de manera que su rostro quedó completamente en la penumbra—. ¡Mientras estés viviendo bajo mi techo, comiendo en mi mesa y dependiendo de mí, harás lo que yo diga! —rugió, con una voz tan recia y profunda, que pensé que muy bien podía haber salido de la cara del cuadro que estaba colgado encima de ella. Aquel terrible pensamiento dejó sin aire las velas de mi rebeldía. Sentí que la sangre me bajaba a los pies; empecé a notar como un aguijonazo detrás de las orejas y casi me quedé sin fuerzas. Me llevé las manos a mi abultado abdomen y retrocedí hacia la puerta. Ella bajó inmediatamente la cabeza y volvió a sus cálculos, asegurándose de que se había gastado juiciosa y justificadamente hasta el último centavo.

Me detuve junto a la puerta de uno de los salones. Aunque llevaba meses viviendo allí, había estado confinada en una pequeña parte de la casa y desconocía la mayor parte de ella, sobre todo la correspondiente a la zona prohibida del ala oeste, donde Miss Emily y Charlotte tenían sus habitaciones. Pero me constaba que en aquel salón había un espejo ovalado. Era la única habitación de la planta baja que tenía un espejo pues Miss Emily pensaba que los espejos incitaban a la vanidad y que ésta, después de todo, había sido la causante de la caída de Eva y del pecado del hombre.

—No es necesario que te mires al espejo —me había dicho cuando le pedí uno para mi cuarto—. Basta con que te mantengas razonablemente limpia.

Llevaba mucho tiempo sin preocuparme por mi aspecto, pero la forma en que Miss Emily me había tratado en la biblioteca me hizo sentirme tan disminuida y horrible, que no pude evitar sentir curiosidad por mí misma. ¿Sería ésta la forma en que ella me veía? ¿Cuál sería mi verdadero aspecto? Todo aquel tiempo lo había pasado sin cepillo, peine, cremas faciales o maquillaje. No tener que ir a ningún sitio ni ver a nadie había apartado de ello mi pensamiento, pero de nuevo precisaba sentirme como una muchacha joven y no como una esclava doméstica.

Parsimoniosamente, anticipando en mi corazón el temor a la verdad, me deslicé en el cuarto de estar. Las cortinas estaban descorridas, pero la iluminación era tan escasa como en la biblioteca. Localicé la lámpara de petróleo en una mesita y la encendí. Manteniéndola delante de mí, me acerqué al espejo. Primero apareció mi silueta y luego levanté la lámpara y contemplé mi rostro.

Mi pelo, una vez hermoso, estaba ahora sucio, desgredado y en desorden. Tenía la frente y las mejillas veteadas de suciedad y mis ojos azules carecían de brillo y estaban tristes, como si les hubieran robado la luz y la vida que había en ellos. Estaba pálida, casi con un aspecto tan insano y enfermizo como Miss Emily. La imagen que me devolvió el espejo me produjo náuseas, era como si estuviera contemplando el rostro de una desconocida.

Ya no me acordaba de la última vez que me había pintado los labios o cepillado el pelo y me era imposible recordar cuándo me había puesto encima el último perfume. Y todas mis bonitas ropas... mis pendientes y pulseras, incluso el relicario que me había regalado Michael... todo estaba ahora en otro sitio. Tal vez Agnes Morris lo hubiera enviado al hotel y la abuela Cutler se hubiera desprendido ya de casi todo, exactamente igual que se había desprendido de mí.

«¡Mira qué aspecto tienes! —pensé—. Mira lo que la abuela Cutler y Miss Emily han hecho contigo». Mi cara estaba abotargada, incluso deforme. Me encontraba delante del espejo con aquel horrendo camisón colgando de mis hombros igual que un saco. Incapaz de soportar más tiempo la visión de mi propia imagen, me apresuré a apagar la lámpara de petróleo y cogí de buen grado la sombra que inmediatamente envolvió mi rostro. Hice el juramento de no volver a mirarme a un espejo mientras

estuviera en aquella casa.

Salí apresuradamente del salón y empecé a subir las escaleras todo lo aprisa que podía. Cada peldaño me costaba un esfuerzo, pues estaba bien entrada en el quinto mes y andaba con mucha pesadez. Cuando llegué a mi cuarto, jadeando, me derrumbé sobre la cama y empecé a sollozar en medio de la oscuridad. «Realmente, soy una prisionera —pensé—, una prisionera atormentada».

—¿Qué te pasa? —oí que me pregunta Charlotte y dejé de llorar.

Me incorporé y me sequé las lágrimas de los ojos. Estaba de pie a la entrada de mi cuarto, con un diseño de sus labores en las manos. Miró por el corredor de la derecha y luego se inclinó para susurrarme con aire conspirador:

—¿Te ha dicho Emily que tu bebé tiene las orejas puntiagudas? —preguntó.

—Me importa poco lo que piense Emily —respondí—. Y mucho menos lo que piense de mi bebé.

Charlotte me miró con fijeza durante un rato. Para ella, evidentemente, representaba mucho desafiar a Emily. Luego sonrió y se acercó a mí.

—Mira lo que he hecho —dijo con orgullo.

Respiré profundamente y me incliné para encender mi lámpara de petróleo. A continuación contemplé su trabajo. Era una pieza muy bonita, hecha con hilo azul y rosa. Estaba rellenando un dibujo que representaba claramente a un niño dentro de una cuna que se mecía bajo un árbol.

—¿De dónde has sacado este diseño? —pregunté.

—¿Diseño? —Se puso el material delante, como si la respuesta estuviera escrita en él.

—Me refiero al modelo. ¿Te lo ha comprado Miss Emily en alguna parte?

—¡Oh, no, lo he dibujado yo misma! —dijo, sonriendo orgullosamente—. Yo dibujo todos mis trabajos.

—Este es buenísimo, Charlotte. Tienes talento. Deberías enseñar a la gente lo que haces —dije.

—¿A la gente? Sólo se lo enseño a Emily. Ella quiere que siga haciéndolo; así no la estorbo. —Charlotte empezó a recitar—: Dice que manos ociosas...

—Lo sé, lo sé. Cometan errores. Bueno, ¿y los que comete ella? —repliqué. Charlotte sonrió con más ganas y comprendí que la idea que tenía Miss Emily acerca del mal era para ella tan inverosímil que ni siquiera podía imaginársela. Su hermana sufría un lavado de cerebro—. Emily no es un ángel, ¿sabes? No todo lo que hace y dice es justo y bueno. Es innecesariamente mezquina, sobre todo contigo —continuó—. Te habla como si fueras una especie de animal inferior y te tiene aquí encerrada, igual que a mí.

—¡Oh, no! Emily sólo quiere ayudarme. Yo soy la semilla del diablo y he engendrado un hijo del diablo. —Lo recitó de tal forma que me hizo comprender que

había sido obligada a repetirlo una y otra vez hasta que le saliera automáticamente de la boca.

—Eso es una mentira horrible. Oye, ¿qué quieres decir con que has engendrado un hijo del diablo? ¿Qué hijo? —pregunté.

—No debo hablar de eso —contestó, retrocediendo un paso.

—No se enterará —la incité—. No le diré ni una palabra. ¿Podemos compartir un secreto?

Meditó un momento y luego volvió a aproximarse a mí.

—He hecho esto para el bebé —me confesó, mostrándome su labor—, porque el bebé vuelve algunas veces.

—¿Que vuelve? ¿De dónde vuelve?

—Del infierno —respondió—, donde le enviaron a vivir porque es allí donde pertenece.

—Charlotte, nadie pertenece al infierno.

—El demonio sí —respondió en seguida, afirmando con la cabeza.

—Puede que el demonio sí... y Miss Emily—murmuré entre dientes—. Háblame de ese bebé —le pedí, levantando la cabeza—. ¿Hubo un bebé de verdad? —Me miró, fijamente, sin responder—. Charlotte —dije, metiendo la mano debajo de la cama para sacar el sonajero infantil que me había dado—, ¿de quién era esto? ¿De dónde lo sacaste?

El viento golpeó una contraventana abierta, produciendo un ruido que resonó por el pasillo y Charlotte retrocedió inmediatamente cerrando los ojos, con el semblante lleno de terror, estremecida por algún pensamiento.

—Tengo que volver a mi cuarto —dijo—. Emily se enfadará mucho si se entera de que estoy aquí molestándote.

—No me molestas. No te vayas —le rogué. La contraventana resonó otra vez. Ella se dio media vuelta y salió de mi cuarto—. ¡Charlotte! —la llamé, pero ya no volvió.

Charlotte era la única persona con quien podía hablar y Miss Emily la había aterrorizado para que no lo hiciera. Pensé que me encontraba igual que en una cárcel. Difícilmente podía tener un carcelero tan cruel como Miss Emily. ¿Por qué? ¿Por haberme enamorado demasiado pronto y haber sido demasiado confiada? Pensé que mi pecado consistía en haber creído en alguien. Pues bien, desafiaría a Miss Emily. Escribiría una carta a Trisha y la echaría al correo aunque tuviera que hacerlo yo misma.

Me levanté de la cama con una nueva determinación. Volví a esconder el sonajero y bajé a la cocina, donde me senté a escribir mi carta a Trisha. Pero esta vez le conté todos los feos detalles. Mientras escribía todo lo de prisa que me era posible, mis lágrimas caían sobre el papel.

Querida Trisha:

Llevo meses tratando de ponerme en contacto contigo, pero Emily, la horrible hermana de la abuela Cutler, me ha impedido hacerlo. Aquí no hay teléfono y por eso no puedo llamarte, y las cartas hay que expedirlas en un sitio llamado Upland Station, a algunos kilómetros de distancia. Emily también ha impedido que me traigan mis cosas. El día que llegué me quitó la ropa y la metió en un proceso de purificación que consistió en hervirla y enterrarla. Desde entonces no he visto ni siquiera mi bolso. ¡Me obliga a llevar una fea bata, que parece un saco, y nada más! ¡Ni ropa interior! Por la noche duermo con una bolsa de agua caliente para poder resistir el frío de esta habitación, oscura y sin ventanas. Por luz tengo una lámpara de petróleo, pero sólo me da una pequeña cantidad para toda la semana. Así que no puedo gastar todo el que quiero, para no quedarme días, y días a oscuras.

No hago más que trabajar en la casa, limpiando, sacando lustre y quitando el polvo. Ni siquiera tengo tiempo para leer. Pero aunque lo tuviera, estaría demasiado cansada para hacerlo. He engordado mucho y cada vez me molesta más la espalda, pero a Miss Emily no le importa. Creo que disfruta viéndome sufrir; se imagina que cuanto más padezca, más remordimientos tendré.

Cuando salí de Nueva York no pude darte mi dirección exacta porque no la sabía. Necesito que me hagas un favor. Te mando las señas de papá Longchamp. El es la única persona a quien puedo acudir, puesto que Jimmy creo que continúa en Europa y, de todos modos, no sabe dónde estoy. Por favor, contacta con papá Longchamp y cuéntale la situación tan desesperada en que me hallo. Debo salir de aquí. Miss Emily es una fanática religiosa y su hermana, una retrasada mental tan desamparada como yo.

No sabes cuánto te echo de menos a ti y a nuestras maravillosas charlas. Ahora me doy cuenta, más que nunca, de lo buena amiga que has sido para mí y de cuánto te quiero. También echo en falta la escuela y, más que nada, el canto y la música. En esta casa no hay más música que la de la iglesia. Según Miss Emily, todo lo demás es obra del diablo. Ve al diablo en todas partes, excepto donde debería verle: en el espejo.

Si me dieran a elegir en estos momentos, preferiría de muy buen grado vivir con Agnes otra vez. Por muy extraño que fuera a veces su comportamiento, al menos era humana.

Vuelvo a decirte que te echo de menos.

Te quiero,

DAWN

Metí la carta en uno de los sobres que había encontrado un día en la biblioteca, escribí en él la dirección, subí sigilosamente la escalera y doblé mi única manta tanto como me fue posible para poder ocultarla debajo de mi bata. La manta me serviría de abrigo, puesto que mi verdadero abrigo era una de las prendas que habían sido hervidas y enterradas. A continuación abandoné mi cuarto y bajé prácticamente de puntillas la escalera. Miss Emily continuaba en la biblioteca inmersa en su trabajo y por las rendijas de la puerta se vislumbraba la luz mortecina de su lámpara de petróleo. Aun así, me detuve para asegurarme de que no me había oído y luego avancé rápidamente hacia la puerta principal. Cuando empecé a abrirla dejó escapar un lúgubre chirrido, así que la fui abriendo lo más lentamente que pude, centímetro a centímetro. Cuando la abrí lo suficiente, me deslicé hacia fuera, desplegué rápidamente la manta y me arrojé con ella.

El aire de finales de febrero era todavía muy frío, sobre todo con el sol tapado por un par de recias y feas nubes que se extendían de un horizonte a otro. Además, ya era una hora muy avanzada del día. Miré hacia el paseo y hacia la sucia carretera, y sentí una honda punzada de desaliento. Me parecía un mundo muy hostil. Los árboles estaban todavía pelados y la hierba y los arbustos seguían mostrando un color terroso y amarillo. Sólo se veían algunos mirlos, inmóviles, situados como trofeos sobre las ramas desnudas de los árboles, mirándome desde arriba con desconfianza. Pensé que me esperaba un largo camino sólo para expedir una carta, pero estaba decidida a hacerlo.

Me ceñí bien la manta al cuerpo y eché a andar. Cuando llegué al final del largo sendero, empezaba a caer la nieve. Al principio los copos caían en pequeñas partículas, pero gradualmente se fueron haciendo cada vez más grandes. El suelo del camino era blando en algunos tramos, pero en otros estaba endurecido por el hielo o era rocoso, haciendo resbalar mis pies, sin calcetines, dentro de las botas. El aire gélido encontró fácilmente resquicios en la manta para colarse e invadir mi cuerpo, protegido por una simple bata. Yo tiritaba y trataba de acelerar el paso para conservar el calor.

«Si viniera alguien en la misma dirección...», pensé. Empecé a rezar para que así fuese, aunque sabía que aquel camino se había construido principalmente como vía de acceso a «Los Prados». El cielo se iba haciendo progresivamente más oscuro y los copos de nieve eran cada vez más grandes y blancos. Movidos por un viento despiadado, no tardaron en formar remolinos a mi alrededor y en caer y golpear la cara con tanta fuerza y frecuencia que me obligaban a caminar prácticamente con los ojos cerrados.

Desconocía el camino y tropecé en un enorme bache. Lancé un grito y extendí las manos para amortiguar el golpe. Fui a caer encima de la grava y me despellejé seriamente las palmas. El impacto, además, fue muy grande y por un momento creí

que no podría levantarme. Sentí un dolor agudo en el bajo vientre.

«¡Oh, no —pensé—, el niño!» Luché con los pies y las manos hasta quedar sin aliento. La manta se me desprendió y quedé totalmente expuesta al viento y a la nieve. Los copos helados me golpeaban en la nuca. Me di cuenta de que se me había caído la carta de Trisha y tenía que buscarla. Cuando la encontré, me puse de pie, respiré profundamente y me enrollé otra vez la manta. El dolor del vientre había remitido, pero me escocían las palmas como si las tuviera traspasadas por alfileres.

Empecé a sollozar, pensando que no había conseguido más que empeorar mi situación y al reanudar la marcha sentí un dolor en la región lumbar que cada vez se hacía más agudo y extenso. Tuve que detenerme para recuperar el aliento, pero el dolor no disminuyó, sino que empezó a extenderse hacia los costados y el abdomen. Sentía como si me atenazaran unos dedos de acero y llena de pánico, eché a correr. La nieve que caía era tan espesa que apenas podía ver ya delante de mí. Tropecé y caí varias veces, excoyéndome las manos. Esta vez, cuando me levanté, me encontraba desorientada y sin saber qué dirección tomar.

Pensé que había oscurecido muy rápidamente. ¿Iría en la dirección correcta? ¿Debería haber doblado a la derecha o a la izquierda? Me asaltó el pánico, eché a andar en una dirección, me detuve y tomé otra. Luego, aterrada de que podía haberme perdido y morir de frío, eché a correr. Pero el abdomen se me movía tanto que tuve que sujetármelo con las manos y, por consiguiente, se me escapó la manta de los hombros. Pero no me detuve a recuperarla. Seguí corriendo sin parar. Se me hundió un pie en una parte blanda del camino y cuando lo saqué la bota se me quedó enganchada en el suelo. Parecía que la propia tierra trataba de engullirme. Estaba tan asustada, que ni siquiera me di cuenta de que iba corriendo con un pie descalzo. Seguí corriendo y corriendo, hasta que tuve que detenerme para recuperar el aliento. Entonces, con las manos puestas en el abdomen, con todo mi cuerpo transido de dolor, caí de rodillas y empecé a sollozar.

De repente oí el ruido de un motor. Levanté la cabeza y lancé un grito en el preciso instante en que la camioneta de Luther se detenía delante de mí, tocándome casi la cara con su parachoques. Se apeó y me ayudó a levantarme, pero yo estaba muy aturdida, con todos los miembros ateridos de frío. Me cogió en brazos y rodeó la camioneta para colocarme en la cabina. Yo apoye la cabeza sobre la ventanilla. Me castañeteaban tanto los dientes que parecía que se me iban a partir. Me echó por encima la vieja manta oscura y retrocedió con la camioneta unos cien metros hasta llegar al sendero. Al parecer, me había alejado muy poco de la casa, había estado corriendo en círculos.

Luther condujo la camioneta hasta la parte posterior de la casa de la plantación y me metió por la puerta trasera. Miss Emily, con Charlotte al lado, estaba allí de pie igual que un centinela, con la cara despavorida y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Estúpida! —exclamó—. ¡Pequeña estúpida! Has tenido suerte de que a Luther se le ocurriese echar un vistazo al camino y te viera corriendo como una gallina decapitada. Por esto merecerías que te cortaran la cabeza.

Hizo una seña a Luther y éste me llevó a la recocina y me metió en la pila. Se marchó y Miss Emily se acercó para quitarme la bata mojada y sucia. Yo tiritaba y me seguían castañeteando los dientes. Luther empezó a traer muchos cubos de agua caliente. A medida que el nivel del agua cubría mi cuerpo, empecé a sentir un hondo cansancio en las piernas. Sin importarme ya mi desnudez, permanecí inmóvil dejando que Luther me echara agua caliente por los hombros y los senos. Por último, Miss Emily declaró que ya era suficiente.

—Ya puedes salir —ordenó, ofreciéndome una toalla. Me levanté lentamente y, con la ayuda de Charlotte, salí de la tina.

—Ya veo que has perdido un zapato. Tendrás que arreglarte sin él e ir con un pie descalzo a partir de ahora. No soporto a las tontas ni a las pecadoras. Sube a tu habitación —me ordenó.

Las piernas casi no me sostenían. El suelo estaba tan frío que me parecía estar caminando descalza por un estanque helado. Charlotte me cogió del brazo al cruzar la cocina, pero Miss Emily no me prestó ninguna ayuda. Me costó mucho trabajo subir la escalera pues estaba tan mareada que durante un momento temí desvanecerme y caer rodando. Llena de angustia alargué las manos y me agarré a la barandilla.

—No te pares —indicó Miss Emily. Sus palabras eran como un látigo que fustigara mis hombros desnudos. Suspiré profundamente y continué. Cuando llegué a mi sórdido cuarto me acordé de que ya no tenía allí la manta. Miss Emily también se percató de ello cuando encendió la lámpara de petróleo.

—Has perdido la manta ahí fuera, ¿verdad? No debería darte otra, para que aprendas la lección —dijo.

No tenía fuerzas para replicarle. Me metí debajo de la sábana y me tapé hasta la boca, deseando poder cubrirme con ella hasta la cabeza y morir.

—Vete y tráele otra manta —ordenó a Charlotte, y empezó a vociferar y a despotricar a mi ingratitud y contra lo difícil estaba haciendo yo una situación que ya era horrible de por sí. Mantuve los ojos cerrados hasta que Charlotte volvió con la manta y me la echó por encima.

—Gracias, Charlotte —dije con una voz débil que sonó como un susurro. Ella sonrió.

—Déjala sola —ordenó Miss Emily. Cuando Charlotte abandonó el cuarto, se acercó a mí—. ¿Adonde pensabas ir con este tiempo? —me increpó.

—Quería echar mi carta —respondí.

—Claro, tu carta.

Levanté la cabeza y vi que había abierto el sobre y sacado la carta.

—No tenía usted derecho a abrir el sobre y leer esa carta —dije.

—¿Otra vez diciéndome lo que tengo y lo que no tengo derecho a hacer? ¿Cómo te atreves a decir a nadie que debería yo mirarme al espejo para ver al diablo? ¿Cómo te atreves a llamarme fanática religiosa y a decir que no soy humana? ¿Cómo te atreves a motejar a nadie, tú que llevas la marca del pecado? ¿Y quién es este... este papá Longchamp? ¿Es el hombre que te raptó cuando eras pequeña? ¿Por qué quieres contactar con una persona así? —me preguntó, al ver que no le respondía.

—Porque él, a diferencia de usted y de la abuela Cutler, es bueno —contesté.

—¿Bueno? ¿Bueno un hombre que roba niños? No hay duda de que tienes al diablo dentro del cuerpo. Lo difícil es saber si lo arrojarás de ti algún día.

—El diablo estará dentro de usted —murmuré. Me era imposible tener los ojos abiertos—. El está dentro de usted... —Mi voz se fue desvaneciendo poco a poco.

Miss Emily siguió arrastrando las palabras con voz monótona y en torno al diablo, al infierno y a mi ingratitud, lanzando contra mí un cúmulo de veneno y odio. Al cabo de un rato dejé de oír las palabras; sólo percibía como un zumbido, hasta que caí en un sueño profundo.

Desperté unas horas más tarde. Estaba a oscuras y, por un momento, no supe dónde me encontraba. Pero el dolor que sentía en los brazos, las piernas y los hombros me ayudó a refrescar la memoria. Cambié de postura en la cama con un gemido y entonces oí que encendían una cerilla y vi una vela ardiendo. La misteriosa luz ambarina iluminaba el rostro de Miss Emily. Se hallaba sentada en la penumbra, cerca de mí, esperando a que despertara. Se inclinó hacia mí y cuando su cara se acercó a la mía, mi corazón empezó a latir con fuerza.

—He estado rezando por ti —susurró ásperamente—. Y te he estado observando. Pero como no te arrepientas de tus acciones, el diablo no soltará su presa sobre ti. Quiero que reces el Padrenuestro, ahora y todas las noches. ¿Has comprendido? Que la morada de tu cuerpo sea un sitio donde no pueda vivir el diablo. ¡Reza! —me ordenó, con ojos llameantes.

—Estoy cansada —dije—. Estoy muy cansada...

—Reza —repitió—. Devuelve el demonio al infierno. Reza, reza, reza —me sermoneó.

—Padrenuestro —empecé, temblándome los labios— que estás en los cielos...

No podía recordarlo y ella alegaba que era el diablo quien me hacía olvidarlo. Me obligó a repetir las palabras hasta que las recité perfectamente. Entonces apagó la vela que había entre nosotras y se perdió en las tinieblas, como quien conoce bien la noche, las sombras y todos los negros pensamientos que nos rondan en nuestros instantes más atormentados. Volví a quedarme dormida, sin saber si lo que había sucedido era una pesadilla o realidad.

PESADILLAS SIN FIN

Durante los días y semanas que siguieron, me fui sintiendo lenta y paulatinamente más y más entumecida. Me encontraba apagada y torpe, y me movía como un robot por la casa de la plantación, desganada y despreocupada, sin apenas ver ni oír nada ni a nadie a mi alrededor. Era como si todavía me atenazara el terrible frío que tan cruelmente me había envuelto la tarde que traté de escaparme a Upland Station. Llegué a acostumbrarme a la oscuridad de la casa, a las prolongadas sombras y a los profundos silenciosos. Ya no miraba desafiando a Miss Emily ni ponía en duda su autoridad y sus órdenes con mis preguntas. Lo que quería que me dijese, lo hacía. Donde me dijera que fuese, allí iba.

Un día me mandó sacar todos los libros de la biblioteca y limpiar el polvo de las solapas y los estantes. Había cientos de libros, algunos de los cuales llevaban muchos años sin ser tocados, con las páginas tan amarillas y frágiles que se desmoronaban en mis dedos si no los cogía con esmero. Me pasé allí toda la tarde y no había terminado todavía cuando el sol empezó a ocultarse tras los árboles al otro lado de la ventana. Miss Emily me hizo seguir después de fregar los platos de la cena y tuve que trabajar alumbrándome con la lámpara de petróleo. No terminé hasta cerca de la medianoche.

Exhausta, subí como pude la escalera y encontré incluso agradables mi decrepita habitación y mi camastro. Pero a la mañana siguiente me quedé dormida y, al no presentarme a la hora habitual, Miss Emily subió al cuarto y echó un vaso de agua helada por la cabeza. Lancé un grito y desperté sobresaltada de mi profundo sueño, sintiendo un desgarró en el pecho. Fue un dolor muy agudo, pero Miss Emily no quiso darle importancia.

—La pereza es uno de los siete pecados capitales —declaró, mirándome desde arriba—. Levántate temprano y sé puntual en tus quehaceres para no dar al diablo carne pecadora que roer. Y, ahora, sécate y baja inmediatamente a la cocina —me ordenó.

Ni siquiera protesté ante aquel ultraje. El pabellón de mi orgullo estaba arriado y mi dignidad yacía a mis pies. Me arrastraba de un trabajo a otro, de habitación en habitación. Permitía a Miss Emily ridiculizarme y convertirme en su blanco siempre que se le antojaba sermonearnos durante la cena. Un domingo se refirió a mí durante el oficio en la improvisada capilla. Hasta me pareció ver en los ojos de Luther y Charlotte un atisbo de compasión por mí.

Me sentía desamparada y perdida. Mí madre no se había interesado por mí y yo no había logrado ponerme en contacto con Trisha, Jimmy o papá Longchamp. Lo

único importante ahora era que transcurriera el tiempo que faltaba y dar a luz a un hijo guapo y sano; al hijo de Michael.

Mis únicos momentos agradables eran cuando pensaba en el niño. A veces interrumpía mi trabajo, no importaba lo que estuviera haciendo, y me llevaba las manos al vientre. Cerraba los ojos y me imaginaba estar viendo la carita del bebé. Soñaba que era una niña, que tenía el cabello rubio como yo y los ojos de un color zafiro oscuro como los de Michael. Poseía una carita rosada y robusta, y un temperamento feliz. Esperaba con impaciencia el momento de tenerla en mis brazos.

A pesar de las horribles circunstancias y de los trágicos reveses que me había deparado la mano del Destino, sólo presentía cosas buenas para después de que naciera la niña. Ella me traería un cambio de suerte. Lograría arreglármelas para que nuestra vida juntas fuera feliz y ella se hiciera una muchacha bella y buena. Podía pasarme horas y horas soñando con que caminábamos las dos de la mano a la luz del sol por alguna hermosa playa.

Por supuesto, empecé a pensar en su nombre. Había considerado ponerle el nombre de mamá Longchamp, pero luego decidí que debía tener una personalidad independiente de cualquier otra persona, una personalidad exclusivamente suya. En cuanto tenía ocasión me encerraba en la biblioteca y desempolvada los viejos libros en busca de nombres originales. Una tarde, Miss Emily me sorprendió haciéndolo.

—¿Qué estás buscando en esos libros? —preguntó, mirándome con sus pequeños y suspicaces ojos—. En mis libros no hay pasajes eróticos ni provocativos.

—No es eso lo que trato de encontrar —respondí—. Si quiere saberlo, estoy buscando un nombre para mi hijo. Lanzó una sonrisa afectada.

—Si es niña, ponle Castidad o Virtud. En cierto modo, tendrá bastante que superar. Si es niño, ponle el nombre de alguno de los apóstoles.

No respondí. Por descontado iba a rechazar cualquier nombre que me propusiera ella. Si era niña me gustaría ponerle Christie, pero no estaba segura de cómo llamarle si era niño. Meditando sobre ello, me acordé de que Michael no había hablado nunca de nombres conmigo. Debí haber recelado más desde el principio al ver que no mostraba ningún interés de padre orgulloso. Sin embargo, no podía evitar acordarme de él. Sin duda a aquellas alturas estaría protagonizando algún estreno de primavera.

A juzgar por lo que decía Luther, la primavera llegaba este año con retraso al Sur y eso era desastroso para la plantación. Los días no fueron cálidos hasta comienzos de abril, pese a que los árboles ya estaban en flor y la hierba había empezado a verdear. De todos modos, yo no tenía muchas ocasiones de gozar del buen tiempo, de los pájaros, ni de la eclosión de las flores. La lista de obligaciones que me presentaba Miss Emily solía tenerme ocupada todo el día. Y a pesar de que los días y las noches eran cálidos, a mí me seguía pareciendo igual de fría la gran casa de la plantación. Era como si el sol que se colaba por las ventanas cuando estaban descorridas las

cortinas perdiera su fuerza al penetrar en aquella casa oscura y melancólica.

Cuando entré en el séptimo mes, había engordado mucho y empezaba a sufrir ahogos con el ejercicio físico. Miss Emily, aunque alegaba constantemente que era una experta comadrona, no me redujo los quehaceres. Seguía insistiendo en que me arrodillara a fregar los suelos y moviera los pesados muebles para limpiar el polvo y sacarles brillo. Si acaso, me aumentó la tarea.

Una mañana, cuando había terminado de lavar los platos, los cazos y las sartenes, y de fregar el suelo de la cocina, se presentó a inspeccionar mi trabajo. Estaba tan agotada por el esfuerzo, que aún estaba sentada en el suelo, sujetándome el abdomen y aspirando aire profundamente. Se plantó delante de mí, mirándome fijamente y observando lo que había terminado de hacer.

—¿Has vaciado de vez en cuando el cubo para usar agua limpia? —inquirió.

—Sí, Miss Emily —contesté—. He hecho lo de siempre, he usado tres cubos llenos.

—¡Humm! —exclamó, recorriendo lentamente el piso de la cocina—. Este suelo está como si no lo hubieran tocado.

—Es un suelo muy viejo y muy gastado, Miss Emily —dije.

—No trates de echar al suelo la culpa de tu incompetencia —me respondió—. Desde aquí —dijo, trazando una línea imaginaria con la punta del pie— hasta el final, hay que volver a fregarlo.

—¿Volver a fregarlo? ¿Pero, por qué?

—Porque no has empleado agua limpia y te has limitado a refregar la suciedad. ¿Cómo esperas que entremos a comer aquí con un suelo tan sucio? —dijo, haciendo una mueca con la boca y echando fuego por los ojos. «Qué furiosa y horrible es capaz de ponerse», pensé.

—Pero todavía tengo que sacar brillo a los muebles, y usted me dijo que fregara hoy las ventanas de la biblioteca y...

—No me importa lo que te falta por hacer. ¿De qué sirve que hagas las cosas si las haces mal? ¡Vuelve a fregar inmediatamente este suelo! —insistió.

—Miss Emily —supliqué—, mi embarazo está muy adelantado. Cada vez me encuentro más pesada. ¿No resulta peligroso para mí trabajar tanto?

—¡Por supuesto que no! Sólo una persona tan blanda y mal criada como tú podría pensar eso. Cuanto más trabajas, más fuerte estarás a la hora del parto —afirmó.

—Pero me encuentro cansada. Cada vez me cuesta más trabajo dormir y...

—¡Friega este suelo inmediatamente! —gritó, señalándolo—. De lo contrario, cuando llegue el momento haré que Luther te eche a la pocilga para que des a luz con los cerdos.

—Debería verme un médico —murmuré, sin levantar la cabeza. Quería decirle más cosas, pero lo único que iba a conseguir con ello era que mi hijo muriese si

cumplía su amenaza.

Me puse trabajosamente en pie y fui a llenar otro cubo de agua. Luego añadí jabón y volví a la parte del suelo que me había indicado. Se quedó observando lo que fregaba.

—Aprieta con más fuerza —me ordenó— y describe círculos más grandes al restregar. Creo haberte oído alardear de que trabajaste de sirvienta en el hotel de mi hermana.

—¡Es cierto, pero nunca tuvimos que hacer esto!

—Entonces, ese hotel estaría sucio. Me extraña mucho con lo que sabe mi hermana. Ella fue siempre la preferida, la niña de los ojos de mi padre, y nunca cumplía con su parte. Siempre se las arreglaba para que yo o la pobre y estúpida Charlotte hiciéramos su trabajo. Y lo sigue haciendo —dijo Miss Emily—. Pero ahora estás aquí. Restriega fuerte. Haz los círculos más grandes —repitió, y se fue de la cocina.

Lo hice lo mejor que pude y cuando terminé me di cuenta de que casi no podía levantarme. Tenía la espalda tan envarada, que tuve que apoyarme contra la pared para recobrar el aliento y esperar a que disminuyeran los dolores.

A medida que pasaban los días, mis quehaceres, que habitualmente acababa a finales de la tarde, ahora me tenían ocupada hasta entrada la noche. Después de terminarlos tenía que regresar sola a mi cuarto, por aquella casa en tinieblas, con una vela en la mano. Subir la escalera se fue haciendo gradualmente más penoso para mí y cada vez tardaba más. Me aterraba la posibilidad de desmayarme y caer rodando, pues estaba segura de que eso me haría perder el niño.

Una noche, a finales del séptimo mes, cuando había terminado mis quehaceres y subía penosamente la escalera para recluirme en mi cuarto, nada más entrar se presentó Miss Emily. Parecía haberme estado esperando oculta en las sombras del corredor, pues entró detrás de mí, echándome literalmente el aliento en la nuca. Traía la lámpara de petróleo en una mano y algo dentro de una gran bolsa de papel.

—Es hora de hacer inventario —dijo cuando me volví, sorprendida.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamé. Me encontraba tan cansada, que me costaba trabajo mantener los ojos abiertos. Confié en que no se le hubiera ocurrido hacer un inventario de todo.

—Tenemos que reconocerte —dijo.

—¿Pero por qué ahora? —protesté—. Estoy cansada y es hora de dormir.

—¿Qué pretendes, que acomode mi horario a tus necesidades? Quítate la bata —me ordenó.

De mala gana, empecé a sacarme la ropa por la cabeza, pero su impaciencia la hizo agarrar la bata y tirar bruscamente de ella, faltando poco para que me derribara al suelo. Me abracé el pecho, tapando mis abultados senos, y la miré fijamente. Sin

contemplaciones, puso la palma de su mano derecha contra mi abdomen y apretó con tanta fuerza, que me obligó a dar un grito.

—Justamente lo que sospechaba, estás estreñida —declaró.

—No, no lo estoy —repliqué—. Yo...

—¿Por qué dices que no? ¿Crees que después de los años que llevo trayendo niños al mundo no sé cuándo una mujer encinta está estreñida y cuándo ese estreñimiento causa presiones indebidas en la matriz y en el feto?

—Pero... —Sacudí la cabeza. «¿Sería eso cierto?», me pregunté. ¿Sería ésa la causa que me impedía respirar?

—No hay peros que valgan. Quieres lo mejor para el niño, ¿verdad?

—Sí —contesté—. Por supuesto.

—Bien. —Metió la mano en la bolsa de papel y sacó una botella de aceite de ricino y un vaso grande. Destapó la botella y llenó el vaso hasta el borde—. Bebe esto —dijo, ofreciéndomelo. Lo cogí, despacio.

—¿Todo?

—Sí, todo. Creo que sé lo que necesitas. Bébetelo.

Me llevé el vaso a los labios, cerré los ojos y empecé a beber. Aquel líquido de horrible sabor borboteaba según caía dentro de mi estómago. Para mi sorpresa, llenó otro vaso.

—Otra vez —dijo, acercándome el vaso a la cara—. ¡Bébetelo! —gritó.

Cogí el vaso con calma y lo vacié tan rápidamente como pude.

—Muy bien. Eso te limpiará y te quitará la presión del útero —dijo. Casi la vi sonreír al resplandor de las lámparas. Pensé que quizás ahora que me encontraba cada vez más cerca del parto, su comportamiento se adecuaría más al de la comadrona que decía ser. Volvió a meter en la bolsa el vaso y la botella de aceite de ricino, casi vacía—. Ya puedes volver a ponerte la bata —dijo. Y se fue.

No hacía mucho que se había marchado, cuando sentí un agudo retortijón de tripas. Al darme el segundo casi me doblé. Luego empecé a sentir un dolor tras otro. Me bajé de la cama lo más de prisa que pude y, sin detenerme a encender la lámpara de petróleo, me lancé sobre la puerta del cuarto de baño. Tiré firmemente del pomo, pues la puerta siempre estaba atascada, pero esta vez me quedé con el pomo en las manos y caí rodando hacia atrás. No pude impedir caer sentada en el suelo violentamente. El impacto me exponía a un inmediato accidente.

—¡Oh, no! —grité, mientras mis intestinos se despachaban a sus anchas. Lo único que podía hacer era quedarme como estaba y esperar a que aquello acabara. Luego, lentamente, extremando el cuidado para no ensuciarme más, me quité el manchado camisón. Hice un lío con él rápidamente y me acerqué a la puerta del baño. Metí los dedos en el agujero que había dejado el pomo y tiré hasta que la puerta se abrió. Acto seguido entré a lavarme. Sin embargo, la toalla y el paño que usaba para lavarme no

bastaban y volví a tientos al cuarto, en medio de la oscuridad, decidida a llamar a Miss Emily. Pero antes de que pudiera abrir la boca los retortijones de tripas empezaron a repetirse. Esta vez evacué en el cuarto de baño, pero los intestinos se me desbocaron de tal manera que cuando terminaron me sentía tan débil y flácida que apenas podía sostenerme en pie. Me dolía el vientre y me costaba recobrar el aliento. El corazón me martilleaba con tanta fuerza que amenazaba con romperme el tórax.

—¡Miss Emily! —grité, esperando que me oyera y viniese en mi ayuda—. ¡Miss Emily!

Escuché, pero no hubo respuesta ni sonaron pasos en el corredor. Pensé que, por mucho que gritara desde allí, jamás podría oírme.

Aterrada de lo que me estaba sucediendo, me esforcé por levantarme y volver a la cama. Los dolores que sentía en el abdomen se me extendieron a la espalda y aumentaron en agudeza e intensidad. Sabía que iba a tener que hacer rápidamente otra visita al cuarto de baño. Bajé de la cama y me arrastré a gatas para llegar a tiempo, pero al final de aquella dura prueba me quedé tan floja como un trapo mojado y ni siquiera tenía fuerzas para volver a la cama. Me derrumbé en el suelo, gimiendo, demasiado débil para gritar. Sabía que corría el peligro de perder a mi hijo, pero no me quedaban fuerzas para nada más. Afortunadamente, el dolor empezó a remitir. Cerré los ojos y me llevé las manos al abdomen. A la mañana siguiente, Miss Emily me encontró allí tumbada. Me había quedado dormida en el suelo del cuarto de baño.

—¡Esto está hecho un asco! —gritó—. ¡Mira qué habitación has dejado! ¡Eres peor que mis cerdos!

—Miss Emily —gemí, haciendo un esfuerzo para levantarme—, no me dio tiempo de llegar al baño. ¡Me dio usted demasiado aceite de ricino! —exclamé, con las lágrimas rodando por las mejillas.

—¿Cómo te atreves a acusarme de cometer un error, sólo porque tú eres demasiado tonta para cuidar de ti misma?

—No soy tonta. Casi pierdo al niño. —Se puso a sonreír—. ¡Usted quiere que pierda al niño! ¡Por eso me ha dado el aceite de ricino y me hace trabajar tanto!

—Qué desagradecida y malévola eres... Jamás haría yo una cosa así. —Sus ojos se achicaron—. ¿Crees que iba a castigar a un niño por los pecados de sus padres? Modérate antes de que te mande a la pocilga. Tu comportamiento no es mejor que el de un animal del establo. —Irguió los hombros—. Haré venir a Charlotte con otra toalla y bayeta, y con una bata limpia. Quiero que te laves tú misma y que te pases la mañana limpiando esta habitación. Mientras tanto, no se te ocurra bajar ni a comer ¿Has comprendido? ¡Qué horror! —añadió, marchándose.

Permanecí en el suelo hasta que Charlotte llegó con mis cosas. «¿Cómo he podido ser tan despistada de dejármelas abajo?», me pregunté. Tal vez fuera así, pues estaba muy fatigada del duro y difícil trabajo de los últimos días. Pero sospechaba que Miss

Emily me había hecho todo aquello deliberadamente.

—¡Uf! —exclamó Charlotte, tapándose la nariz.

—Lo siento, Charlotte. Gracias —dije, cogiendo mis cosas—. Si hubiera ventana en este cuarto podría abrirla —añadí, enojada. Se quedó de pie en la puerta viendo cómo me lavaba. Tenía, la sensación de haber venido de la guerra. Me sentí feliz de encontrarme limpia e incluso de ponerme aquella horrorosa bata de saco que, al menos, también estaba limpia.

—A mí me pasó lo mismo —dijo Charlotte, de pronto meneando tristemente la cabeza, mientras yo me disponía a limpiar la habitación.

—¿Lo mismo? —Me quedé mirándola—. ¿Quieres decir que te pusiste así de enferma?

—Sí, pero Emily dijo que era porque el bebé tenía las orejas puntiagudas y era hijo del diablo.

La miré fijamente. ¿Qué significaba todo aquello? El sonajero infantil, su labor, hecha para un bebé, las alusiones a su propio embarazo... ¿Sería cierto o era un producto de la imaginación de Charlotte?

—Charlotte, ¿cuándo has tenido ese bebé? —pregunté.

—¡Charlotte! —oímos gritar desde el corredor a Miss Emily—. *Te he dicho que le des esas cosas y la dejes limpiar.*

Charlotte empezó a salir, pero luego se quedó dudando y me miró con una traviesa expresión de desafío en el rostro.

—Ayer —dijo, antes de salir.

«¿Ayer?», pensé. Casi me reí de mí misma. Charlotte carecía realmente del sentido del tiempo. ¿Pero significaba aquello necesariamente que todo lo que me había contado fueran fantasías? Y si habría estado embarazada siendo soltera, como yo, ¿le habría hecho Miss Emily las mismas cosas que a mí? Miss Emily no me lo diría nunca. Yo sabía que si se me ocurría preguntarle algo sobre el embarazo de Charlotte, Miss Emily me castigaría por prestar oídos a su hermana y estimular sus fantasías. Pero llegué a la conclusión de que debía descubrir la verdad, tal vez antes de que fuera demasiado tarde para mí y para mi hijo.

Cuando entré en el octavo mes de mi embarazo, Miss Emily consideró que me encontraba demasiado pesada y decidió reducir mi ración de comida. Algunos días estaba tan hambrienta, que engullía cualquier cosa que tuviera delante, hasta el pan mohoso. Tenía que robar comida a escondidas, pues ella no dejaba nada a mi alcance. Terminaba mi exigua ración y debía continuar sentada a la mesa viendo cómo ella y Charlotte seguían comiendo. Llegué a un extremo en que me comía las sobras de Charlotte cuando me daba el plato para que lo fregara.

Me había reducido la ración de comida pero no los trabajos y yo llevaba ahora al

niño mucho más abajo. No podía doblar la cintura y para coger algo del suelo tenía que arrodillarme. Una mañana de finales de abril, Miss Emily decidió que había llegado el momento de airear. Yo no entendí lo que significaba aquello. Luego comprendí lo que deseaba hacer.

En primer lugar quiso que sacara todas las alfombras de la casa y les sacudiera el polvo. Luego me mandó quitar los cojines de los sofás y los sillones y hacer lo mismo con ellos. Cuando empecé a protestar ordenó a Charlotte que me ayudara. A ésta le ilusionaba hacerlo y le gustaba que le encomendaran alguna actividad importante. Juntas empezamos por enrollar la alfombra de la biblioteca. Charlotte hizo casi todo el trabajo, pero sacarla representó un terrible esfuerzo para mí, aun compartiendo el peso con ella. Sentía como si se me desgarrara el vientre. Miss Emily nos vigilaba a distancia, igual que un águila. Conseguimos sacar la alfombra por el pórtico y tenderla sobre la barandilla. A continuación procedimos a sacudir el polvo acumulado durante meses. Levantamos una nube de suciedad que estuvo a punto de ahogarme.

—Hoy he tenido que madrugar —me dijo Charlotte cuando nos detuvimos a descansar un momento—. Me ha despertado el bebé.

—Charlotte, ¿cómo puede haber aquí un bebé si me dijiste que estaba en el infierno? —le pregunté.

—Emily le deja venir de visita algunas veces. Yo no sé nunca cuándo va a venir hasta que le oigo llorar pidiendo su biberón —contestó.

—¿Dónde está hoy, Charlotte? —insistí, segura de que Miss Emily no nos estaba escuchando.

—En el cuarto de los niños. ¿Dónde si no? —dijo, y se puso a sacudir la alfombra al tiempo que canturreaba una canción de cuna.

—Será mejor que hoy no vayas al bosque...

Tomé una decisión. «Esta noche —pensé—, cuando esté segura de que Miss Emily está dormida, haré lo que me está prohibido hacer: entraré a explorar el ala del lado oeste».

«Airear las cosas» fue el trabajo más duro que había hecho en todo el mes, pero por lo menos tuve ocasión de salir y disfrutar de un cálido día de primavera. Casi se me había olvidado lo maravillosa y feliz que podían hacerme el cielo azul y las apacibles nubes de color blanco lechoso. La suave y delicada brisa jugaba con las guedejas sueltas de mi cabello. No pude por menos que rememorar los días de primavera más dichosos de mi vida, aquellos desgraciadamente raros pero maravillosos días en que Jimmy y yo éramos muy jóvenes y no alcanzábamos a comprender plenamente cuán duras y terribles eran en verdad nuestras vidas. Yo, por lo menos, era feliz. Creo que Jimmy siempre supo y lamentó nuestra pobreza.

¡Hacía tanto tiempo que no teníamos noticias el uno del otro! Me asustaba que pudiera creer que le había olvidado y dejado de quererle. Una de las razones que

precipitaban mi deseo de tener el niño y abandonar «Los Prados» consistía en reanudar mi relación con Jimmy, si podía hacerlo. Temía que cuando se enterase de todo lo que yo había hecho y de todo lo ocurrido, no quisiera saber nada más de mí.

—¡Deja de soñar despierta! —exclamó Miss Emily desde una ventana.

Volví a los cojines del sofá y sacudí el polvo instalado en ellos desde hacía tanto tiempo.

Sin embargo, Miss Emily pareció satisfecha del trabajo que habíamos realizado, porque después de la cena me autorizó a leer o a acostarme en cuanto quisiera. Opté por entrar en la biblioteca a examinar algunas fotografías familiares que había descubierto cuando había limpiado los estantes. Fui pasando páginas y contemplando las fotografías de color sepia de la abuela Cutler, Miss Emily y Charlotte cuando eran niñas.

La abuela Cutler era, con mucho, la más guapa de las tres. Miss Emily incluso de niña tenía la misma cara estirada y aquella mirada fría y pétrea de ahora. Charlotte había sido siempre mofletuda, pero con la mirada inocente y feliz de una niña. Había incluso alguna que otra foto en cuyo trasfondo podía verse a Luther. Tiempo atrás había sido un hombre alto, robusto e incluso guapo. En todas las fotos del matrimonio Booth, el marido estaba sentado y la madre de pie detrás de él con una mano apoyada en su hombro. Ninguno de ellos sonreía; tal vez pensaran que sonreír atraía al diablo. Sin embargo, las fotografías de los campos eran muy bellas y me hicieron pensar que la plantación había sido en otros tiempos un hermoso y rico lugar. No pude dejar de extrañarme de las fuerzas y acontecimientos que habían cambiado todo tan dramáticamente y habían hecho tan horrible a aquella familia.

Subí a mi cuarto a descansar un poco y a esperar a que se hiciera más tarde para tener la certeza de que Miss Emily se había dormido. Sin embargo, no calculé bien lo fatigada que me había dejado el duro trabajo del día y me quedé dormida en cuanto mi cabeza tocó la almohada. Cuando me desperté era por la mañana temprano, pero todavía estaba todo suficientemente oscuro para comenzar mis exploraciones. Bajé de la cama y encendí la lámpara de petróleo. Luego salí al oscuro corredor y me dirigí al ala oeste, resuelta a descubrir si había el menor rastro de verdad en las fantasías de Charlotte Booth.

Al llegar a la escalera dudé. Era casi como si hubiese allí una auténtica muralla invisible, una frontera que debía cruzar y que, en cuanto la cruzara, me expondría a que cayera sobre mí toda la ira de Miss Emily. El corredor del ala oeste estaba oscuro como la boca de un lobo. Yo desconocía dónde estaban las cosas, pero seguí adelante, pegada a la pared de la derecha.

Al igual que en mi corredor, en aquél había algunos muebles decorativos y muchas pinturas antiguas. Había dos retratos, más bien grandes, del padre y la madre Booth, uno al lado del otro, y, como pasaba con todos los demás, no sonreían sino

que miraban con enojo y malhumor. Estos retratos colgaban justo enfrente de la primera puerta. Me detuve a escuchar. No sabía si era la habitación de Miss Emily o la de Charlotte. Giré el pomo lentamente y empujé la puerta. Al principio no se movió, pero luego cedió de golpe y caí literalmente dentro de la habitación.

Amortigué la luz por si me había metido en el aposento de Miss Emily, pero en seguida vi que aquella pieza no había sido habitada desde hacía años, así que levanté la lámpara y miré a mi alrededor. Era un enorme dormitorio con una gran cama de roble, adornada por cuatro postes que llegaban al techo y una amplia cabecera en forma de media luna. La cama conservaba aún los almohadones y las mantas, pero las telarañas tan recias que la cubrían eran un claro testimonio de que no la habían limpiado desde hacía siglos.

En la pared había un hogar de piedra, de al menos seis metros de longitud, rodeado por dos grandes ventanas. Las largas cortinas estaban herméticamente corridas y parecían pesar más por el polvo y la suciedad que las cubría. Encima de la chimenea se veía el retrato de un padre Booth joven, pensé, o tal vez del abuelo. Con una mano sujetaba un rifle y con la otra una ristra de patos. Quizá fuera una de las pocas fotos de la casa en la que alguien mostraba algo parecido a una sonrisa en el rostro. Había muchos y bellos muebles antiguos de color oscuro, y sobre la mesilla de noche reposaba una Biblia y unas gafas de leer.

La habitación olía a humedad y a moho, y daba la impresión de que sus usuarios habían desaparecido de repente, pues el tocador continuaba lleno de peines, cepillos y tarros de crema facial. Algunos tarros estaban destapados y su contenido se había evaporado y consumido. Las ropas seguían colgadas dentro de los armarios y a un lado de la cama había un par de zapatos de hombre y otro de mujer en el lado contrario. Tuve la sobrecogedora sensación de haber invadido el santuario de dos fantasmas.

Salí de la estancia absolutamente segura de haber estado en la habitación del padre y la madre Booth y seguí andando por el corredor. Al percatarme de que la puerta de la siguiente habitación de la derecha estaba abierta, volví a amortiguar la luz y avancé lo más sigilosamente que pude. De su interior salía una luz mortecina. Vacilé un momento y luego asomé la cabeza desde el umbral para ver lo que había dentro.

Miss Emily dormía sobre una cama alargada y estrecha, con un tablero plano de cabecera y otro a los pies. Semejaba un cadáver yacente. Llevaba puesto un camisón parecido a un sudario y la luz de la lámpara de petróleo daba a su cara el tono blanco de una calavera. «De modo que duerme con una luz encendida», pensé. Qué interesante que se permitiera a sí misma aquel despilfarro. A pesar de su rostro de hierro y sus fríos ojos de acero, vivía tan atormentada que tenía miedo a la oscuridad.

Crucé rápidamente por delante de su puerta y seguí avanzando presurosamente

por el corredor, pues la puerta siguiente se encontraba bastante retirada. Aquella puerta también estaba cerrada. Me asomé dentro y vi a Charlotte durmiendo en su cama con el cuerpo doblado en posición fetal y los dedos junto a la boca. Sus largas coletas estaban deshechas y un matojo gris de cabello suelto le rodeaba la cabeza modificando extrañamente su rostro infantil.

«Exceptuando la habitación de sus padres, conservada como la sala de un museo, ¿qué habrá en el ala oeste para que Miss Emily me prohíba entrar?», me pregunté. Enfoqué con la lámpara hacia delante y vi que había otra habitación en el lado de la de Charlotte, cuya puerta era mucho más pequeña que las demás. Escuché un momento, para asegurarme de que el ruido de mis pisadas no había despertado a Miss Emily y luego seguí adelante. La puerta de esta habitación estaba cerrada. Probé el pomo pero no se abrió. ¿Estaría simplemente atascada, como la primera? Se abrió de golpe, como si alguien la hubiera estado sujetando desde dentro y luego hubiera decidido soltarla. Prácticamente, caí de bruces dentro de la habitación, llevada por mi propio impulso. Esta vez, cuando alumbré con la lámpara a mi alrededor, me estremecí. Era el cuarto de un niño. Charlotte no había fantaseado respecto a aquello. Las paredes estaban cubiertas por labores enmarcadas, todas muy bonitas, que representaban estampas de animales y de la plantación, así como sencillas escenas de la Naturaleza: prados, árboles, flores. En el cuarto había un armario y una cómoda, pero lo más sobresaliente era una cuna infantil. Parecía como si dentro hubiera un niño.

Me acerqué a la cuna y mi corazón empezó a golpear con fuerza mi pecho. Dentro había un bebé. Todo aquel tiempo... Pero jamás le había oído llorar. ¿Por qué lo mantendrían en secreto? ¿De quién podría ser el niño?

Me arrimé a la cuna y alcé lentamente la lámpara. Alargué la mano y retiré con mucho cuidado la sábana rosa que cubría la cara del bebé... *¡Era una muñeca!*

—*¿Cómo te atreves a entrar aquí?* —oí gritar a Miss Emily. Casi se me cayó la lámpara. Volví la cabeza y vi que estaba de pie en la puerta del cuarto. Sólo llevaba el camisón de dormir y el pelo suelto hasta los hombros, lo cual la hacía parecerse todavía más a una bruja. Levantaba su propia lámpara de forma que la luz caía sobre mí—. *¡Cómo te atreves a entrar en esta parte de la casa cuando te lo tengo prohibido!*

—Quería saber por qué Charlotte me seguía hablando de su bebé. Quería...

—*¡No tenías ningún derecho!* —rugió, echando a andar hacia mí—. Esto no es de tu incumbencia —siseó, ahora a escasa distancia. Sus ojos rebosaban cólera y tenía el cuello tan tenso que parecía que las clavículas iban a perforarle la piel. La muerte no habría tenido un semblante más horrendo que el de ella con la luz sobre su rostro maligno, la piel del mismo color que los dientes y los ojos inyectados en sangre. Apenas podía moverme ni respirar. Se me ocluyó la garganta y sentí que se me

paralizaba el corazón. Un estremecimiento helado me recorrió la espalda, con la velocidad de la luz, de los pies a la nuca.

—Yo... no quería molestarla a usted con preguntas, pero...

—Pero sentiste curiosidad —atajó, asintiendo—, la misma curiosidad que sintió Eva respecto al Árbol de la ciencia del Bien y del Mal, aunque ella, igual que tú, tuviera prohibido probar su fruto. No te ha hecho cambiar nada el tiempo que llevas aquí; ni el trabajo, ni los domingos en la capilla, ni mis enseñanzas, nada. Eres lo que eres y siempre lo serás: una pecadora.

—No es cierto —protesté, con voz calmada—. Yo sólo quería...

—Saber dónde ha estado antes el diablo. Comprendo tu interés —interrumpió, asintiendo de nuevo—. Muy bien, sacia tus ojos con ello —dijo, señalando a su alrededor.

—No la comprendo —dije.

—En esta habitación fue donde tuvimos al niño hasta que murió y se fue al infierno.

—¿Que murió? ¿Qué niño? ¿De quién?

—Del diablo —contestó—. Lo alumbró Charlotte, pero su padre era el diablo.

—¿Por qué dice usted eso? —pregunté.

—Porque nadie más que el diablo pudo dejarla embarazada. De repente, un día se quedó embarazada, ¿sabes? —dijo, abriendo desmesuradamente los ojos como si estuviera loca—. Lo supe todo el tiempo y cuando nació el niño no tuve más que echarle un vistazo para confirmarlo.

—Le dijo usted a Charlotte que tenía las orejas puntiagudas, ¿verdad?

—Sí —contestó—. Afortunadamente, no sobrevivió.

—¿Y qué hizo usted? —le pregunté. El corazón me golpeaba con tanta fuerza que apenas podía hablar lo bastante alto para que me oyera.

—Nada más que rezar mis oraciones día y noche sobre él —respondió, con la mirada perdida. Estuvo callada durante un buen rato y luego recordó donde estaba—. Pero mi patética hermanastra no lo comprendió, no podía comprenderlo. Por eso... la he dejado seguir con esta fantasía.

—Eso es cruel. —Me fijé en su cara, llena de terror—. También piensa usted que el padre de mi hijo es el diablo, ¿verdad? Por eso quiere que aborte haciéndome trabajar tanto, matándome de hambre y dándome tanto aceite de ricino. ¡Está usted loca! —dije, antes de que tuviera tiempo de arrepentirme de pronunciar estas palabras. Se encaró conmigo.

—*¡Qué has dicho! ¡Sal de aquí!* —me ordenó. Me dirigí hacia la puerta y ella me siguió, hablando con voz amenazadora—. *¡Vuelve a donde perteneces!*

—*¡Me iré, pero no pertenezco a esta casa!* —respondí—. Deseo irme... a cualquier sitio que no sea aquí. No puede usted impedírmelo.

En cuanto alcancé la puerta me puse a correr, sin poder apartar de mi mente la imagen de su odiosa mirada.

—*¡Apártate de mí, Satán!* —gritó. Yo apreté el paso, pero al llegar al final del ala oeste cometí el error de volver la cabeza hacia atrás y tropecé. Lancé un grito mientras me golpeaba contra la pared antes de caer al suelo. Milagrosamente, la lámpara no se rompió, pero la luz se apagó y me dejó sumida en la oscuridad. Exhalé un quejido. Esta vez, una intensa contracción acompañó a mi dolor de vientre.

«Oh, no —pensé».

—¡Oh, no...! —exclamé, angustiada.

Miss Emily se acercó parsimoniosamente a mí por el corredor, con la lámpara delante. Yo me apreté el abdomen con las manos.

—Ayúdeme —grité—. No sé qué me está pasando... —Miré mi entrepierna y vi que lo tenía todo mojado—. *¡He roto aguas!*

Bajó lentamente la lámpara y vio que era cierto.

—Levántate —me ordenó—. Rápido.

Charlotte, que finalmente se había despertado, apareció tras ella.

—¿Qué le pasa, Emily? —preguntó—. ¿Por qué está caída en el suelo?

—Ayúdala a levantarse —le mandó Miss Emily. Charlotte se adelantó a ayudarme. El camino de vuelta a mi cuarto fue lo más atrozmente penoso que jamás había podido imaginar. Mis dolores de vientre aumentaban con cada contracción. Me dejé caer boca arriba sobre la cama. Miss Emily entró con mucha calma y depositó la lámpara sobre la mesa.

—Ve a despertar a Luther —ordenó a Charlotte— y dile que nos traiga un cubo de agua caliente. —Bajó la mirada hacia mí y torció el gesto en una sonrisa de desprecio—. Está embarazada y se le ha adelantado el parto. —Se volvió hacia la asombrada Charlotte, que seguía allí, boquiabierta, y le ordenó—: ¡Date prisa!

—¡Oh, Dios! —grité—. ¡Qué dolor tan fuerte!

—Cuanto más depravada se es, más duele —replicó Miss Emily, con gran satisfacción.

Me levantó el camión y me obligó a doblar las rodillas. Luego apretó la palma de la mano sobre mi abdomen.

—Tienes contracciones —concluyó. Luego sonrió—. Ahora veremos si eres lo bastante fuerte para soportar la carga de tu pecado.

MI CABALLERO DE BRILLANTE
ARMADURA

—¡Aprieta! —me gritó Miss Emily en la cara—. No estás apretando. ¡Aprieta fuerte!
—Ya aprieto —contesté.

Aspiré profundamente y seguí intentándolo. Me dolía tanto, que empecé a pensar en la posibilidad de que Miss Emily tuviera razón: mis sufrimientos eran mayores como parte de un castigo divino por mis pecados. Mamá Longchamp nunca me había dicho que dar a luz era tan doloroso. Yo ya imaginaba que no era una excursión campestre, pero me parecía que las manos de un gigante me atenazaban el vientre, que tenía dentro un manojo de cuchillos. Pensé que podía desmayarme antes de dar a luz y que sucedería algo espantoso. Por último, noté que el niño se movía.

—Lo que me imaginaba —dijo Miss Emily—. Viene con los pies por delante.

Le fue dirigiendo con sus largas, delgadas y huesudas manos. Charlotte ya había regresado con el cubo de agua caliente y Miss Emily la mandó después en busca de toallas y unas tijeras. La vi de pie en la puerta, con los ojos muy abiertos y la boca abierta, observando cómo se desarrollaba el milagroso acontecimiento.

—¿Qué va usted a hacer con esas tijeras? —grité al ver que Miss Emily las cogía de manos de Charlotte.

—Cortar el cordón umbilical —respondió, molesta por mi pregunta.

—¿Por qué no llora el niño? ¿No lloran los niños al nacer? —pregunté. Tenía la cara bañada de sudor y unas gotas me caían en los ojos y me obligaban a parpadear.

—Calla y aguanta —me reprendió—. No olvides que es prematuro.

—¿Qué es? ¿Es una niña?

No dije nada, pero vi que Charlotte afirmaba con la cabeza. Una pequeña, como yo había deseado. Cerré los ojos y seguí tendida de espaldas reclinando la cabeza en la almohada. Mi respiración se hizo más regular. De repente, oí el pequeño llanto del bebé cuando Miss Emily lo lavaba y lo envolvía en una toalla.

—¡Déjeme verla! —exclamé.

Miss Emily la puso a mi lado. Me encontraba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos pero cuando contemplé aquella carita rosada con una nariz y una boca tan pequeñas, sentí que mis dolores y mi cansancio disminuían y una abrumadora sensación de euforia los remplazaba. Sus diminutos dedos estaban encogidos y arrugados como los de una ancianita, y sus orejas eran las más pequeñas que había visto en mi vida. Tenía un parche de pelo rubio, mi pelo, tal como yo había esperado que tuviera. Tenía totalmente cerrados los ojos y yo me moría de

impaciencia por ver si eran del mismo color zafiro oscuro que Michael.

—Qué pequeña y perfecta es —opiné—. ¿Es un hoyuelo eso que tiene en la mejilla?

—Demasiado pequeña —murmuró Miss Emily. Enrolló las toallas y las echó al cubo. Luego nos miró fijamente a mi hija y a mí, y me la quitó de los brazos meneando la cabeza.

—¿Adonde se la lleva? —pregunté. Me encontraba tan fatigada, que era incapaz de oponer resistencia.

—Al cuarto de los niños. ¿Dónde la voy a llevar? Tú duermes. Más tarde, te enviaré a Charlotte con algo para comer y beber.

Me pareció que sostenía a la niña con excesiva rudeza y que incluso un recién nacido encontraría duros e incómodos aquellos huesudos brazos. La niña se echó a llorar y volvió su cabecita como si se negara a lo que le hacían.

—¿Por qué no la deja usted conmigo?

—Podrías rodar encima de ella mientras duermes —contestó Miss Emily, lanzándome una de sus desdeñosas miradas. Luego miró a la niña y volvió a menear la cabeza—. Es demasiado pequeña —repitió, antes de alejarse.

—Pero es muy bonita, ¿verdad? ¿Verdad? —grité.

Miss Emily se limitó a volver la cabeza y a mirarme por encima de su descarnado hombro.

—Ha venido a este mundo con los pies por delante —contestó.

—¿Qué significa eso? —pregunté. No respondió y continuó alejándose—. *¿Qué significa eso?* —grité, pero sólo oí sus pisadas desvaneciéndose cada vez más aprisa.

Quise levantarme y seguirla, pero estaba tan agotada que sólo pensar en ello suponía demasiado esfuerzo para mí. Seguir allí tendida y sin fuerzas para levantar la cabeza era una experiencia tan enervante, que cerré los ojos y me quedé profundamente dormida. Soñé que tenía a mi hija en brazos; que ya parecía más mayor y que tenía la cara bien formada, combinando perfectamente sus facciones con las mías y las de Michael. De pronto me la arrancaban de los brazos, exactamente igual que había hecho Miss Emily. Mi hija extendía sus bracitos hacia mí, pero continuaban llevándosela. Las dos empezamos a gritar y el grito de mis sueños fue tan real que me despertó.

Supe que estaba lloviendo al oír el torrente de agua que aporreaba el techo de mi cuarto y las ventanas del corredor. Luego escuché el zumbido del trueno y el centelleo de un relámpago. Era como si se conmoviera todo el caserón. Aquellos sonidos me hicieron sentir fría y mojada, y no pude evitar volver a cerrar los ojos y quedarme dormida al ritmo de las gotas de lluvia que arrastraban las ráfagas de viento y que barrían el edificio en oleadas sucesivas.

Desperté al cabo de varias horas. Noté la presencia de alguien a mi lado y vi a

Charlotte sosteniendo un vaso de algo que semejaba leche, pero con un color oscuro y algunas partículas que parecían cereales flotando en la superficie.

—Dice Emily que debes beberte esto —anunció.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Una receta que ha hecho para ayudarte a recuperar muy pronto las fuerzas. Es lo mismo que bebía mi abuela después de tener a sus bebés. Emily recuerda los ingredientes que le dijo.

—Probablemente a base de vinagre —murmuré, cogiendo el vaso. Pero al probarlo vi que no tenía sabor ácido, sino a miel. Desde que había vivido con mamá Longchamp sabía que algunos viejos remedios, brebajes y similares, daban frecuentemente mejor resultado que los llamados medicamentos modernos. Vací el vaso de dos tragos.

—¿Has visto a la niña? —pregunté a Charlotte. Ella asintió—. Es bonita, ¿verdad?

—Emily ha dicho que es demasiado pequeña —respondió.

—Ya engordará. Yo cuidaré de ella y en seguida se pondrá sana y hermosa. Yo no quería tener un parto prematuro —dije, recordándolo todo ahora—, pero Emily me dio mucho miedo. Temí que fuera a atacarme y por eso eché a correr y me caí. Pero ya ha terminado todo y pronto nos iremos de aquí mi hija y yo. Charlotte —dije, alargando el brazo para cogerla de la mano y acercarla más a mí—, he visto el cuarto de los niños y sé que me dijiste la verdad. Es cierto que tuviste un bebé, un auténtico bebé.

—Tenía las orejas puntiagudas —recitó inmediatamente, como si la hubieran hipnotizado para que lo repitiera cada vez que le hacían alguna referencia a su hijo.

—No, Charlotte. Estoy segura de que sus orejas no eran puntiagudas. Emily te dijo un día que estabas embarazada, pero las mujeres no se despiertan y descubren que están embarazadas. Siempre hay un padre. ¿Por qué no le dijiste quién era el padre de tu hijo, para que dejara de andar diciendo esas cosas tan horribles?

Quiso desprenderse de mi mano, pero yo se lo impedí.

—No te vayas, Charlotte, cuéntamelo. No eres tan tonta como quiere hacer creer tu hermana. Te daba vergüenza, ¿verdad? Por eso lo mantuviste en secreto. ¿Por qué te daba vergüenza? ¿Era un hombre que no habría aprobado Miss Emily? ¿Creías amarle igual que amaba yo a mi Michael?

Abrió los ojos con interés, pero en ellos vi que no era cuestión de amor.

—Puedes contármelo, Charlotte. No se lo diré a Miss Emily. Sabes bien que no. Tú y yo somos dos buenas amigas. Quiero ayudarte y ser tu amiga igual que tú lo has sido conmigo. Le hiciste pensar que no sabías que estabas embarazada; la dejaste crear aquella horrible fantasía del demonio, ¿verdad?

No respondió y bajó la cabeza.

—Charlotte, tú sabes cómo se quedan embarazadas las mujeres, ¿verdad? Aunque nadie se haya tomado nunca la molestia de decírtelo, tú sabes lo que tiene que hacer una mujer con un hombre para quedarse embarazada. No me cabe duda de que ese tema ha estado siempre prohibido en esta casa, especialmente desde que la gobierna Miss Emily, pero lo sabes, ¿verdad?

—Los contoneos —contestó, inmediatamente.

—¿Los contoneos? No entiendo, Charlotte. ¿Qué es eso de los contoneos? ¿Cómo pueden dejarte embarazada?

—Cuando él hizo los contoneos sobre mí —respondió—, el bebé empezó a crecer en mi barriga.

—¿Cuando él hizo los contoneos? ¿Quién, Charlotte? ¿Quién hizo los contoneos sobre ti?

—Fue en el granero —explicó—. Me enseñó cómo lo hacían los cerdos y luego lo hizo conmigo.

—¿En el granero? Fue Luther, ¿verdad? Fue Luther. —Lo supe por la expresión de su rostro—. Y creo que Miss Emily lo sabía desde el principio, claro que sí. Y por eso le ha estado castigando todos estos años, haciéndole expiar su conciencia. Por eso él tolera todos los abusos de Miss Emily y vive y trabaja como un esclavo.

—Oh, Charlotte —exclamé, tirando de ella hacia mí—. Siento que lo que te pasó se convirtiera en semejante pesadilla. Pero, dime, ¿qué le ocurrió al bebé?

Oímos las pisadas de Miss Emily en el pasillo y Charlotte me soltó inmediatamente la mano.

—Te haré un bonito trabajo de labor para colgarlo en el cuarto de los niños —se apresuró a decir, cogiendo el vaso vacío. Abandonó la habitación antes de que Miss Emily apareciera por la puerta. Miss Emily alzó el brazo para detenerla.

—¿Se lo ha bebido todo? —le preguntó. Charlotte afirmó con la cabeza y le mostró el vaso—. Bien, ve a lavarlo al fregadero —ordenó, mirándome luego a mí.

—¿Cómo está la niña? —le pregunté.

—La niña era demasiado pequeña —respondió sin pérdida de tiempo—. Quiero que duermas a fin de que puedas estar lista para marcharte por la mañana. Ya están hechos los preparativos. Iba a marcharse ya.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté, apoyándome en los codos—. ¿Qué quiere decir con que era demasiado pequeña?

—Cuando un niño nace demasiado pequeño, no se le considera nacido —contestó, sin darle importancia, disponiéndose a salir del cuarto.

—¿Qué le ha ocurrido a la niña? ¿Dónde está? —grité. Saqué las piernas de la cama, pero la cabeza empezó a darme vueltas y tuve que volver a reclinar me en la almohada y cerrar los ojos. Sentí calor en el vientre y un gorjeo. El calor parecía subirme rápidamente hacia el pecho.

«¿Qué habrá echado en ese brebaje? —me pregunté—. No he debido bebérmelo. No he debido...»

Me sentía muy aturdida, muy cansada y débil. Me había dejado tan extenuada que no podía volver a poner las piernas sobre la cama ni a abrir los ojos. Parecía que me hubieran echado encima una pesada manta de hierro que me impedía moverme y pronto tuve la sensación de estar hundiéndome cada vez más profundamente en la cama. Trataba de oponer resistencia, pero no podía levantar los brazos. Al cabo de un instante, caí en un sueño tan profundo como el anterior.

Estuve dormitando la mayor parte del día, y cuando me despertaba y trataba de incorporarme sentía unos fuertes martilleos en la cabeza. Sólo me confortaba seguir tendida con los ojos cerrados y ello daba lugar a que volviera a dormirme. Ignoraba si era de día o de noche, pues la puerta de mi cuarto continuaba cerrada, pero al cabo de mucho tiempo se abrió de par en par y Miss Emily volvió a entrar.

Empecé a levantar la cabeza de la almohada. Ella se acercó rápidamente y me puso la mano detrás de la nuca para ayudarme a incorporarme. Luego me acercó a los labios un vaso lleno del mismo líquido que había traído Charlotte. Intenté rechazarlo, pero ella me sujetó firmemente por la nuca con sus dedos, semejantes a pinzas metálicas, y sostuvo el vaso pegado a mi boca.

—Bébeteste esto —me ordenó cuando parte del líquido empezó a chorrear por los lados de mi barbilla—. Bébetelo o no estarás nunca bastante fuerte para marcharte.

Empecé a escupirlo y a intentar librarme de la mano que me sujetaba la nuca, pero sus dedos se agarraban a mí como el viejo musgo podrido, manteniendo el vaso entre mis labios, mientras el brebaje no cesaba de chorrear. No pude evitar tragar un poco del líquido. Por último, me soltó la cabeza y volví a reclinarla sobre la almohada.

—¿Dónde... está... mi... hija? —articulé cuando se alejaba.

—Ya te lo he dicho. Era demasiado pequeña —respondió. Cerró la puerta al salir y me dejó sumida en la oscuridad.

Yo me esforzaba por mantenerme despierta para poder levantarme a buscar a mi hija y empecé a cantar con la esperanza de lograr así no dormirme, pero en seguida me faltó el aliento para continuar. Mis palabras se fueron debilitando paulatinamente, hasta que sólo pude pronunciarlas con la boca y seguir cantando en sueños.

Cuando volví a despertar supe que era por la mañana porque la puerta de mi habitación estaba abierta y vi la luz entrando por una de las ventanas del corredor. Charlotte estaba a mi lado, esta vez portando una bandeja con comida de verdad: un tazón de cereales calientes, un pedazo de torrija y una naranja ya pelada. Dejó la bandeja sobre la mesilla de noche y encendió mi lámpara de petróleo.

—Buenos días —me saludó, en una especie de cantinela—. Emily dice que debes desayunar bien y luego vestirme para que Luther pueda llevarte a la estación. ¡Vas a

viajar en el tren!

Empecé a incorporarme. Me sentía muy débil y cansada, y el sueño me envolvía como una niebla, haciendo que todo me pareciera turbio, nebuloso, lejano.

—¿Vestirme? —pregunté. Charlotte asintió. Luego recogió del suelo un montón de ropa, me la enseñó y la puso sobre la cama.

«¡*Mis ropas!*» Estaban arrugadas y descoloridas, pero al verlas sentí lo mismo que si me encontrara con una antigua amiga. Estaba allí hasta la bota que había perdido aquella fría tarde.

—Gracias, Charlotte —dije, cogiéndoselas. Empecé a quitarme el camisón de saco. Charlotte me ayudó a incorporarme y luego procedí a ponerme mis propias prendas, deleitándome al sentir su tacto sobre mi piel. Debajo de todo estaba mi bolso. Busqué el peine, pero se había deformado cuando Miss Emily mandó hervir mis cosas y las púas estaban pegadas unas a otras. Mi cabello tendría que seguir desgreñado y retorcido por algún tiempo.

Pese al odio que sentía por todo lo que me daba o hacía Miss Emily, no pude evitar comer parte de la torrija y toda la naranja. Sus horribles cereales no los toqué, Sólo de pensar ahora en ellos se me revuelve el estómago. Pero lo que me comí apresuradamente me proporcionó renovadas fuerzas y energías para poder ponerme en pie, a pesar de que todavía me encontraba muy insegura.

—¿Dónde está tu horrible hermana? —pregunté.

—Abajo, en la biblioteca, trabajando con sus cuencas. Siempre está trabajando en ellas —respondió—. He de volver a mis labores porque estoy terminando una cosa para ti.

—¿Dónde está mi hija? —inquirí.

—Se la han llevado —respondió, encogiéndose de hombros—. Emily ha dicho que era demasiado pequeña y se la han llevado.

—¿Que se la han llevado? ¿Quién se la ha llevado? ¡Oh, Dios! ¡Dímelo, por favor! —Le supliqué, agarrándola por los hombros. Pero comprendí que Charlotte no sabía más de lo que me había dicho.

—Tengo que volver a trabajar para terminar tu regalo —dijo, dándose media vuelta.

Me puse de pie e intenté dar los primeros pasos. Empezaba a sentirme otra vez mareada y tuve que agarrarme al marco de la puerta y esperar a que desapareciera el mareo. La desesperación me daba fuerzas. Tenía que averiguar lo que habían hecho con mi hija y seguí caminando lentamente por el pasillo. Cada paso suponía un gran esfuerzo y me pareció que me costaría horas llegar a la escalera.

Pero cuando me puse andar hacia allí, oí la voz de alguien. Era una voz familiar, una voz que me inculcaba en la espina dorsal punzadas de esperanza y me llenaba de más fuerza y determinación. Oí que pronunciaban mi nombre y luego escuché el frío

y áspero acento de Miss Emily.

—Se ha marchado —la oí decir—. Se ha ido esta mañana, temprano.

Apreté el paso, apoyándome en la pared, hasta llegar al final de la escalera y miré hacia abajo. En aquel instante vi a Jimmy saliendo y cerrando tras él la enorme puerta principal.

—¡Jimmy! —grité, con todas mis fuerzas—. ¡Jimmy!

El esfuerzo me dejó exhausta. Sentí que las piernas me flaqueaban y que caía al suelo, de cara a la barandilla. Empecé a sollozar pero no me quedaban fuerzas ni para llorar. Hasta me costaba trabajo gemir débilmente. Miss Emily levantó la vista hacia mí, mostrando en su pálida cara una irónica y taimada sonrisa.

—Jimmy —dije, con voz queda.

¿Sería un sueño? ¿Le habría oído y visto realmente? No tuve que esperar para recibir la respuesta, porque la puerta principal crujió al abrirse de nuevo y Jimmy irrumpió otra vez en la casa. Se detuvo en el vestíbulo. Era él, guapo y arrogante con su uniforme militar, con unas cintas de colores en el pecho. Reuniendo todas las fuerzas que me quedaban, le llamé:

—¡Jimmy!

Miró hacia arriba y me vio. Sin perder un segundo, dejó atrás a Miss Emily, casi derribándola, y se lanzó escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos, hasta llegar a mi lado. Me levantó en brazos, me apretó contra su pecho y me cubrió la frente de besos.

—¡Oh, Dawn, Dawn! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué han hecho contigo? —me preguntó, sosteniéndome en alto y mirándome fijamente a la cara.

Yo sonreía y parpadeaba, intentando mantener los ojos abiertos.

—Jimmy, ¿eres tú? ¿Has venido de verdad, o estoy soñando?

—Aquí me tienes. He venido tan pronto como he podido encontrarte.

—¿Cómo has podido averiguarlo? Creí que estaba perdida y sepultada para siempre en este manicomio.

—Fui a la residencia de la escuela de Nueva York y hablé con tu amiga Trisha. Me habían devuelto todas las cartas que te escribía desde Alemania con la simple leyenda de «Ya no está en estas señas». Papá tampoco tenía noticias tuyas y dijo que dos de sus cartas le habían sido devueltas de la misma forma. Me costaba trabajo creer que te hubieras marchado sin decirme adonde ibas, así que en cuanto regresé, a los Estados Unidos fui a la residencia y pregunté por tu amiga.

Bajó la cabeza.

—Me contó lo que te había pasado —dijo.

—¡Oh, Jimmy! Yo...

Me puso el dedo en los labios.

—Ya ha terminado. No trates de explicármelo en este momento. Mi primera

preocupación fue por ti y por lo que te ocurría. Trisha me ha contado todo sobre las cartas que te escribió. En una carta que dejaste para ella cuando te fuiste del hospital, le decías que te ibas a un lugar de Virginia llamado Upland Station y mencionabas a las hermanas Booth. Ella te escribió, pero tú no le contestaste nunca, ni le devolvieron sus cartas. De modo que no sabía si las habías recibido.

—¡Oh, Jimmy! —me lamenté—. Nunca las he visto. Esa horrible mujer se quedó con ellas, igual que me impidió escribir cartas o telefonar a nadie.

—¿Quién es esa mujer? ¿Por qué me ha mentado diciendo que te habías marchado? —me preguntó, mirando escaleras abajo. Pero Miss Emily ya no estaba allí.

—Es la antipática hermana de la abuela Cutler, incluso más antipática que ella. Yo no creía que eso pudiera ser, pero lo es. Aquí vive también otra hermana suya. Se llama Charlotte y es deficiente mental; a ella la atormenta de un modo distinto.

Jimmy meneó la cabeza y miró por encima de mi hombro.

—Lo que pasó..., quiero decir, pensaba que te habían traído aquí porque estabas embarazada.

—Lo estaba. Acabo de dar a luz; por eso estoy tan débil y tan cansada. Por eso y por algo que Miss Emily me ha dado a beber para no tener problemas conmigo hasta que estuviera lista para desprenderse de mí. Lo que no sé es dónde pensaban enviarme después.

—Bueno, ¿adonde está la criatura?

—No lo sé. Me ha dicho que era una niña demasiado pequeña. Me imagino lo que ha hecho con ella. Su hermana me ha dicho que habían venido y se la habían llevado. Quiera Dios que no sean los de la funeraria.

—¿Los de la funeraria?

—¡Oh, Jimmy! —gemí—. Ha nacido casi con un mes de adelanto. Aquí han pasado muchas cosas horribles. Entré en el cuarto de los niños y vi que había una muñeca en la cunita. Ella entró detrás de mí hecha una furia; por eso salí corriendo, me caí v...

—Tranquilízate —repuso Jimmy, acariciándome el pelo—. Ya tendrás tiempo de contármelo todo. Ahora no puedes razonar bien. Estás demasiado turbada.

—¿Turbada? Sí, sí. —Me toqué el rostro—. Debo tener un aspecto horrible. No he podido cepillarme el pelo desde hace meses, y estas ropas...

Traté de sostenerme en pie, pero estaba muy mareada y volví a caer en los brazos de Jimmy.

—Todavía no han pasado los efectos del líquido que me ha dado.

—Te llevaré a algún sitio para que descanses unos minutos. Luego llegaremos al fondo de todo esto —dijo, con absoluta autoridad.

Al mirarle detenidamente a los ojos, vi la fortaleza y la madurez que había

adquirido. Jimmy era ahora todo un hombre adulto. Tenía los hombros anchos y la expresión firme. Siempre me había sentido más segura estando en sus brazos o con él cerca de mí, pero ahora le veía realmente capaz de hacer lo que fuera necesario. Me puso de pie como si no pesara más que una niña.

—Jimmy, llévame donde me ha tenido recluida. Es como una celda. Pero en cuanto me haya recuperado, quiero averiguar qué ha sido de la niña y...

—Lo averiguaremos —decidió, llevándome por el pasillo—. Tranquila, nadie va a hacerte más daño —me prometió con firmeza.

—¡Oh, Jimmy! Gracias a Dios que estás aquí.

Apoyé la cabeza en su robusto hombro y empecé a sollozar.

—No llores, yo voy a cuidar ahora de ti —susurró, besándome en el pelo y en la frente.

Cuando vio mi miserable cuarto, se quedó boquiabierto.

—¡Esto es una celda! —exclamó—. No hay ventana, ni ventilación. ¡Sólo una lámpara de petróleo por luz! ¡Qué atmósfera tan sofocante!

—Lo sé, pero necesito descansar un rato.

Me tendió en la cama y entró en el cuarto de baño en busca de un trapo mojado para lavarme la cara y ponérmelo en la frente.

—Ni en todo Europa he visto una choza peor que ésta —murmuró mientras me limpiaba las mejillas—. La celda de castigo de cualquier cárcel militar es un palacio comparada con esto.

Me puso el trapo húmedo sobre la frente, se sentó a mi lado en el borde de la cama y me cogió la mano.

—Jimmy —dije, apretándole firmemente los dedos—, ¿estás aquí, estás realmente aquí?

—Sí, estoy aquí, y no pienso volver a dejarte sola mucho tiempo —prometió. Se inclinó sobre mí y me besó tiernamente en los labios. Yo le sonreí. Ahora que me sentía segura, dejé que mis ojos se cerraran y tomé un corto y muy merecido descanso.

No dormí mucho rato y Jimmy no se alejó del cuarto en todo el tiempo. Cuando abrí los ojos entre parpadeos y no le vi a mi lado me quedé aterrada al pensar que todo había sido un sueño. Pero en cuanto él me vio despierta, se acercó otra vez a mí y me besó.

—¿Te sientes lo bastante fuerte para salir de aquí? —me preguntó.

—Sí, Jimmy, pero no sin averiguar qué ha sido de mi hija —respondí.

—Por supuesto. No puedo creer lo que te han hecho —dijo, pasándome la mano por algunas greñas sueltas—. Quiero conocer todos los detalles.

—Te lo contaré todo, Jimmy. Los duros trabajos que me ha obligado a hacer, el

frío que he pasado por las noches, los miserables alimentos que me ha dado, las sesiones de rezos... Es una fanática creyente que me ha tratado como si yo fuera hija del diablo. Estoy segura de que la abuela Cutler sabía exactamente lo que me iba a pasar cuando me envió aquí. Pero primero quiero encontrar a mi hija.

Asintió. Las líneas de su boca se tensaron y en sus negros ojos se dibujó el brillo de cólera tan característico en él.

—Vamos —dijo, con autoridad—. No quiero que pasemos un instante más del necesario en este inmundado lugar.

Me ayudó a ponerme de pie. Me sentía ya más fuerte y tenía la cabeza mucho más despejada. Salimos del cuarto que había sido durante tantos meses mi patético hogar. Cosa extraña, me había acostumbrado a todos aquellos rincones y recovecos. Era como una chiquilla desvalida, maltratada, olvidada y sepultada en las sombras y horrores de «Los Prados». En cuanto empezamos a bajar por la escalera supe dónde estaba Miss Emily. La luz de la biblioteca se encontraba encendida.

—Confía en que nos vayamos, sin más —dije—. Quiere ignorarnos, ignorar todo lo que ha hecho.

Jimmy asintió y clavó firmemente los ojos en la puerta de la biblioteca. Le cogí de la mano y nos encaminamos decididamente hacia allí. Miss Emily estaba en su sitio habitual, sentada tras el gran escritorio, debajo del retrato de su padre; sólo que esta vez no me pareció tan intimidante, ni tampoco el retrato. Yo tenía a Jimmy a mi lado y podía usar libremente de su fortaleza. Tan pronto como nos vio entrar se echó hacia atrás, mostrando una tortuosa sonrisa en el rostro. Era un rostro con una epidermis tan blanca y fina, que a través de ella podían verse claramente los huesos de la calavera. Era igual que mirar de cara la propia Muerte, pero no desfallecí.

—Bueno —dijo—, me alegro mucho de que haya venido alguien a por ti. Esto me ahorra el gasto de que Luther tenga que llevarte a la estación de Lynchburg. Además, en este tiempo Luther tiene que hacer cosas más importantes.

—Sí, usted ha hecho de él su esclavo particular durante estos años, le ha castigado todo lo que ha querido y él lo ha aceptado. Pero eso es cosa de ustedes dos. No me iré de aquí hasta que sepa lo que ha hecho usted con mi hija. ¿Quién vino a por ella? ¿A quién se la ha dado? ¿Por qué lo ha hecho? —grité, acercándome al escritorio.

—Ya te lo dije —respondió, fríamente—. Era demasiado pequeña. Tú no habrías sido capaz de cuidarla. Mi hermana ha hecho lo que debía —añadió, con ademán de querer reanudar su trabajo y despacharnos.

Pero yo me incliné sobre el escritorio golpeando sus valiosos papeles.

—¿Qué quiere decir con que su hermana ha hecho lo que debía? ¿Qué debía hacer?

Levantó la cabeza hacia mí, sin miedo, inmutable, con la mirada fría. No estaba

dispuesta a hablar. Jimmy se puso a mi lado.

—Será mejor que nos lo cuente todo —intervino—. Usted no tenía derecho a hacer nada con esa niña y, si es necesario, vendremos con la Policía.

—¿Cómo se atreve...?

—¡Escuche! —exclamó Jimmy, apoyando las manos en la mesa e inclinándose hacia ella, a punto de perder la paciencia—¡No quiero seguir aquí un solo minuto más del necesario, pero si no coopera usted estaremos aquí hasta que se hiele el infierno!

Mi corazón saltó de gozo al ver que, finalmente, alguien le hablaba a Miss Emily como le debían haber hablado hacía muchos años.

—¡Sepa que puede ser acusada de secuestro! Y, ahora, ¿quiere decirnos qué ha sido de la niña? ¡Hable! —exclamó, golpeando la mesa tan fuerte e inesperadamente que Miss Emily saltó en su asiento.

—No lo sé —gimoteó—. Mi hermana lo preparó antes incluso de que llegara Eugenia —dijo, escupiendo las palabras hacia mí—. Tendrá que preguntárselo a ella.

—Y eso es exactamente lo que vamos a hacer —decidió Jimmy—. Si está usted mintiendo a sabiendas, volveremos con la Policía y la acusaremos de cómplice de un delito.

—Yo no miento —respondió, desafiándonos, con sus delgados labios tan tensos que creí que iban a saltar como dos tiras de goma. Jimmy la miró fijamente durante un momento y luego se irguió.

—Vámonos de aquí, Dawn —dijo.

—¡Sí, váyanse con viento fresco! —replicó Miss Emily.

Algo explotó dentro de mí. Todo el sufrimiento y la ira que llevaba acumulados dentro de mi corazón saltaron de golpe. Todas las ásperas y cortantes palabras que me había dicho, todos los agrios alimentos que me había obligado a comer, la oscuridad en que me había tenido recluida y el modo que había utilizado conmigo para que me sintiera como un ser inferior..., todo ello regurgitó finalmente con la acidez que aquellas cosas encerraban dentro.

—¡Oh, no, Miss Emily! —dije lentamente, rodeando la mesa para acercarme a ella—. ¡Quien se va con viento fresco es usted! ¡Quien se va con viento fresco es su fea, frustrada y odiosa cara! ¡Adiós a su hipocresía religiosa, a su afán por considerar a todo el mundo malo y despreciable, mientras que usted es la cosa más mala y despreciable de esta casa! ¡Adiós a sus costumbres cicateras salvo cuando se trata de usted misma! ¡Adiós a su envidia de todo lo agradable y bello! ¡Adiós a sus pretensiones de querer que todo esté limpio mientras usted vive en este sucio y negro ataúd al que llama un hogar!

Me quedé de pie a su lado.

—Nunca he tenido más ganas de perder de vista algo como las que tengo de perderla a usted. Y sepa, Miss Emily, que haber vivido aquí, viendo lo que es usted,

me ha hecho sentir lástima del diablo, porque cuando usted muera irá al infierno y ni siquiera Satanás se merece una cosa tan horrible como usted.

Giré sobre mis talones y la dejé allí sentada con la boca abierta y los ojos petrificados de asombro, como si fuera un cadáver. Jimmy me agarró de la mano y sonrió.

—A mamá le hubiera gustado ver y oír esto —dijo.

—Estoy segura —respondí, mientras abandonábamos la sombría biblioteca.

Cuando salíamos por la puerta principal y bajábamos los peldaños del pórtico en dirección al coche de Jimmy, oí que Charlotte me llamaba. Volví la cabeza y la vi salir corriendo de la casa.

—¿Quién es ésa? —preguntó Jimmy.

Charlotte llevaba sus largas coletas, como de costumbre, y la misma bata rosa con el cinturón de trapo amarillo que el día de mi llegada. Traía puestas las chinelas de su padre y las venía arrastrando por el paseo.

—Es Charlotte —le expliqué—. Me gustaría despedirme de ella.

—¿Vais a dar un paseo? —preguntó Charlotte, mirando a Jimmy.

—Me marchó, Charlotte. Tengo que encontrar a mi bebé —le contesté.

—Ah, tienes que irte ahora —dijo, mirándome a mí y luego a Jimmy.

—Sí.

—Bueno, entonces, toma esto.

Me tendió una pieza de sus labores. La desplegué y vi que era el dibujo de una mujer joven muy parecida a mí, salvo en que su cabello era largo y hermoso, y llevaba puesto un bello vestido de color azul celeste. Sostenía un niño en sus brazos y le miraba amorosamente.

—¡Oh, Charlotte, es precioso! No puedo creer que lo hayas hecho tú. Tienes mucho talento. Te debe haber llevado mucho tiempo.

—Ayer —dijo, echándose a reír. Para ella siempre era ayer. Tal vez fuese su manera de borrar todos los horribles días restantes. Tal vez fuera en realidad mucho más lista de lo que Miss Emily pensaba.

—Bueno, gracias, Charlotte. —Me volví a mirar a la casa—. No dejes que te atormente ni que te haga sentirte mala. Tú eres mejor que ella, mucho mejor. —La abracé—. Adiós, Charlotte.

—Adiós. ¡Ah! Cuando vuelvas, ¿me traerás dulces ácidos? No he comido dulces ácidos desde...

—Desde ayer —dije—. Sí, te traeré bolsas y bolsas de dulces.

Sonrió y se quedó allí viéndonos entrar en el coche. Cuando Jimmy arrancó y salimos traqueteando por el sendero sembrado de baches, volví la cabeza hacia la triste y oscura casa de la plantación, pintada de sombras, y vi a Charlotte agitando los brazos como una niña. Aquella visión me hizo llorar.

Jimmy dejó atrás el sendero y perdimos de vista la mansión, aunque ésta nunca desaparecería de mi mente. Siempre ocuparía un profundo lugar entre mis más horribles recuerdos. Librarme de ello, sin embargo, hizo que se me saltaran las lágrimas y me eché a llorar con tanta fuerza, que Jimmy tuvo que parar el coche y abrazarme para consolarme.

—Estoy bien, Jimmy. Es que soy muy feliz fuera de ese lugar. Sigue y vámonos lejos de aquí lo más de prisa posible.

El cielo era azul delante de nosotros. Era como si los nubarrones más negros estuvieran siempre encima de «Los Prados» y sus límites, porque a medida que nos alejábamos todo adquiría un aspecto más luminoso y cálido. Ya había olvidado lo mucho que me gustaba la vista del campo verde y el olor de la hierba fresca. Me sentía como el que acaba de salir de la prisión, como el que ha estado recluido y privado de ver todo lo bueno y bello del mundo, y de pronto permiten a sus ojos inundarse de todo ello. Me atacaron unas renovadas esperanzas y determinación. Cada momento que pasaba me sentía más fuerte.

—Jimmy, por favor, vamos a Cutler's Cove lo más rápido que puedas. Quiero ver a la abuela Cutler antes de que sea demasiado tarde y obligarla a decirnos dónde ha enviado a mi hija.

—Ahora mismo —asintió él.

—¿Sabes una cosa, Jimmy? —exclamé, dándome plena cuenta de todo—. Ha hecho con mi hija lo mismo que hizo conmigo. Lo ha preparado para que otras personas la críen como si fuera suya. Cree que tiene derecho a disponer de la vida de todos los demás.

Jimmy asintió.

—Pues esta vez vamos a impedir que eso suceda. No tengas miedo.

—Jimmy, no merezco que me ayudes —me lamenté—. Te prometí cosas cuando te fuiste a Nueva York y luego me olvidé de ellas, dejando que se me subieran a la cabeza las emociones, las luces, la música, como tú temías que podía ocurrirme. Te dije que jamás sucedería nada de eso y al poco tiempo sucedió. Traté unas cuantas veces de explicártelo por carta, pero no me venían las palabras adecuadas. Tal vez en lo más profundo de mí, yo no quería realmente que aquello estuviera sucediendo.

—Alguien se aprovechó de ti —dijo Jimmy, con una sensatez que me sorprendió—. He visto muchos casos parecidos: chicas jóvenes e impresionables a las que les prometen muchas cosas maravillosas unos hombres más mayores que así se aprovechan de sus esperanzas y sus sueños. Después las dejan llorando y solas. Algunos compañeros míos de armas lo hicieron —añadió, enojado—. Me gustaría echar el guante al hombre que te dejó en esta terrible situación. —Se volvió hacia mí—. ¿O te interesas todavía por él?

—No, Jimmy, no puedo interesarme por un hombre que hizo lo que hizo él.

Jimmy sonrió.

—Lo que importa es que ya hemos dejado todo eso atrás. Debemos remediar lo que podamos y seguir adelante. Todavía serás una gran cantante algún día. Ya lo verás —dijo, dándome un golpecito en la mano.

—Ahora lo más importante para mí es recuperar a mi hija. En el momento en que miré su pequeña y preciosa carita, supe que era algo bueno y digno de ser muy querida. Mis errores la han traído a este mundo y quiero hacer de él para ella el mejor lugar posible. Lo comprendes, ¿verdad, Jimmy?

—Por supuesto, pero lo primero es lo primero. Y lo primero que quiero hacer es llevarte a unos almacenes y comprarte algo bonito que ponerte. Adquiriremos cepillos y cosas de éstas y nos inscribiremos en algún motel para que puedas asearte y descansar un poco. Me acuerdo de la abuela Cutler, ¿sabes?, y quiero que cuando llegemos a Cutler's Cove te presentes fresca y fuerte para que sepa con qué dos tipos duros va a tener que vérselas. ¿De acuerdo?

—¡Oh, Jimmy, claro que sí! —le abracé y le di un beso en la cara.

—¡Eh, cuidadito! —exclamó—. Que estás besando a un cabo y tirador de primera —añadió, limpiándose con orgullo los galones. Luego se volvió hacia mí para que viera las cintas que llevaba en el pecho.

—¡Eres cabo! ¿Has vuelto a ascender? No me extraña. Siempre supe que tendrías éxito en todo lo que te propusieras.

—Quizá siempre supe que tú lo esperabas —sugirió Jimmy—. Y eso es lo que me hizo tener éxito.

Apoyé la cabeza en su hombro y pensé que era muy afortunada de tenerle conmigo otra vez. Poco tiempo antes, estaba convencida de ser la chica más desgraciada del mundo, maldita y perdida para siempre jamás.

Y ahora, igual que el arco iris después de la lluvia, como los primeros rayos del sol penetran a través de un claro entre las nubes, Jimmy había venido a mí y donde antes sólo había oscuridad y odio, ahora había luz y amor. Estaba segura de que recobraría a mi hija. Tenía los ojos cerrados pero veía la luz del sol por todas partes.

UN INESPERADO CAMBIO DEL DESTINO

Jimmy estaba impaciente por llegar a una población donde hubiera unos grandes almacenes para comprarme ropa y unos zapatos nuevos. Se sentía muy orgulloso de poder hacerlo y vi que si yo protestaba de que algo era demasiado caro, se enojaba en seguida.

—Ya te he dicho —me recordó— que voy a cuidar de ti a partir de ahora. En Alemania mis compañeros me llamaban «el pequeño avaro» porque no salía por ahí a gastarme hasta el último céntimo de la paga. Era feliz ahorrando y pensando en las cosas que iba a comprarte en cuanto volviera. Además, me gusta verte llevando cosas nuevas y caras —comentó.

—Jimmy, no puedes engañarme. Sé la facha que hago. Estoy pálida, fea y tengo el pelo hecho un asco.

—Lo primero es lo primero —dijo. Y terminó de comprarme ropa. Después me compró cepillos, peines y una barra de labios. Cuando terminamos de hacer las compras continuamos viaje durante algunas horas y luego nos detuvimos en un motel. Ya no me acordaba de lo que se sentía tomando una ducha de agua caliente ni de lo maravilloso que era lavarse el pelo con champú y aplicarse después el secador. Estuve tanto tiempo debajo de la ducha, que Jimmy llamó a la puerta para preguntar si me había ahogado.

Después de un buen rato, me envolví en una toalla y asomé la cabeza por la puerta. Él estaba tumbado en una de las dos camas leyendo un periódico. Al verle tan relajado, le recordé tendido en nuestro pequeño sofá-cama con un tebeo entre las manos, levantando y moviendo sus oscuras cejas cuando leía algo que le conmovía o le irritaba. Por un momento sentí que podía cerrar los ojos y volver al pasado, y que todas las horribles cosas que habían sucedido desde nuestra niñez no eran más que pesadillas.

—¡Eh! —exclamó, bajando el periódico y mirándome con detenimiento—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, Jimmy. Me siento una persona nueva.

Fuera del cuarto de baño había una mesita de tocador y un espejo. Tomé asiento y empecé a secarme el pelo.

—Déjame ayudarte —propuso Jimmy, saltando de la cama—. Probablemente no te acuerdes de que te ayudaba a secarte el pelo cuando eras una mocosa —bromeó.

—Me acuerdo, Jimmy—dije, devolviéndole la sonrisa.

Cogió la toalla y se puso a frotarme vigorosamente el cabello hasta dejármelo seco y encrespado. Me sentía tan a gusto, que cerré los ojos y le dejé continuar frotando. Finalmente se detuvo y me dio un beso en lo alto de la cabeza.

—Puede que me haga peluquero —dijo.

—Estoy segura de que serás lo que te propongas, Jimmy —declaré convencida, mirando su cara en el espejo—. ¿Qué quieres hacer cuando te licencies del Ejército?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Pienso en algo sobre mecánica o electricidad. Me gusta trabajar con las manos.

Se apartó un poco y observó cómo yo me cepillaba el cabello, con pasadas largas y regulares. Por supuesto, mis melenas eran largas y desiguales, y tenía que dirigir las hacia abajo. Al llevar el pelo recogido arriba todo el tiempo que había estado en «Los Prados», no habría imaginado que me hubiera crecido tanto.

—Qué suave lo tienes —murmuró Jimmy, acercándose a mí y pasándome la mano por el pelo. Me llevé su mano a los labios, cerré los ojos y la retuve allí un rato.

—Tranquila, todo va a salir bien —susurró él.

Después de peinarme me tumbé a descansar un poco. Nuestro plan consistió en dormir y tomar luego una buena cena. Llevaba tanto tiempo sin comer bien, que me pareció verdaderamente sabrosa. Pero ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta de lo cansados que estábamos.

Él había viajado durante varios días hasta finalmente conseguir encontrarme. De hecho, fui yo la primera en despertar y ver que habíamos estado durmiendo hasta bien entrada la noche. Aunque mi estómago protestaba de hambre, no tuve valor para despertarle. Bajé sigilosamente de la cama, me vestí en silencio y me senté en una silla a esperar a que abriera los ojos.

Sus párpados empezaron a aletear rápidamente. Luego me miró con extrañeza durante un rato y al final se sentó en la cama de un salto.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve —contesté.

—¿Por qué no me has despertado? —preguntó, balanceando las piernas sobre el borde de la cama.

—No podía, Jimmy. Parecías tan a gusto durmiendo...

—No puedes evitar pensar en los demás aunque te estés muriendo de hambre ahí sentada. Nada más despertarme y verte, creí que seguía en Europa viviendo uno de mis sueños. Tenía tantas ganas de verte cada día —dijo, mientras se calzaba los zapatos—, que imaginaba que te veía por todas partes.

—Bueno, ya no tendrás que imaginártelo, Jimmy —aseguré.

Sonrió y empezó a vestirse apresuradamente para irnos a cenar. Acudimos al restaurante más próximo al motel, aunque cualquiera me hubiera parecido a mí el establecimiento gastronómico más famoso del mundo.

Cuando nos sentamos y nos dieron la carta, no supe qué elegir. Disfrutaba sólo leyendo los abundantes y exquisitos platos que me habían estado prohibidos durante tantos meses. Jimmy se reía de mí por tardar tanto en decidirme. Al explicarle los motivos, me sugirió que pusiera la carta delante, cerrara los ojos y señalara con el dedo al azar. Así lo hice y me tocó pavo caliente. De primero tomé una ensalada deliciosa. Pero casi había acabado mi apetito comiéndome tres bastones de pan untados con mantequilla. Pedí una «Coca-Cola» y me deleité con su dulce sabor. ¡Cielos! Jimmy no paraba de reír y menear la cabeza. Cuando trajeron la fuente del pavo con salsa de arándano, boniatos y brécol, empecé a llorar. No pude remediarlo.

—Oye, tú —me dijo Jimmy extendiendo el brazo por encima de la mesa para cogerme la mano—. Si te lo tomas tan en serio, se te va quitar el apetito.

—Nada puede quitarme este apetito —le aseguré, atacando mi plato y saboreando cada bocado que daba. Aunque ya estaba harta, pedí un trozo de pastel de chocolate. Cuando terminamos, apenas podía sostenerme en pie.

—Has dejado en ridículo a algunos de esos camioneros —declaró Jimmy.

No nos costó mucho dormirnos de nuevo nada más caer en la cama. Pero en cuanto el sol penetró a través de las cortinas, se me abrieron los ojos de repente. Aquella vista era una maravilla para mí. Hacía mucho tiempo que no me despertaba viendo los rayos del alba levantarse sobre la oscuridad y el espectáculo se me antojó uno de los más bellos de la tierra. ¡Qué horrible había sido vivir como un topo en las tinieblas de aquella deprimente y vieja mansión! Mi apetito a la hora del desayuno no fue menor de lo que lo había sido a la hora de la cena. El simple aroma del bacón producía éxtasis en mi estómago. Tomé unos huevos con salsa con unos panecillos, así como más de una taza de café, algo que Miss Emily consideraba tan pernicioso como el whisky.

Fortalecida por los alimentos y el abundante descanso, con ropa nueva y el cabello lavado y cepillado, me sentí suficientemente fuerte para enfrentarme a mi horrible abuela. Jimmy tenía razón al decir que «lo primero era lo primero». Seguimos adelante. Ya nos quedaban pocas horas de viaje.

—Jimmy, no me has preguntado nada sobre mi relación amorosa con Michael Sutton —le dije, un poco a manera de tanteo después de que él hablase y hablase sobre sus experiencias en Europa.

—No tienes que decirme nada —respondió, un tanto lacónico.

—Lo sé, pero lo hago. Quiero hacerlo —dije de sopetón—. Era mi profesor de canto y me dijo que iba a convertirme en una estrella de Broadway. Todo ocurrió muy rápidamente. Antes de que me diera, cuenta, me había invitado a su apartamento y...

—Dawn, por favor —me rogó Jimmy, haciendo un gesto de pena—. No quiero oírlo. Ya ha terminado. Te han ofendido, lo sé y me gustaría poder poner las manos encima de él. Quizá lo haga algún día, pero no tienes qué explicarme nada. Ya te he

dicho que sé cómo suceden estas cosas. Lo he visto otras veces. Lo importante — dijo, clavando firmemente en mí sus negros ojos, ahora achicados— es que no volverá a pasarte.

Yo asentí, aliviada de que Jimmy me hubiera perdonado.

—Te quiero, Jimmy. Te quiero de verdad. ¡No sabía cuánto te quiero, y lo siento!

—Pero no sigas comiendo tanto como hoy —bromeó—. No podría permitírmelo.

Qué grande era reír otra vez, ser capaz de relajarse y sentirse a gusto en compañía de alguien, sobre todo de alguien que había traído la luz a tu vida. Curiosamente, a medida que viajábamos y nos alejábamos de «Los Prados», comprendía que mi odio hacia Miss Emily era menor que mi compasión. Pero no sentía la menor lástima por la abuela Cutler. ¡Era una mujer malvada! Para mí no podía haber una persona más perversa. Las mismas fuerzas que habían creado a Miss Emily la habían creado a ella, pero ella tenía un poder adicional: había podido tener a mucha gente que la respetaba y había sido capaz de realizar grandes cosas en el mundo real. No cabía duda de que era un enemigo formidable. Mi corazón latía con más fuerza a medida que nos íbamos acercando a Cutler's Cove y a nuestro inevitable enfrentamiento. Apenas me percataba de lo hermoso que puede ser un día de finales de primavera, con un cielo azul intenso salpicado de nubes de algodón blanco. Para mi mente atormentada parecía que el mundo volvía a ser gris y oscuro y que no luciría un sol cálido hasta que no me reuniera con mi hija.

La primera visión del océano me produjo un escalofrío en la columna. Al poco rato divisé el familiar rótulo de la carretera anunciando que nos aproximábamos a la pequeña comunidad costera de descanso que llevaba el nombre de Cutler's Cove. Nada me parecía diferente. En aquella época de comienzos de temporada, la larga calle con sus pequeñas tiendas y restaurantes aparecía tranquila y peculiar. Había poco tráfico y sólo alguna que otra persona por las aceras, aquí y allá. En todo existía una atmósfera relajada y perezosa, pero para mí era como pasar por el ojo de un huracán. Las bellas tiendas, las barcas y los veleros del muelle, los ricos y verdes céspedes y las pacíficas calles formaban parte de un engaño, pues el corazón de Cutler's Cove latía impulsado por la maldad: la maldad de la abuela Cutler.

—Ya estamos cerca —anunció Jimmy, con una sonrisa alentadora—. No te preocupes —añadió—. Vamos a llegar al fondo de todo esto y lo solucionaremos de una vez por todas.

Suspiré profundamente y asentí. Llegamos al litoral que se internaba mar adentro y proporcionaba a los clientes del «Hotel Cutler's Cove» su propia playa privada, una playa de arenas blancas, siempre rastrillada y pulcra. Hasta las olas se aproximaban mansamente a la costa, como si el océano temiera atraer la ira de la poderosa matrona que gobernaba aquel reino junto al mar. Casi podía oír su voz y ver su cara cuando leí

el cartel que decía: «¡PLAYA EXCLUSIVAMENTE RESERVADA PARA LOS CLIENTES DEL HOTEL CUTLER'S COVE!»

Jimmy enfiló el largo paseo con el coche y delante de nosotros vimos surgir el hotel, emplazado sobre un altozano, rodeado por unos jardines en suave declive, primorosamente cultivados. La mansión, de tres plantas y de color azul grisáceo, con persianas blancas y un gran porche a su alrededor, presentaba una quietud extraña. Los apagados farolillos chinos se balanceaban ligeramente con la brisa y sólo se veía a algunos jardineros a cierta distancia, podando setos y plantando flores. No vi, como esperaba ver, a ningún cliente sentado en el porche, alrededor de las dos pequeñas glorietas velvedere o en los bancos de piedra y madera, ni paseando junto a las fuentes y macizos de flores.

—No parece que esté abierto al público —comentó Jimmy. Como era a media tarde, supuse que la gente no estaría comiendo ni cenando.

—No, no lo parece —asentí. Realmente, me encontraba bastante nerviosa y aquella anormal situación contribuía aún más a ello.

Jimmy aparcó el coche delante y permanecí un momento sentada contemplando por la ventanilla la entrada principal del hotel, recordando la mañana que había salido de allí para dirigirme a la escuela de artes teatrales de Nueva York. Aquel día había partido llena de miedo y de emoción, pero recordaba claramente la expresión de los rostros de Clara Sue y Philip, de mi madre y de Randolph, pero, sobre todo, del rostro de la abuela Cutler. Todas aquellas caras desfilaban ahora por delante de mí.

—¿Estás lista? —me preguntó Jimmy.

—Sí —asentí firmemente, saliendo del coche. Subimos rápidamente las escaleras y penetramos en el vestíbulo del hotel. En aquel momento acabé de convencerme de que algo iba mal. Exceptuando a la señora Hill y a un ayudante que estaba tras el mostrador de recepción, no se veía ni un alma en todo el vestíbulo.

—Debe de estar cerrado —apuntó Jimmy, mirando a nuestro alrededor.

Eché a andar hacia la recepción. La señora Hill levantó la cabeza al darse cuenta de que había entrado alguien en el vestíbulo y en su rostro vi plasmada la preocupación. Cuando me aproximé al mostrador empezó a menear la cabeza suavemente.

—¡Oh, has vuelto de la escuela! —dijo.

Naturalmente, cuando pronunció la palabra «escuela», adiviné que la abuela Cutler había hecho creer a todos que yo continuaba en Nueva York.

—¿Dónde están los huéspedes? —pregunté.

—¿Los huéspedes? Oh, ya veo que no lo sabes —contestó, con las comisuras de la boca caídas.

—¿Saber, qué?

—Tu abuela ha sufrido un ataque muy grave. Está en el hospital y hemos cerrado

esta semana. Tu padre se encuentra tan afectado que ha sido incapaz de hacer nada y tu madre..., bueno, tu madre está muy turbada.

—¿Un ataque? ¿Cuándo ha sido eso? —me apresuré a preguntar. La señora Hill estaba a punto de estallar en lágrimas—. Quiero decir que yo... no sabía nada —añadí, en voz baja.

—Precisamente ayer. Como aún no ha empezado la temporada, teníamos pocos clientes. Tu padre ha devuelto el dinero a los que había y, naturalmente ha pagado a todos los empleados.

Miré a Jimmy y él meneó la cabeza, no muy seguro de lo que debíamos hacer.

—¿Y mi padre, está aquí ahora o en el hospital? —volví a preguntar.

—Está en su despacho. No ha salido de allí en toda la mañana —contestó—. Se lo está tomando muy mal. Es estupendo que hayas venido a casa —añadió—. Quizá puedas serle de alguna ayuda. Pobre señora Cutler —continuó, secándose los ojos con un pañuelo de papel—. Cayó desplomada sobre su mesa de trabajo. Es muy propio de ella trabajar hasta el último instante. Suerte que tu padre la estaba buscando y la encontró. Se produjo un gran revuelo hasta que llegó la ambulancia y se la llevaron al hospital. Pero estamos todos rezando —añadió.

—Gracias —dije. Indiqué a Jimmy que me siguiera a través del vestíbulo hasta el despacho, de Randolph. Llamé suavemente a la puerta, pero no obtuvimos respuesta.

Volví a llamar, más fuerte.

—¿Quién es? ¿Quién es? —gritó una voz frenética.

Abrí la puerta y entramos.

Randolph estaba sentado detrás de su escritorio, embebido en un montón de papeles, y apenas levantó la cabeza.

Tenía el cabello alborotado, como si se hubiera estado pasando los dedos por él durante horas. Llevaba la corbata floja y la camisa desabrochada, y miraba con ojos vidriosos. Su rostro no mostró la menor señal de que me reconociera.

—Lo siento —dijo—. Ahora estoy demasiado ocupado. Más tarde, más tarde...

Volvió su atención a los papeles, recorriendo uno de ellos con la pluma de arriba abajo y luego otro de abajo arriba, como si tratara desesperadamente de localizar algo en concreto.

—Randolph, soy yo, Dawn —apunté. En seguida levantó la cabeza.

—¿Dawn? ¡Oh... Dawn! —Dejó la pluma y se agarró las manos—. No sabes lo que ha sucedido... mi madre..., ella no había estado nunca enferma —dijo, lanzando a continuación una risa loca e histérica—. Jamás había ido a ningún médico. Yo siempre le decía... mamá, deberías hacerte un reconocimiento periódico. Tienes muchos amigos que son médicos y siempre te están diciendo que vayas a hacerte un reconocimiento, pero nunca me escuchó. Siempre me decía que la ponían mala los médicos. —Se volvió a reír—. Imagínatela diciendo que... «los médicos me ponen

mala». Pero ella era como una roca..., sólida—dijo, esgrimiendo el puño—. No faltó al trabajo ni un día... ni un día; ni siquiera cuando vivía mi padre. No recuerdo que tuviera nunca ni un constipado. Una vez se lo pregunté a mi padre y me contestó: «Los gérmenes no se atreven a entrar en su cuerpo. No tendrían valor para hacerlo».

Soltó otra risotada histérica y luego bajó la vista hacia los papeles.

—Ya lo ves, estoy ahogado por los papeles... Facturas, pedidos... cosas de las que normalmente se encargaba ella. He tenido que pedir a los huéspedes que se marcharan y cancelar las reservas de otros pocos que venían esta semana. Ahora no puedo hacer nada... No hasta que mejore lo suficiente para volver.

—Randolph —empecé cuando me dejó meter baza para interrumpirle—, ¿sabes dónde he estado estos últimos meses? ¿Sabes adonde me envió la abuela Cutler?

—¿Que dónde has estado? ¡Ah, sí! Has estado en la escuela... practicando tu canto. Qué estupendo —respondió.

Miré a Jimmy, que estaba con la boca y los ojos muy abiertos, asombrado.

—Ni siquiera se lo había dicho a él —murmuré. Me volví hacia Randolph—. ¿No sabías que estaba en «Los Prados»?

—¿En «Los Prados»? No, no lo sabía. Al menos, eso creo. Pero tengo tantas cosas en la cabeza estos días, que no estoy seguro de nada. Debes perdonarme. Está el hotel, por supuesto, y también Laura Sue. Está tomándose todo esto muy mal. No paran de subir y bajar médicos por la escalera, pero ninguno ha conseguido ayudarla. Y ahora... mamá... —Meneó la cabeza—. Ni un resfriado, ni siquiera un resfriado en todo este tiempo.

—Tengo que verla —afirmé. Tengo que ver a la abuela Cutler ahora mismo.

—¿Verla? ¡Oh, no está aquí, cariño! Está en el hospital.

—Ya lo sé. ¿Por qué no estás tú allí? —le pregunté.

—Yo... estoy muy ocupado —contestó—. Muy ocupado. Ella lo comprende. —Se rió—. Ella es quien mejor lo entiende. Pero puedes ir a verla. Sí, ve a verla y cuéntale... cuéntale... —Miró los papeles que tenía encima de la mesa—. Los productos que encargó la semana pasada... han subido un diez por ciento. Sí, mis cálculos dicen un diez por ciento. ¿Qué podría hacer yo? —Se encogió de hombros.

—Vamos, Jimmy —decidí—. Es inútil seguir con él.

—¡Luego te dedicaré más tiempo! —gritó Randolph cuando nos dirigíamos hacia la puerta—. En este momento estoy un poco atado.

—Gracias —dije.

Nos marchamos y le dejamos rezongando sobre sus papeles.

—¿No sería mejor que fuéramos primero a ver a tu madre? —sugirió Jimmy.

—No, se pondría peor. Estoy segura de que ya se está aprovechando de esto todo lo que puede —rebatí, tajantemente.

Volvimos al vestíbulo y la señora Hill nos facilitó las señas del hospital. Veinte

minutos después avanzábamos por un pasillo hacia la unidad de cuidados intensivos, ante cuya puerta nos recibió una enfermera.

—Soy nieta de la señora Cutler —le expliqué—. He estado fuera de la ciudad y acabo de enterarme de lo sucedido. Necesito verla. ¿Cómo está?

—Ya sabe usted que ha sufrido un grave ataque —respondió secamente la enfermera.

—Sí.

—Tiene el lado derecho paralizado por completo y no puede articular palabras. Casi no puede emitir ningún sonido.

—Por favor, ¿puedo verla? —le rogué.

—Me temo que no podrá estar más de cinco minutos dentro. —Miró a Jimmy.

—Es mi novio —dije—. Ella no le conoce.

La enfermera asintió, medio sonriendo y luego se hizo a un lado para señalar el cubículo donde estaba la abuela Cutler. Era un cuarto con las paredes de cristal y desde allí podíamos verla tendida, con el gotero intravenoso conectado al brazo y la pantalla del monitor cardíaco mostrando los latidos de su corazón. Di las gracias a la enfermera y nos dirigimos hacia el cubículo.

Viéndola en la cama del hospital con las sábanas blancas hasta el cuello, la abuela Cutler parecía mucho menos importante y terrorífica. Se la veía del tamaño que tenía; de hecho, parecía incluso encogida, diminuta, pálida y vieja; una sombra de lo que había sido. Su cabello gris oscuro rodeaba su cerúleo rostro rígidamente y tenía los ojos completamente cerrados. La única parte visible de su cuerpo era el brazo izquierdo, en el que le habían insertado la aguja del gotero. Tenía la mano cerrada y los largos y ganchudos dedos retorcidos. A través de su apergaminada piel podía distinguir las delgadas venas azules de su muñeca y su antebrazo.

Podía haberme dejado llevar por la compasión, incluso hacia ella, de no haber tenido ante mí la fugaz imagen de mi hija envuelta en su mantilla, en mis brazos. En ese momento, el rostro y la cabeza de la abuela Cutler no parecían mucho más grandes que los de una niña, y aquella semejanza me recordó inmediatamente mi propósito y mi necesidad. La abuela Cutler sabía dónde había sido llevada mi hija y yo necesitaba descubrirlo. Me aproximé a la cama. Jimmy permaneció a la entrada.

—Abuela Cutler —hablé, tajantemente. Sus párpados aletearon, pero no se abrieron—. Abuela Cutler, soy yo..., Dawn. Abra usted los ojos —ordené.

Sus párpados volvieron a aletear. Era como si se estuviera resistiendo a abrirlos. Por último se abrieron y me miró fijamente, con una cara inexpresiva pero retorciendo la comisura derecha de la boca. Sus ojos no habían perdido su frío brillo.

—¿Adonde ha mandado usted llevar a mi hija? Tiene que decírmelo. Su hermana me ha tratado muy mal. Me ha estado torturando y castigando durante meses. Apuesto a que usted sabía lo que me iba a hacer. Trató incluso de provocarme el

aborto, pero mi hija ha nacido sana y hermosa. Nada de lo que hizo usted pudo impedirlo. Mi Christie es muy bonita y usted no tenía ningún derecho a quitármela y a arreglar las cosas para dársela a nadie. ¿Dónde está? —exigí—. ¡Tiene que decírmelo!

Su boca empezó a retorcerse más de prisa y sus labios se pusieron a temblar.

—Sé que está usted seriamente enferma, pero éste es el momento de hacer algo bueno y justo. —Mi voz se suavizó—. Se lo estoy suplicando, por favor..., dígamelo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, pero vi que dentro movía la lengua.

—Una vez ya hizo usted un acto así de horrible, abuela Cutler. Por favor, no vuelva a hacerlo. No permita que mi hija crezca creyendo que sus verdaderos padres son quienes no lo son. Necesito tener a mi hija conmigo. Ella me necesita a mí. Me pertenece. Sólo yo puedo darle el cariño que se merece y ayudar a hacerle la vida buena y feliz. ¡*Debe* usted decirme dónde está!

Se esforzaba desesperadamente por hablar, moviendo ahora la cabeza de un lado a otro. La pantalla empezó a fluctuar y el pulso se le hizo más rápido.

—Por favor —le rogué—. *Por favor*.

Cerró y abrió la boca nuevamente, esta vez produciendo unos sonidos. Me arrodillé a su lado para entender lo que decía y arrimé la oreja a sus labios. Eran como gorgoteos que surgían de su garganta, pero logré captar algunas palabras. Después de pronunciarlas cerró los ojos y se dio media vuelta. El monitor cardíaco empezó a emitir un pitido agudo y monótono.

—¿Por qué? —grité—. ¿*Por qué?*

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la enfermera, apareciendo en la puerta del cubículo.

Corrió al lado de la cama. Cogió la muñeca de la abuela Cutler y la sostuvo un rato. Acto seguido apretó un botón, se precipitó hasta la puerta, asomó la cabeza y llamó a voces a otra enfermera que estaban de pie junto al mostrador.

—¡*Código azul!* —gritó—. ¡*Salgan fuera!* —nos ordenó después a Jimmy y a mí.

—¿Podemos esperar a que despierte? —le rogué.

—No. Tienen que marcharse —insistió la enfermera.

Lancé una mirada a la abuela Cutler. Su cara parecía una ciruela pasa. Frustrada, di media vuelta y salí del cubículo seguida de Jimmy, mientras la unidad de cuidados intensivos ponía en movimiento.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó en cuanto estuvimos en pasillo—. ¿Qué te ha dicho?

—Era difícil de entender —le respondí, sentándome en un banco del pasillo.

—¿Qué? —Se sentó a mi lado.

—Lo único que ha dicho es «Eres mi perdición».

—¿Tú? ¿Su perdición? —Sacudió la cabeza—. No lo entiende

—Ni yo tampoco —dije. Me eché a llorar y Jimmy me rodeo con su brazo.

—Va a morir y se llevará con ella el secreto, Jimmy —gimoteé, secándome las lágrimas—. No entiendo por qué esta odiosa. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Un médico pasó corriendo por el pasillo y entró en la unidad de cuidados intensivos. A los diez minutos salió de allí despacio, acompañado por la enfermera. Esta, al vernos sentados en el banco, meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo, dirigiéndose a nosotros.

—¡Oh, Jimmy! —grité, llevándome las manos al rostro.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas y pronto no me dejaron ver. El mundo aparecía delante de mí como un acuoso borrón. Pero yo no lloraba por la abuela Cutler; no *lloraba* por ella. Lloraba por mi hija, a quien podía haber perdido para siempre. Jimmy me ayudó a levantarme y abandonamos juntos el hospital. Yo me movía como atontada.

Cuando llegamos al hotel ya lo sabía todo el mundo. La señora Hill y su ayudante lloraban tras del mostrador de recepción. Algunos jardineros estaban reunidos en grupo en el porche hablando en voz baja y moviendo la cabeza. En un extremo del vestíbulo reconocí algunos mozos de comedor; ellos me reconocieron a mí y me dirigieron un movimiento de cabeza. El hotel tenía ya aire de funeral.

—Creo que debería subir a ver a mi madre —le dije a Jimmy—. Puede que ella sepa qué ha sido de mi hija.

—De acuerdo. Te esperaré en el vestíbulo —repuso él.

Eché a andar por el pasillo que conducía a la antigua parte del hotel en que habitaba mi familia. Cuando llegué al salón oí unos sollozos y miré dentro. Era la señora Boston, la sirvienta negra que llevaba cuidando de las necesidades de la familia desde tiempo inmemorial. Estaba sentada en el sofá y, cuando aparecí, alzó la cabeza.

—¡Oh, Dawn! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas—. Has vuelto de la escuela demasiado tarde. ¿Te has enterado de la horrible noticia?

—Sí —respondí.

—¿Qué va a ser ahora de todos nosotros? —inquirió, meneando la cabeza—. Pobre señor Randolph. Parece un alma perdida.

—¿Cómo está mi madre? —pregunté.

—¿Tu madre? Oh, no he estado arriba desde que bajó el señor Randolph. Ha subido a decírselo no hace media hora y ha vuelto a bajar como si se hubiera quedado mudo. Se quedó mirándome y los dos rompimos a llorar. Luego se ha ido no sé dónde y yo me he quedado aquí sentada.

—Iré a verla —dije.

Subí por la escalera. Primero me detuve a mirar hacia donde había estado mi

cuarto, donde me habían tenido como a una pariente pobre, sola, alejada de la familia. ¿Cómo es posible —me pregunté— que personas que trabajan aquí, como la señora Hill y la señora Boston, así como Nussbaum, el jefe de cocina, aprecien tanto a la abuela Cutler? ¿No se daban cuenta de lo adusta y cruel que realmente era? Cierto que era eficiente y capaz, ¿pero qué me decían de ser una persona humana y compasiva?

La puerta exterior de la *suite* de mi madre estaba cerrada. La abrí despacio y entré en el saloncito. Se hallaba tan intacto y sin usar como siempre; el único cambio que noté era que no estaba abierta ninguna partitura de música sobre el clavicordio y que el teclado había sido cerrado. La puerta de la habitación de mi madre estaba parcialmente abierta. Me acerqué a ella lentamente y llamé.

—¿Sí? —la oí decir.

Abrí un poco más la puerta y entré. Esperaba encontrármela perdida en su monumental cama, como de costumbre, con la cabeza hundida entre dos grandes almohadones de plumón. Por el contrario, estaba sentada ante su tocador cepillándose su larga y rubia cabellera, que le descansaba suavemente sobre los hombros y el cuello, brillando tan rica y esplendorosamente como siempre. Giró su grácil cuello y me enfocó con sus azules e inocentes ojos. Me pareció más bella que nunca. Su tez era de felpa de color melocotón y crema, y se la veía realmente radiante y feliz.

Vestía uno de sus camisones de seda rosa, pero, como siempre, estuviera en la cama o no, iba adornada con un par de pendientes de diamantes y, entre los senos, lucía su relicario con forma de corazón. Al verme, sus ojos brillaron sorprendidos y en sus labios se formó una ligera sonrisa.

—¡Dawn! —exclamó—. No sabía que venías hoy. Estoy segura de que tampoco lo sabía Randolph, o me lo hubiera mencionado.

—Pensé que estarías otra vez muy enferma, mamá —dije secamente mientras cruzaba hacia ella.

—¡Oh, lo he estado, Dawn! Terriblemente enferma esta vez. Fue una... una horrorosa alergia nueva. Pero, afortunadamente, se cansó de atormentarme y ha dejado en paz mi frágil cuerpo —dijo, suspirando de alivio y moviendo su lujuriosa cabellera rubia.

—No me parece tan frágil, madre —rebatí mordazmente. Sus ojos se redujeron de diámetro y su sonrisa se evaporó.

—Dawn, tú nunca has sentido simpatía por mí. Supongo que no la tendrás nunca a pesar de las terribles pruebas que he tenido que sufrir —se lamentó.

—¿Qué has sufrido terribles pruebas? ¿Y qué dices de mí? ¿Sabes dónde he estado estos últimos meses, mamá? ¿Lo sabes? ¿Te has molestado en averiguar si seguía viva o muerta? —pregunté—. ¿*Qué me contestas?*

—Tú te has labrado tu propia desdicha, Dawn —me amonestó—. No intentes

echar la culpa a nadie, especialmente a mí. No, a partir de ahora, no —dijo, adoptando una posición más rígida—. Supongo que no lo sabes, pero desgraciadamente, la abuela Cutler ha muerto.

—Lo se, mamá. Jimmy y yo acabamos de llegar del hospital. Estábamos allí cuando murió —expliqué.

—¿De veras? —Me miró con asombro—. ¿Has dicho Jimmy? —arrugó la nariz con disgusto—. Te refieres a aquel chico...

—Sí, madre, aquel chico. Afortunadamente, llegó a tiempo a aquel horrible lugar para rescatarme de la odiosa Emily, la hermana de la abuela Cutler.

—Emily —repitió, con una sonrisa afectada—. Sólo la he visto una vez. No me gustó nada y yo diría que yo tampoco le gusté a ella. Era una mujer horrenda —convino conmigo.

—¿Entonces, cómo pudiste permitir que la abuela Cutler me enviara allí? —pregunté—. Sobre todo, sabiendo cómo era Miss Emily.

—A decir verdad, Dawn, no teníamos muchas opciones —repuso, con exasperación—, considerando tu comportamiento. —Se reclinó en su asiento y me contempló por primera vez—. Por lo que veo, tu problema ha terminado y no parece que te haya afectado mucho. Me alegro de que hayas recobrado tu figura.

—¿Que mi *problema* ha terminado? Mamá, tú no sabes qué torturas he soportado, cómo me ha tratado esa mujer y cuánto me ha hecho trabajar. Hasta intentó provocarme un aborto. ¡Es una persona horrible, horrible! —grité. Mi madre ni siquiera parpadeó. Se dio media vuelta y siguió mirándose al espejo.

—Bien, todo eso ya lo has dejado atrás, Dawn. Ha concluido. La abuela Cutler también se ha ido. Así que puedes regresar al hotel y...

—Pero, mamá, ni siquiera me has preguntado por mi hija. ¿Es que no te interesa?

—¿Sobre qué me tengo que interesar, Dawn? —Se volvió y me miró de nuevo—. Verdaderamente, ¿qué quieres que te pregunte?

—¡Para empezar, podrías preguntarme si el bebé nació con vida, si fue niño o niña y, lo más importante, dónde está! A no ser —añadí, esperanzada— que lo sepas.

—No sé nada de ningún bebé, excepto que te enviaron a «Los Prados» para que lo tuvieras en secreto y no recayera ningún escándalo sobre los Cutler. Yo no podía poner objeciones a eso. Debías haber tenido más cuidado. Y, ahora, como digo, ya ha terminado todo...

—*¡No ha terminado, mamá! ¡Mi hija vive y quiero saber dónde está!*

—Deja de gritar. No consentiré que me vuelva a gritar nadie. Ahora que la reina ha muerto, no me voy a convertir en cabeza de turco de nadie —estalló. Luego sonrió—. Sé comprensiva, Dawn. Ahora puedes ser feliz, igual que yo. Ocuparás tu puesto en la familia y...

—Mamá, ¿sabes adonde llevaron mi hija después de nacer? ¿Te lo dijo la abuela

Cutler? Si fue así, por favor, dímelo —le rogué, usando un tono de voz más suave.

—Jamás le pregunté esos detalles, Dawn. Ya sabes cómo era. Mandaba en todo. —Volvió a mirarse al espejo—. No me extrañaría que ya haya empezado a decirle a Dios lo que tiene que hacer en el cielo, y Dios haya tenido que expulsarla de allí. —Se rió con alborozo—. ¿Pero qué digo? Esa bruja probablemente se estará quemando en las profundidades del infierno, que es adonde realmente pertenece —resopló, indignada.

—Pero, mamá, mi hija...

—Vamos, Dawn, ¿por qué quieres pensar en eso? Tu amante te abandonó, ¿no? ¿Por qué te interesas por tu hija? Piensa lo que eso supondría. ¿Cómo ibas a poder encontrar a un hombre decente con quien casarte? Los pretendientes que merecen la pena, los que son ricos y guapos, no quieren casarse con una señorita que tiene un hijo, especialmente si es un hijo de otro.

—¿Fue por eso por lo que te desprendiste de mí tan fácilmente, mamá?

—Aquélla fue una situación completamente distinta, Dawn. ¡Oh, por favor! No me repitas eso una y otra vez. Agradece lo que has conseguido —añadió, con los ojos llenos ahora de cólera e irritación—. Pese a sus métodos, la abuela Cutler hizo posible mantener en secreto tu desliz.

Nadie tiene por qué saber nada. Todo ha concluido; puedes comenzar de nuevo.

Se volvió otra vez hacia el espejo y se pasó el dedo por las cejas.

—Tengo mucho que hacer antes del funeral. Odio los funerales, vestirme de negro, aparecer abatida y pálida, con miedo de sonreír para que la gente no lo interprete como una blasfemia y una falta de respeto. Pero no pienso presentarme como una doliente angustiada sólo para complacer al público. No lo haré. Salen arrugas de fruncir el rostro demasiado. Por suerte, compré un precioso vestido negro en Nueva York cuando fuimos a verte. No es muy apropiado, pero creo que servirá. Debo pensar en toda la gente que va a acudir, gente que vendrá al hotel para consolar a Randolph y ofrecerle sus respetos. Yo tengo que ser la esposa, fuerte y perfecta, la hija política que los salude a todos debidamente. Dawn, cariño, creo que deberías salir a comprarte algo apropiado para ti. Clare Sue y Philip ya vienen del colegio a casa y los tres deberíais estar presentables.

—Mamá, ¿no has oído nada de lo que te he dicho? He dado a luz a una hija y me la han quitado —expuse con voz suave.

Se levantó del asiento y echó a andar hacia la cama.

—Necesito descansar —dijo—. No quiero presentarme cansada y marchita. No me haría ningún bien aparecer así. La gente quiere verme deslumbrante y no pienso defraudarla.

Ahucó las ropas de la cama y se deslizó dentro. Luego dio un suspiro y hundió la cabeza en las almohadas.

—Piensa una cosa, Dawn. Ahora soy yo la señora de la casa. Soy la reina. ¿No es magnífico?

—En tu imaginación siempre fuiste la reina, mamá —repliqué dando media vuelta. Me marché, más disgustada con ella que nunca.

Jimmy se levantó en cuanto me vio regresar al vestíbulo.

—¿Y bien?

—No sabe nada y ni siquiera le importa. Lo único que le preocupa ahora es presentarse como una nueva reina de Cutler's Cove. ¡Oh, Jimmy! ¿Qué vamos a hacer? —gimoteé, sintiendo que las lágrimas volvían rápidamente a mis ojos.

—No tiene sentido que volvamos a hablar con Randolph —pensó él en voz alta. Luego se dirigió a mí y se encogió de hombros. Creo que deberíamos entrar en el despacho de ella y registrarlo hasta encontrar alguna pista.

—¿Su despacho? —Miré hacia aquella habitación. A pesar de haber fallecido y no encontrarse en su despacho, el solo hecho de entrar en él y tocar sus cosas sin permiso suyo me parecía aterrador. Tan poderosa había sido, especialmente en el hotel. Su presencia parecía planear por encima de nosotros y su marca estar impresa en todas las personas y en todas las cosas.

—No sé me ocurre otra cosa que hacer —confesó Jimmy.

—De acuerdo —acepté, disparándose los latidos de mi corazón—, haremos lo que haya que hacer para recuperar a mi hija.

Cogí la mano de Jimmy y echamos a andar hacia el despacho de la abuela Cutler.

SORPRENDENTES REVELACIONES

Vacilé delante del despacho de la abuela Cutler. Las simples palabras SRA. CUTLER grabadas en la puerta parecían iluminar la madera como si hubiese encendido un neón delante de mí. Mi mano se quedó petrificada al agarrar el pomo. Al cabo de un momento, Jimmy me puso la mano sobre el hombro.

—Si tu madre no sabe nada ni Randolph tampoco, no nos queda otro recurso —recalcó—. Esto no sería robar.

Asentí con la cabeza e hice girar el pomo. Una vez dentro, tardamos en advertir que Randolph estaba sentado en el canapé de color aguaverde. Las cortinas de las ventanas estaban corridas y sólo había encendida una pequeña lámpara de sobremesa que iluminaba de manera tenue una zona reducida. El sempiterno perfume lila de la abuela Cutler estaba presente. Era como si acabara de salir de allí. Por un momento mis ojos me engañaron, y creí verla sentada detrás del gran escritorio, mirándome intensamente con el mismo odio con que me había mirado cuando llegué allí por primera vez.

Jimmy me agarró otra vez del hombro y, cuando me volví hacia él, se limitó a señalar con la cabeza al canapé en el que Randolph estaba sentado mirando simplemente al frente. Tenía los ojos profundamente sombríos. Nuestra entrada ni siquiera le inmutó o sorprendió. Parecía como si nos hubiera estado esperando.

—No puedo hacerme a la idea —dijo, lentamente— de que se ha ido y ya no volverá. —Meneó la cabeza—. Precisamente anteayer hablamos de hacer reformas en la sala de juegos. Quería mesas y sillas nuevas. ¿Sabes?, se acordaba perfectamente de cuando se compraron las que hay ahora —añadió, levantando la vista hacia nosotros—. Mi madre era capaz de recordar hasta el día en que había comprado una caja de horquillas para el pelo. —Sonrió y meneó la cabeza—. Qué mente la suya. En toda la comarca no había otra mujer de negocios como ella.

Suspiró profundamente y volvió a mirar el gran escritorio.

—Ya no volverá a ser igual; nada será igual. Casi me dan ganas de renunciar a todo..., de irme simplemente a esperar la muerte —dijo.

—A ella no le gustaría eso —intervine yo—. La decepcionarías mucho, Randolph.

Se volvió hacia mí y asintió con una sonrisa. Pero sus ojos siguieron estando tristes.

—Sí, tienes razón, Dawn. —Pareció haber vuelto de pronto a la realidad y al presente—. Es extraordinario que hayas llegado justamente ahora.

—No tiene nada de extraordinario, Randolph —repliqué en el acto, yendo a sentarme a su lado—. Seguramente te enterarías de lo que me ocurrió en Nueva York y de que me llevaron a «Los Prados» a vivir con Miss Emily. Estoy segura de que te enterarías —insistí.

—¡La tía Emily! —exclamó asintiendo—. Será mejor que le comunique la noticia en seguida. No es porque espere que emprenda un viaje tan largo con Charlotte para asistir al funeral —añadió—. Es para que sepa que ha muerto su hermana.

—Sí, seguro que se le parte el corazón —dije secamente, pero él no captó mi sarcasmo—. Randolph, sabías que yo estaba allí, ¿verdad? ¿Sabías lo que había ocurrido? —le seguí presionando. Se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—Sí —admitió, finalmente—. Me lo contó mi madre. Lo siento, Dawn. Tú sola estropeaste las cosas al tener un romance y quedarte embarazada.

—Lo sé, pero tuve a mi hija en «Los Prados». La abuela Cutler envió a alguien y se la llevaron en cuanto nació. Tengo que recuperarla —aseguré firmemente, agarrándole por la muñeca. El movió la cabeza, confundido.

—¿Recuperarla?

—De quienquiera a quien se la haya entregado la abuela Cutler. Ella no tenía derecho a dar la niña a nadie. Por favor, ayúdanos a encontrarla. Por favor —le supliqué.

De repente, pareció aterrado. Miró el sillón y luego volvió a mirarme a mí. Era como si pensara que su madre podía regresar de entre los muertos y castigarle por el solo hecho de hablar conmigo.

—No lo sé...

—¿Qué trámites haría ella? ¿A quién pudo llamar? ¿Qué podría hacer yo? —le rogué.

—Hay mucho que hacer, ahora que se ha ido ella, ¿no? —dijo—. Supongo que lo primero es hablar con el señor Updike, el abogado de mi madre. Él lleva todos sus asuntos y ha sido abogado de la familia desde que yo recuerdo. No es mucho más joven que mi madre —añadió Randolph.

—¿El señor Updike? —exclamé. Miré a Jimmy, que abrió más los ojos esperanzado.

—Sí —asintió Randolph, levantándose lentamente—. Tengo que telefonearle. También es íntimo amigo de la familia.

—¿Querrás preguntarle si sabe algo de mi hija? —exclamé cuando rodeaba el escritorio de la abuela Cutler para acercarse al teléfono. Vi que no se atrevía a sentarse en el sillón de ella.

Jimmy tomó asiento a mi lado en el sofá y nos quedamos esperando y escuchando mientras Randolph telefoneaba al abogado. En cuanto le contó al abogado lo que había sucedido, se quedó sin habla, limitándose a escuchar y asentir a cada instante.

Pensé que iba a colgar sin preguntarle por la niña, y me puse en pie de un salto.

—Por favor, ¿puedo hablar con él? —le supliqué. Me miró un momento, como acordándose de que yo estaba allí, y a continuación me pasó el aparato.

—¿El señor Updike? —inquirí.

—Sí. ¿Con quién hablo? —preguntó una voz profunda y sonora.

—Me llamo Dawn y...

—¡Ah, sí! —exclamó—. Ya sé quién es usted. Precisamente estaba a punto de decirle a Randolph que hiciera todo lo posible para que se hallara usted presente en la lectura de los testamentos.

—Señor Updike, dudo mucho de que la abuela Cutler me haya incluido de modo alguno en su testamento. Lo que quería preguntarle es si sabe usted algo respecto a los trámites que se hicieron para que alguien se quedara con mi hija.

Hubo una larga pausa.

—¿No dio usted su consentimiento? —preguntó el abogado, finalmente.

—¡Oh, no, señor! ¡Nunca!

—Comprendo. ¿Entonces, me está diciendo ahora que quiere tener a su hija?

—Sí, señor.

—Todo esto es lamentable, muy lamentable —murmuró—. De acuerdo. Déme algún tiempo. En la lectura de los testamentos dispondré de información para usted.

—Quiero tener a mi hija —insistí.

—Sí, sí, comprendo. Por favor, déjeme hablar con Randolph, si está todavía ahí —dijo.

Devolví el teléfono a Randolph y me acerqué otra vez a Jimmy.

—¿Sabe alguna cosa? —me preguntó inmediatamente Jimmy.

—Sí —respondí—. Y me ha prometido hacer algo. Tendremos que quedarnos en el hotel unos días hasta la lectura del testamento, mientras él realiza las gestiones.

Y, finalmente —suspiré—, se habrá solucionado todo. Vamos —dije, cogiendo a Jimmy de la mano—; tenemos que elegir una habitación para nosotros.

—¿Crees que debemos hacer eso? Quiero decir...

—¿Quién se va a oponer a ello? —repliqué, sonriendo. Me sentía muy dichosa ante la perspectiva de recobrar a mi hija—. Además, si mi madre es ahora la reina, yo soy una de las nuevas princesas.

Salimos al vestíbulo y pedí a la señora Hill la llave de una de las mejores *suites*. Luego, Jimmy se fue en busca de su equipaje. No subí a decirle nada a mi madre, pero cuando Jimmy y yo volvimos a «Cutler's Cove» de cenar, nos la encontramos en el vestíbulo hablando con algunos empleados. Me dejó estupefacta la firmeza y la autoridad con que se dirigía a ellos, dándoles instrucciones para los días siguientes. En cuanto terminó, vino junto a nosotros.

—Así que éste es Jimmy —saludó, tendiéndole la mano—. La última vez que

estuviste aquí no tuvimos ocasión de conocernos. —Le dirigió una amplia sonrisa.

«Conocernos —pensé—. ¿Por qué quiere insinuar que la última vez que estuvo Jimmy aquí fue una visita agradable?» Además, me sorprendió lo coqueta y encantadora que se estaba mostrando. ¿Es que no tenía vergüenza?

—Hola —respondió Jimmy, algo confuso. Ella elevó la mano como si esperase que se la besara y acabó retirando los dedos, pero no apartó su atención de él.

—Con que te has enrolado en el Ejército. Adoro ver a un hombre de uniforme. Resulta tan imponente y tan romántico... Aunque esté en un sucio campamento de instrucción y no en una guerra de ultramar. ¡Oh, llevas unas cintas muy bonitas! —le halagó, acariciándolas con los dedos.

A Jimmy se le subió la sangre al rostro. Mi madre se echó a reír y se pasó suavemente los dedos por el cabello. Luego se dirigió a mí.

—Esta noche llegan Clara Sue y Philip —explicó—. Quiero que el funeral se celebre lo antes posible para que no falten al colegio más de lo necesario. Su curso está a punto de terminar.

—Qué considerada eres, mamá —manifesté. La expresión de su rostro no cambió. Su sonrisa estaba empezando a parecer una máscara.

—No tenéis por qué ir a comer fuera, ya lo sabéis —continuó—. He dado órdenes al personal de la cocina para que sigan trabajando. La familia comeremos en el comedor, como de costumbre. Nussbaum está cocinando para el personal del hotel y estoy segura de que volveremos a abrirlo poco después del funeral.

—Qué eficacia —opiné—. La abuela Cutler estaría muy orgullosa de ti.

Mi madre parpadeó repetidas veces, pero siguió igual de deslumbradora, mostrando un brillo radiante en sus ojos que yo no había visto en ella hasta aquel momento. El abundante color de su cara la hacía aún más bella.

—En cuanto acabe el funeral y los acompañantes se hayan ido, daré instrucciones a la señora Boston para que las cosas de la abuela Cutler sean retiradas de su habitación y tú te instales en ella —declaró.

—No será necesario, mamá. No tengo intención de continuar aquí —repliqué, inmediatamente.

—¿Que no tienes intención...? —Miró a Jimmy—. No me digas que estás planeando alguna estupidez, Dawn. Sobre todo ahora que dispones de esta nueva oportunidad. ¡Te creo más sensata que todo eso! Piensa lo que será esto a partir de ahora; puedes colaborar conmigo en la supervisión. Por las noches nos pondremos las dos en la puerta del comedor para saludar a los clientes. Te compraré vestidos bonitos y...

—Pero mamá, teniendo en cuenta tu *frágil* salud, ¿consideras *juicioso* echarme encima tanta *responsabilidad*? —pregunté, lanzándole las palabras como si fueran agujas. A pesar de acobardarse, no perdió la compostura. En vez de ello, sonrió

generosamente y se acercó a mí para besarme en la mejilla.

—Es estupendo que pienses en mí, Dawn. Por supuesto, no pienso matarme trabajando. Lo haré con moderación. Razón de más para que te necesite a mi lado como mi pequeña ayudante —recalcó, dándome la espalda y mirando a Jimmy aún con más interés. Me di cuenta del asombro que él sentía.

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso, mamá —le contesté—. En cuanto localicemos el paradero de mi hija, Jimmy y yo nos iremos de aquí. Por descontado que, como todavía no he cumplido los dieciocho años, puedes tratar de impedírmelo. Pero no creo que quieran hacer ahora una escena semejante. Además, dentro de poco podré hacerlo legalmente.

Su sonrisa acabó evaporándose.

—Dawn, yo esperaba que hubieras aprendido algo de esta última y terrible experiencia. Pero es evidente que no has aprendido nada, excepto cómo continuar haciendo infeliz tu vida y la de cuantos te rodean. Especialmente la mía. ¡Oh! ¿Por qué me molestaré en seguir intentándolo? —se lamentó, histriónicamente—. Me temo que tienes razón —prosiguió, con más ímpetu e indignación de lo que yo había creído posible en una mujer tan pequeña y delicada—. Ya es demasiado tarde para ti.

Se volvió hacia Jimmy.

—Os compadezco a los dos —añadió, con los ojos llameantes de furia. Y se alejó de nosotros. Pero nada más cruzarse con el jefe de los botones, recuperó su sonrisa y su encanto.

Jimmy y yo estábamos agotados del día de viaje y de la traumática experiencia vivida en el hospital. Nos acostamos temprano y no tardamos en quedarnos dormidos. Por la mañana nos duchamos, nos vestimos y bajamos a desayunar al comedor. Fuimos los primeros de la familia en tomar asiento. Yo había olvidado que Clara Sue y Philip habían llegado la noche antes. Entraron juntos en el comedor, seguidos de mi madre y de Randolph. Philip sonrió nada más verme, pero Clara Sue retorció la boca con disgusto.

—¡Jimmy! —exclamó Philip corriendo hacia la mesa con la mano extendida—. ¿Cómo te va? Estás estupendamente.

—Bien —contestó Jimmy. Estrechó rápidamente la mano de Philip y volvió a sentarse.

—¿Y Dawn? —dijo Philip, bajando la vista hacia mí—. Te veo tan guapa como siempre.

—Gracias, Philip —respondí. Había clavado los ojos en mí de tal manera, que en seguida dejé de mirarle.

Clara Sue nos miró a los dos sin decir nada. Se sentó en la mesa e inmediatamente pidió zumo de naranja a uno de los camareros.

—Buenos días —saludó mi madre con voz cantarina. Se la veía fresca y descansada, con el pelo tan brillante como siempre. Me di cuenta de que se había aficionado a llevar un poco de sombreado en los ojos y un ligero toque de colorete. Era una mujer muy bella. No podía negarse que tenía unas facciones tan perfectas como las de una muñeca: un rostro que no perdía nunca su inocencia infantil, pero dotado de unos ojos capaces de fascinar y atormentar a un hombre hasta el punto de hacerle sufrir. Llevaba un vestido de seda azul con un provocativo escote y las mangas ahusadas.

Randolph, por el contrario, parecía no haberse acostado. Tenía los párpados caídos y se le veía macilento y con los hombros encorvados. Llevaba puesto el mismo traje que el día anterior, sólo que ahora estaba arrugado. Pensé que a lo mejor había dormido con él puesto. Tampoco me hubiera extrañado que no hubiera abandonado el despacho de la abuela Cutler.

—Me alegra veros a los dos levantados temprano —manifestó ella mientras se sentaba. Randolph pareció confuso durante un rato, hasta que mi madre dio una palmada en el respaldo de su silla y tomó asiento. Ella pidió para sí zumo, café y huevos. Randolph sólo quiso café.

—Bueno, —continuó ella—, hoy tenemos mucho que hacer. Randolph y yo vamos a ir a la funeraria para hacer los preparativos finales. Hemos pensado que sería un bello gesto que después de la ceremonia de la iglesia el cortejo fúnebre viniera hasta el hotel para que la abuela Cutler pasara por la puerta principal la última vez y el personal de la casa pudiera darle su definitivo adiós. ¿No opináis todos que eso sería un bello gesto? —preguntó, prácticamente como si recitara las palabras.

Philip estuvo de acuerdo. Clara Sue siguió bebiendo su zumo y mirando hacia mi lado hasta que finalmente reunió el valor suficiente para atacarme.

—Hemos oído decir que visitaste a la abuela en el hospital un momento antes de morir —comentó.

—Sí, ¿y qué? —respondí.

—Debiste de hacer algo que la irritó y se murió. Siempre estuviste molestándola —me acusó.

—Vamos, Clara Sue —suplicó mi madre—. Por favor, no hagas escenas durante el desayuno. Mis nervios no pueden soportarlas.

—La abuela Cutler no necesitaba que yo la irritase —respondí—. Ya te tenía a ti —añadí, sorprendiéndola con mi contraataque.

Philip se echó a reír ruidosamente y el rostro de Clara Sue enrojeció como la grana.

—A mí no tuvieron que enviarme lejos a parir a un bastardo —se mofó—. ¿De quién es? ¿Suyo? —Señaló a Jimmy—. ¿O no sabes quién es el padre?

—Por favor —rogó mi madre—, cállate ahora mismo. Somos una familia de luto

—recordó.

Philip bajó la vista hacia la mesa, conservando su necia risita. Clara Sue se cruzó de brazos y volvió la cara, malhumorada. Miré a Randolph, pero parecía distante, perdido en su propio mundo e incapaz de oír nada. Jimmy localizó mi mano por debajo de la mesa y la apretó.

Tras este incidente, mamá reanudó la conversación, y describió con detalle todos los preparativos del funeral, hasta las flores que había elegido para su colocación alrededor del ataúd, los recordatorios que había mandado imprimir para ser distribuidos y la comida que había encargado preparar a Nussbaum para después.

—Naturalmente, tenemos que celebrar el funeral más impresionante que se haya visto nunca en «Cutler's Cove» —declaró—. Eso es lo que espera la gente.

Con un júbilo y un placer que no podía disimular, mi madre se hizo cargo por completo del control de «Cutler's Cove». Randolph permanecía sentado en silencio asintiendo y dando su conformidad a todo lo que ella decía o hacía. Parecía una marioneta, con mi madre manipulándole a sus espaldas.

Hizo los preparativos entusiasmada, actuando como si estuviera organizando una fiesta de gala. El día del funeral descendió por la escalera como una reina que fuera a saludar a sus súbditos. Nunca había estado tan deslumbrantemente bella. Llevaba el vestido negro ornado con una hilera de pequeñas piedras igual que diamantes en toda la extensión de su cuello en uve, que, a mi modo de ver, mostraba más escote que el apropiado para asistir a unas honras fúnebres. Era un vestido de manga corta con cintura firme y falda plisada. Lucía también un ostentósimo collar de diamantes que hacía juego con los pendientes y había hecho que Randolph le proporcionara uno de los bonitos chales de seda de la abuela Cutler para llevarlo por encima de los hombros.

Randolph y Philip vestían un traje negro con corbata negra y Clara Sue llevaba un vestido negro, que habían tenido que ensancharle por la cintura y el seno. Entre el personal oí decir que había maltratado de palabra a la costurera cuando la pobre mujer le había estado haciendo los arreglos. Mamá había insistido en que fuera a la *boutique* de Cutler's Cove y cargara algo a su cuenta. Yo hice a Jimmy acompañarme y me compré un sencillo vestido negro.

Jimmy y yo recorrimos el camino de la iglesia en su coche, detrás de mamá, Randolph y Philip. Parecía como si la abuela Cutler también hubiera ordenado que hiciera el tiempo apropiado para un funeral. El cielo estaba completamente encapotado y gris, y soplaba un viento tibio del mar. Hasta el océano parecía sombrío y deprimido; apenas se alzaban las blancas crestas de las olas y apenas llegaba la marea a la orilla.

Mamá había acertado al predecir la importancia y dimensiones del funeral de la abuela Cutler. La iglesia estaba abarrotada de vecinos de la comunidad. Allí se habían

dado cita todos los abogados, médicos y políticos, así como todos los hombres de negocios, muchos de los cuales consideraban al hotel uno de sus principales clientes.

Cuando ocupamos nuestro sitio delante, me pareció que todos los ojos estaban pendientes de nosotros, especialmente de mamá. El féretro se encontraba delante nuestro. Mamá había decidido que permaneciera con la tapa cerrada. El sacerdote pronunció un largo sermón, en el que se refirió a las obligaciones que tienen las personas más afortunadas para con sus convecinos. Citó a la abuela Cutler como el adalid principal de la comunidad, que había usado sus conocimientos prácticos y su senado comercial para levantarla y ayudar así a quienes no habían nacido tan afortunados como ella. Concluyó diciendo que había vivido de conformidad con la misión que Dios le había confiado.

Sólo Randolph mostraba una sincera emoción. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la cabeza baja. Mamá conservaba su perfecta sonrisa, y se volvía y asentía de vez en cuando con la cabeza hacia esta o aquella persona relevante. Siempre que lo consideraba necesario, se tocaba ligeramente los ojos con su pañuelo blanco de seda y bajaba la cabeza. Sabía cuándo abrir o cerrar sus emociones, como si dispusiera de un grifo. Clara Sue tenía una cara aburrida, como siempre, y Philip no paraba de mirarme, con un brillo travieso en los ojos y una frívola sonrisa en los labios.

Después seguimos la ruta que mamá había establecido. La comitiva fue detrás del coche fúnebre hasta el hotel, donde todos nos apeamos para escuchar unas palabras más, pronunciadas por el sacerdote desde las escaleras de la puerta. Los empleados se congregaron alrededor, todos con caras tristes. En último término, descubrí a Sissy con su madre. Había acudido al entierro a pesar de que la abuela Cutler la había despedido sin contemplaciones. Al verme, me sonrió.

Desde allí nos dirigimos al cementerio. Lo primero que vi cuando llegamos al panteón de los Cutler fue que la lápida que la abuela había mandado poner con mi nombre había desaparecido. Entonces fue cuando tuve la mayor sensación de haber sufrido una verdadera pesadilla.

El sacerdote leyó algunos salmos al pie de la sepultura y luego nos pidió que inclinásemos la cabeza mientras oficiaba la oración final. Yo recé para que la abuela Cutler, donde quiera que se encontrase, acabara comprendiendo la crueldad y la aspereza de sus modales. Pedí por su arrepentimiento y rogué a Dios que la perdonara.

Otra vez, como si la abuela Cutler gobernara el tiempo, los cielos empezaron a aclararse y el sol dejó caer sus rayos sobre nosotros. El océano volvía a estar azul y vivo, y las golondrinas de mar, que durante la mañana habían emitido chillidos melancólicos, empezaron ahora a cantar jubilosamente mientras se lanzaban en picado contra las playas, al encuentro de algún botín.

Randolph se encontraba tan desorientado por el dolor, que fue preciso ayudarle a

volver al coche. Mamá dio las gracias al sacerdote por el hermoso funeral que había oficiado y le invitó a que acudiera al hotel para tomar parte en lo que se suponía que debía ser una reunión triste.

Ella se había encargado de hacer todos los preparativos. Pensé que sólo faltaba allí una orquesta de música. El personal actuaba como para cualquier otro acontecimiento del hotel. Los camareros se movían de un lado a otro portando entremeses, vasos de whisky y vino. En un extremo se habían instalado unas mesas con comida. Por orden de mamá, Nussbaum había preparado toda clase de ensaladas y carnes, incluyendo albóndigas suecas, salchichas de Frankfurt y pavo troceado. Había moldes de gelatina y fruta, y una mesa aparte para los postres.

Aproximadamente, se presentaron las mismas personas que habían acudido a la iglesia. Los murmullos de conversación que habían empezado en cuanto regresamos del cementerio dieron paso ahora a una explosión de voces. Randolph trató de aguantar de pie en la puerta junto a mi madre, Clara Sue y Philip para recibir a la gente, pero al cabo de un rato tuvo que sentarse. Aunque le proporcionaron una silla y un vaso de whisky, seguía muy aturdido y confuso. De vez en cuando enfocaba hacia mí su mirada perdida y sonreía.

Al cabo de poco rato oí la sonora risa de mi madre y la vi acompañando, hacia las distintas mesas de comida y bebida, a los hombres que obviamente consideraba más importantes de los que se hallaban en el salón. La veía por todas partes y dondequiera que estuviese parecía un figurín, vibrante y bella, siempre rodeada de varios admiradores.

A última hora de la tarde empezaron a desfilar los asistentes y casi todos se detuvieron ante Randolph para estrechar su flácida mano. Las personas mayores, especialmente las señoras, trataban de ofrecerle un verdadero consuelo y algunas le abrazaban incluso. Sólo entonces fue cuando pareció darse cuenta de lo que estaba sucediendo y de lo que había sucedido.

Por último, cuando ya sólo quedaban alrededor de media docena de personas, un hombre alto y macizo, de cabello gris, cara robusta, ligeramente bronceada, y ojos negros se aproximó a Jimmy y a mí. Tenía la frente surcada por profundas arrugas y patas de gallo alrededor de los ojos, pero, a pesar de su edad innegable, se mantenía erguido e irradiaba un aire de autoridad que me indicó que era el señor Updike, incluso antes de presentarse a sí mismo.

—Me he puesto en contacto con quienes pensaba que estaban adoptando a su hija —explicó, apartándonos a un lado—. Aquí tengo su dirección —añadió, dándome un sobre—. Esperan que pase usted por allí dentro de un día o dos. Naturalmente, están muy molestos porque todos les habíamos dado a entender que usted había accedido a entregarla voluntariamente.

—Jamás me lo preguntaron. Y nunca habría accedido —repliqué. Asintió y luego

meneó la cabeza.

—Mal asunto, es un mal asunto. Dentro de media hora daré lectura a los testamentos en el despacho de la señora Cutler —añadió—. Procure estar allí.

—¿Qué puede haberte legado la abuela Cutler? —me preguntó Jimmy en cuanto el señor Updike se alejó.

—Un cubo y un estropajo —contesté. Realmente, no podía figurarme otra cosa.

El señor Updike estaba sentado tras el escritorio de la abuela Cutler con los papeles y documentos extendidos delante de él. Randolph, mi madre y Clara Sue se habían acomodado en el sofá. Philip ocupaba una silla a la derecha de ellos y Jimmy y yo nos sentábamos en las que había a la izquierda. Incluso con todas las lámparas encendidas y la luz del día entrando a raudales por las ventanas, el despacho ofrecía un aspecto triste, monótono y pesimista. Pero yo no podía olvidar lo radiante que se hallaba mi madre. La supervisión del funeral y la posterior reunión habían plasmado en su rostro un saludable arrebol. Estaba deslumbrante y sus ojos se agitaban con un brillo juvenil. Clara Sue, que se había pasado todo el día poniendo mala cara, ardía de odio cada vez que miraba hacia mí. Nuestra alborozada madre parecía más bien su hermana.

—Como están aquí presentes todas las personas interesadas —empezó diciendo el señor Updike—, daré comienzo a la lectura formal de los testamentos y disposición de los bienes de William y Lillian Cutler, ambos ya difuntos —dijo, con voz sobria. Mi madre fue la primera en percatarse de algo extraño.

—John, ¿ha dicho usted William y Lillian? —preguntó.

—Sí, Laura Sue. Hay ciertos asuntos sin terminar por lo que concierne a las instrucciones que dejó William.

—Bueno, ¿por qué no se hizo eso antes que esto? —insistió ella.

—Por favor, tenga paciencia, Laura Sue —contestó—. La respuesta se encuentra aquí —añadió, dando un golpecito sobre el documento.

La sonrisa de mi madre se marchitó y yo pensé que, de repente, parecía algo incómoda. Randolph, en cambio, no daba la sensación de enterarse de ello ni de importarle. Seguía allí sentado sin ningún entusiasmo, con las piernas cruzadas y los ojos fijos en algún recuerdo más bien que en el señor Updike.

—Empezaré, pues —prosiguió el señor Updike—, con una carta en la que da instrucciones William B. Cutler, ya fallecido. —Se ajustó firmemente las gafas sobre el caballete de la nariz y levantó el documento para su lectura.

—«Querido John o a quien pueda interesar: Esta carta ha de servir como mi última voluntad y testamento, y sólo debe ser leída inmediatamente después de la muerte de mi esposa Lillian. He dejado estas instrucciones específicas para estar seguro de que mi esposa no tiene que sufrir situaciones embarazosas a lo largo de su

vida».

Mi madre se levantó de golpe, con las manos en el pecho. El señor Updike alzó la vista de los documentos.

—Yo... no me encuentro bien. ¡Tengo que reposar! —exclamó, saliendo apresuradamente del despacho. Randolph empezó a levantarse.

—Será mejor que siga donde está, Randolph —dijo firmemente el señor Updike.

—Pero... Laura Sue...

—Se encontrará bien en seguida —repuso el señor Updike, haciendo un ademán con la mano para indicarnos que nos olvidáramos de ella por el momento y volviéramos a lo que teníamos entre manos. Randolph se sentó lentamente; además de confuso parecía aterrado. El señor Updike siguió leyendo:

»Me consta que no puedo ya enmendar mis actos, pero considero que no debo permitir que mis pecados sigan teniendo eco y sigan castigando al inocente. Así, pues, por la presente confieso haber engendrado al segundo hijo de la esposa de mi hijo. Mi única excusa ante esto consiste en decir que sucumbí a la misma lascivia y deseos animales a los que sucumben los hombres desde Adán y Eva. No culpo a nadie, sólo a mí mismo.

»Así, pues, por la presente dispongo que al fallecimiento de mi esposa Lillian y cuando cumpla dieciocho años el segundo hijo de mi hijo, que en verdad es la hermanastra de mi hijo, el sesenta por ciento de mi participación en el “Hotel Cutler’s Cove” pase a manos de dicho segundo hijo y el cuarenta por ciento restante, por la presente otorgado a mi esposa Lillian, sea distribuido como ella disponga en su última voluntad y testamento.

El señor Updike alzó la cabeza. Por un momento pareció que la habitación había sido iluminada por un relámpago y todos estábamos esperando el chasquido del trueno. Todos, incluyéndome a mí, teníamos la misma expresión de incredulidad y asombro en el rostro. Randolph movía la cabeza lentamente. La nuez de Philip fluctuaba como si acabara de tragarse una rana viva y Clara Sue rompió finalmente el silencio estallando en lágrimas.

—*¡No lo creo!* —gritó—. *¡No lo creo!* —repitió, golpeándose la pierna—. *¡No es cierto!*

—Todo está debidamente certificado ante notario. De hecho, yo mismo firmé como testigo hace años —aseguró con calma el señor Updike—. No hay duda de su autenticidad.

—¡Papá! —exclamó ella zarandeando a Randolph por el hombro—. ¡Dile que no es cierto; dile que es una mentira!

Randolph bajó la cabeza, derrotado. Clara Sue me miró a mí y luego se volvió hacia el señor Updike.

—¿Pero por qué ella ha de recibir tanto? —preguntó—. ¡Es una hija bastarda!

—Así lo quiso tu abuelo —replicó el señor Updike—. Y —recordó a todos los presentes— era su voluntad que se hiciera así.

—¡Pero ella es... un *monstruo*! —exclamó Clara Sue—. ¡Eso es lo que tú eres, un monstruo!

—No, ella no es eso —intervino Philip, mirándome con una divertida sonrisa—. Ella es tu media hermana y tu tía.

—Eso es un disparate. No me lo creo, es mentira —insistió Clara Sue. Se levantó y me miró mientras se dirigía hacia la puerta.

—¡Te odio! —exclamó con despecho—. ¡No permitiré que te salgas con la tuya! ¡No permitiré que te lleves lo que es legítimamente mío! ¡Entiéndelo bien! ¡Algún día me las pagarás! —Seguidamente abandonó la habitación.

—¿Y qué hay del testamento de mi abuela? —preguntó Philip al señor Updike.

—Daré lectura de él en un momento. Deja algunas cosas a varias personas, pero su parte en el hotel la lega a tu padre.

Randolph seguía sentado con la cabeza gacha. Me pregunté si lo habría sabido siempre. ¿Sería ésa la causa que le había hecho ser como era? Ya no me quedaban dudas de que la abuela Cutler lo había sabido siempre. Ahora comprendía yo por qué en su lecho de muerte me había dicho que yo era su perdición y por qué me había odiado tanto. Pese a lo endurecido que estaba mi corazón, una parte de mí misma sintió incluso conmiseración por ella. Pero no sentía lástima de mi madre. Me puse en pie.

—Señor Updike —dije—, puesto que no me concierne el resto del testamento...

—Sí, por supuesto. Ya puede irse. Estaré en contacto con usted para la firma de los documentos.

—Gracias —repuse, disponiéndome a salir. Dudé un momento y luego me acerqué a Randolph. Levantó la cabeza y me miró con los ojos anegados en lágrimas. Le puse la mano encima del hombro y le sonreí.

—Desearía —dijo, entre lágrimas— que realmente frieras mi hija.

Le besé en la mejilla y después Jimmy y yo salimos del despacho.

Bueno —empezó Jimmy, meneando la cabeza—, de una muchacha con apenas lo suficiente para comer te has convertido en la dueña de un importante balneario.

—Renunciaría a todo ahora mismo por una vida normal, Jimmy.

El asintió.

—Recuperemos a Christie —dijo.

—Tú vete al coche, Jimmy. Volveré en seguida. Primero quiero hablar con mi madre.

Crucé aprisa el vestíbulo, entré en la parte del hotel habitada por mi familia y subí la escalera. Las puertas de la habitación de mi madre estaban cerradas, pero no me molesté en llamar. Las abrí de golpe y entré. Me la encontré en la cama, tendida boca

abajo. Había estado sollozando sobre una de las grandes y mullidas almohadas.

—Mamá, ¿por qué no me dijiste nunca la verdad? —exigí.

—Me encuentro muy turbada —se lamentó—. ¿Por qué tuvo que hacer eso? ¿Por qué tuvo que escribir, esa horrible carta y hacer que se enterara todo el mundo?

—Porque no podía morir con ese remordimiento de conciencia, mamá. Sabes lo que es la conciencia, ¿verdad? Es eso que no deja de perseguirnos cuando mentimos y engañamos a la persona que se supone que debemos amar. Es eso que nos persigue cuando somos tan egoístas que no nos importa dañar a otro, aunque ese otro sea de nuestra propia sangre —le reprendí.

Se tapó los oídos con las manos.

—¡Calla, calla! —gritó—. ¡No quiero oír eso! ¡Calla!

—¿Callar, qué? ¿La verdad? Sencillamente, no puedes soportar la verdad. ¿No es cierto, madre? Por eso permitiste que la abuela Cutler preparara mi rapto, ¿verdad? Ella sabía que el abuelo Cutler era mi padre, ¿verdad? ¿*Lo sabía?* —exigí.

—Sí —confesó mi madre—. ¡*Si! Si! Si!*

—Y por eso me odiaba tanto cuando me trajeron otra vez, y por eso no podía soportar mi presencia —continué, sacándole cada pieza de la verdad como si fuera un dentista extrayéndole los dientes.

—Sí —gimió—. Esa mujer me despreciaba por lo que había hecho William. Quería hacerme daño... vengarse.

—Y por eso la dejaste deshacerse de mí, mamá. Y permitiste que me atormentara cuando me trajeron. Porque yo le recordaba tus líos amorosos con el abuelo Cutler. Tú la dejaste hacer eso, mamá. Consentiste en que se saliera con la suya. Ni siquiera trataste de ayudarme una sola vez.

—Sí que quise ayudarte —replicó, volviéndose hacia mí, con la cara enrojecida y cubierta de lágrimas—. Hice lo que pude.

—No hiciste nada, mamá. La dejaste humillarme. La dejaste poner una lápida simbolizando mi muerte. La dejaste convertirme en una esclava. La dejaste que me enviara con su horrorosa hermana para ser torturada. ¿Por qué permitiste que sucediera todo esto? ¿*Por qué?* —exclamé, ardiendo de frustración ante unas preguntas sin respuesta que me asfixiaban y porque toda mi vida no había sido más que un instrumento de un concierto que yo no había orquestado—. Porque tenías miedo —seguí, respondiendo a mis propias preguntas—. Temías que revelara la verdad y la verdad era que tú le sedujiste.

—¡*No!*

—¿No? No soy ciega. He visto tu forma de coquetear, incluso con Jimmy. Eres coqueta por naturaleza. Estoy segura de que aquella historia de que mi verdadero padre era un cantante profesional, que tú y la abuela Cutler me hicisteis creer, no era del todo incierta, ¿verdad? Probablemente, has tenido varios amantes, ¿verdad?

¿Verdad? —exigí.

—¡Calla! —gritó, volviendo a ponerse las manos en los oídos.

—He dejado de compadecerte, mamá. Te desprecio por lo que has hecho. Has dañado a tanta gente, mamá, que si tuvieras conciencia se te partiría el corazón —concluí.

—¡Oh, Dawn! —respondió, limpiándose la cara con el dorso de sus pequeñas manos—. Tienes razón para estar tan enojada —dijo, con el tono de voz suave e infantil que sabía manejar con tanta facilidad—. No te culpo por sentir lo que sientes, puedes creerlo. Debí haber hecho más para ayudarte, pero me tenía asustada. Era una tirana. Lo siento, lo siento de veras. Pero las cosas han cambiado —prosiguió, sonriendo—. Vas a convertirte en una señorita muy rica y hay que dirigir este hotel. Randolph no te será de utilidad. Siempre ha sido un inútil. Pero nosotras podemos volver a ser amigas. Podemos formar una relación de trabajo madre-hija. Puede que lleguemos a ser amigas. Me gustaría, Dawn. ¿Y a ti? Siempre te he querido, Dawn. Te lo digo con sinceridad. Tienes que creerme. Yo te ayudaré y entre las dos haremos prosperar el hotel y...

—Mamá, en este momento, lo único que me importa es recuperar a mi hija. Y no creas que el dinero vuelve a solucionarlo todo. En cuanto al hotel... ¡me importaría un rábano que ardiera hasta los cimientos! —exclamé furiosa. Y abandoné airadamente su habitación.

—¡Cambiarás de opinión, Dawn! —gritó ella—. ¡Cuando te hayas calmado, cambiarás de opinión! Y entonces me necesitarás. ¡Me *necesitarás*...!

Di un portazo al abandonar el saloncito, ahogando sus gritos, y bajé apresuradamente la escalera. En cuanto estuve fuera del hotel, me detuve para recobrar el aliento. Luego levanté la vista al cielo, ahora de un color azul intenso. Los anteriores estratos nubosos se habían alejado hacia el horizonte.

Pensé que Dios no podía haber querido que sucediese todo aquello. El no escribía el guión para los débiles e insignificantes actores de aquí abajo. Lo escribíamos nosotros, con nuestra lascivia, nuestra codicia y nuestros egoísmos. Estas personas, ricas y poderosas, se regalaban entre sí igual que caníbales y si alguna salía dañada como consecuencia de ello, bueno, pues mala suerte.

Después, igual que hacía mi madre en su lujosa *suite*, esas personas trataban de hacer ver que no había ocurrido nada importante. Pensé que eso era espantoso y que se les debería imponer un sufrimiento aún mayor que el que habían ocasionado ellas.

—¡Eh! —me llamó Jimmy desde el coche—. Vamos, Dawn. —Se adelantó para darme la mano—. Dile adiós al pasado y hola al futuro. Estamos perdiendo el tiempo. Christie te está esperando.

—Sí —asentí, con una sonrisa—. Ella nos está esperando, ¿verdad?

Jimmy siempre tenía las palabras adecuadas para hacer que me sintiera viva y

libre, lo suficientemente libre para olvidar mis ideas de venganza y pensar tan sólo en el cielo azul y en la brisa cálida, en los días de felicidad llenos de música, aquella música que tanto deseaba yo cantar.

Le cogí la mano y le permití que me alejara del hotel. Al cabo de unos instantes, avanzábamos con el coche hacia un arco iris y hacia todas las promesas que encerraba.



VIRGINIA CLEO ANDREWS, nació el 6 de junio de 1923 y murió el 19 diciembre de 1986. Nació en Portsmouth, Virginia, la más joven y única hija de la familia Andrews. En su adolescencia, sufrió una caída en las escaleras de su escuela, lo cual le dañó severamente la espalda. Las cirugías que se le practicaron dieron como resultado un tipo de artritis que la dejó en silla de ruedas la mayor parte de su vida. Sin embargo, Andrews, que siempre fue una prometedora artista, fue capaz de terminar una carrera de cuatro años por correo y muy pronto se convirtió en una exitosa artista comercial, ilustradora y pintora y un tiempo después comenzó a escribir.

NOTAS

[1] *Dawn* en inglés significa aurora, amanecer. (N. del T.) <<